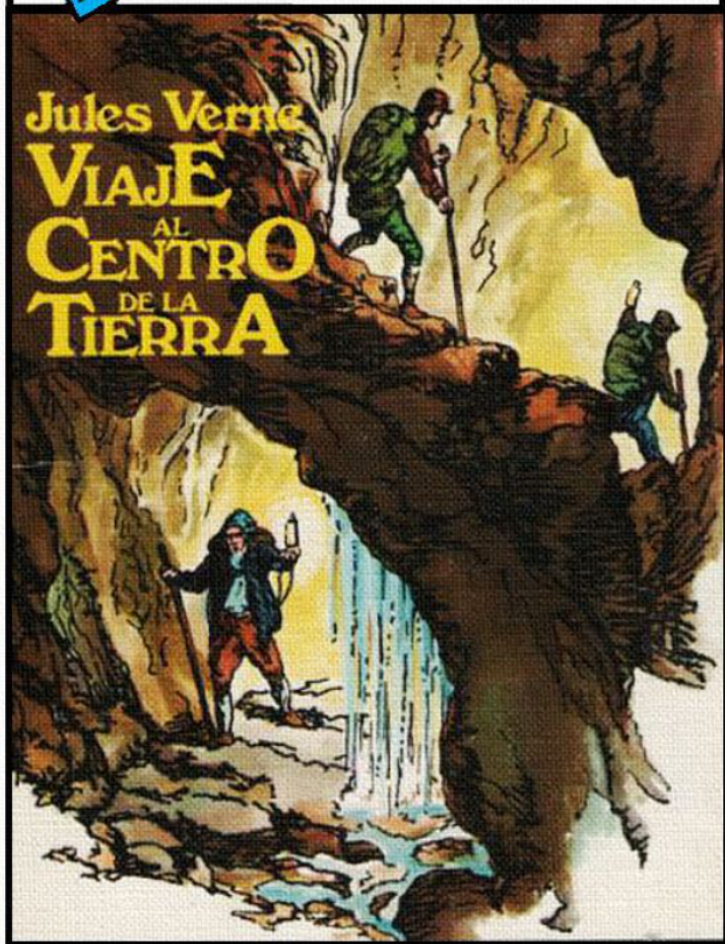


TUS
LIBROS



de

Un jeroglífico medieval casi indescifrable puede permanecer siglos durmiendo entre las hojas de un libro viejo. Pero, cuando por azar caiga en manos del audaz profesor Lidenbrock, desencadenará el viaje más espectacular del siglo XIX. El profesor, su sobrino y el impasible Hans verán maravillas en el interior del globo, iluminados por una inmóvil luz incomprensible. Esta novela, la más fantástica, la menos científica, tal vez la más literaria de Verne, cautivará a los lectores por la intensidad de la narración y por el indefinible misterio que encierra la naturaleza cuando se penetra en ella por el camino de la imaginación.



Jules Verne

Viaje al centro de la Tierra

Tus libros - 11

ePub r1.0

et.al 13.10.2019

Título original: *Voyage au centre de la Terre*

Jules Verne, 1864

Traducción: María del Rosario Arocena

Ilustraciones: Édouard Riou

Editor digital: et.al

ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Viaje al centro de la Tierra

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Capítulo XXIX

Capítulo XXX

Capítulo XXXI

Capítulo XXXII

Capítulo XXXIII

Capítulo XXXIV

Capítulo XXXV

Capítulo XXXVI

Capítulo XXXVII

Capítulo XXXVIII

Capítulo XXXIX

Capítulo XL

Capítulo XLI

Capítulo XLII

Capítulo XLIII

Capítulo XLIV

Capítulo XLV

Apéndice

Bibliografía

Sobre el autor

Notas



JULES VERNE (1828-1905)

La presente obra es traducción directa e íntegra del original francés en su primera edición publicada en París, J. Hetzel, 1864. Las ilustraciones, originales de Riou, que aparecen en esta edición acompañaron el texto de la edición francesa publicada por J. Hetzel, París, 1864.



I

Un domingo, el 24 de mayo de 1863, mi tío, el profesor Lidenbrock, volvió precipitadamente a su casa, sita en el número 19 de Königstrasse, una de las calles más antiguas del barrio viejo de Hamburgo.

La buena Marthe debió de creer que iba muy retrasada, ya que la comida apenas comenzaba a hervir en el fogón.

«Bueno —me dije—, si mi tío, que es el más impaciente de los hombres, viene con hambre, va a armar la de San Quintín».

—¡Ya ha llegado el señor Lidenbrock! —exclamó estupefacta la buena Marthe, entreabriendo la puerta del comedor.

—Sí, Marthe; pero no tiene por qué estar hecha la comida, ya que aún no son las dos. Apenas acaba de sonar la media en Saint-Michel.

—Entonces ¿por qué regresa ya el señor Lidenbrock?

—El nos lo dirá seguramente.

—¡Ya está aquí! Yo me esfumo, señor Axel. Usted le hará entrar en razón.

Y la buena Marthe volvió a su laboratorio culinario.

Me quedé solo. Pero mi carácter algo indeciso no me permitía hacer entrar en razón al más irascible de los profesores. Así que me disponía a volver prudentemente a mi pequeña habitación del piso superior, cuando la puerta de la calle chirrió sobre sus goznes; unos grandes pies hicieron crujir la madera de la escalera, y el dueño de la casa, atravesando el comedor, se precipitó inmediatamente en su gabinete de trabajo.

Sin embargo, durante este rápido paso, había lanzado a un rincón su bastón de pesado puño, sobre la mesa su sombrero peinado a contrapelo, y a su sobrino estas rotundas palabras:

—¡Axel, sígueme!

Aún no había tenido tiempo de moverme cuando el profesor ya me gritaba con un vivo acento de impaciencia:

—¡Y bien! ¿Aún no estás aquí?

Me abalancé dentro del gabinete de mi temible maestro.

Otto Lidenbrock no era un mal hombre, lo concedo de buen grado; pero, salvo cambios improbables, morirá en el pellejo de un terrible original.

Era profesor en el Johannaum y daba clase de mineralogía, durante la que normalmente montaba en cólera una o dos veces. No es que le preocupase el tener alumnos asiduos a sus clases, ni el grado de atención que le prestasen, ni el éxito que pudieran obtener más adelante; estos detalles no le inquietaban en absoluto. Enseñaba «subjetivamente», según una expresión de la filosofía alemana, para él mismo y no para los demás. Era un sabio egoísta, un pozo de ciencia cuya polea chirriaba cuando se quería sacar de él algún conocimiento: en una palabra, un avaro.

En Alemania hay profesores de este tipo.

Mi tío, por desgracia, no gozaba de una extrema facilidad de pronunciación sino en la intimidad, al menos cuando hablaba en público, y éste es un defecto deplorable en un orador. En efecto, en el curso de sus explicaciones en el Johannaum, a menudo el profesor se paraba en seco; luchaba contra una palabra recalcitrante que no quería deslizarse entre sus labios, una de esas palabras que

se resisten, se hinchan y acaban por salir bajo la forma poco científica de un taco. De ahí sus grandes cóleras.

Ahora bien, en mineralogía hay bastantes términos semigriegos, semilatinos, difíciles de pronunciar, rudas denominaciones que dañarían los labios de un poeta. No quiero hablar mal de esta ciencia. Nada más lejos de mi intención. Pero cuando uno se encuentra ante cristalizaciones romboédricas, resinas retinasfálticas, gelenitas, fangasitas, molibdatos de plomo, tungstatos de manganeso y titaniatos de circonio, a la lengua más diestra le está permitido trabarse.

Así pues, en la ciudad se conocía esta perdonable imperfección de mi tío, y abusaban de ella, y lo esperaban en los pasajes peligrosos, y él se enfurecía, y se reían, lo que no es de buen gusto ni siquiera para los alemanes. Y si siempre había gran afluencia de oyentes en las lecciones de Lidenbrock, ¡cuántos de los que lo seguían asiduamente asistían para divertirse con las grandes cóleras del profesor!

Sea como fuere, mi tío —nunca me cansaré de repetirlo— era un verdadero sabio. Aunque rompiese de vez en cuando algunas de sus muestras minerales al hacer las pruebas demasiado bruscamente, añadía al genio del geólogo el ojo del mineralogista. Con su martillo, su punzón de acero, su aguja imantada, su soplete y su frasco de ácido nítrico, era un hombre realmente experto. Por la fractura, el aspecto, la dureza, la fusibilidad, el sonido, el olor, el sabor de un mineral cualquiera lo clasificaba sin vacilar entre las seiscientas especies que cuenta hoy la ciencia.

También el nombre de Lidenbrock resonaba con honor en los liceos y las asociaciones nacionales. Los señores Humphry Davy, de Humboldt, los capitanes Franklin y Sabine no dejaron de visitarlo a su paso por Hamburgo. A los señores Becquerel, Ebelmen, Brewster, Dumas, Milne-Edwards, Sainte-Claire-Deville les gustaba consultarle las cuestiones más interesantes de la química[1]. Esta ciencia le debía algunos importantes descubrimientos. En 1853 había aparecido en Leipzig un *Tratado de Cristalografía trascendente*, por el profesor Otto Lidenbrock, un gran infolio con ilustraciones, cuya venta, sin embargo, no cubrió ni los gastos de la edición.

A esto hay que añadir que mi tío era conservador del museo mineralógico de Struve, embajador de Rusia, que contaba con una

valiosa colección de renombre europeo.

Tal era, pues, el personaje que me interpelaba con tanta impaciencia. Imaginaos un hombre alto, delgado, con una salud de hierro y un rubio juvenil que quitaba diez años a los cincuenta que tenía. Sus grandes ojos se movían sin cesar tras sus gafas de un tamaño respetable. Su nariz, larga y fina, parecía una hoja afilada; los malintencionados insinuaban incluso que estaba imantada y que atraía las limaduras de hierro. Pura calumnia: no atraía más que el tabaco, aunque, a decir verdad, en gran abundancia. Si añado que mi tío daba unas zancadas matemáticas de casi un metro y si digo que al andar cerraba sólidamente los puños, signo de un temperamento impetuoso, se lo conocerá lo suficiente como para no aficionarse a su compañía.



Habitaba en su casita de Königstrasse, una vivienda construida mitad en madera y mitad en ladrillo, rematada por un aguilón dentado. Daba a uno de esos canales sinuosos que se cruzan en medio del barrio más antiguo de Hamburgo, afortunadamente respetado por el incendio de 1842.

La vieja casa estaba un poco inclinada y mostraba su panza a los que pasaban; llevaba el tejado inclinado sobre la oreja como la gorra de un estudiante de la Tugendbund. La verticalidad de sus líneas dejaba mucho que desear; pero se sostenía bien gracias a un viejo olmo vigorosamente empotrado en la fachada, que en primavera deslizaba sus brotes por las vidrieras de las ventanas.



Para ser profesor alemán, mi tío era bastante rico. La casa, continente y contenido, era de su propiedad. El contenido éramos su ahijada Graüben, joven virlandesa de diecisiete años, la buena Marthe y yo. En mi doble calidad de sobrino y huérfano, llegué a ser su ayudante en la preparación de sus experimentos.

Confieso que mordí con apetito en las ciencias geológicas. Llevaba en las venas sangre de mineralogista y jamás me aburría en compañía de mis preciosas piedras.

En suma, se podía vivir feliz en aquella casita de Königstrasse a pesar de las impacencias de su propietario, ya que, aun comportándose de un modo un poco brutal, no por ello me quería menos. Pero aquel hombre no sabía esperar, y era más apresurado de lo normal.

Cuando en abril plantaba esquejes de reseda o enredadera en los tiestos de loza del salón, cada mañana iba regularmente a tirar de las hojas para apresurar su crecimiento.

Con semejante excéntrico no se podía sino obedecer. Me precipité, pues, en su gabinete.

II

Aquel gabinete era un verdadero museo. Todas las muestras del reino mineral se encontraban allí etiquetadas en el más perfecto orden, siguiendo las tres grandes divisiones de los minerales: inflamables, metálicos y litoideos.

¡Qué bien conocía yo estos chirimbolos de la ciencia minerológica! ¡Cuántas veces, en lugar de vagabundear con los muchachos de mi edad, me había complacido en quitar el polvo a esos grafitos, antracitas, hullas, lignitos, turbas! ¡Y todos esos betunes, resinas, sales orgánicas a los que había que proteger del más mínimo átomo de polvo! ¡Y esos metales, desde el hierro hasta el oro, cuyo valor relativo desaparecía ante la igualdad absoluta de los especímenes científicos! ¡Y todas esas piedras que hubiesen bastado para reconstruir la casa de Königstrasse, incluso con una habitación de más, que me hubiera venido tan bien!

Pero, al entrar en el gabinete, no pensaba en absoluto en esas maravillas. Mi tío ocupaba exclusivamente mi pensamiento. Estaba literalmente enterrado en su gran sillón tapizado de terciopelo de Utrecht y sostenía entre las manos un libro que examinaba con la más profunda admiración.

—¡Qué libro! ¡Qué libro! —exclamaba.

Esta exclamación me recordó que el profesor Lidenbrock era también bibliómano en sus ratos perdidos; pero un libro no tenía precio a sus ojos a no ser que fuera imposible de encontrar o por lo menos ilegible.

—¡Y bien! —me dijo—. ¿Pero es que no lo ves? He encontrado un tesoro inestimable físgando esta mañana en la tienda del judío Hevelius.

—¡Magnífico! —respondí con un entusiasmo forzado.

En efecto. ¿A cuento de qué tal alboroto por un viejo libro en cuarto cuyo lomo y tapas parecían de vulgar piel de becerro, un

libraco amarillento del que colgaba una cinta descolorida?

Sin embargo las interjecciones admirativas del profesor no cesaban.

—Veamos —decía, haciéndose a sí mismo preguntas y respuestas—. ¿Es lo suficientemente bello? Sí, ¡es admirable! ¡Y qué encuadernación! ¿Se abre fácilmente? Sí, ya que queda abierto por cualquier página. Pero ¿se cierra bien? Sí, ya que la cubierta y las hojas forman un todo bien unido sin separarse ni entreabrirse en ningún lugar. ¡Y este lomo que no tiene ni una sola grieta después de setecientos años de existencia! ¡Ah, he aquí una encuadernación de la que se hubieran sentido orgullosos Bozerian, Closs o Purgold!

[2]

Mientras hablaba así, mi tío abría y cerraba continuamente el viejo libro. No podía yo por menos de interrogarle sobre su contenido, aunque éste no me interesase en absoluto.

—¿Y cuál es el título de ese maravilloso volumen? —le pregunté con una diligencia demasiado entusiasta para no ser fingida.

—¡Esta obra —respondió mi tío animándose— es el *Heims-Kringla* de Snorre Turleson[3], el famoso autor islandés del siglo XII! ¡Es la crónica de los príncipes noruegos que reinaron en Islandia!

—¿De verdad? —exclamé lo mejor que pude—. Y seguramente es una traducción al alemán.

—¡Pero bueno! —replicó vivamente el profesor—. ¿Y qué haría yo con tu traducción? ¿A quién le importa tu traducción? ¡Esta es la obra original en lengua islandesa, ese magnífico idioma, rico y simple a la vez, que autoriza las combinaciones gramaticales más variadas y numerosas modificaciones de palabras!

—Como el alemán —insinué con bastante acierto.

—¡Sí —respondió mi tío alzando los hombros—, y sin contar que la lengua islandesa admite tres géneros como el griego y declina los nombres propios como el latín!

—¡Ah! —dije yo un poco sacudido en mi indiferencia—. ¿Y son bonitos los caracteres de ese libro?

—¡Caracteres! ¿Quién habla de caracteres, infeliz? ¡Menudos caracteres son! ¡Ah! ¿Es que lo tomas por un libro impreso? ¡Pero, ignorante, si es un manuscrito, y un manuscrito rúnico!

—¿Rúnico?

—¡Sí! ¿Es que me vas a pedir ahora que te explique esa palabra?

—Me guardaré muy bien de hacerlo —le repliqué con el tono de un hombre herido en su amor propio.

Pero mi tío continuó a más y mejor y me instruyó, muy a mi pesar, en cosas por las que yo no tenía ningún interés.

—¡Las runas —prosiguió— eran caracteres de escritura empleados antiguamente en Islandia y, según la tradición, fueron inventados por el propio Odín! ¡Pero, mira, admira, impío, estos tipos salidos de la imaginación de un dios!

A falta de réplica iba a prosternarme —tipo de respuesta que debe de complacer tanto a los dioses como a los reyes, pues tiene la ventaja de no turbarlos jamás—, cuando un incidente vino a desviar el curso de la conversación.

Este incidente fue la aparición de un mugriento pergamino que se deslizó del libro y cayó al suelo.

Mi tío se precipitó sobre el papelajo con una avidez fácil de comprender. Un viejo documento, encerrado desde tiempos inmemoriales en un libro viejo, no podía carecer de un alto precio a sus ojos.

—¿Qué es esto? —exclamó.

Y al mismo tiempo desplegabla cuidadosamente sobre su mesa un pedazo de pergamino de cinco pulgadas de largo y tres de ancho sobre el cual se alargaban en líneas transversales unos caracteres jeroglíficos.

He aquí el facsímil exacto. Me interesa dar a conocer estos extraños signos puesto que arrastraron al profesor Lidenbrock y a su sobrino a emprender la más extraña expedición del siglo XIX:

Ж.АКІІІН	ННННННН	ННННННН
ННННННН	ННННННН	ННННННН
ННННННН	ННННННН	ННННННН
ННННННН	ННННННН	ННННННН
ННННННН	ННННННН	ННННННН
ННННННН	ННННННН	ННННННН
ННННННН	ННННННН	ННННННН
ННННННН	ННННННН	ННННННН
ННННННН	ННННННН	ННННННН
ННННННН	ННННННН	ННННННН

El profesor observó durante algunos instantes aquella serie de caracteres. Después, quitándose las gafas, dijo:

—Es rúnico. ¡Estos tipos son absolutamente idénticos a los del

manuscrito de Snorre Turleson! Pero... ¿qué puede significar esto?

Dado que el rúnico me parecía un invento de sabios para burlarse de la gente ignorante, no me enfadé al ver que mi tío no entendía nada. Al menos así me pareció por el movimiento de sus dedos, que comenzaban a agitarse terriblemente.

—¡Sin embargo, es islandés antiguo! —murmuró entre dientes.

Y el profesor Lidenbrock debía saber bien lo que decía, pues pasaba por ser un verdadero políglota. No es que hablase de corrido las dos mil lenguas y los cuatro mil idiomas que se emplean en la superficie del globo, pero al fin y al cabo conocía una buena parte de ellos.

Ante aquella dificultad, iba ya a entregarse a toda la impetuosidad de su carácter, y preveía yo una escena violenta, cuando dieron las dos en el pequeño reloj de la chimenea.

En ese instante la buena Marthe abrió la puerta del gabinete diciendo:

—La sopa está servida.

—¡Al diablo la sopa y la que la ha hecho y los que la coman! —exclamó mi tío.

Marthe desapareció. Salí volando tras ella y, sin saber cómo, me encontré en el comedor sentado en mi sitio habitual.

Esperé algunos instantes. El profesor no vino. Era la primera vez, que yo supiera, que faltaba a la solemnidad del almuerzo. ¡Y qué almuerzo además! Una sopa con perejil, una tortilla de jamón sazonada con acederas y nuez moscada, un lomo de ternera con compota de ciruelas y, como postre, gambas en dulce, todo ello regado con un buen vino de Mosela.

He ahí lo que le iba a costar a mi tío un viejo papel. Palabra que, en mi calidad de sobrino abnegado, me creí obligado a comer por él al mismo tiempo que lo hacía por mí. Y lo hice a conciencia.

—¡Jamás he visto nada parecido! —decía la buena Marthe—. ¡El señor Lidenbrock no se ha sentado a la mesa!

—Es para no creerlo.

—¡Esto presagia algún acontecimiento grave! —prosiguió la vieja sirvienta moviendo la cabeza.

En mi opinión, aquello no presagiaba más que una escena espantosa cuando mi tío se encontrase con que su comida había sido devorada.

Estaba comiendo la última gamba, cuando una voz estentórea me arrancó de las voluptuosidades del postre. No di nada más que un salto del comedor al gabinete.

III

—Evidentemente es rúnico decía el profesor frunciendo el ceño.
—Pero hay un secreto y lo descubriré. Si no...

Y concluyó su pensamiento con un gesto violento.

—Ponte ahí —añadió indicándome la mesa con la mano— y escribe.

Estuve listo en un instante.

—Ahora te voy a dictar la letra de nuestro alfabeto que corresponda a cada uno de estos caracteres islandeses. Veremos lo que sale. ¡Pero, por San Miguel, mucho ojo con equivocarte!

El dictado comenzó. Me esforcé cuanto pude. Cada letra fue enunciada una tras otra formando la siguiente incomprensible sucesión de palabras:

<i>m.rnlls</i>	<i>esreuel</i>	<i>seecjde</i>
<i>sgtssmf</i>	<i>unteief</i>	<i>niedrke</i>
<i>kt,samn</i>	<i>atrateS</i>	<i>Saodrrn</i>
<i>emtnael</i>	<i>nuaect</i>	<i>rrilSa</i>
<i>Atvaar</i>	<i>.nsrc</i>	<i>ieaabs</i>
<i>ccdrmi</i>	<i>eeutul</i>	<i>frantu</i>
<i>dt,iac</i>	<i>oseibo</i>	<i>KediiY</i>

Cuando terminamos este trabajo, mi tío cogió enérgicamente la hoja sobre la que yo acababa de escribir y la examinó largo rato con atención.

—¿Qué quiere decir esto? —repetía maquinalmente.

Doy mi palabra de honor de que no hubiera podido decírselo. Por otra parte, no me interrogó y continuó hablándose a sí mismo.

—Esto es lo que llamamos un criptograma —decía—, en el cual el sentido está oculto bajo letras embarulladas a propósito y que, convenientemente dispuestas, formarían una frase inteligible. ¡Cuando pienso que aquí puede encontrarse la explicación o las

indicaciones para un gran descubrimiento!

Por mi parte yo pensaba que allí no había absolutamente nada, pero prudentemente me guardé mi opinión.

Entonces el profesor tomó el libro y el pergamino y los comparó.

—Estas dos escrituras no están trazadas por la misma mano —dijo—. El criptograma es posterior al libro, y a primera vista observo una prueba irrefutable. En efecto, la primera letra es una M doble, que en vano podríamos buscar en el libro, de Turleson puesto que fue añadida al alfabeto islandés en el siglo XIV. Así pues, hay al menos doscientos años entre el manuscrito y el documento.

Confieso que esto me pareció bastante lógico.

—Por lo tanto, esto me induce a pensar —prosiguió mi tío— que uno de los poseedores del libro ha trazado estos caracteres misteriosos. Pero ¿quién diablos fue ese poseedor? ¿No habrá puesto su nombre en alguna parte de este manuscrito?

Mi tío se quitó las gafas, tomó una lupa de gran aumento y pasó revista cuidadosamente a las primeras páginas del libro. En el reverso de la segunda, la de la portadilla, descubrió una especie de mancha, que a primera vista podía pasar por un borrón de tinta. Sin embargo, mirándola de cerca, se distinguían algunos caracteres medio borrosos. Mi tío comprendió que ahí estaba el punto interesante. Se encarnizó, pues, sobre esta mácula, y con la ayuda de su potente lupa acabó por reconocer los signos —caracteres rúnicos— siguientes, los cuales leyó sin vacilar:

1A4 41YK444X

—¡Arne Saknussem! —gritó en tono triunfante—. ¡Pero si esto es un nombre! Un nombre islandés además. ¡El de un sabio del siglo XVI, un célebre alquimista [4]!

Miré a mi tío con cierta admiración.

—Estos alquimistas —prosiguió—, Avicena, Bacon, Lulio, Paracelso, eran los verdaderos, los únicos sabios de su época [5]. Hicieron descubrimientos que bien pueden asombrarnos. ¿Por qué este Saknussem no hubiera podido esconder bajo este criptograma incomprensible cualquier invención sorprendente? Eso debe de ser. Eso es.

La imaginación del profesor se inflamaba con esta hipótesis.

—Sin duda —osé responder—. ¿Pero qué interés podría tener ese sabio en esconder de esa manera cualquier descubrimiento maravilloso?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Acaso lo sé yo? ¿No procedió Galileo así en el caso de Saturno? Además, ya lo veremos: obtendré el secreto de este documento y no comeré ni dormiré antes de haberlo adivinado.

«¡Oh!», pensé.

—Ni tú tampoco, Axel —añadió.

«¡Diablos! —me dije—. ¡Menos mal que he comido por dos!».

—Lo primero —dijo mi tío— es encontrar la lengua en que está escrito este «cifrado». Eso no debe de ser difícil.

Al escuchar estas palabras levanté vivamente la cabeza. Mi tío prosiguió su soliloquio.

—Nada más fácil. En este documento hay ciento treinta y dos letras que arrojan setenta y nueve consonantes contra cincuenta y tres vocales. Ahora bien, las palabras de las lenguas meridionales están formadas siguiendo más o menos esta proporción, mientras que los idiomas nórdicos son infinitamente más ricos en consonantes. Se trata, pues, de una lengua meridional.

Estas conclusiones eran muy acertadas.

—¿Pero cuál será esta lengua?

Ahí esperaba yo a mi sabio, en quien sin embargo descubrí una profunda capacidad de análisis.

—Este Saknussem —continuó— era un hombre instruido. Ahora bien, cuando no escribía en su lengua materna debía escoger preferentemente la lengua más común entre los espíritus cultivados del siglo XVI, es decir, el latín. Si me equivoco, podría intentarlo con el español, el francés, el italiano, el griego o el hebreo. Pero los sabios del siglo XVI escribían generalmente en latín. Puedo, pues, decir *a priori*: esto es latín.

Salté en mi silla. Mis recuerdos de latinista se sublevaban contra la pretensión de que esa sucesión de palabras barrocas pudiera pertenecer a la dulce lengua de Virgilio.

—¡Sí, latín! —continuó mi tío—. Pero latín embrollado.

«¡Magnífico! —pensé—. Si lo desembrollas es que eres hábil, tío».

—Examinémoslo bien —dijo, volviendo a coger la hoja sobre la

que yo había escrito—. He aquí una serie de ciento treinta y dos letras que se presentan bajo un desorden aparente. Hay palabras en las que las consonantes se encuentran solas, como en la primera «m.rnlls»; otras en las que, por el contrario, abundan las vocales, por ejemplo «unteief» o la penúltima «oseibo». Ahora bien, es evidente que esta disposición de las letras no ha sido combinada: viene dada *matemáticamente* por la razón desconocida que ha presidido la sucesión de estas letras. Me parece seguro que la frase primitiva fue escrita normalmente, y después dada la vuelta siguiendo una ley que hay que descubrir. El que posea la llave [6] de este «cifrado» lo leerá sin dificultad. ¿Pero cuál es esa llave? Axel, ¿tienes tú esa llave?

A esta pregunta no respondí nada. Mi mirada se había parado en un retrato encantador suspendido en el muro, el retrato de Graüben. La ahijada de mi tío se encontraba en ese momento en Altona [7], en casa de una de sus parientes, y su ausencia me entristecía mucho, ya que —ahora puedo confesarlo— la linda virlandesa y el sobrino del profesor se amaban con toda la paciencia y toda la tranquilidad alemanas. Nos habíamos hecho novios a espaldas de mi tío, demasiado geólogo para comprender semejantes sentimientos. Graüben era una encantadora jovencita rubia de ojos azules, con un carácter un poco grave y un espíritu bastante serio, pero no por ello me amaba menos. Por mi parte, yo la adoraba, ¡si es que este verbo existe en la lengua tudesca! La imagen de mi pequeña virlandesa me proyectó por lo tanto, en un instante, del mundo de las realidades al de las quimeras, al de los recuerdos.

Volví a ver a la fiel compañera de mis trabajos y de mis placeres. Todos los días me ayudaba a ordenar las valiosas piedras de mi tío; las etiquetaba conmigo. ¡Graüben era una experta mineralogista! Hubiera podido dar lecciones a más de un entendido. Le gustaba profundizar en las cuestiones más arduas de la ciencia. ¡Cuántas dulces horas habíamos pasado estudiando juntos! ¡Y cuánto envidiaba yo con frecuencia la suerte de esas piedras insensibles que manejaba con sus encantadoras manos!



Después, cuando llegaba el momento del descanso, salíamos los dos, tomábamos el camino de las alamedas frondosas del Alster [8] e íbamos al viejo molino alquitranado, que resulta tan pintoresco en el extremo del lago; por el camino, charlábamos cogidos de la mano. Yo le contaba cosas que le hacían reír a más y mejor. Llegábamos así hasta la orilla del Elba y, después de saludar a los cisnes que nadaban entre los nenúfares blancos, volvíamos al muelle en el barco de vapor.

Pues bien, estaba en ese punto de mis sueños, cuando mi tío, dando un puñetazo en la mesa, me devolvió violentamente a la realidad.

—Veamos —dijo—. La primera idea que se le ocurre a uno para embarullar las letras de una frase me parece que es escribir las palabras verticalmente en vez de trazarlas horizontalmente.

«¡Vaya!», pensé.

—Vamos a ver qué da esto. Axel, escribe una frase cualquiera en ese trozo de papel; pero, en vez de poner las letras unas a continuación de otras, ponías sucesivamente en columnas verticales, agrupándolas de cinco en cinco o de seis en seis. Comprendí de lo que se trataba e inmediatamente escribí de arriba a abajo:

T e i e a
e r p ñ ü
q o e a b
u , q G e
i m u r n

—Bien —dijo el profesor sin haberlo leído—. Ahora coloca esas mismas palabras en línea horizontal.

Obedecí y obtuve la frase siguiente:

Teiea erpñü qoeab u,qGe imurn

—¡Perfecto! —dijo mi tío arrancándome el papel de las manos—. ¿Ves? Ya tiene el aspecto del viejo documento: las vocales y las consonantes están agrupadas en el mismo desorden. Incluso hay mayúsculas en medio de las palabras, y también comas. ¡Exactamente como en el pergamino de Saknussem!

No pude impedir que estas observaciones me parecieran muy

ingeniosas.

—Por tanto —continuó mi tío dirigiéndose a mí— para leer la frase que acabas de escribir y que desconozco, no tengo más que tomar sucesivamente la primera letra de cada palabra, luego la segunda, luego la tercera, y así sucesivamente.

Y mi tío, con gran asombro suyo y sobre todo mío, leyó:

Te quiero, mi pequeña Graüben

—¿Eh? —exclamó el profesor.

¡Sí; sin darme cuenta, como un torpe enamorado, había escrito esa frase comprometedora!

—¡Ah, quieres a Graüben! ¡Bien! ¡Apliquemos mi procedimiento al documento en cuestión! —prosiguió maquinalmente.

Mi tío, recayendo en su contemplación absorbente, había olvidado ya mis imprudentes palabras. Digo imprudentes ya que la cabeza del sabio no podía comprender las cosas del corazón. Pero, afortunadamente, el importante asunto del documento se apoderó de él.

En el momento de hacer su experimento capital, los ojos del profesor Lidenbrock lanzaron llamas a través de sus gafas. Sus dedos temblaron cuando cogió el viejo pergamino. Estaba seriamente emocionado. Al fin tosió fuertemente y, con una voz grave, deletreando sucesivamente la primera letra y luego la segunda de cada palabra, me dictó la serie siguiente:

*messunkaSenrA.icefdoK.segnittamurt
ecertserrette,rotaivsadua,ednecsedsadne
lacartniüluJsiratracsarbmutabledmek
meretarcsilucoYsleffenSnI*

Confesaré que, al acabar, yo mismo estaba emocionado. Esas letras, nombradas una por una, no tenían para mí ningún sentido. Esperé por tanto que el profesor dejase caer pomposamente de sus labios una frase de una latinidad magnífica.

Pero ¡quién hubiera podido preverlo!, un violento puñetazo sacudió la mesa. Saltó la tinta, y la pluma se escapó de mis manos.

—¡No es esto! —gritó mi tío—. ¡Esto no tiene sentido común!

Luego, atravesando el gabinete como un obús, descendiendo la

escalera como un alud, se precipitó en la Königstrasse y desapareció a toda prisa.

IV

—¿Se ha marchado? —exclamó Marthe, acudiendo al ruido producido por la puerta de la calle, que, cerrada violentamente, había hecho estremecerse a toda la casa.

—Sí, en efecto, se ha ido —respondí.

—¡Bueno! ¿Y su comida? —dijo la vieja sirvienta.

—¡No comerá!

—¿Y su cena?

—¡No cenará!

—¿Cómo? —dijo Marthe juntando las manos.

—No, querida Marthe. ¡Ni él ni nadie volverá a comer en la casa! ¡Mi tío Lidenbrock nos pone a todos a dieta hasta el momento en que haya descifrado un viejo galimatías que es absolutamente indescifrable!

—¡Jesús! ¡Entonces no tendremos más remedio que morirnos de hambre!

No osé confesar que con un hombre tan absolutista como mi tío era una suerte inevitable.

La vieja sirvienta, seriamente alarmada, volvió gimiendo a su cocina.

Cuando me quedé solo, me asaltó la idea de ir a contarle todo a Graüben. Pero ¿cómo dejar la casa? El profesor podía volver de un momento a otro. ¿Y si me llamaba? ¿Y si quería reanudar aquel trabajo logográfico que se hubiera propuesto en vano al viejo Edipo[9]? Y, si yo no respondía a su llamada, ¿qué pasaría?

Lo más juicioso era quedarse. Precisamente un mineralogista de Besançon[10] acababa de enviarnos una colección de geodas silíceas que había que clasificar. Puse manos a la obra. Seleccioné, etiqueté y coloqué en sus vitrinas todas esas piedras huecas en cuyo interior brillaban pequeños cristales.

Pero esta ocupación no me absorbía. El asunto del viejo

documento no dejaba de preocuparme extrañamente. Mi cabeza ardía y me sentí preso de una vaga inquietud. Tenía el presentimiento de que se aproximaba una catástrofe.

Al cabo de una hora, las geodas estaban colocadas en sus estanterías ordenadamente. Entonces me dejé caer en el gran sillón de Utrecht, con los brazos colgando y la cabeza hacia atrás. Encendí mi pipa de larga boquilla curvada, cuya cazoleta esculpida representaba un náyade tendida indolentemente; me distraje siguiendo el progreso de la carbonización, que poco a poco iba convirtiendo a mi náyade en una negra perfecta. De vez en cuando escuchaba si se oían retumbar pasos en la escalera. Pero no. ¿Dónde podía estar mi tío en ese momento? Me lo imaginaba corriendo bajo los bellos árboles de la carretera de Altona, gesticulando, golpeando el muro con su bastón, batiendo las hierbas con brazo violento, decapitando los cardos y turbando el reposo de las cigüeñas solitarias.



¿Volvería triunfante o descorazonado? Entre el secreto y él ¿quién de los dos se llevaría el gato al agua? Mientras así me interrogaba, maquinalmente tomé entre mis manos la hoja de papel sobre la que se alargaba la incomprensible serie de letras trazadas por mí mismo. Me repetía:

—¿Qué significa esto?

Intenté agrupar aquellas letras de modo que formaran palabras. ¡Imposible! Ya estuviesen reunidas de dos en dos, de tres en tres, de cinco en cinco o de seis en seis, aquello no daba absolutamente nada inteligible. Desde luego existían la decimocuarta, la decimoquinta y decimosexta que configuraban la palabra inglesa «ice». La ochenta y cuatro, la ochenta y cinco y la ochenta y seis configuraban la palabra «sir». En fin, en el cuerpo del documento y en la tercera línea, observé también las palabras latinas «rota», «mutabile», «ira», «nec», «atra».

«¡Diablos! —pensé—. ¡Estas últimas palabras parecen dar razón a mi tío sobre la lengua del documento! E incluso en la cuarta línea veo también la palabra “luco”, que se traduce por “bosque sagrado”. También es verdad que en la tercera línea se lee la palabra “tabiled”, de carácter perfectamente hebreo, y en la última los vocablos “mer”, “arc”, “mère”, que son puramente franceses».

¡Aquello era como para perder la cabeza! ¡Cuatro idiomas diferentes en esa frase absurda! ¿Qué relación podía existir entre las palabras «hielo, señor, cólera, cruel, bosque sagrado, cambiante, madre, arco o mar»? Únicamente la primera y la última se aproximaban fácilmente: no había nada extraño en que en un documento escrito en Islandia se hablase de un «mar de hielo». Pero de ahí a comprender el resto del criptograma... eso era otra cosa.

Me debatía, pues, contra una dificultad insoluble. Mi cerebro se calentaba, mis ojos parpadeaban sobre la hoja de papel. Las ciento treinta y dos letras parecían revolotear a mi alrededor como esas lágrimas de plata que se nos deslizan en el aire en torno a la cabeza cuando la sangre afluye violentamente a ella.

Yo era presa de una especie de alucinación; me ahogaba; me faltaba el aire. Maquinalmente me abaniqué con la hoja de papel, cuyo anverso y reverso se presentaron sucesivamente a mi mirada.

¡Cuál no sería mi sorpresa cuando en una de esas pasadas rápidas, en el momento en que el anverso se volvía hacia mí, creí

ver aparecer palabras perfectamente legibles, palabras latinas, entre otras «craterem» y «terrestre»!

De pronto se hizo una luz en mi mente. Esos únicos indicios me hicieron entrever la verdad. Había descubierto el código del cifrado. ¡Para comprender el documento no era ni siquiera necesario leerlo a través de la hoja vuelta! No. Tal y como estaba, tal y como había sido dictado, podía ser deletreado normalmente. Todas las ingeniosas combinaciones del profesor se volvían realidad. ¡Había tenido razón en la disposición de las letras, y también en la lengua en que estaba escrito el documento! Le había faltado un «pelo» para poder leer de cabo a rabo la frase latina, y ese «pelo» acababa de dármelo el azar.

¡Se comprenderá fácilmente que yo estuviera emocionado! Mis ojos se nublaron. No podía ni ver. Había extendido la hoja de papel sobre la mesa. Me bastaba echar una mirada para ser el poseedor del secreto.

Al fin logré calmar mi agitación. Me impuse la obligación de dar la vuelta a la habitación dos veces para aplacar mis nervios y logré sepultarme en el amplio sillón.

—¡Leamos! —exclamé, después de haber llenado mis pulmones con una buena provisión de aire.

Me incliné sobre la mesa; posé mi dedo sucesivamente sobre cada letra y, sin pararme, sin vacilar un instante, pronuncié en voz alta la frase entera.

Pero ¡qué estupefacción, qué terror me invadió! Al principio me quedé como golpeado súbitamente. ¡Cómo! ¡Se había realizado lo que acababa de saber! ¡Un hombre había tenido la audacia suficiente para penetrar...!

—¡Ah! —grité saltando—. ¡No, no, mi tío no lo sabrá! ¡No faltaba más que llegase a conocer semejante viaje! ¡También él querría intentarlo! ¡Nada podría detenerlo! ¡Un geólogo tan decidido! ¡Se pondría en camino a pesar de todo, en contra de todo! ¡Y me llevaría con él, y no volveríamos! ¡Nunca, nunca!

Estaba en un estado de sobreexcitación difícil de pintar.

—¡No, no! Eso no ocurrirá —dije con energía—. Y puesto que puedo impedir que semejante idea se le pase por la cabeza a mi tirano, lo haré. ¡A fuerza de volver y revolver el documento, podría por azar descubrir la llave! Hay que destruirlo.

Quedaba algo de fuego en la chimenea. Cogí no sólo la hoja de papel, sino también el pergamino de Saknussem. Con mano febril iba a arrojarlo todo a los carbones y a aniquilar aquel peligroso secreto, cuando se abrió la puerta del gabinete. Apareció mi tío.

V

Quedaba algo de fuego en la chimenea. Cogí no sólo la hoja de papel, sino también el pergamino de Saknussem. Con mano febril iba a arrojarlo todo a los carbones y a aniquilar aquel peligroso secreto, cuando se abrió la puerta del gabinete. Apareció mi tío.

No tuve tiempo más que para volver a poner sobre la mesa el malhadado documento.

El profesor Lidenbrock parecía profundamente absorto. Su pensamiento dominante no le dejaba ni un instante de tranquilidad. Evidentemente había escrutado y analizado el asunto, había puesto en marcha todos los recursos de su imaginación durante su paseo y volvía para aplicar alguna nueva combinación.

En efecto, se sentó en su sillón y, pluma en ristre, empezó a establecer fórmulas que parecían un cálculo algebraico.

Yo seguía con la mirada su mano temblorosa; no perdía uno solo de sus movimientos. ¿Qué resultado inesperado podía inopinadamente producirse? Yo temblaba, y sin razón, puesto que, hallada ya la verdadera combinación, la «única», cualquier otra búsqueda resultaba forzosamente vana.

Durante tres largas horas, mi tío trabajó sin hablar, sin levantar la cabeza, borrando, rehaciendo, tachando, comenzando de nuevo mil veces.

Yo sabía bien que, si llegaba a ordenar esas letras siguiendo todas las posiciones relativas que podían ocupar, la frase acabaría por salir. Pero también sabía que solamente veinte letras pueden formar dos quintillones cuatrocientos treinta y dos cuatrillones novecientos dos trillones ocho billones ciento setenta y seis millones seiscientas cuarenta mil combinaciones. Ahora bien, había ciento treinta y dos letras en la frase, y esas ciento treinta y dos letras arrqjaban un número de frases diferentes compuesto de ciento treinta y tres cifrados por lo menos, cantidad casi imposible de

enumerar y que escapa a toda apreciación.

Me había tranquilizado sobre este método heroico de resolver el problema.

Sin embargo el tiempo transcurría; se hizo de noche; los ruidos de la calle se apaciguaron; mi tío, siempre inclinado sobre su tarea, no vio nada, ni siquiera a la buena Marthe que entreabrió la puerta; no oyó nada, ni siquiera la voz de la digna sirvienta que decía:

—¿Cenará el señor esta noche?

También Marthe tuvo que marcharse sin respuesta. Por mi parte, después de haber resistido algún tiempo, se apoderó de mí un sueño invencible y me quedé dormido en un rincón del diván, mientras mi tío Lidenbrock seguía calculando y tachando.

Cuando al día siguiente me desperté, el infatigable trabajador continuaba aún su tarea. Sus ojos enrojecidos, su tez macilenta, sus cabellos revueltos por su mano calenturienta, sus mejillas enrojecidas, indicaban claramente su terrible lucha con lo imposible, y por qué fatigas del espíritu y tensión del cerebro había pasado durante las últimas horas.

Realmente me dio lástima. A pesar de los reproches que yo creía tener derecho a hacerle, me sentía ganado por una cierta emoción. El pobre hombre estaba tan poseído por su idea que hasta se olvidaba de encolerizarse. Todas sus fuerzas se concentraban en un solo punto y, como no podían escapar por su conducto normal, era de temer que su tensión le hiciera estallar de un momento a otro.

¡Con un gesto, con una sola palabra, podía yo aflojar la tenaza de hierro que le oprimía el cráneo! Pero no dije nada.

Sin embargo, yo tenía buen corazón. ¿Por qué permanecía mudo en semejante circunstancia? En el propio interés de mi tío.

«¡No, no! —me repetía a mí mismo—. ¡No, no hablaré! Querría ir, lo conozco; nada podría detenerlo. Tiene una imaginación volcánica y, por hacer lo que otros geólogos no han hecho jamás, sería capaz de arriesgar su vida. Me callaré. Guardaré este secreto del que el azar me ha hecho dueño. ¡Descubrirlo sería matar al profesor Lidenbrock! Que lo adivine si puede. ¡No quiero reprocharme un día haberlo conducido a su perdición!».



Tomada esta resolución, me crucé de brazos y esperé. Pero no había contado con un incidente que se produjo unas horas después.

Cuando la buena Marthe quiso salir de casa para ir al mercado, encontró la puerta cerrada. La gruesa llave no estaba en la cerradura. ¿Quién la había quitado? Evidentemente mi tío cuando el día anterior regresó de su precipitada excursión.

¿Lo había hecho a propósito? ¿Había sido por descuido? ¿Quería someternos a los rigores del hambre? Esto me pareció excesivo. ¡Vaya! ¿Ibamos a ser Marthe y yo víctimas de una situación que no nos concernía en lo más mínimo? Sin duda, y me acordé de un precedente cuya naturaleza era como para asustar a cualquiera. En efecto, hacía algunos años, en una época en que mi tío trabajaba en su gran clasificación mineralógica, estuvo sin comer cuarenta y ocho horas y toda la casa tuvo que conformarse con esta dieta científica. En lo que a mí concierne, tuve unos dolores de estómago muy poco recreativos para un muchacho de naturaleza bastante voraz.

Pues bien, me pareció que el desayuno iba a esfumarse como la cena de la víspera. Sin embargo tomé la resolución de ser valiente y no ceder ante las exigencias del hambre. Marthe se lo tomaba muy en serio y la pobre mujer estaba desolada. En cuanto a mí, me preocupaba mucho más la imposibilidad de abandonar la casa, y no sin razón. Ya me entienden.

Mi tío seguía trabajando; su imaginación se perdía en un mundo de combinaciones; vivía lejos de la tierra, y verdaderamente fuera de las necesidades terrestres.

Hacia mediodía, el hambre me aguijoneó seriamente. Marthe, con toda inocencia, había devorado la víspera las provisiones de la fresquera; no quedaba absolutamente nada en la casa. Sin embargo aguanté. Era para mí una especie de cuestión de honor.

Dieron las dos. Aquello empezaba a ser ridículo, incluso intolerable. Yo abría desmesuradamente los ojos. Empecé a decirme que exageraba la importancia del documento; que mi tío no le daría crédito; que sólo vería en ello una simple mistificación; que, en el peor de los casos, lo retendríamos a su pesar si quisiera intentar la aventura; en fin, que podía descubrir por sí mismo la llave del «cifrado», y que yo habría hecho abstinencia a costa mía.

Estas razones, que yo hubiera rechazado el día anterior con

indignación, me parecieron excelentes; incluso encontré totalmente absurdo haber esperado tanto tiempo, y tomé la decisión de decírselo.

Busqué, pues, una manera de entrar en materia, no demasiado brusca, cuando el profesor se levantó, se puso el sombrero y se preparó para salir.

¡Vaya! ¡Dejar la casa y encerrarnos otra vez! ¡Nunca!

—Tío —dije.

No pareció oírme.

—¡Tío Lidenbrock! —repetí elevando la voz.

—¿Eh? —dijo como un hombre súbitamente despertado.

—Y bien ¿esa llave?

—¿Qué llave? ¿La de la puerta?

—¡No! —grité—. ¡La llave del documento!

El profesor me miró por encima de sus gafas; debió de notar sin duda algo insólito en mi fisonomía, pues me asió bruscamente por el brazo y, sin poder hablar, me interrogó con la mirada. Sin embargo jamás una pregunta fue formulada de una manera más clara.

Yo moví la cabeza de arriba a abajo.

El sacudió la suya con una especie de piedad, como si tuviera que vérselas con un loco.

Hice un gesto más afirmativo.

Sus ojos brillaron con un vivo destello; su mano se volvió amenazadora.

Aquella muda conversación en tales circunstancias hubiera llamado la atención del espectador más indiferente. Y en realidad llegué a no atreverme a hablar del miedo que tenía de que mi tío me asfixiara con sus primeros abrazos de alegría. Pero se volvió tan apremiante que tuve que responder.

—¡Sí, esa llave!... ¡El azar!...

—¡Qué dices! —gritó con una emoción indescriptible.

—Tenga —le dije presentándole la hoja de papel en la que había escrito—. Lea.

—¡Pero esto no significa nada! —respondió arrugando la hoja.

—Nada si se empieza a leer el documento por el principio, pero por el final...

¡No me había dado tiempo a terminar la frase, cuando el

profesor lanzó un grito, un verdadero rugido! Una revelación acaba de tener lugar en su pensamiento. Estaba transfigurado.

—¡Ah, ingenioso Saknussem! —gritó—. ¿Habías escrito, pues, tu frase al revés?

Y, precipitándose sobre la hoja de papel, con los ojos enturbiados, la voz emocionada, leyó todo el documento, desde la última letra hasta la primera.

Estaba concebido en los siguientes términos:

*In Sneffels Yoculis craterem kem delibat
umbra Scartaris Julii intra calendas descende,
audas viator, et terrestre centrum attinges.
Kod feci. Arne Saknussem.*

Lo que, de este mal latín, puede traducirse como sigue:

*Desciende al cráter del Yocul del
Sneffels que la sombra del Scartaris llega
a acariciar antes de las calendas de Julio,
viajero audaz, y llegarás
al centro de la tierra. Cosa que yo hice.
Arne Saknussem.*

Acabada la lectura, mi tío dio un salto como si inopinadamente hubiese tocado una botella de Leyden[11]. Resplandecía de audacia, alegría y convicción. Iba y venía, se cogía la cabeza con las manos, desplazaba las sillas, apilaba los libros, hacía malabarismos —cosa increíble— con sus valiosas geodas, lanzaba un puñetazo por aquí, una palmada por allá. Al fin sus nervios se calmaron y, como un hombre agotado por un gran gasto de fluido, se dejó caer en su sillón.

—¿Qué hora es? —preguntó tras unos instantes de silencio.

—Las tres —respondí.

—¡Vaya! Mi hora de almorzar ha pasado rápido. ¡Me muero de hambre! Vamos a la mesa. Y después...

—¿Después? —pregunté ansioso.

—Harás mi maleta.

—¿Qué? —grité.

—¡Y la tuya! —respondió el despiadado profesor entrando en el

comedor.

VI

Al escuchar estas palabras, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Sin embargo me contuve. Incluso tomé la resolución de poner buena cara. Unicamente los argumentos científicos podían detener al profesor Lidenbrock. Desde luego los había, y buenos, en contra de la posibilidad de semejante viaje. ¡Ir al centro de la tierra! ¡Qué locura! Reservé mi dialéctica para el momento oportuno y me ocupé de la comida.

Es inútil relatar las imprecaciones que pronunció mi tío ante la mesa vacía. Todo se aclaró. Devolvió la libertad a la buena Marthe. Ésta corrió al mercado y se las arregló tan bien que una hora más tarde había calmado mi hambre y volví a tomar conciencia de la situación.

Durante la comida mi tío estuvo casi alegre; se le escapaban esas bromas de sabio que jamás son demasiado peligrosas. Después del postre me indicó que le siguiera a su gabinete.

Le obedecí. Se sentó a un extremo de su mesa de trabajo y yo al otro.

—Axel —me dijo con una voz casi dulce—, eres un muchacho bastante ingenioso. Me has prestado un gran servicio en el momento en que, cansado de luchar, iba a abandonar esa combinación. ¿Por qué caminos me habría perdido? ¡Nadie puede saberlo! Jamás olvidaré esto, muchacho, y de la gloria que vamos a alcanzar tendrás tu parte.

«¡Vaya! —pensé—. Está de buen humor. Ha llegado el momento de discutir sobre esa gloria».

—Ante todo —prosiguió mi tío— te recomiendo el más absoluto secreto, ¿me entiendes? No me faltan envidiosos en el mundo de los sabios, y muchos que querrían emprender este viaje no se darán cuenta hasta nuestro regreso.

—¿Cree usted que el número de esos audaces sería tan grande?

—dije.

—¡Seguro! ¿Quién dudaría en conquistar semejante fama? ¡Si ese documento se hiciese público, un batallón de geólogos se precipitaría tras las huellas de Arne Saknussem!

—De eso no estoy tan convencido, tío, ya que nada prueba la autenticidad de ese documento.

—¡Cómo! ¿Y el libro en el que lo hemos descubierto?

—Bien, concedo que ese Saknussem haya escrito esas líneas, pero ¿se deduce de ello que haya efectuado realmente ese viaje? ¿No puede ser que ese viejo pergamino encierre una mistificación?

Casi sentí haber pronunciado esta palabra un poco atrevida. El profesor frunció sus espesas cejas y yo temí haber comprometido la continuación de esta conversación. Afortunadamente no pasó nada. Mi severo interlocutor esbozó una especie de sonrisa y respondió:

—Eso ya lo veremos.

—¡Ah! —dije un poco molesto—. Pero permítame agotar la serie de objeciones relativas a ese documento.



—Habla, muchacho, no te apures. Te dejo completa libertad para expresar tu opinión. Ya no eres mi sobrino, sino mi colega. Adelante pues.

—Bien; en primer lugar le preguntaré qué son ese Yocul, ese Sneffels y ese Scartaris de los que nunca he oído hablar.

—Nada más fácil. Precisamente he recibido hace algún tiempo un mapa de mi amigo Augustus Peterman [12], de Leipzig; no podía llegar más a tiempo. Toma el tercer atlas en la segunda tila de la gran biblioteca, serie Z, estante 4.

Me levanté, y gracias a sus precisas indicaciones encontré rápidamente el atlas requerido. Mi tío lo abrió y dijo:

—Éste es uno de los mejores mapas de Islandia, el de Handerson, y creo que va a darnos la solución de todas tus dificultades.

Me incliné sobre el mapa.

—Mira esta isla compuesta de volcanes —dijo el profesor— y observa que todos llevan el nombre de Yokul. En islandés esta palabra quiere decir «glaciar» y, bajo la latitud elevada de Islandia, la mayor parte de las erupciones se abren paso a través de las capas de hielo. De ahí esa denominación de Yokul aplicada a todos los montes ignívolos de la isla.

—Bien —respondí—. Pero ¿qué es el Sneffels?

Esperaba que para esta pregunta no hubiera respuesta. Me equivocaba. Mi tío continuó:

—Sígueme por la costa occidental de Islandia. ¿Distingues Reykjavik, su capital? Sí. Bien. Remonta los innumerables fiordos de esas orillas roídas por el mar y párate un poco más arriba del grado sesenta y cinco de latitud. ¿Qué ves ahí?

—Una especie de península parecida a un hueso descarnado que termina en una rótula enorme.

—La comparación es perfecta, muchacho. Ahora ¿no percibes nada en esa rótula?

—Sí, un monte que parece surgido del mar.

—¡Bien! Ese es el Sneffels.

—¿El Sneffels?

—El mismo. Una montaña de cinco mil pies de altura [13], una de las más notables de la isla y sin duda la más célebre del mundo entero si su cráter conduce al centro del globo.

—¡Pero eso es imposible! —exclamé, encogiéndome de hombros e indignado ante semejante suposición.

—¡Imposible! —respondió el profesor Lidenbrock con tono severo—. ¿Y eso por qué?

—Porque ese cráter está evidentemente obstruido por las lavas, las rocas ardientes, y entonces...

—¿Y si es un cráter apagado?

—¿Apagado?

—Sí. El número de volcanes en actividad en la superficie del globo sólo es en la actualidad de trescientos aproximadamente; pero la cantidad de volcanes extinguidos es bastante mayor. Ahora bien, el Sneffels se encuentra entre estos últimos y desde los tiempos históricos no ha tenido más que una única erupción, la de 1219. A partir de esa época sus rumores se han calmado poco a poco y ya no se encuentra entre los volcanes activos.

No tenía nada que responder a esas afirmaciones positivas, así que me lancé sobre los otros puntos oscuros que encerraba el documento.

—¿Qué significa la palabra Scartaris —pregunté—, y qué pintan aquí las calendas de julio?

Mi tío se tomó unos momentos de reflexión. Tuve un instante de esperanza, solamente uno, ya que pronto me respondió en estos términos:

—Lo que es para ti oscuridad es luz para mí. Esto prueba el ingenioso cuidado con que Saknussem ha querido precisar su descubrimiento. El Sneffels está formado por varios cráteres; había, pues, necesidad de indicar cuál de ellos es el que lleva al centro del globo. ¿Qué hizo el sabio islandés? Observó que, al acercarse las calendas de julio, es decir en los últimos días del mes de junio, uno de los picos de la montaña, el Scartaris, proyectaba su sombra hasta la abertura del cráter en cuestión, y consignó este hecho en su documento. ¿Podía él imaginar una indicación más exacta? Y nosotros, una vez llegados a la cima del Sneffels, ¿podríamos dudar sobre el camino que emprender?

Decididamente mi tío tenía respuesta para todo. Vi que era inatacable acerca de las palabras del viejo pergamino. Cesé, pues, presionarlo a este respecto y, como ante todo había que convencerlo, pasé a las objeciones científicas, mucho más graves a

mi juicio.

—Veamos —dije—. Reconozco forzosamente que la frase de Saknussem está clara y no ofrece la menor duda. Admito incluso que el documento tenga un aire de perfecta autenticidad. El sabio bajó al fondo del Sneffels; vio la sombra del Scartaris acariciar los bordes del cráter antes de las calendas de julio; incluso oyó contar en las leyendas de su tiempo que ese cráter llegaba al centro de la tierra; pero en cuanto a haber llegado él mismo, en cuanto a haber hecho el viaje y haber regresado, si es que lo emprendió, ¡no y mil veces no!

—¿Y por qué razón? —dijo mi tío con un tono particularmente burlón.

—¡Todas las teorías de la ciencia demuestran que semejante empresa es impracticable!

—¿Todas las teorías dicen eso? —respondió el profesor tomando un aire bonachón—. ¡Ah, qué teorías más feas! ¡Sí que van a darnos guerra esas pobres teorías!

Vi que estaba burlándose de mí, pero continué a pesar de todo:

—¡Sí! Es perfectamente conocido que el calor aumenta aproximadamente un grado por cada sesenta pies de profundidad bajo la superficie del globo. Por tanto, admitiendo esta proporcionalidad constante y dado que el radio terrestre tiene mil quinientas leguas, en el centro existe una temperatura que sobrepasa los doscientos mil grados. Las materias del interior de la tierra se encuentran, pues, en estado de gas incandescente, ya que los metales, el oro, el platino, las rocas más duras no resisten semejante calor. ¡Por ello tengo derecho a preguntar si existe la posibilidad de penetrar en tal lugar!

—Así pues, Axel, ¿lo que te inquieta es el calor?

—Sin duda. Si llegásemos a una profundidad de diez leguas solamente, habríamos alcanzado el límite de la corteza terrestre, pues ya la temperatura es superior a mil trescientos grados.

—¿Y tienes miedo de entrar en fusión?

—Le dejo a usted la decisión del asunto —le respondí con humor.

—He aquí la decisión que he tomado —replicó el profesor Lidenbrock tomando aires de importancia—: que ni tú ni nadie sabe con certeza qué es lo que ocurre en el interior del globo, teniendo

en cuenta que apenas se conoce la docemilésima parte de su radio; que la ciencia es eminentemente perfectible y que cada teoría queda incesantemente destruida por una teoría nueva. ¿No se creyó, hasta Fourier[14], que la temperatura de los espacios planetarios iba siempre en disminución, y no se sabe hoy que los fríos más agudos de las regiones etéreas no sobrepasan cuarenta o cincuenta grados bajo cero? ¿Por qué no podría suceder lo mismo con el calor interno? ¿Por qué, a determinada profundidad, no alcanzaría un límite infranqueable en vez de elevarse hasta el grado de fusión de los minerales más refractarios?

Habiendo planteado mi tío la cuestión en el terreno de las hipótesis, no tuve nada que responder.

—Pues bien, te diré que verdaderos sabios, Poisson[15] entre otros, han probado que, si existiera un calor de doscientos mil grados en el interior del globo, los gases incandescentes procedentes de las materias fundidas adquirirían tal elasticidad, que la corteza terrestre no podría resistirlo y estallaría como las paredes de una caldera bajo la fuerza del vapor.

—Es la opinión de Poisson, tío, eso es todo.

—De acuerdo, pero también otros distinguidos geólogos opinan que el interior del globo no está formado ni por gases, ni por agua, ni por las más pesadas piedras que conozcamos, ya que en ese caso la tierra tendría un peso dos veces menor.

—¡Oh, con las cifras se puede probar todo lo que se quiera!

—Y con los hechos, muchacho, ¿ocurre lo mismo? ¿No está comprobado que el número de volcanes ha disminuido considerablemente desde los primeros días del mundo? Y si el calor central existe, ¿no podemos llegar a la conclusión de que tiende a debilitarse?

—Tío, si entramos en el campo de las suposiciones, no tengo más que discutir.

—Y yo tengo que decir que a mi opinión se unen las de personas muy competentes. ¿Te acuerdas de una visita que me hizo el célebre químico inglés Humphry Davy[16] en 1825?

—En absoluto, ya que yo no vine al mundo hasta diecinueve años después.

—Pues bien, Humphry Davy vino a verme a su paso por Hamburgo. Discutimos largo tiempo, entre otras cuestiones, la

hipótesis de la liquidez del núcleo interior de la tierra. Los dos estábamos de acuerdo en que esta liquidez no podía existir por una razón a la que la ciencia jamás ha encontrado respuesta.

—¿Cuál? —dije un poco extrañado.

—¡Pues que esa masa líquida estaría sometida, como el océano, a la atracción de la luna, y consecuentemente, dos veces por día, se producirían mareas interiores que, elevando la corteza terrestre, darían lugar a temblores de tierra periódicos!

—Pero no obstante es evidente que la superficie del globo fue sometida a combustión, y es lícito suponer que la corteza exterior se enfrió primero mientras que el calor se refugiaba en el centro.

—Error —respondió mi tío—. La tierra se calentó por la combustión de su superficie, no de otra manera. La superficie estaba compuesta por gran cantidad de metales, tales como el potasio y el sodio, que tienen la propiedad de inflamarse al solo contacto con el aire y el agua; estos metales se incendiaron cuando los vapores atmosféricos se precipitaron en forma de lluvia sobre el suelo, y poco a poco, cuando las aguas penetraron en las fisuras de la corteza terrestre, provocaron nuevos incendios con explosiones y erupciones. De ahí que los volcanes fueran tan numerosos en los primeros días del mundo.

—¡He ahí una hipótesis ingeniosa! —exclamé un poco a mi pesar.

—Y que Humphry Davy me hizo patente aquí mismo con un experimento muy simple. Fabricó una bola metálica hecha principalmente con los metales de los que acabo de hablarte y que representaba perfectamente nuestro globo; cuando se hacía caer una fina lluvia en la superficie, ésta se dilataba, se oxidaba y formaba una pequeña montaña; se abría un cráter en su cima, se producía la erupción y extendía a toda la bola tal calor que era imposible sostenerla en la mano.

Realmente, yo comenzaba a estar conmovido por los argumentos del profesor. Por otra parte, los hacía valer con su pasión y su entusiasmo habituales.

—Ya lo ves, Axel —añadió—. El estado del núcleo central ha levantado hipótesis diversas entre los geólogos. Nada menos probado que este hecho del calor interno. Para mí, no existe ni podrá existir. Además, lo veremos y, como Arne Saknussemm,

sabremos a qué atenernos sobre esta importante cuestión.

—Pues bien ¡sí! —respondí, sintiéndome ganar por ese entusiasmo—. Sí, lo veremos, si es que allí se ve.

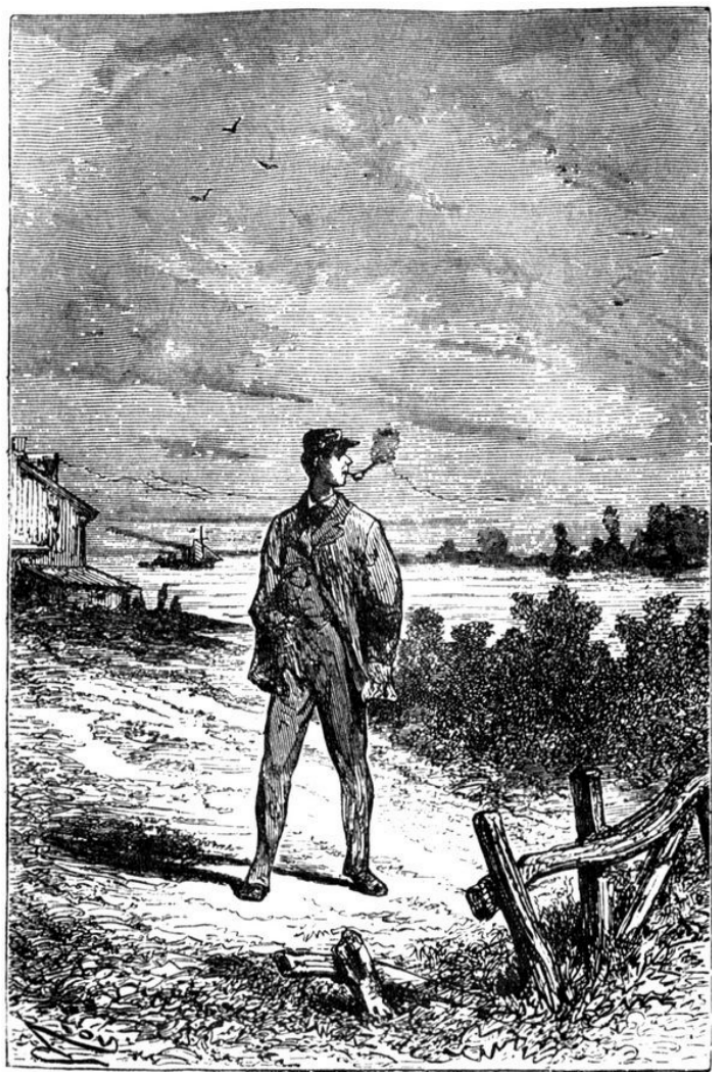
—¿Y por qué no? ¿No podemos contar con fenómenos eléctricos para alumbrarnos, e incluso con la atmósfera, cuya presión puede volverla luminosa al acercarse al centro?

—Sí —dije—, sí. Después de todo, es posible.

—Es seguro —respondió triunfalmente mi tío—. Pero silencio, ¿comprendes? Silencio sobre todo esto, y que a nadie se le pase por la imaginación la idea de descubrir antes que nosotros el centro de la tierra.

VII

Así acabó aquella memorable sesión. La conversación me dio fiebre. Salí del gabinete de mi tío como atontado, y no había suficiente aire en las calles de Hamburgo para reponerme. Me dirigí a la orilla del Elba por el lado del transbordador de vapor que pone en comunicación la ciudad con el ferrocarril de Harburg [17].



¿Estaba convencido de lo que acababa de conocer? ¿No había sufrido el dominio del profesor Lidenbrock? ¿Debía tomar en serio su resolución de ir al centro del macizo terrestre? ¿Acababa de escuchar las especulaciones insensatas de un loco o las deducciones científicas de un gran genio? En todo ello ¿dónde acababa la verdad y dónde comenzaba el error?

Flotaba entre mil hipótesis contradictorias sin poder agarrarme a ninguna.

Sin embargo me acordaba de haber quedado convencido, aunque mi entusiasmo comenzase a atenuarse. Hubiera deseado partir inmediatamente y no tener tiempo de reflexionar. Sí, el valor no me hubiera faltado para cerrar la maleta en ese momento.

Tengo, no obstante, que confesar que una hora más tarde esa sobreexcitación decayó; mis nervios se distendieron, y de los abismos profundos de la tierra subí a su superficie.

—¡Es absurdo! —exclamé—. Esto no tiene sentido común. No es una proposición seria para un muchacho sensato. Nada de esto existe. He dormido mal, he tenido una pesadilla.

Entre tanto había seguido las orillas del Elba y dado la vuelta a la ciudad. Después de haber subido por el puerto había llegado a la carretera de Altona. Me conducía un presentimiento, un presentimiento justificado, ya que divisé en seguida a mi pequeña Graüben, quien, con su paso ágil, volvía resueltamente a Hamburgo.

—¡Graüben! —grité de lejos.

La joven se paró, un poco turbada me imagino, al oír que la llamaban así en medio de una carretera. En diez pasos estuve a su lado.

—¡Axel! —dijo sorprendida—. ¡Ah! ¡Has venido a mi encuentro! Eso está muy bien, caballero.

Pero al mirarme, Graüben no pudo dejarse engañar por mi aspecto inquieto, trastornado.

—¿Qué tienes? —dijo, tendiéndome la mano.

—¡Que qué tengo, Graüben! —exclamé.

En dos segundos y en tres frases mi linda virlandesa estaba al corriente de la situación. Durante algunos instantes guardó silencio. ¿Palpitaba su corazón tanto como el mío? Lo ignoro, pero su mano no temblaba en la mía. Dimos un centenar de pasos sin hablar.

—¡Axel! —dijo al fin.

—¡Mi querida Graüben!

—Será un bonito viaje.

Salté ante aquellas palabras.

—Sí, Axel, un viaje digno del sobrino de un sabio. Está bien que un hombre se distinga por alguna gran empresa.

—¡Pero, Graüben! ¿Es que no me vas a disuadir de intentar semejante expedición?

—No, querido Axel. Yo os acompañaría de buena gana a tu tío y a ti, si una pobre chica no fuese un estorbo para vosotros.

—¿Lo dices de verdad?

—Lo digo de verdad.

¡Ah, mujeres, jovencitas, corazones femeninos siempre incomprensibles! ¡Cuando no sois los seres más tímidos, sois los más valientes! La razón no tiene nada que hacer con vosotras. ¡Vaya, esta niña me alentaba a tomar parte en la expedición! ¡Ella no hubiera temido intentar la aventura! ¡Y me empujaba a mí, a quien ella sin embargo amaba!

Estaba desconcertado y, por qué no decirlo, avergonzado.

—Graüben —continué—, ya veremos si mañana hablas del mismo modo.

—Mañana, querido Axel, hablaré igual que hoy.

Graüben y yo, cogidos de la mano pero en profundo silencio, continuamos nuestro camino. Estaba destrozado por las emociones del día.

«Después de todo —pensé—, las calendas de julio todavía están lejos, y de aquí a entonces ocurrirán muchos acontecimientos que curarán a mi tío de su manía de viajar bajo la tierra».

Cuando llegamos a la casa de Königstrasse, era ya de noche. Yo esperaba encontrar la vivienda tranquila, a mi tío acostado según su costumbre y a la buena Marthe dando la última pasada de plumero al comedor.

Pero no había contado con la impaciencia del profesor. Lo encontré gritando, agitándose en medio de una cuadrilla de mozos de equipajes que descargaban varias mercancías en el paseo. La vieja sirvienta no sabía dónde tenía la cabeza.



—¡Ven de una vez, Axel! ¡Date prisa, infeliz! —gritó mi tío en cuanto me divisó de lejos—. ¡Tu maleta sin hacer, mis papeles no están en orden, no encuentro la llave de mi bolso de viaje y mis polainas no llegan!

Me quedé estupefacto. Me faltaba la voz. Apenas si mis labios pudieron articular estas palabras:

—¿Nos vamos entonces?

—Sí, infeliz. ¡Y tú vas a pasearte en vez de estar aquí!

—¿Nos marchamos? —repetí con voz desfallecida.

—Sí, pasado mañana por la mañana, a primera hora.

No pude escuchar más y corrí a refugiarme en mi pequeña habitación.

Ya no cabía duda. Mi tío acababa de emplear la tarde en procurarse una parte de los objetos y utensilios necesarios para su viaje; la acera estaba atestada de escalas de cuerda, Cuerdas de nudos, antorchas, cantimploras, crampones[18] de hierro, picos, bastones guarnecidos de hierro, zapapicos, en cantidad suficiente para cargar a diez hombres por lo menos.

Pasé una noche atroz. Al día siguiente me llamaron muy temprano. Estaba decidido a no abrir la puerta. Pero ¿cómo resistir a la dulce voz que pronunciaba estas palabras: «Querido Axel»?

Salí de mi habitación. Pensaba que mi aspecto descompuesto, mi palidez, mis ojos enrojecidos por el insomnio iban a producir efecto en Graüben y a cambiar sus ideas.

—¡Ah, querido Axel! —me dijo—. Veo que te encuentras mejor y que la noche te ha calmado.

—¡Calmado! —exclamé.

Me precipité hacia el espejo. ¡Pues bien, tenía mejor cara de lo que suponía! Era para no creerlo.

—Axel —me dijo Graüben—, he hablado largo rato con mi tutor. Es un sabio intrépido, un hombre de gran valor y, como bien sabes, tú llevas su sangre en las venas. Me ha contado sus proyectos, sus esperanzas, por qué y cómo espera llegar a su meta. Lo conseguirá, no tengo ninguna duda. ¡Ah, querido Axel, qué bello es consagrarse así a la ciencia! ¡Qué gloria aguarda al señor Lidenbrock y repercutirá en su compañero! Al regreso, Axel, serás un hombre, su igual, libre para hablar, libre para actuar, libre al fin para...

La joven, enrojeciendo, no terminó su frase. Sus palabras me

reanimaban. Sin embargo me negaba todavía a creer en nuestra partida. Arrastré a Graüben al gabinete del profesor.

—Tío —le dije—, ¿está por fin decidida nuestra marcha?

—¡Cómo! ¿Acaso lo dudas?

—No —dije para no contrariarlo—. Unicamente quisiera saber quién nos mete prisa.

—¡Pues el tiempo! ¡El tiempo que huye con una velocidad irrecuperable!

—Sin embargo, no estamos más que a 26 de mayo, y hasta finales de junio...

—¡Eh! ¿Y crees tú, ignorante, que se llega tan fácilmente a Islandia? Si no te hubieras marchado como un loco, te habría llevado a la delegación de Copenhague de Liffender y Co. Ahí te hubieras enterado de que entre Copenhague y Reykjavik solamente existe un servicio, el 22 de cada mes.

—¿Y qué?

—¡Y qué! ¡Que si esperásemos al 22 de junio llegaríamos demasiado tarde para ver la sombra del Scartaris acariciar el cráter del Sneffels! Por tanto hay que llegar a Copenhague lo más rápidamente posible para buscar un medio de transporte. ¡Ve a hacer tu maleta!

No había nada que replicar. Volví a subir a mi habitación. Graüben me siguió. Fue ella quien se encargó de poner en orden en una pequeña maleta los objetos necesarios para mi viaje. No estaba más emocionada que si se hubiera tratado de un paseo a Lübeck o a Heligoland[19]. Sus pequeñas manos iban y venían sin precipitación. Charlaba con calma. Me exponía las más sensatas razones en favor de nuestra expedición. Me fascinaba y sentía una gran cólera hacia ella. En algunos momentos quería enfurecerme, pero ella no se enteraba y continuaba metódicamente su tranquila tarea.

Por fin fue abrochada la última correa de la maleta. Descendí a la planta baja.

Durante aquel día, los proveedores de instrumentos de física, armas y aparatos eléctricos se habían multiplicado. La buena Marthe perdía la cabeza.

—¿Es que el señor se ha vuelto loco? —me dijo.

Hice un signo afirmativo.

—¿Y lo lleva a usted con él?

La misma afirmación.

—¿Adonde?

Indiqué con el dedo el centro de la tierra.

—¿A la bodega? —exclamó la vieja sirvienta.

—No —dije al fin—. ¡Más abajo!

Llegó la noche. Yo había perdido la conciencia del tiempo transcurrido.

—Hasta mañana —dijo mi tío—. Saldremos a las seis en punto.

A las diez caí en mi cama como una masa inerte.

Durante la noche volvieron a asaltarme mis temores.

¡La pasé soñando con simas! Era presa del delirio. ¡Me sentía oprimido por la vigorosa mano del profesor, arrastrado, sumido en abismos, hundido! Caía al fondo de precipicios insondables con esa velocidad creciente de los cuerpos abandonados en el espacio. Mi vida no era más que una caída interminable.

Me desperté a las cinco, roto de cansancio y de emoción. Bajé al comedor. Mi tío estaba a la mesa. Devoraba. Lo miré con un sentimiento de horror. Pero Graüben estaba allí. No dije nada. No pude comer.

A las cinco y media, se escucharon unas ruedas en la calle. Un amplio coche llegaba para conducirnos al ferrocarril de Altona. Pronto estuvo atestado con los paquetes de mi tío.

—¿Y tu maleta? —me dijo.

—Está lista —respondí, desfalleciendo.

—¡Pues date prisa en bajarla o vas a hacernos perder el tren! Luchar contra mi destino me pareció entonces imposible. Subí a mi habitación y, dejando que mi maleta se deslizara por los peldaños de la escalera, me lancé tras ella.



En ese momento mi tío ponía solemnemente en manos de Graüben «las riendas» de su casa. Mi linda virlandesa conservaba su calma habitual. Besó a su tutor, pero no pudo retener una lágrima al rozar mi mejilla con sus dulces labios.

—¡Graüben! —exclamé.

—Ve, querido Axel, ve —me dijo—. Dejas a tu prometida, pero al regreso encontrarás a tu esposa.

Estreché a Graüben en mis brazos y tomé asiento en el coche. Marthe y la joven, desde el umbral de la puerta, nos dirigieron un último adiós. Después los dos caballos, azuzados por el silbido de su conductor, se lanzaron al galope por la carretera de Altona.

VIII

Altona, verdadero suburbio de Hamburgo, es cabeza de línea del ferrocarril de Kiel, el cual debía conducirnos a orillas de los Belt[20]. En menos de veinte minutos, entrábamos en el territorio del Holstein.

A las seis y media el coche se paró delante de la estación. Los numerosos paquetes de mi tío, sus voluminosos artículos de viaje, fueron descargados, transportados, pesados, etiquetados y vueltos a cargar en el vagón de equipajes, y a las siete estábamos sentados uno frente al otro en el mismo compartimento. El vapor silbó y la locomotora se puso en movimiento. Habíamos salido.

¿Estaba resignado? Todavía no. Sin embargo el aire fresco de la mañana, los pormenores de la ruta, rápidamente renovados por la velocidad del tren, me distraían de mi gran preocupación.

En cuanto al pensamiento del profesor, precedía evidentemente a aquel convoy, demasiado lento para su gusto impaciente. Estábamos solos en el vagón pero no hablábamos. Mi tío pasaba revista a sus bolsillos y a su bolso de viaje con una minuciosa atención. Pude observar que no le faltaba ninguna de las piezas necesarias para la ejecución de sus proyectos.

Llevaba, entre otras cosas, una hoja de papel doblada con cuidado, con el encabezamiento de la cancillería danesa y la firma del señor Christensen, cónsul en Hamburgo y amigo del profesor. Este papel debía darnos todas las facilidades para obtener en Copenhague recomendaciones para el gobernador de Islandia.

Vislumbré también el famoso documento cuidadosamente escondido en el bolsillo más secreto del portafolios. Lo maldije desde el fondo de mi corazón y me puse otra vez a observar la región. Era una vasta serie de llanuras poco curiosas, monótonas, cenagosas y bastante fecundas. Unos campos muy favorables para la instalación de una línea férrea y propicia a esas rectas tan

codiciadas por las compañías de ferrocarril.

No me dio tiempo a cansarme de esta monotonía, ya que tres horas después de nuestra salida el tren se paró en Kiel, a dos pasos del mar.

Como nuestros equipajes estaban facturados para Copenhague, no tuvimos que ocuparnos de ellos. Sin embargo el profesor los siguió con una mirada inquieta durante su transporte al barco de vapor. Una vez allí, desaparecieron en el fondo de la bodega.

Mi tío, en su precipitación, había calculado tan bien las horas de transbordo del tren al barco, que nos quedaba un día entero libre. El vapor *Ellenora* no salía hasta la noche. De ahí una fiebre de nueve horas, durante la cual el irascible viajero dio a todos los diablos a la administración de los barcos y de los ferrocarriles, y a los gobiernos que toleraban semejantes abusos. Tuve que hacer coro con él cuando la emprendió con el capitán del *Ellenora* a este respecto. Quería obligarlo a prepararse a partir sin perder un instante. El otro lo mandó a paseo.

En Kiel, como en cualquier otra parte, tiene que pasar el día. A fuerza de pasearnos por las verdes orillas de la bahía, en cuyo fondo se levanta la pequeña ciudad, de recorrer los bosques frondosos que le dan la apariencia de un nido en un haz de ramas, de admirar las quintas provistas cada una de su pequeña caseta de baños fríos, en resumen, de correr y refunfuñar, dieron las diez de la noche.

Los remolinos de humo del *Ellenora* se extendían por el cielo; el puente temblaba bajo los estremecimientos de la caldera; estábamos a bordo y éramos propietarios de dos literas instaladas en el único camarote del barco.

A las diez y cuarto las amarras fueron soltadas y el vapor se deslizó rápidamente sobre las sombrías aguas del Gran Belt.

La noche estaba oscura; había buena brisa y la mar estaba gruesa; en medio de las tinieblas aparecieron algunas luces de la costa; más tarde, no sé dónde, un faro destelló por encima de las aguas; eso fue todo lo que quedó en mi recuerdo de esta primera travesía.

A las siete de la mañana desembarcamos en Korsör, pequeña ciudad situada en la costa occidental de Seeland. Allí saltamos del barco a otro tren que nos llevó a través de una región no menos llana que los campos del Holstein.

Todavía nos quedaban tres horas de viaje antes de alcanzar la capital de Dinamarca. Mi tío no había pegado ojo en toda la noche. Creo que, en su impaciencia, empujaba el vagón con los pies.

Al fin vio un jirón de mar.

—¡El Sund! —exclamó.

A nuestra izquierda se levantaba una gran construcción que parecía un hospital.

—Es un manicomio —dijo uno de nuestros compañeros de viaje.

«Bueno —pensé—. ¡He ahí un establecimiento en que podríamos terminar nuestros días! ¡Y, por grande que sea, ese hospital aún sería demasiado pequeño para contener toda la locura del profesor Lidenbrock!».

Por fin, a las diez de la mañana pisábamos tierra en Copenhague. Los equipajes fueron cargados en un coche y conducidos, junto con nosotros, al hotel Phoenix en Bred-Gale.

Tardamos una media hora, ya que la estación está situada fuera de la ciudad. Después mi tío, tras asearse brevemente, me arrastró consigo. El conserje del hotel hablaba alemán e inglés, pero el profesor, en su calidad de políglota, le interrogó en buen danés, y en buen danés le indicó aquél la situación del Museo de Antigüedades del Norte.

El director de aquel curioso establecimiento, donde se acumulan maravillas que permitirían la reconstrucción de la historia del país, con sus viejas armas de piedra, sus copas medievales y sus joyas, era el profesor Thomson, un sabio, amigo del cónsul de Hamburgo.

Mi tío tenía para él una calurosa carta de recomendación. En general un sabio recibe bastante mal a otro. Pero en este caso no ocurrió así. El señor Thomson, como hombre servicial, acogió cordialmente al profesor Lidenbrock e incluso a su sobrino. No es necesario decir que su secreto fue celosamente guardado ante el excelente director del Museo. Simplemente queríamos visitar Islandia como aficionados desinteresados.

El señor Thomson se puso enteramente a nuestra disposición y recorrimos los muelles en busca de un buque a punto de partir.

Yo esperaba que no hubiera absolutamente ningún medio de transporte; pero no fue así. Una pequeña goleta danesa, la *Valkiria*, debía hacerse a la mar el 2 de junio rumbo a Reykjavik. El capitán,

señor Bjarne, se encontraba a bordo. En su alegría, su futuro pasajero le estrechó la mano hasta triturársela. Aquel buen hombre se quedó un poco extrañado de semejante apretón. A él le parecía elemental ir a Islandia, puesto que era su oficio. A mi tío le parecía sublime. El digno capitán se aprovechó de este entusiasmo para hacernos pagar el doble por el pasaje en su navío. Pero nosotros no reparábamos en detallitos.

—Estén ustedes a bordo el martes, a las siete de la mañana —dijo el señor Bjarne después de haberse embolsado un respetable número de billetes.

Dimos las gracias al señor Thomson por sus servicios y regresamos al hotel Phoenix.

—¡Esto va bien! ¡Esto va muy bien! —repetía mi tío—. ¡Qué feliz casualidad el haber encontrado ese barco listo para zarpar! Ahora vamos a almorzar y después a visitar la ciudad.

Fuimos a Kongens-Nye-Torw, plaza irregular donde existe un cuartelito con dos inocentes cañones sujetos al suelo que no asustan a nadie. Muy cerca, en el n.º 5, había un restaurante francés regentado por un cocinero llamado Vincent; allí almorzamos bastante bien por el módico precio de cuatro marcos cada uno [21].

A continuación, me entraron ganas de recorrer la ciudad como un niño. Mi tío se dejaba pasear. Por lo demás no vio nada, ni el insignificante palacio real; ni el bonito puente del siglo XVII que cruza el canal delante del Museo; ni el inmenso cenotafio de Torwaldsen [22], adornado con horribles pinturas murales y que en su interior encierra las obras de ese escultor; ni, en un parque bastante bello, el pequeño castillo de Rosenborg; ni el admirable edificio estilo renacimiento de la Bolsa; ni su campanario, hecho con las colas entrelazadas de cuatro dragones de bronce; ni los grandes molinos de las murallas, cuyas enormes aspas se hinchaban como velas de un arco bajo el viento del mar.

¡Qué deliciosos paseos habríamos dado mi linda virlandesa y yo por el puerto, donde los barcos de dos puentes y las fragatas dormían apaciblemente bajo su techumbre roja; sobre los verdeantes bordes del estrecho, a través de esas frondosas enramadas en el seno de las cuales se esconde la ciudadela, cuyos cañones alargan su boca negruzca entre las ramas de los saúcos y de los sauces!

Pero desgraciadamente mi pobre Graüben se encontraba lejos, y ¿podía esperar yo volver a verla?

Sin embargo, si mi tío no se fijó en ninguno de estos encantadores lugares, le llamó poderosamente la atención la vista de cierto campanario situado en la isla de Amak, que forma el barrio suroeste de Copenhague.

Me ordenó que dirigiéramos nuestros pasos hacia aquel lado; subí en una pequeña embarcación de vapor que hacía el recorrido de los canales, y en un instante atracó en el muelle de Dock-Yard.

Después de haber atravesado algunas calles estrechas donde los galeotes, vestidos con pantalones medio amarillos, medio grises, trabajaban bajo el palo de los cómitres, llegamos delante de Vor-Frelzers-Kirk. Aquella iglesia[23] no ofrecía nada notable. Pero su campanario, bastante elevado, había llamado la atención del profesor porque, desde la plataforma, una escalera exterior circundaba su flecha, y su espiral se desplegaba al aire libre.



—Subamos —dijo mi tío.

—Pero ¿y el vértigo? —le repliqué.

—Razón de más. Hay que habituarse.

—Sin embargo...

—Ven, te digo, no perdamos tiempo.

Hubo que obedecer. Un guarda que vivía al otro lado de la calle nos entregó una llave y la ascensión comenzó.

Mi tío me precedía con paso vivo. Yo lo seguía no sin terror, pues la cabeza me daba vueltas con una facilidad deplorable. No tenía el equilibrio de las águilas ni la insensibilidad de sus nervios.

Mientras estuvimos presos en la escalera interior, todo fue bien. Pero tras ciento cincuenta escalones el aire me dio en el rostro: habíamos llegado a la plataforma del campanario. Allí comenzaba la escalera aérea, protegida por una frágil barandilla, y cuyos escalones, cada vez más estrechos, parecían subir hacia el infinito.

—¡No podré hacerlo jamás! —grité.

—¿Es que acaso eres un cobarde? ¡Sube! —respondió despiadadamente el profesor.

Por fuerza tuve que seguirlo agarrándome. El fuerte viento me aturdí; sentía oscilar el campanario bajo sus ráfagas; mis piernas flaqueaban; pronto me encontré trepando sobre las rodillas y luego sobre el vientre; cerré los ojos; sentía vértigo.

Al fin, tirándome mi tío del cuello, llegué cerca de la bola.

—¡Mira —me dijo—, y mira bien! ¡Hay que tomar *lecciones de abismo*!

Abrí los ojos. Vi las casas achatadas y como aplastadas por una caída, en medio de la niebla de las humaredas. Por encima de mí, pasaban nubes desgredadas y, por una inversión óptica, me parecían inmóviles, mientras que el campanario, la bola y yo éramos arrastrados a una velocidad fantástica. A lo lejos, por un lado se extendía la campiña verde y por el otro destellaba el mar bajo un haz de rayos. El Sund se desplegaba en la punta de Elsinor [24] con algunas velas blancas, verdaderas alas de gaviota, y en la bruma del este ondulaban las costas, apenas difuminadas, de Suecia. Toda esta inmensidad giraba ante mis ojos.

Sin embargo tuve que levantarme, mantenerme derecho, y mirar. Mi primera lección de vértigo duró una hora. Cuando al fin me fue permitido bajar y poner las pies en el sólido empedrado de

las calles, estaba lleno de agujetas.

—Mañana volveremos a empezar —dijo el profesor.

Y en efecto, durante cinco días repetí aquel ejercicio vertiginoso, y quieras que no hice progresos sensibles en el arte de «las altas contemplaciones».

IX

Llegó el día de la marcha. La víspera, el complaciente señor Thomson nos había entregado cartas de recomendación para el conde Trampe, gobernador de Islandia, el señor Pictursson, coadjutor del obispo, y el señor Finsen, alcalde de Reykjawik. En compensación, mi tío le otorgó los más calurosos apretones de manos.

El 2, a las seis de la mañana, nuestropreciado equipaje era llevado a bordo de la *Valkiria*. El capitán nos condujo a unas cabinas bastante estrechas colocadas bajo una especie de carroza [25].

—¿Tenemos buen viento? —preguntó mi tío.

—Excelente —respondió el capitán Bjarne—; viento del sureste. Vamos a salir del Sund casi con el viento en popa y a toda vela.

Algunos instantes más tarde, la goleta, con el trinquete, la cangreja, la gavia y el juanete desplegados, aparejó y entró a todo trapo en el estrecho. Una hora después la capital de Dinamarca parecía hundirse en las olas lejanas, y la *Valkiria* rozaba las costas de Elsinor. En el estado de nervios en que estaba, esperaba ver la sombra de Hamlet errando por la legendaria terraza.

«¡Loco sublime! —me decía—. ¡Tú nos darías sin duda tu aprobación! ¡Y es posible que nos siguieras para buscar en el centro del globo una solución a tu eterna duda!».

Pero nadie apareció en las antiguas murallas. El castillo, por otra parte, es bastante más joven que el heroico príncipe de Dinamarca. Ahora sirve de suntuosa conserjería al portero de ese estrecho del Sund, por el que cada año pasan quince mil navíos de todas las naciones.

El castillo de Krongborg desapareció rápidamente en la bruma, así como la torre de Helsingborg que se eleva en la orilla sueca, y la goleta se inclinó ligeramente bajo el soplo de las brisas del

Cattegat [26].

La *Valkiria* era un buen velero, pero con un barco de vela no siempre se sabe qué puede ocurrir. Transportaba a Reykjavik carbón, útiles de menaje, alfarería, prendas de lana y un cargamento de trigo. Una tripulación de cinco hombres, todos daneses, era suficiente para manejarla.

—¿Cuánto durará la travesía? —preguntó mi tío al capitán.

—Unos diez días —respondió este último—, si no encontramos demasiados vendavales del noroeste al pasar por las Feroe [27].

—Pero, en fin, ¿no existe el riesgo de tener retrasos considerables?

—No, señor Lidenbrock; esté tranquilo, llegaremos.

Al anochecer, la goleta dobló el cabo Skagen en la punta norte de Dinamarca, atravesó durante la noche el Skager-Rak, costeó el extremo de Noruega por el cabo de Lindness y salió al mar del Norte.

Dos días después teníamos a la vista las costas de Escocia a la altura de Peterheade y la *Valkiria* se dirigió hacia las Feroe pasando entre las Orcadas y las Seethland [28].

Pronto nuestra goleta fije azotada por las olas del Atlántico; tuvo que zigzaguear contra el viento del norte y, no sin trabajo, alcanzó las Feroe. El 8, el capitán reconoció Myganness, la más oriental de estas islas, y a partir de aquel momento puso rumbo al cabo Portland situado en la costa meridional de Islandia.

La travesía no ofreció ningún incidente notable. Soporté bastante bien las adversidades del mar. Mi tío, para gran despecho suyo y aún mayor vergüenza, no dejó de sentirse enfermo.

No pudo por lo tanto asediar al capitán Bjarne sobre la cuestión del Sneffels, los medios de comunicación, las facilidades de transporte; tuvo que posponer esas explicaciones para su llegada y pasó todo el tiempo tendido en su cabina, cuyos mamparos crujían a causa del fuerte bamboleo. Hay que reconocer que se merecía un poco su suerte.

El 11, avistamos el cabo Portland. El tiempo, claro entonces, permitió distinguir el Myrdals Yokul, que lo domina. El cabo se compone de un grueso cerro de pendientes empinadas plantado solo en medio de la playa.

La *Valkiria* se mantuvo a una distancia razonable de las costas,

continuando hacia el oeste en medio de grandes rebaños de ballenas y tiburones. Pronto apareció una inmensa roca horadada de parte a parte, a través de la cual el mar espumoso batía con furia. Los islotes de Westman parecían surgir del océano como un sembrado de rocas sobre una llanura líquida. A partir de ese momento la goleta se alejó para doblar a buena distancia el cabo Reykjaness, que forma el ángulo occidental de Islandia.

El mar, muy fuerte, impedía a mi tío subir al puente para admirar esas costas recortadas y azotadas por los vientos del suroeste.

Cuarenta y ocho horas después, al salir de una tempestad que forzó a la goleta a huir con las velas recogidas, vimos al este la baliza de la punta Skagen, cuyas peligrosas rocas se prolongan a gran distancia bajo las aguas. Un piloto islandés subió a bordo y tres horas más tarde la *Valkiria* fondeaba ante Reykjavik en la bahía de Faxa.



El profesor salió al fin de su cabina, un poco pálido, un poco descompuesto, pero siempre entusiasta y con una mirada de satisfacción en los ojos.

La población de la ciudad, particularmente interesada por la llegada de un navío en el cual cada uno tenía algo que retirar, se agrupaba en el muelle.

Mi tío tenía prisa por abandonar su prisión flotante, por no decir su hospital. Pero, antes de dejar el puente de la goleta, me arrastró a proa y me señaló con el dedo, en la parte septentrional de la bahía, una alta montaña con dos picos, un doble cono cubierto de nieves eternas.

—¡El Sneffels! —exclamó—. ¡El Sneffels!

Luego, tras haberme recomendado con un gesto silencio absoluto, bajó al bote, que lo esperaba. Lo seguí, y pronto pisábamos el suelo de Islandia.

Primero apareció un hombre de buena figura vestido con uniforme de general. Sin embargo no era más que un simple magistrado, el gobernador de la isla, el señor barón Trampe[29] en persona. El profesor se dio cuenta inmediatamente de quién era. Entregó al gobernador las cartas de Copenhague y se estableció en danés una corta conversación a la que yo, por razones evidentes, permanecí ajeno. Pero de este primer contacto resultó que el barón Trampe se ponía enteramente a disposición del profesor Lidenbrock.

Mi tío fue recibido muy amablemente por el alcalde, señor Finsen, no menos militar por su traje que el gobernador, pero también pacífico por su temperamento y su condición.

En cuanto al coadjutor, señor Pictursson, en ese momento realizaba una visita episcopal a la circunscripción del Norte; debíamos renunciar por el momento a serle presentados. Pero un hombre encantador, y cuya cooperación nos resultó muy valiosa, fue el señor Fridriksson[30], profesor de ciencias naturales en la escuela de Reykjavik. Aquel modesto sabio no Hablaba más que islandés y latín; vino a ofrecerme sus servicios en la lengua de Horacio[31] y yo sentí que estábamos hechos para comprendernos. En efecto, fue el único personaje con el que pude charlar durante mi estancia en Islandia.

De las tres habitaciones que componían su vivienda, aquel hombre excelente puso dos a nuestra disposición y pronto

estuvimos instalados con nuestro equipaje, cuya cantidad extrañó un poco a los habitantes de Reykjavik.

—Bien, Axel —me dijo mi tío—, esto marcha, y lo más difícil ya está conseguido.

—¿Cómo lo más difícil? —exclamé.

—Sin duda. ¡Ya sólo nos queda descender!

—Si se lo toma usted así, tiene razón. Pero en fin, después de haber bajado tendremos que volver a subir, me imagino.

—¡Oh, eso no me preocupa en absoluto! ¡Veamos! No hay tiempo que perder. Voy a ir a la biblioteca. Puede que encuentre allí algún manuscrito de Saknussem y me gustaría consultarlo.

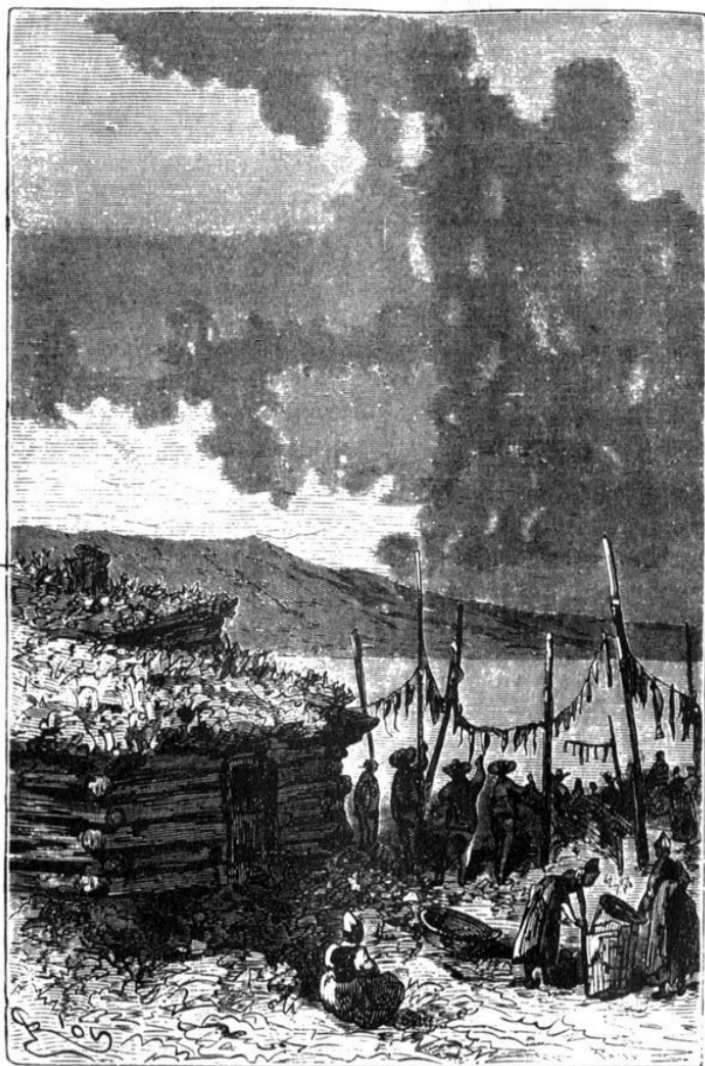
—Entonces, mientras tanto voy a visitar la ciudad. ¿No hará usted lo mismo?

—¡Oh, eso sólo me interesa medianamente! Lo interesante en esta tierra de Islandia no está arriba, sino abajo.

Salí y erré al azar.

No hubiera resultado fácil perderse en las calles de Reykjavik. No me vi, pues, obligado a preguntar el camino, lo que en el lenguaje de los gestos expone a muchas equivocaciones.

La ciudad se alarga sobre un terreno bastante bajo y pantanoso entre dos colinas. Una inmensa corriente de lava la cubre por un lado y desciende en rampas bastante suaves hasta el mar. Por el otro lado se extiende la gran bahía de Faxa, limitada al norte por el enorme glaciar del Sneffels, y en ella la *Valkiría* era la única anclada en ese momento. De ordinario los guardapescas ingleses y franceses se mantienen anclados en alta mar, pero en ese momento se encontraban de servicio en las costas orientales de la isla.



La más larga de las dos calles de Reykjavik corre paralela a la costa; allí viven los comerciantes y los negociantes, en cabañas de madera hechas con vigas rojas dispuestas horizontalmente; la otra calle, situada más al oeste, se dirige hacia un pequeño lago entre las casas del obispo y del resto de los personajes ajenos al comercio.

Pronto hube recorrido esas vías sombrías y tristes; de vez en cuando entreveía un trozo de césped descolorido, como un viejo tapiz de lana desgastado por el uso, o bien una apariencia de huerto, cuyas escasas legumbres, patatas, coles y lechugas hubieran cabido con holgura en una mesa liliputiense; algunos alhelíes enfermizos intentaban también tomar un poco el sol.

Hacia el centro de la calle no comercial, encontré el amplio cementerio público, cercado por un muro de tierra, y en el que no faltaba sitio. Después, de unas cuantas zancadas llegué a la casa del gobernador, una casucha comparada con el ayuntamiento de Hamburgo, un palacio al lado de las chozas de la población islandesa.

Entre el pequeño lago y la ciudad se levantaba la iglesia, construida según los gustos protestantes y levantada con piedras calcinadas, cuyos gastos de extracción corren a cargo de los mismos volcanes; debido a los fuertes vientos del oeste, un tejado de tejas rojas evidentemente se dispersaría en el aire, con gran perjuicio de los fieles.

Sobre una cercana elevación del terreno vi la escuela nacional, donde, como supe más tarde por nuestro anfitrión, se enseñaba hebreo, inglés, francés y danés, cuatro idiomas de los cuales, para vergüenza mía, yo no conocía ni la más mínima palabra. Hubiera sido el último de los cuarenta alumnos con que contaba aquel pequeño colegio, e indigno de dormir con ellos en aquellos armarios de dos compartimentos, donde los más delicados se hubieran ahogado desde la primera noche.

En tres horas había visitado no sólo la ciudad sino también sus alrededores. El aspecto general era particularmente triste. Ni árboles, ni vegetación, por así decirlo. Por todas partes las aristas vivas de las rocas volcánicas. Las cabañas de los islandeses están hechas de tierra y turba, y sus muros están inclinados hacia dentro. Parecen tejados colocados en el suelo. Únicamente estos tejados son praderas relativamente fecundas. Gracias al calor de la vivienda, la

hierba crece con cierta perfección y la cortan cuidadosamente en la época de la siega; si no, los animales domésticos irían a pastar sobre las casas reverdecidas.

Durante mi excursión me encontré con pocos habitantes. Al regresar a la calle comercial, vi a la mayor parte de la población ocupada en secar, salar y cargar bacalaos, principal artículo de exportación. Los hombres parecían robustos pero pesados, una especie de alemanes rubios de mirada pensativa, que se sienten un poco al margen de la humanidad, ¡pobres exiliados relegados a esta tierra de hielo, de los cuales la naturaleza hubiera debido hacer esquimales puesto que los condenaba a vivir en el límite del círculo polar! Intenté en vano sorprender una sonrisa en su rostro. A veces reían por una especie de contracción involuntaria de los músculos, pero no sonreían jamás.

Su ropa consistía en un basto chaquetón de lana negra, conocida en los países escandinavos con el nombre de «vadmél», un sombrero de alas anchas, un pantalón con ribete rojo y un trozo de cuero doblado a manera de calzado.

Las mujeres, de rostro triste y resignado, con un tipo bastante agradable pero sin expresión, iban vestidas con un corpiño y una falda de «vadmél» oscuro: las solteras llevaban sobre sus cabellos trenzados en guirnaldas un pequeño gorro de punto marrón; las casadas envolvían su cabeza en un pañuelo de color y encima de él una cofia de tela blanca.

Después de este paseo, cuando volví a la casa del señor Fridriksson, mi tío se encontraba ya en compañía de su anfitrión.

X

La cena estaba lista; fue devorada con avidez por el profesor Lidenbrock, cuya forzada dieta en el barco había convertido su estómago en un profundo abismo. La comida, más danesa que islandesa, no tenía nada notable en sí misma; pero nuestro anfitrión, más islandés que danés, me hizo recordar a los héroes de la antigua hospitalidad. Me pareció evidente que estábamos más en nuestra casa que en la suya.

La conversación se mantuvo en lengua indígena, en la que mi tío entremezclaba el alemán y el señor Fridriksson el latín, con el fin de que yo pudiera seguirla. Giró en torno a temas científicos, como corresponde a sabios; pero el profesor Lidenbrock se atuvo a la más absoluta reserva y sus ojos me recomendaban a cada frase un silencio constante en lo tocante a nuestros futuros proyectos.

De pronto, el señor Fridriksson preguntó a mi tío por el resultado de sus investigaciones en la biblioteca.

—¡Su biblioteca! —exclamó este último—. No tiene más que libros descabalados en estantes casi desiertos.

—¡Cómo! —respondió el señor Fridriksson—. Poseemos ocho mil volúmenes, de los cuales muchos son apreciables y raros, obras en vieja lengua escandinava, y todas las novedades de que nos surte Copenhague cada año.

—¿De dónde saca esos ocho mil volúmenes? Por lo que he visto...

—Oh, señor Lidenbrock, recorren el país. ¡En nuestra vieja isla de hielo nos gusta estudiar! No existe un solo granjero ni un pescador que no sepa leer y que no lea. Pensamos que los libros, en lugar de enmohecerse tras una reja de hierro lejos de las miradas curiosas, están destinados a desgastarse bajo los ojos de los lectores. Así pues, esos volúmenes pasan de mano en mano, hojeados, leídos y releídos, y con frecuencia sólo vuelven a su estantería tras un año

o dos de ausencia.

—Y mientras tanto —respondió mi tío con cierto despecho—, los extranjeros...

—¡Qué quiere usted! Los extranjeros tienen sus bibliotecas en su tierra, y ante todo es necesario que nuestras gentes del campo se instruyan. Le repito que el amor al estudio está en la sangre islandesa. En 1816 hemos fundado una sociedad literaria que marcha bien; hay sabios extranjeros que se honran en formar parte de ella; publica libros destinados a la educación de nuestros compatriotas y presta un verdadero servicio al país. Si quiere ser uno de nuestros miembros correspondientes, señor Lidenbrock, será un gran placer para nosotros.

Mi tío, que ya pertenecía a un centenar de sociedades científicas, aceptó de buena gana, lo que conmovió al señor Fridriksson.

—Ahora —continuó éste— tenga a bien indicarme los libros que esperaba encontrar en nuestra biblioteca y tal vez pueda informarle al respecto.

Miré a mi tío. Dudaba en responder. Aquello concernía directamente a sus proyectos. Sin embargo, después de haber reflexionado, se decidió a hablar.

—Señor Fridriksson —dijo—, querría saber si entre las obras antiguas poseerían las de Arne Saknussem.

—¡Arne Saknussem! —respondió el profesor de Reykjavik—. ¿Se refiere usted a ese sabio del siglo XVI, a la vez gran naturalista, gran alquimista y gran viajero?

—Precisamente.

¿Una de las glorias de la literatura y de la ciencia islandesas?

—Usted lo ha dicho.

—¿Un hombre ilustre entre todos?

—Se lo concedo.

—¿Y cuya audacia igualaba su genio?

—Ya veo que lo conoce bien.

Mi tío no cabía en sí de alegría al oír hablar así de su héroe. Devoraba con los ojos al señor Fridriksson.

—¡Y bien! —preguntó—. ¿Sus obras?

—¡Ah, sus obras... no las tenemos!

—¿Cómo! ¿En Islandia?

—No existen ni en Islandia ni en ninguna parte.

—¿Y por qué?

—Porque Arne Saknussem fue perseguido por motivos de herejía, y en 1573 sus obras fueron quemadas en Copenhague por manos del verdugo[32].

—¡Muy bien! ¡Perfecto! —gritó mi tío para gran escándalo del profesor de ciencias naturales.

—¿Eh? —dijo este último.

—¡Sí! Todo se explica, todo se encadena, todo está claro y comprendo por qué Saknussem, puesto en el Índice[33] y forzado a ocultar los descubrimientos de su genio, tuvo que enterrar en un criptograma incomprensible el secreto...

—¿Qué secreto? —preguntó con viveza el señor Fridriksson.

—Un secreto que..., cuyo..., —respondió mi tío balbuceando.

—¿Es que posee usted algún documento particular? —preguntó nuestro anfitrión.

—No... Era una mera suposición.

—Bien —respondió el señor Fridriksson, que tuvo la delicadeza de no insistir al ver la turbación de su interlocutor—. Espero —añadió— que no dejará usted nuestra isla sin aprovechar sus riquezas mineralógicas.

—Desde luego —respondió mi tío—; pero llego un poco tarde. ¿No han pasado ya sabios por aquí?

—Sí, señor Lidenbrock; los trabajos de los señores Olafsen y Povelsen ejecutados por orden del rey, los estudios de Troil, la misión científica de los señores Gaimard y Robert[34] a bordo de la corbeta francesa *La Recherche*[35], y últimamente las observaciones de los sabios embarcados en la fragata *La Reine-Hortense*, han contribuido poderosamente al reconocimiento de Islandia. Pero, créame, aún queda mucho por hacer.

—¿Cree usted? —preguntó mi tío con un aire bonachón, intentando moderar el destello de sus ojos.

—Sí. ¡Cuántas montañas, glaciares, volcanes poco conocidos quedan por estudiar! Sin ir más lejos, ¿ve esa montaña que se levanta en el horizonte? Es el Sneffels.

—¡Ah! —dijo mi tío—. El Sneffels.

—Sí, uno de los volcanes más curiosos y cuyo cráter raramente se visita.

—¿Extinguido?

—¡Oh! Extinguido desde hace quinientos años.

—¡Pues bien! —respondió mi tío, que cruzaba frenéticamente las piernas para no saltar—. Me apetece comenzar mis estudios geológicos por ese Seffel..., Fessel..., ¿cómo ha dicho usted?

—Sneffels —respondió el excelente señor Fridriksson.

Esta parte de la conversación se mantuvo en latín; yo lo había comprendido todo y apenas podía mantenerme serio al ver a mi tío contener la satisfacción que le desbordaba por todas partes; intentaba tomar un aire inocente que parecía la mueca de un viejo diablo.

—Sí —dijo—. ¡Sus palabras me animan! ¡Intentaremos escalar ese Sneffels, y quizá hasta estudiar su cráter!

—Siento mucho que mis ocupaciones no me permitan ausentarme —respondió el señor Fridriksson—. Los hubiera acompañado con placer y provecho.

—¡Oh, no! ¡Oh, no! —respondió vivamente mi tío—. No queremos molestar a nadie, señor Fridriksson; se lo agradezco de todo corazón. Desde luego, la presencia de un sabio como usted nos hubiera sido muy útil, pero los deberes de su profesión...

Prefiero pensar que nuestro anfitrión, en la inocencia de su alma islandesa, no comprendió la gran malicia de mi tío.

—Me parece muy bien que empiece por ese volcán, señor Lidenbrock —dijo—. Hará una gran recolección de observaciones curiosas. Pero, dígame, ¿cómo piensa llegar a la península del Sneffels?

—Por mar, atravesando la bahía. Es la ruta más rápida.

—Sin duda, pero imposible de seguir.

—¿Por qué?

—Porque en Reykjawik no tenemos ni una sola lancha.

—¡Diablos!

—Habrà que ir por tierra, siguiendo la costa. Será mas largo pero más interesante.

—Bien. Procuraré encontrar un guía.

—Precisamente puedo ofrecerle uno.

—¿Un hombre de confianza, inteligente?

—Sí, un habitante de la península. Es un cazador de *eid*er[36] muy hábil y del que quedará contento. Habla danés perfectamente.

—¿Cuándo podré verlo?

—Mañana si lo desea.

—¿Y por qué no hoy?

—Es que no llegará hasta mañana.

—Pues mañana entonces —respondió mi tío con un suspiro.

Esta importante conversación se terminó algunos instantes despés con el caluroso agradecimiento del profesor alemán al profesor islandés. Durante la cena, mi tío acababa de conocer cosas importantes, entre otras la historia de Saknussem, la razón de su documento misterioso, como también que su anfitrión no le acompañaría en su expedición y que desde el día siguiente un guía estaría a sus órdenes.

XI

Por la noche di un corto paseo por las afueras de Reykjavik y regresé pronto para acostarme en mi cama de gruesas tablas, donde dormí con sueño profundo.

Cuando me desperté, escuché hablar copiosamente a mi tío en la sala vecina. Me levanté al instante y me apresuré a reunirme con él.

Hablaba en danés con un hombre de gran estatura, vigoroso y bien plantado. Ese buen mozo debía tener una fuerza poco común. Sus ojos, abiertos en un rostro grande y bastante ingenuo, me parecieron inteligentes. Eran de un azul soñador. Largos cabellos, que muy bien hubieran pasado por rojos incluso en Inglaterra, caían sobre sus atléticas espaldas. Aquel indígena tenía los movimientos ágiles y suaves, pero movía poco los brazos, como hombre que ignorase o desdenase el lenguaje de los gestos. Todo en él revelaba un temperamento de una calma perfecta, no indolente, pero tranquilo. Se percibía que no pedía nada a nadie, que trabajaba según su conveniencia y que en este mundo nada podía impresionar ni turbar su filosofía.

Sorprendí los matices de ese carácter por la manera como el islandés escuchaba la verborrea apasionada de su interlocutor. Permanecía con los brazos cruzados, inmóvil en medio de los gestos multiplicados de mi tío; para negar, su cabeza giraba de izquierda a derecha; se inclinaba para afirmar, y tan levemente, que sus largos cabellos apenas se movían. Era la economía del movimiento llevada hasta la avaricia.

Desde luego, al ver a aquel hombre, yo jamás hubiera adivinado su profesión de cazador; con toda seguridad no debía de asustar a la caza, pero ¿cómo se las arreglaba para lograrla?

Todo quedó explicado cuando el señor Fridriksson me informó que aquel tranquilo personaje no era más que un «cazador de eider», ave cuyo plumón constituye la riqueza más importante de la

isla. En efecto, este plumón se llama edredón y no hace falta mucho gasto de movimientos para recogerlo.

En los primeros días del verano, la hembra del eider, especie de bonito pato, va a construir su nido entre las rocas de los fiordos[37], que forman una franja por toda la costa. Una vez construido el nido, lo rellena con finas plumas que se arranca del pecho. Rápidamente el cazador, o mejor dicho el negociante, llega, coge el nido, y la hembra vuelve a empezar su trabajo. Esto dura mientras le queda plumón. Cuando se ha despojado completamente, le toca desplumarse al macho. Sólo que, como el plumaje duro y basto de este último no tiene ningún valor comercial, el cazador no se toma la molestia de robar la cama de la nidada; por fin se termina el nido; la hembra pone los huevos; los pequeños salen del cascarón y, al año siguiente, la recogida del edredón comienza de nuevo.



Pues bien, como el eider no escoge las rocas escarpadas para construir su nido sino más bien esas rocas fáciles y horizontales que van a perderse en el mar, el cazador islandés podía ejercer su profesión sin gran agitación. Era un granjero que no tenía que sembrar ni cortar la cosecha, solamente se limitaba a recogerla.

Aquel personaje grave, flemático y silencioso se llamaba Hans Bjelke; venía por recomendación del señor Fridriksson. Era nuestro futuro guía. Sus maneras contrastaban singularmente con las de mi tío.

Sin embargo se entendieron fácilmente. Ni uno ni otro reparaban en el precio: el uno, dispuesto a aceptar lo que le ofreciesen; el otro, dispuesto a entregar lo que le pidieran. Jamás hubo trato más fácil de concluir.

Pues bien, del convenio resultó que Hans se comprometía a conducirnos al pueblo de Stapi, situado en la costa meridional de la península del Sneffels, al pie mismo del volcán. Por tierra había que calcular unas veintidós millas aproximadamente, viaje que debíamos hacer en dos días, según la opinión de mi tío.

Pero cuando se enteró de que se trataba de millas danesas, de veinticuatro mil pies, tuvo que renunciar a sus cálculos y contar con siete u ocho días de marcha, vista la insuficiencia de caminos.

Había que poner cuatro caballos a su disposición, dos para llevarnos a nosotros y los otros dos destinados a los equipajes. Hans, siguiendo su costumbre, iría a pie. Como conocía perfectamente esa parte de la costa, prometió tomar el camino más corto.

Su compromiso con mi tío no expiraba a nuestra llegada a Stapi; quedaba a su servicio durante todo el tiempo necesario para sus excursiones científicas, al precio de tres rixdales por semana [38]. Únicamente fue expresamente acordado que esta suma sería entregada al guía cada sábado por la noche, condición *sine qua non* de su compromiso.

La salida fue fijada para el 16 de junio. Mi tío quiso entregar al cazador las arras del trato, pero éste se negó con una palabra:

—Efter —dijo.

—Después —me explicó el profesor para instrucción mía. Hans, una vez concluido el pacto, se retiró envarado.

—Un hombre excelente —exclamó mi tío—, pero no sospecha siquiera el maravilloso papel que le reserva el porvenir.

—Entonces nos acompaña hasta...

—Sí, Axel, hasta el centro de la tierra.

Todavía quedaban cuarenta y ocho horas; con gran pesar tuve que emplearlas en nuestros preparativos; toda nuestra inteligencia se empleó en disponer cada objeto de la manera más ventajosa, los instrumentos a un lado, las armas a otro, las herramientas en este paquete, los víveres en aquél. En total, cuatro grupos.

Los instrumentos comprendían:

1.º Un termómetro centígrado de Eigel[39], graduado hasta ciento cincuenta grados, lo cual me parecía demasiado o insuficiente. Demasiado, si el calor ambiente debía llegar hasta allí, en cuyo caso nos habríamos cocido. Insuficiente, si se trataba de medir la temperatura de los manantiales o cualquier otra materia en fusión.

2.º Un manómetro de aire comprimido, dispuesto de manera que indicase las presiones superiores a las de la atmósfera a nivel del mar. En efecto, el barómetro ordinario no hubiera sido suficiente ya que la presión atmosférica debía aumentar proporcionalmente a nuestro descenso bajo la superficie de la tierra.

3.º Un cronómetro de Boissonnas hijo, de Ginebra, perfectamente regulado con el meridiano de Hamburgo.

4.º Dos brújulas de inclinación y de declinación.

5.º Un anteojo de noche.

6.º Dos aparatos de Ruhmkorff[40], los cuales, por medio de una corriente eléctrica, daban una luz muy portátil, segura y poco voluminosa.

Las armas consistían en dos carabinas Purdley Moro y Co. y dos revólveres Colt. ¿Para qué las armas? No teníamos que temer ni salvajes, ni bestias feroces, supongo. Pero mi tío parecía aferrarse a su arsenal tanto como a sus instrumentos, sobre todo a una notable cantidad de algodón pólvora, inalterable a la humedad, y cuya fuerza expansiva es muy superior a la de la pólvora ordinaria.

Las herramientas comprendían dos picos, dos piquetas, una escala de seda, tres bastones guarnecidos de hierro, un hacha, un martillo, una docena de cuñas y clavijas de hierro y largas cuerdas de nudos. Esto formaba un grueso paquete, ya que la escala medía trescientos pies de largo.

Finalmente estaban las provisiones; el paquete no era grande, pero sí tranquilizador, ya que yo sabía que entre carne concentrada y galletas contenía víveres para unos seis meses. La ginebra formaba toda la parte líquida y faltaba completamente el agua; pero llevábamos cantimploras y mi tío contaba con los manantiales para llenarlas; las objeciones que pude hacerle sobre su calidad, su temperatura e incluso su ausencia no habían tenido éxito.

Para completar la nomenclatura exacta de nuestros artículos de viaje, añadiré un botiquín portátil que contenía tijeras de hoja roma, tablillas para fracturas, una pieza de cinta de hilo crudo, vendas y compresas, esparadrapo y una lanceta para sangrar, cosas todas ellas horribles; además había una serie de frascos que contenían dextrina, alcohol vulnerario, acetato de plomo líquido, éter, vinagre y amoníaco, drogas todas ellas de empleo poco tranquilizador; y en fin las materias necesarias para los aparatos de Ruhmkorff.

Mi tío había puesto buen cuidado en no olvidar la provisión de tabaco, pólvora fina y yesca, así como un cinturón de cuero que llevaba alrededor de la cintura y en el cual se encontraba una cantidad suficiente de dinero en oro, plata y papel. También en el grupo de las herramientas se encontraban seis pares de zapatos impermeabilizados con un baño de alquitrán y goma elástica.

—Vestidos, calzados y equipados de este modo, no hay razón para no llegar lejos —me dijo mi tío.

Todo el día 14 lo empleamos en la organización de tan diversos objetos. Por la noche cenamos en casa del barón Trampe, en compañía del alcalde de Reykjavik y del doctor Hyaltalin, el gran médico del país. El señor Fridriksson no se hallaba entre los invitados; más tarde me enteré de que el gobernador y él se encontraban en desacuerdo sobre una cuestión de administración y no se trataban. Por tanto no tuve ocasión de entender una sola palabra de lo que se habló durante aquella cena semioficial. Sólo noté que mi tío habló todo el rato.

Al día siguiente, 15, se concluyeron los preparativos. Nuestro anfitrión dio una gran alegría al profesor regalándole un mapa de Islandia, incomparablemente más perfecto que el de Handerson, el mapa de Olaf Nikolas Olsen [41], reducido a escala

1/480 000

y publicado por la sociedad literaria islandesa según los trabajos geodésicos de Scheel Frisac y el trazado topográfico de Bjorn Gumlaugsonn. Era un documento precioso para un mineralogista.

La última velada transcurrió en una íntima charla con el señor Fridriksson, por el que yo sentía una viva simpatía; a la conversación sucedió un sueño bastante agitado, al menos por mi parte.

A las cinco de la mañana me despertó el relincho de cuatro caballos que piafaban bajo mi ventana. Me vestí a toda prisa y bajé a la calle. Allí, Hans terminaba de cargar nuestros equipajes, sin moverse por así decirlo. Actuaba, sin embargo, con una destreza poco común. Mi tío hacía más ruido que trabajo y el guía parecía preocuparse muy poco por sus recomendaciones.

Todo quedó terminado a las seis. El señor Fridriksson nos dio un fuerte apretón de manos. Mi tío le agradeció en islandés su amable hospitalidad, muy emocionado. En cuanto a mí, esboqué en mi mejor latín una especie de cordial saludo; después montamos a caballo y el señor Fridriksson me espetó con su último adiós este verso que Virgilio parecía haber escrito para nosotros, viajeros inciertos de la ruta:

Et quacumque viam dederit fortuna sequamur [42]

XII

Partimos con un cielo cubierto, pero estacionario. No había que temer grandes calores ni lluvias desastrosas. Un tiempo de turistas.

El placer de recorrer a caballo un país desconocido me hacía más llevadero el comienzo de esta empresa. Me entregaba por entero a la felicidad del excursionista, hecha de deseos y de libertad. Comenzaba a resignarme a la situación.

«Por otra parte —me decía—, ¿qué es lo que arriesgo? ¡Viajar en medio del país más curioso! ¡Escalar una montaña muy notable! ¡En el peor de los casos bajar al fondo de un cráter extinguido! Es evidente que ese Saknussem no hizo otra cosa. En cuanto a la existencia de una galería que desemboque en el centro del globo, ¡pura imaginación, pura imposibilidad! Así pues, tomemos todo lo que haya de bueno en esta expresión sin regatear nada...».

Apenas terminado este razonamiento, habíamos dejado Reykjavik.

Hans marchaba en cabeza, con paso rápido, igual, continuo. Los dos caballos cargados con nuestro equipaje lo seguían sin que fuera necesario dirigirlos. Mi tío y yo íbamos detrás sin hacer excesivo mal papel en nuestros pequeños pero vigorosos animales.

Islandia es una de las islas más grandes de Europa. Mide mil cuatrocientas millas de superficie y sólo cuenta con sesenta mil habitantes. Los geógrafos la han dividido en cuatro partes y teníamos que atravesar casi oblicuamente la que lleva el nombre de País del Cuarto del Suroeste, «Sudvestr Fjorðungr».

Hans, al dejar Reykjavik, había seguido inmediatamente la orilla del mar. Atravesábamos pastos raquíuticos, a quienes costaba mucho trabajo mantenerse verdes; el amarillo lo lograba mejor. Las ásperas cumbres de las masas de traquita se difuminaban en el horizonte entre las brumas del este; por momentos, placas dispersas de nieve, concentrando la luz difusa, resplandecían en las laderas de

las lejanas cimas; algunos picos, más intrépidamente erguidos, perforaban las nubes grises y reaparecían por encima de los vapores movedizos, semejantes a escollos que emergían en pleno cielo.

Con frecuencia aquellas cadenas de áridas rocas llegaban hasta el mar y mordían los pastos; pero siempre quedaba sitio suficiente para pasar. Por otra parte, nuestros caballos escogían por instinto los lugares propicios sin aminorar jamás su marcha. Mi tío no tenía ni siquiera el consuelo de azuzar a su montura con la voz o el látigo; no se le permitía ser impaciente. Yo no podía menos de sonreír al verlo tan grande sobre su pequeño caballo y, como sus largas piernas rozaban el suelo, parecía un Centauro de seis patas.



—¡Buen animal! ¡Buen animal! —decía—. Como verás, Axel, ningún animal supera en inteligencia al caballo islandés. Nieves, tempestades, caminos impracticables, rocas, glaciares, nada lo para. Es bravo, sobrio y seguro. Nunca da un paso en falso, nunca se espanta. ¡Que se presente cualquier río, cualquier fiordo que atravesar, y se presentarán, y lo verás tirarse sin vacilar al agua como un anfibio y llegar a la orilla opuesta! Pero no lo hostiguemos, dejémoslo actuar, y haremos, el uno llevando al otro, nuestras buenas diez leguas diarias.

—Nosotros sin duda —respondí—. ¿Pero el guía?

—¡Oh!, eso no me preocupa en absoluto. Estas gentes caminan sin darse cuenta. Este se mueve tan poco que no debe de fatigarse. Por otra parte, si fuera necesario, le cedería mi montura. Si no hago un poco de ejercicio pronto tendré calambres. Los brazos van bien pero hay que pensar en las piernas.

Sin embargo avanzábamos a paso rápido. La región era ya casi un desierto. Aquí y allá alguna granja aislada, algún *boër*[43] solitario construido con madera, tierra y trozos de lava, aparecía como un mendigo en el borde de un camino encajonado. Aquellas chozas ruinosas parecían implorar la caridad de los que pasaban, y por poco se les hubiera dado limosna. En aquella región las carreteras e incluso los senderos no existían, y la vegetación, por lenta que fuese, borraba rápidamente los pasos de los escasos viajeros.

Sin embargo, esta parte de la provincia, situada a dos pasos de la capital, se contaba entre las porciones habitadas y cultivadas de Islandia. ¿Cómo serían entonces las comarcas más desiertas que este desierto? Habíamos recorrido ya media milla y no encontramos ni un granjero a la puerta de su cabaña, ni un pastor salvaje apacentando un rebaño menos salvaje que él; sólo algunas vacas y corderos abandonados a su suerte. ¿Cómo serían entonces las regiones convulsionadas, desquiciadas por los fenómenos eruptivos, nacidas de las explosiones volcánicas y de las conmociones subterráneas?

Estábamos destinados a conocerlas más tarde; pero, al consultar el mapa de Olsen, vi que las evitábamos costearo el sinuoso lindero de la orilla. En efecto, el gran movimiento plutónico se ha concentrado sobre todo en el interior de la isla; allí las capas

horizontales de rocas superpuestas, llamadas *trapps* en lengua escandinava, las franjas de traquita, las erupciones de basalto, de toba, de todos los conglomerados volcánicos, las corrientes de lava y de pórfido en fusión, han hecho un país de un horror sobrenatural. No sospechaba yo entonces el espectáculo que nos esperaba en la península del Sneffels, donde esos estragos de una naturaleza fogosa forman un formidable caos.

Dos horas después de haber dejado Reykjavik, llegamos al pueblo de Gufunes, llamado «aoalkirkja» o Iglesia principal. No ofrecía nada notable. Algunas casas solamente. Apenas para hacer una aldehuela de Alemania.

Hans se paró media hora; compartió nuestro frugal almuerzo, respondió sí o no a las preguntas de mi tío sobre la naturaleza de la ruta y, cuando le preguntamos en qué lugar pensaba pasar la noche:

—Gardär —dijo solamente.

Consulté el mapa para saber qué era Gardär. Vi una aldea con ese nombre a orillas del Hvalfjörd, a cuatro millas de Reykjavik. Se la enseñé a mi tío.

—¡Cuatro millas sólo! —dijo—. ¡Cuatro millas de veintidós! He aquí un bonito paseo.

Quiso hacerle una observación al guía, quien, sin responderle, se puso al frente de los caballos y volvió a ponerse en marcha.

Tres horas más tarde, siempre hollando el descolorido césped de los pastos, tuvimos que bordear el Kollafjörd, rodeo más fácil y menos largo que la travesía del golfo. Pronto entramos en un «pingstaoer», lugar de jurisdicción comunal, llamado Ejulberg, y cuya campana habría dado las doce si las iglesias islandesas hubieran sido lo bastante ricas como para poseer un reloj. Pero se parecen mucho a sus feligreses, que no tienen relojes ni los echan de menos.

Allí dimos descanso a los caballos; después, tomando por una ribera encerrada entre una cadena de colinas y el mar, llegamos de un tirón hasta la «aoalkirkja» de Brantár, y una milla más lejos, a Saurböer «Annexia», iglesia aneja, situada en la ribera meridional del Hvalfjörd.

Eran entonces las cuatro de la tarde; habíamos recorrido cuatro millas[44]. El fiordo en ese lugar tenía una anchura de al menos media milla; las olas rompían ruidosamente sobre las rocas agudas;

el golfo se ensanchaba entre murallas de rocas, especie de escarpa vertical de una altura de tres mil pies y notable por sus estratos oscuros separados por capas de toba de un matiz rojizo. Cualquiera que hubiera sido la inteligencia de nuestros caballos, yo no auguraba nada bueno de la travesía de un verdadero brazo de mar efectuada a lomos de un cuadrúpedo.

—Si son inteligentes —dije— no intentarán pasar. En cualquier caso yo me encargo de ser inteligente en su lugar.

Pero mi tío no quería esperar. Espoleó al caballo hacia la orilla. Su montura fue a olfatear la última ondulación de las olas y se paró. Mi tío, que tenía su propio instinto, la hostigó más. Nuevo rechazo del animal, que sacudió la cabeza. A los juramentos y latigazos, coces del animal, que empezó a desmontar al caballero. Al fin el pequeño caballo, doblando los corvejones, se retiró de las piernas del profesor y lo dejó plantado sobre dos piedras de la orilla como el Coloso de Rodas [45].

—Färja —dijo el guía tocándole el hombro.

—¿Qué? ¿Una barcaza?

—Der —respondió Hans, mostrando un barco.

—¡Sí! —exclamé—, hay una barcaza.

—¡Haberlo dicho! Bien, ¡en marcha!

—Tidvatten —repuso el guía.

—¿Qué dice?

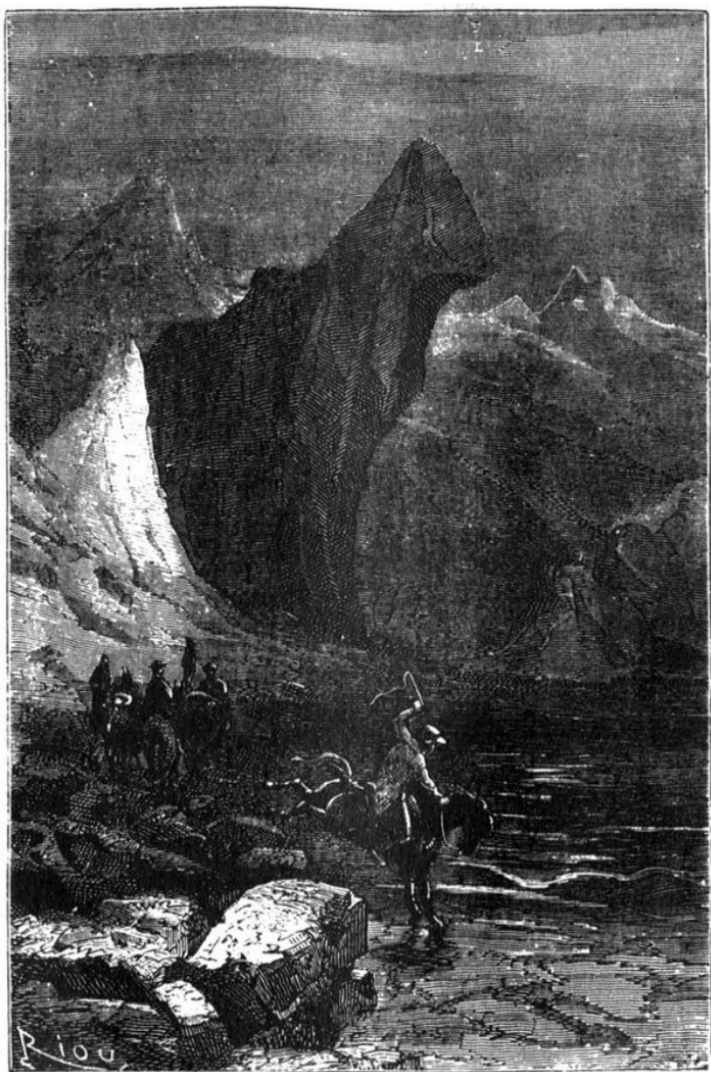
—Dice marea —respondió mi tío, traduciéndome la palabra danesa.

—Será que hay que esperar la marea.

—Förbida? —preguntó mi tío.

—Ja —respondió Hans.

Mi tío golpeó con el pie, mientras los caballos se dirigían hacia la barcaza.



Comprendí perfectamente la necesidad de esperar un determinado momento de la marea para emprender la travesía del fiordo: aquél en que el mar, llegado a su máxima altura, queda en calma. Entonces el flujo y el reflujo no tienen ninguna acción sensible y no hay riesgo de que la barcaza sea arrastrada ni al fondo del golfo ni al océano.

El instante favorable no llegó hasta las seis de la tarde; mi tío, yo, el guía, dos barqueros y los cuatro caballos nos habíamos acomodado en una especie de barca plana bastante frágil. Habitado como estaba a los barcos de vapor del Elba, encontré que los remos de los bateleros eran un pobre artefacto mecánico. Fue necesaria más de una hora para cruzar el fiordo; pero al fin la travesía se llevó a cabo sin incidentes.

Media hora después, llegábamos a la «aoalkirkja» de Gardär.

XIII

Hubiera debido ser de noche, pero bajo el paralelo sesenta y cinco la claridad nocturna de las regiones polares no tenía por qué extrañarme; en Islandia durante los meses de junio y julio no se pone el sol.

Sin embargo había bajado la temperatura. Yo tenía frío y sobre todo hambre. El «boer»[46] que se abrió hospitalariamente para recibirnos fue bienvenido.

Era la casa de un campesino, pero de hecho su hospitalidad valía por la de un rey. A nuestra llegada, el dueño vino a darnos la mano y sin más ceremonia nos indicó que lo siguiéramos.

Que lo siguiéramos, en efecto, pues acompañarlo hubiera sido imposible. Un pasadizo largo, estrecho, oscuro, daba acceso a aquella vivienda construida con vigas apenas escuadradas y permitía llegar a cada una de las habitaciones; eran cuatro: la cocina, el taller de tejido, la «badstofa» o dormitorio de la familia y, la mejor de todas, el dormitorio de forasteros. Mi tío, en cuya estatura nadie había pensado al construir la casa, dio dos o tres veces con la cabeza contra los salientes del techo.

Nos introdujeron en nuestra habitación, una especie de gran sala con suelo de tierra batida e iluminada por una ventana cuyos cristales estaban hechos de membranas de cordero bastante poco transparentes. Las camas se componían de forraje seco extendido sobre dos cuadrados de madera pintados de rojo y orlados de refranes islandeses. No esperaba yo tanto confort; sólo que en aquella casa reinaba un fuerte olor a pescado seco, carne macerada y leche agria que molestaba bastante a mi olfato.

Cuando hubimos descargado nuestros arreos de viajeros, se escuchó la voz del anfitrión, que nos invitaba a pasar a la cocina, única pieza donde se hacía fuego, incluso durante los mayores fríos.

Mi tío se apresuró a obedecer la amistosa orden. Yo lo seguí.

La chimenea de la cocina era de un modelo antiguo; en medio de la habitación, una piedra por hogar; en el techo, un agujero por el que escapaba el humo. La cocina servía también de comedor.

Al entrar, el anfitrión, como si aún no nos hubiera visto, nos saludó con la palabra «saellvertu» que significa «sed dichosos», y vino a besarnos en la mejilla.

Tras él, su mujer pronunció las mismas palabras, acompañadas por el mismo ceremonial; luego ambos esposos, colocando su mano derecha sobre el corazón, se inclinaron profundamente.

Me apresuraré a decir que la islandesa era madre de diecinueve hijos, todos ellos, grandes y pequeños, hormigueando en compacto revoltijo en medio de las volutas de humo de que el fuego inundaba la habitación. A cada instante veía salir de aquella niebla una pequeña cabeza rubia y un poco melancólica. Parecían una guirnalda de ángeles insuficientemente lavados.

Mi tío y yo acogimos muy bien a la «pollada»; pronto hubo tres o cuatro de aquellos críos sobre nuestros hombros, otros tantos en nuestras rodillas y el resto entre nuestras piernas. Los que hablaban repetían «saellvertu» en todos los tonos imaginables. Los que no hablaban gritaban mejor.

Este concierto fue interrumpido por el anuncio de la comida. En ese momento entró el cazador, que acababa de ocuparse del alimento de los caballos, es decir, que los había soltado económicamente en el campo; los pobres animales debían contentarse con pacer el escaso musgo de las rocas, algunos fucos poco nutritivos, y al día siguiente no dejarían de presentarse por sí mismos a reanudar el trabajo de la víspera.

—Saellvertu —dijo Hans.

Luego, tranquilamente, automáticamente, sin que un beso fuera más acentuado que otro, besó al anfitrión, a su mujer y a sus diecinueve hijos.

Una vez terminada la ceremonia, nos sentamos a la mesa en número de veinticuatro, y en consecuencia, unos encima de otros, en el verdadero sentido de la expresión. Los más favorecidos no tenían más que dos críos sobre las rodillas.

Sin embargo, a la llegada de la sopa se hizo el silencio en aquel pequeño mundo, y volvió a imperar la taciturnidad natural, incluso en los chiquillos islandeses. El anfitrión nos sirvió una sopa de

liquen nada desagradable y luego una enorme porción de pescado seco nadando en mantequilla rancia desde hacía veinte años y, en consecuencia, preferible a la mantequilla fresca según las ideas gastronómicas de Islandia. Había también «skyr», una especie de leche cuajada acompañada de bizcocho y sazónada con jugo de bayas de ginebra; finalmente, como bebida, suero mezclado con agua, llamado «blanda» en el país. Si esta singular comida era buena o no, no pude juzgarlo. Tenía tanta hambre, que a los postres tragué hasta la última cucharada de una espesa papilla de alforfón.

Una vez terminada la cena, los niños desaparecieron; los mayores nos colocamos alrededor del fuego, donde ardían brezos, turba, estiércol de vaca y huesos de pescado seco. Después, tras esta «toma de calor», cada grupo se fue a sus habitaciones respectivas. La dueña, siguiendo la costumbre, se ofreció a quitarnos las medias y los pantalones; pero, ante la cortés negativa por nuestra parte, no insistió y pude al fin arrebujarme en mi lecho de forraje.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, dijimos adiós al campesino islandés; a mi tío le costó mucho trabajo conseguir que aceptase una remuneración conveniente, y Hans dio la señal de partida.

A cien pasos de Gardär, el terreno comenzó a cambiar de aspecto; el suelo se volvió pantanoso y menos favorable para la marcha. A la derecha la serie de montañas se prolongaba indefinidamente como un inmenso sistema de fortificaciones naturales, cuya contraescarpa seguíamos nosotros; a menudo se presentaban riachuelos que había que pasar vadeándolos y sin mojar demasiado el equipaje.

El desierto se hacía cada vez más profundo; a veces, sin embargo, una sombra humana parecía huir a lo lejos; si los recodos del camino nos acercaban inopinadamente a uno de aquellos espectros, yo experimentaba una súbita repugnancia a la vista de una cabeza hinchada, de piel brillante, desprovista de cabellos, con llagas repulsivas que traicionaban los desgarrones de sus miserables harapos.

La desgraciada criatura no venía a tender su mano deformada; por el contrario huía, pero no con tanta rapidez como para que Hans no la saludara con el habitual «saellvertu».

—Spetelsk —decía.

—¡Un leproso! —repetía mi tío.

Aquella sola palabra producía un efecto repulsivo. Esa horrible afección de la lepra es bastante común en Islandia; no es contagiosa, pero sí hereditaria; por eso se prohíbe el matrimonio a estos miserables.

Estas apariciones no eran como para alegrar el paisaje, que se volvía profundamente triste; las últimas matas de hierba morían bajo nuestros pies. Ni un árbol, salvo algunos grupos de abedules enanos semejantes a malezas. Ni un animal, salvo algunos caballos que su amo no podía alimentar y que erraban por las lúgubres planicies. De vez en cuando un halcón planeaba bajo las nubes grises y desaparecía con rápido vuelo hacia las regiones del sur; yo me dejaba llevar por la melancolía de aquella naturaleza salvaje y mis recuerdos me devolvían a mi país natal.

Pronto tuvimos que atravesar algunos pequeños fiordos sin importancia y al fin un verdadero golfo; la marea, estacionaria en ese momento, nos permitió pasar sin esperar y llegar al villorrio de Alftanes, situado a una milla de allí.



A la caída de la tarde, después de haber vadeado el Alfa y el Heta, dos ríos ricos en truchas y lucios, nos vimos obligados a pasar la noche en una casa en ruinas, digna de ser frecuentada por todos los duendes de la mitología escandinava; sin duda el genio del frío la había escogido como domicilio e hizo de las suyas durante toda la noche.

El día siguiente no nos ofreció ningún incidente digno de mención. Siempre el mismo suelo pantanoso, la misma uniformidad, la misma fisonomía triste. Al anochecer habíamos recorrido la mitad de la distancia que habíamos de hacer y dormimos en la «annexia» de Krösolbt.

El 19 de junio, durante una milla poco más o menos, se extendió bajo nuestros pies un terreno de lava; esta disposición del suelo es llamada «hraun» en el país; la lava, rizada en su superficie, adoptaba formas de cables, unas veces alargados y otras enrollados sobre sí mismos; una inmensa corriente descendía de las montañas vecinas, volcanes actualmente extinguidos, pero cuya pasada violencia atestiguaban estos vestigios. Sin embargo, aquí y allá trepaban algunas humaredas de manantiales calientes.

No teníamos tiempo para observar estos fenómenos; había que andar. Pronto reapareció el suelo pantanoso bajo los cascos de nuestras monturas; pequeñas lagunas lo interrumpían. Íbamos entonces en dirección oeste; en efecto, habíamos doblado la gran bahía de Faxa, y la doble cima blanca del Sneffels se levantaba entre las nubes a menos de cinco millas.

Los caballos marchaban bien; las dificultades del suelo no los detenían; por mi parte empezaba a sentirme muy cansado; mi tío permanecía firme y derecho como el primer día; yo no podía pasarme sin admirarlo, así como al cazador, que tomaban esta expedición como un simple paseo.

El sábado 20 de junio, a las seis de la tarde, llegamos a Büdir, aldea situada al borde del mar, y el guía reclamó su paga convenida. Mi tío le pagó. La propia familia de Hans, es decir, sus tíos y sus primos hermanos, nos ofreció su hospitalidad; fuimos muy bien recibidos, y, sin abusar de la bondad de esa amable gente, yo me hubiera quedado de muy buena gana en su casa a reponerme de las fatigas del viaje. Pero mi tío, que no tenía que reponerse de nada, no lo entendió así, y al día siguiente tuvimos que

ahorrajarnos nuevamente en nuestros animales.

El suelo se resentía de la vecindad de la montaña, cuyas raíces de granito salían de la tierra como las de un viejo roble. Rodeamos la inmensa base del volcán. El profesor no lo perdía de vista; gesticulaba, parecía desafiarlo y decir: «¡Este es el gigante que yo voy a domar!». Al fin, tras cuatro horas de marcha, los caballos se pararon por sí mismos a la puerta de la rectoral de Stapi.

XIV

Stapi es una aldea formada por una treintena de chozas, y construida en plena lava bajo los rayos del sol reflejados por el volcán. Se extiende en el fondo de un pequeño fiordo encajonado en una muralla basáltica del más extraño efecto.

Se sabe que el basalto es una roca oscura de origen ígneo. Presenta formas regulares que sorprenden por su distribución. Aquí la naturaleza ha procedido geométricamente y trabajado de forma humana, como si hubiera manejado la escuadra, el compás y la plomada. Si en cualquier otro lugar hace arte con sus grandes masas lanzadas sin orden, sus conos apenas esbozados, sus pirámides imperfectas, con la extraña sucesión de sus líneas, aquí, queriendo dar ejemplo de regularidad y precediendo a los arquitectos de las primeras épocas, ha creado un orden severo que ni el esplendor de Babilonia ni las maravillas de Grecia han superado jamás.

Yo había oído ya hablar de la Calzada de los Gigantes en Irlanda y de la Gruta de Fingal en una de las Hébridas[47], pero el espectáculo de una substrucción[48] basáltica no se había ofrecido aún ante mis ojos.

Ahora bien, en Stapi este fenómeno aparecía en todo su esplendor.

La muralla del fiordo, como toda la costa de la península, se componía de una sucesión de columnas verticales de treinta pies de altura. Aquellos fustes derechos y de una proporción pura soportaban una arquivolta hecha de columnas horizontales, cuya inclinación formaba una media bóveda por encima del mar. A intervalos, y bajo aquel impluvio natural, la vista sorprendía aberturas ojivales de un diseño admirable, a través de las cuales se precipitaban las olas espumantes. Algunos trozos de basalto, arrancados por la furia del océano, se extendían por el suelo como las ruinas de un templo antiguo, ruinas eternamente jóvenes, sobre

las que pasaban los siglos sin desgastarlas.

Ésta era la última etapa de nuestro viaje terrestre. Hans nos había conducido con inteligencia y me tranquilizaba un poco pensando que aún debía acompañarnos.

Al llegar a la puerta de la casa del rector, una sencilla cabaña baja, ni más bonita ni más confortable que sus vecinas, vi a un hombre herrando un caballo, martillo en mano y con un mandil de cuero a la cintura.

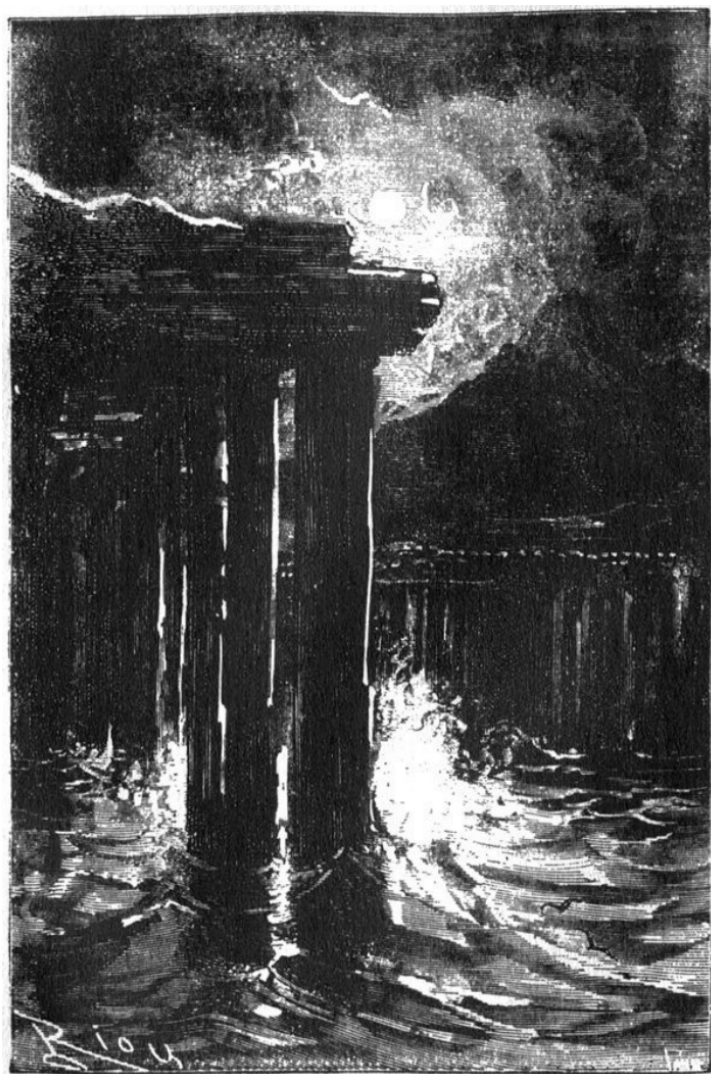
—Saellvertu —le dijo el cazador.

—God dag —respondió el herrero en perfecto danés.

—Kyrkoherde —dijo Hans volviéndose hacia mi tío.

—¡El rector! —repitió este último—. Parece, Axel, que este buen hombre es el rector.

Durante este tiempo el guía ponía al corriente de la situación al «kyrkoherde»; éste, suspendiendo su trabajo, lanzó una especie de grito, sin duda de uso corriente entre caballos y tratantes, e inmediatamente una gran arpía salió de la cabaña. Si no medía seis pies le faltaba muy poco.



Temí que viniera a ofrecer a los viajeros el beso islandés; pero esto no ocurrió e incluso nos introdujo no de muy buena gana en su casa.

La habitación de los forasteros me pareció ser la peor de la rectoral: estrecha, sucia e infecta. Tuvimos que contentarnos con ella. El rector no parecía practicar la antigua hospitalidad. Nada más lejos de ello. Antes del final del día me di cuenta de que habíamos de vérnoslas con un herrero, un pescador, un cazador, un carpintero, con todo, menos con un ministro del Señor. Bien es verdad que estábamos entre semana. Tal vez se desquitase los domingos.

No quiero hablar mal de estos pobres sacerdotes que, después de todo, son muy míseros; reciben del gobierno danés un trato ridículo y perciben el cuarto del diezmo de su parroquia, lo que no llega a la suma de sesenta marcos[49]. De ahí la necesidad de trabajar para vivir; pero pescando, cazando, herrando caballos, se acaba por adquirir las maneras, el tono y las costumbres de los cazadores, los pescadores y otras gentes un poco rudas; aquella misma noche pude darme cuenta de que nuestro anfitrión no contaba entre sus virtudes con la de la sobriedad.

Mi tío comprendió en seguida con qué clase de hombre tenía que habérselas; en lugar de un sabio bueno y digno, se encontraba ante un campesino torpe y grosero. Por tanto, tomó la resolución de comenzar lo antes posible su expedición y dejar aquella casa poco hospitalaria. No tenía en cuenta su cansancio y resolvió ir a pasar algunos días en la montaña.

Así pues, al día siguiente de nuestra llegada a Stapi hicimos los preparativos de nuestra partida. Hans alquiló los servicios de tres islandeses para reemplazar a los caballos en el transporte de los equipajes; pero, una vez llegados al fondo del cráter, los nativos debían volver sobre sus pasos y abandonamos a nosotros mismos. Este punto fue perfectamente determinado.

Llegado este momento, mi tío tuvo que decir al cazador que su intención era la de llevar a cabo el reconocimiento del volcán hasta sus últimos límites.

Hans se contentó con inclinar la cabeza. Ir aquí o allá, hundirse en las entrañas de su isla o recorrerla, no veía ninguna diferencia. En cuanto a mí, distraído hasta entonces por los incidentes del

viaje, había olvidado un poco el porvenir, pero ahora sentía que la emoción volvía a hacer presa en mí con más fuerza. ¿Qué hacer? De haber intentado resistir a los deseos del profesor Lidenbrock, debí haberlo hecho en Hamburgo y no al pie del Sneffels.

Una idea entre todas me preocupaba mucho, idea espantosa y capaz de quebrantar nervios menos sensibles que los míos.

«Veamos —me decía—, vamos a escalar el Sneffels. Bien. Vamos a visitar su cráter. Bueno, otros lo han hecho y no han perecido. Pero eso no es todo. Si existe un camino para descender a las entrañas del suelo, si ese malhadado Saknussem dice la verdad, vamos a perdernos en medio de las galerías subterráneas del volcán. Ahora bien, ¡nadie puede afirmar que el Sneffels esté apagado! ¿Quién puede probar que no se prepara una erupción? ¿Del hecho de que el monstruo duerma desde 1229 se sigue que no pueda despertarse? Y si se despierta, ¿qué será de nosotros?».

Valía la pena reflexionar sobre esto y yo reflexionaba. No podía dormir sin soñar con erupciones. Y el papel de escoria me parecía bastante brutal de representar.

Al fin no aguanté más; decidí someter el caso a mi tío lo más hábilmente posible, bajo la forma de una hipótesis perfectamente irrealizable.

Fui a su encuentro. Le hice partícipe de mis temores y retrocedí para dejarle estallar a sus anchas.

—Ya he pensado en ello —respondió simplemente.

¿Qué significaban estas palabras? ¿Iba por fin a escuchar la voz de la razón? ¿Pensaba en suspender sus proyectos? Era demasiado hermoso para ser posible.

Tras unos instantes de silencio, durante los cuales no me atreví a interrogarlo, continuó:

—Y a he pensado en ello. Desde nuestra llegada a Stapi me he ocupado de este grave problema que acabas de plantearme, ya que no hay que actuar imprudentemente.

—No —respondí con fuerza.

—Hace seiscientos años que el Sneffels está mudo, pero puede hablar. Ahora bien, las erupciones siempre van precedidas de fenómenos perfectamente conocidos. He interrogado, pues, a los habitantes de la región, he estudiado el suelo y puedo decirte, Axel, que no habrá erupción.

Ante esta afirmación, quedé estupefacto y no pude replicar.

—¿Dudas de mis palabras? —dijo mi tío—. Pues bien, sígueme.

Obedecí maquinalmente. Al salir de la parroquia, el profesor tomó un camino recto que, pasando por una abertura de la muralla basáltica, se alejaba del mar. Pronto estuvimos en campo raso, si se puede dar este apelativo a un amontonamiento inmenso de deyecciones volcánicas. La tierra parecía aplastada bajo una lluvia de piedras enormes, de lava, basalto, granito y de todas las rocas piroxénicas.

Veía aquí y allá algunas fumarolas subir por el aire; aquellos vapores blancos, llamados «reykir» en lengua islandesa, provenían de manantiales termales e indicaban, por su violencia, la actividad volcánica del suelo. Aquello parecía justificar mis temores. También me quedé atónito cuando mi tío dijo:

—¿Ves todas esas humaredas, Axel? Pues bien, ellas prueban que no hemos de temer los furores del volcán.

—¡No me diga! —exclamé.

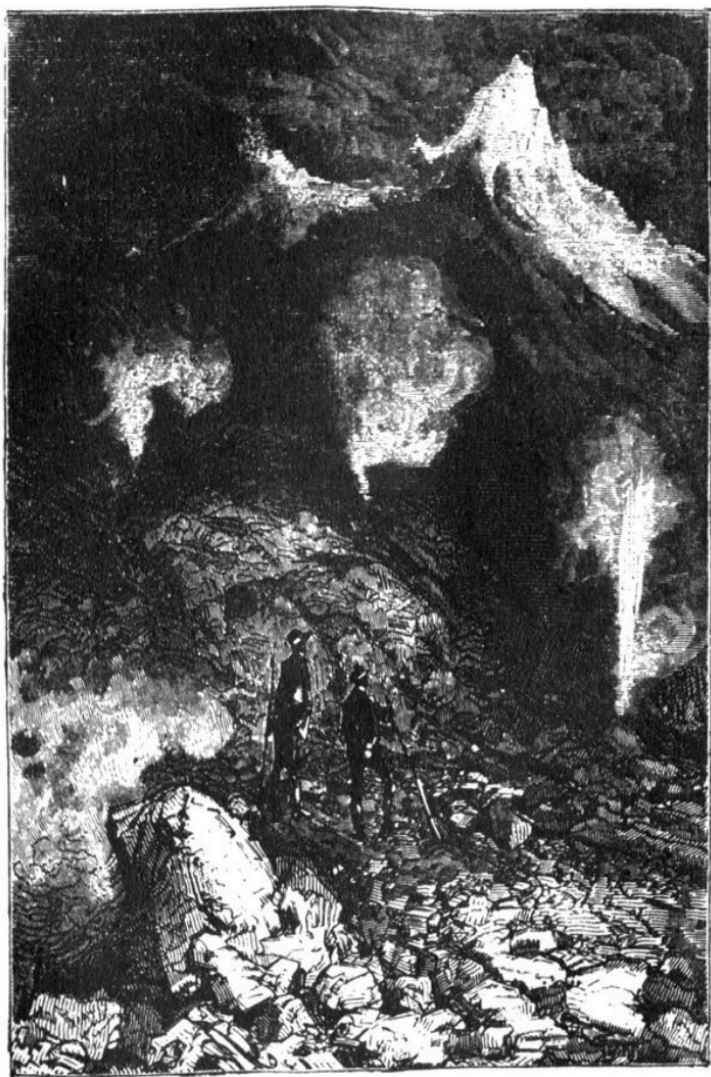
—Recuerda bien esto —prosiguió el profesor—: cuando se aproxima una erupción, esas fumarolas redoblan su actividad para desaparecer completamente mientras dure el fenómeno, ya que los fluidos elásticos, al no tener la tensión necesaria, toman el camino de los cráteres en lugar de escapar a través de las fisuras del globo. Por lo tanto, si esos vapores se mantienen en su estado habitual, si su energía no se acrecienta, si a esta observación añades que el viento y la lluvia no son sustituidos por un aire pesado y tranquilo, puedes afirmar que no se aproxima una erupción.

—Pero...

—Basta. Cuando la ciencia se ha pronunciado, no hay más que callarse.

Volví a la casa parroquial con las orejas gachas. Mi tío me había derrotado con argumentos científicos. Sin embargo, todavía me quedaba una esperanza y era que, una vez llegados al fondo del cráter, fuera imposible bajar más por falta de galería alguna, y eso a pesar de todos los Saknussem del mundo.

Pasé la noche siguiente en plena pesadilla en medio de un volcán, y de las profundidades de la tierra me sentí lanzado a los espacios planetarios bajo la forma de una roca eruptiva.



Al día siguiente, 23 de junio, Hans nos esperaba con sus compañeros cargados de víveres, herramientas e instrumentos. Dos bastones guarnecidos de hierro, dos fusiles, dos cartucheras, nos estaban reservados a mi tío y a mí. Hans, como hombre precavido, había añadido a nuestros equipajes un odre lleno que, junto con nuestras cantimploras, nos aseguraba el agua para ocho días.

Eran las nueve de la mañana. El rector y su alta arpía esperaban ante su puerta. Sin duda querían dirigirnos el supremo adiós del anfitrión al viajero. Pero aquel adiós tomó la forma inesperada de una cuenta formidable, en la que nos cobraban hasta el aire —aire infecto, si se me permite decirlo— de la casa pastoral. Aquella digna pareja nos clavó como un mesonero suizo y puso un bonito precio a su sobrestimada hospitalidad.

Mi tío pagó sin regatear. Un hombre que partía hacia el centro de la tierra no iba a reparar en unos rixdales.

Concluido este punto, Hans dio la señal de partida y unos instantes después habíamos dejado Stapi.

XV

El Sneffels tiene una altura de cinco mil pies. En su doble cono termina una banda de traquita que se destaca del resto del sistema orográfico de la isla. Desde nuestro punto de partida no se podían ver sus dos picos perfilarse en el fondo grisáceo del cielo. Y veía solamente un enorme casquete de nieve inclinado sobre la frente del gigante.

Marchábamos en fila precedidos por el cazador; éste subía por estrechos senderos por los que dos personas no hubiesen podido ir juntas. Toda conversación era, pues, prácticamente imposible.

Más allá de la muralla basáltica del fiordo de Stapi se presentó en primer lugar un suelo de turba herbácea y fibrosa, residuo de la antigua vegetación existente en los pantanos de la península; la cantidad de combustible aún sin explotar hubiera bastado para calentar durante un siglo a toda la población de Islandia; medida desde el fondo de ciertos barrancos, aquella vasta turbera tenía con frecuencia setenta pies de altura y presentaba capas sucesivas de detritus carbonizados separadas por capas de piedra pómez.

Como verdadero sobrino del profesor Lidenbrock, y a pesar de mis preocupaciones, observaba con interés las curiosidades mineralógicas expuestas en aquel vasto gabinete de historia natural; al mismo tiempo recomponía mentalmente toda la historia geológica de Islandia.

Esta isla tan curiosa ha surgido evidentemente del fondo de las aguas en una época relativamente moderna. Es posible que todavía esté elevándose con movimiento imperceptible. Si esto es así, sólo se puede atribuir su origen a la acción de fuegos subterráneos. En este caso, la teoría de Humphry Davy, el documento de Saknussem, las pretensiones de mi tío, todo se esfumaba. Esta hipótesis me condujo a examinar atentamente la naturaleza del suelo y pronto me di cuenta de la sucesión de fenómenos que

contribuyeron a su formación.

Islandia, absolutamente privada de todo terreno sedimentario, se compone exclusivamente de toba volcánica, es decir de un aglomerado de piedras y de rocas de textura porosa. Antes de la existencia de los volcanes, estaba formada por un macizo sólido que se elevó lentamente sobre la superficie de las aguas por el empuje de las fuerzas centrales. Los fuegos internos no habían irrumpido aún en el exterior.

Pero, más tarde, una larga falla cruzó la isla diagonalmente del suroeste al nordeste y por ella se expandió poco a poco toda la pasta de traquita. El fenómeno se producía entonces sin violencia; la salida era enorme y las materias fundidas arrojadas por las entrañas del globo se esparcieron apaciblemente en vastos estratos o en forma de masas onduladas. En esta época aparecieron los feldespatos, las sienitas y los pórfidos.

Pero, gracias a este derramamiento, el espesor de la isla aumentó considerablemente, y en consecuencia su fuerza de resistencia. Se puede concebir la enorme cantidad de fluidos elásticos que almacenó en su seno cuando ya no ofreció ningún escape después del enfriamiento de la corteza de traquita. Llegó, pues, un momento en que la potencia mecánica de estos gases fue tal que levantaron la pesada corteza y abrieron altas chimeneas. De ahí el volcán producido por el levantamiento de la corteza y más tarde el cráter súbitamente perforado en la cima del volcán.

Entonces a los fenómenos eruptivos sucedieron los fenómenos volcánicos. Por las aberturas nuevamente formadas se escaparon primero las deyecciones basálticas, cuyos más bellos especímenes ofrecía en ese momento a nuestros ojos la planicie que atravesábamos. Caminábamos sobre rocas macizas de color gris oscuro, que el enfriamiento había moldeado en forma de prismas de base exagonal. A lo lejos se veía un gran número de conos aplastados que en su momento fueron bocas ignívolas.

Más tarde, una vez agotada la erupción basáltica, el volcán, cuya fuerza se acrecentó con la de los cráteres extinguidos, dio paso a las lavas y esas tobas de cenizas y de escorias, cuyas largas corrientes veía esparcidas por los flancos del cono como una opulenta cabellera.

Esta fue la sucesión de los fenómenos que conformaron Islandia;

todos provenían de la acción de los fuegos internos, y suponer que la masa interna no estaba en un estado de permanente incandescencia era una locura. ¡Y mayor locura aún era pretender alcanzar el centro del globo!

Por tanto, caminando al asalto del Sneffels, intentaba tranquilizarme sobre el final de nuestra empresa.

El camino se tornaba cada vez más difícil; el terreno subía; los fragmentos de rocas se movían y era necesario prestar la más escrupulosa atención para evitar caídas peligrosas.

Hans avanzaba tranquilamente como por terreno uniforme; a veces desaparecía tras los grandes bloques, y momentáneamente lo perdíamos de vista; entonces un silbido agudo se escapaba de sus labios indicándonos qué dirección seguir. Con frecuencia se paraba, recogía algunos trozos de roca, los colocaba en forma reconocible y formaba así marcas destinadas a indicar la ruta de regreso. Buena precaución por su parte, pero inútil, como los hechos futuros demostraron.

Tres horas de agotadora marcha nos habían conducido tan sólo a la base de la montaña. Allí Hans dio la señal de alto y todos compartimos un almuerzo bastante frugal. Mi tío comía a dos carrillos para ir más deprisa. Sólo que, como esta parada de refección era al mismo tiempo parada de descanso, tuvo que aguardar la voluntad del guía, que dio la señal de partida una hora más tarde. Los tres islandeses, tan taciturnos como su compañero el cazador, no pronunciaron una sola palabra y comieron sobriamente.



Comenzamos a subir las laderas del Sneffels. Su cima nevada, por una ilusión óptica frecuente en las montañas, me parecía muy cercana y, sin embargo, ¡qué largas horas antes de alcanzarla! ¡Y sobre todo qué cansancio! Las piedras, a las que no sujetaba ninguna argamasa de tierra ni ninguna hierba, se desprendían bajo nuestros pies e iban a perderse en la planicie con la rapidez de una avalancha.

En ciertos lugares los flancos de la montaña formaban con el horizonte un ángulo de treinta y seis grados como mínimo; era imposible escalarlos, y teníamos que rodear aquellos repechos rocosos no sin dificultad. Para ello nos prestábamos mutua ayuda con nuestros bastones.

Debo señalar que mi tío caminaba lo más cerca posible de mí; no me perdía de vista y en más de una ocasión su brazo me prestó un sólido apoyo. El, sin duda, tenía un sentido innato del equilibrio, ya que no tropezaba. Los islandeses, a pesar de ir cargados, subían con una agilidad de montañeros.

Cuando veía a qué altura se encontraba la cima del Sneffels, me parecía imposible que pudiéramos alcanzarla desde aquel lado, si el ángulo de inclinación de las pendientes no se cerraba. Afortunadamente, tras una hora de fatigas y proezas, en medio del vasto tapiz de nieve desplegado sobre la cima del volcán, se presentó inesperadamente una especie de escalera, que simplificó la ascensión. Estaba formada por uno de esos torrentes de piedras arrojadas por las erupciones y cuyo nombre en islandés es «stina». Si ese torrente no hubiera sido detenido en su caída por la disposición de los flancos de la montaña, se hubiera precipitado en el mar formando nuevos islotes.

Tal y como era nos prestó un gran servicio. La inclinación de las cuevas se acentuaba, pero los escalones de piedra permitían ascender con facilidad e incluso tan rápidamente que, habiéndome quedado retrasado un instante mientras mis compañeros continuaban su ascensión, los percibí reducidos por la distancia a una apariencia casi microscópica.

A las siete de la tarde habíamos subido los dos mil peldaños de la escalera y dominábamos una extumescencia [50] de la montaña, especie de asiento sobre el que se apoyaba el cono propiamente dicho del cráter.



El mar se extendía a una profundidad de tres mil doscientos pies. Habíamos sobrepasado el límite de las nieves perpetuas, bastante poco elevado en Islandia como consecuencia de la humedad constante del clima. Hacía un frío violento. El viento soplaba con fuerza. Yo estaba agotado. El profesor se dio cuenta de que mis piernas se negaban a ayudarme y, a pesar de su impaciencia, decidió pararse. Así pues, hizo señas al cazador, quien sacudió la cabeza diciendo:

—Ofvanför.

—Parece que es preciso subir más dijo mi tío.

Luego preguntó a Hans el motivo de su respuesta.

—Mistour —replicó el guía.

—Ja, mistour —repitió uno de los islandeses con tono bastante alarmado.

—¿Qué significa esa palabra? —pregunté con inquietud.

—Mira —dijo mi tío.

Dirigí la mirada hacia el llano. Una inmensa columna de piedra pómez pulverizada, de arena y de polvo se elevaba girando como una tromba; el viento la abatía sobre el flanco del Sneffels al que estábamos agarrados; aquella cortina opaca extendida delante del sol proyectaba una gran sombra sobre la montaña. Si la tromba llegaba a inclinarse, su torbellino nos absorbería inevitablemente. Este fenómeno, bastante frecuente cuando el viento sopla desde los glaciares, toma el nombre de «mistour» en lengua islandesa.

—Hastigt, hastigt —gritó nuestro guía.

Sin saber danés, comprendí que teníamos que seguir a Hans lo más rápidamente posible. Este comenzó a dar la vuelta al cono del cráter, pero en zigzag, para facilitar la marcha. Pronto la tromba se abatió sobre la montaña, que se estremeció con su choque; las piedras, arrebatadas por los remolinos de viento, volaron en forma de lluvia como en una erupción. Afortunadamente estábamos en la vertiente opuesta y al abrigo de todo peligro. Sin la precaución del guía, nuestros cuerpos, despedazados, reducidos a polvo, hubieran ido a caer lejos como el producto de un meteoro desconocido.

Sin embargo, Hans no juzgó prudente pasar la noche en las laderas del cono. Continuamos nuestra ascensión en zigzag; los mil quinientos pies que quedaban por recorrer nos llevaron casi cinco horas; las vueltas, sesgos y contramarchas sumaban tres leguas por

lo menos. Yo no podía más; sucumbía al frío y al hambre. El aire, un poco enrarecido, no era suficiente para hacer funcionar mis pulmones.

Por fin, a las once de la noche, en plena oscuridad, alcanzamos la cima del Sneffels y, antes de ir a abrigarme en el interior del cráter, tuve tiempo de ver el «sol de medianoche[51]» en lo más bajo de su carrera, que proyectaba sus rayos pálidos sobre la isla dormida a mis pies.

XVI

La cena fue devorada rápidamente, y el pequeño grupo se acopló como mejor pudo. A cinco mil pies por encima del nivel del mar, la cama era dura, el refugio poco seguro y la situación muy penosa. Sin embargo, mi sueño fue particularmente apacible durante aquella noche, una de las mejores que pasé desde hacía mucho tiempo. Ni siquiera soñé.

A la mañana siguiente nos despertamos medio helados por un aire muy vivo, bajo los rayos de un sol espléndido. Dejé mi cama de granito y fui a gozar del magnífico espectáculo que se extendía ante mis ojos.

Me encaramé a la cima de uno de los dos picos del Sneffels, el del sur. Desde allí mi vista abarcaba la mayor parte de la isla. El efecto óptico, común a todas las grandes alturas, daba relieve a las orillas, mientras que las partes centrales parecían hundirse. Se hubiera dicho que uno de esos mapas en relieve de Helbesmer se desplegaba bajo mis plantas. Veía los valles profundos entrecruzarse en todos los sentidos, los precipicios abrirse como pozos, los lagos convertirse en estanques, los ríos hacerse riachuelos. A mi derecha se sucedían innumerables glaciares y los picos multiplicados, algunos de los cuales estaban coronados por leves penachos de humo. Las ondulaciones de aquellas montañas infinitas, cuyas capas de nieve parecían cubrir de espuma, me recordaban la superficie de un mar agitado. Si me volvía hacia el oeste, el océano se extendía en toda su majestuosa amplitud, como una continuación de las cimas encrespadas. Mis ojos apenas distinguían dónde terminaba la tierra firme y donde comenzaba el mar.

De esta manera me sumergí en ese éxtasis prodigioso que producen las altas cimas, y esta vez sin vértigo, pues al fin me había acostumbrado a esas sublimes contemplaciones. Mi mirada deslumbrada se bañaba en la transparente irradiación de los rayos

solares. Olvidé quién era, dónde estaba, para vivir la vida de los elfos o de los silfos, habitantes imaginarios de la mitología escandinava. Me emborraché con la voluptuosidad de las alturas, sin pensar en los abismos en que mi destino iba a hundirme dentro de poco. Pero fui devuelto a la realidad por la llegada del profesor y de Hans, que se unieron a mí en la cumbre.

Mi tío, volviéndose hacia el oeste, me señaló con la mano un ligero vapor, una bruma, una apariencia de tierra que dominaba la línea de las aguas.

—Groenlandia —me dijo.

—¿Groenlandia? —exclamé.

—Sí, estamos a unas treinta y cinco leguas, y durante el deshielo los osos blancos llegan hasta Islandia a lomos de los témpanos de hielo del norte. Pero eso importa poco. Estamos en la cima del Sneffels y éstos son los dos picos, uno al sur y otro al norte. Hans va a decirnos qué nombre dan los islandeses al que pisamos en este momento.

Una vez formulada la pregunta, el cazador respondió:

—Scartaris.

Mi tío me lanzó una mirada de triunfo.

—¡Al cráter! —dijo.

El cráter del Sneffels representaba un cono invertido cuyo orificio podía tener un diámetro de media legua. Estimé que su profundidad podía ser de dos mil pies aproximadamente. Imagínese el estado de semejante recipiente cuando se llenaba de truenos y de llamas. El fondo del embudo no mediría más de quinientos pies de perímetro, de manera que sus pendientes bastante suaves permitían llegar fácilmente a su parte inferior. Involuntariamente comparé ese cráter con un enorme trabuco de boca ancha, y la comparación me espantó.

«Descender a un trabuco —pensé—, cuando existe la posibilidad de que esté cargado y pueda dispararse con el menor choque, es de locos».

Pero no podía retroceder. Hans con aire indiferente volvió a encabezar el grupo. Lo seguí sin decir palabra.

Con el fin de facilitar el descenso, Hans describía en el interior del cono elipses muy amplias. Teníamos que caminar entre las rocas eruptivas, algunas de las cuales, desprendidas de sus alvéolos, se

precipitaban rebotando hasta el fondo del abismo. Su caída provocaba repercusiones de ecos de una extraña sonoridad.

Algunas partes del cono formaban glaciares interiores. Hans avanzaba entonces con precaución extrema, tanteando el suelo con su bastón para descubrir las grietas. En ciertos lugares dudosos fue necesario atarnos unos a otros con una larga cuerda a fin de que si a alguno le fallaba el pie se encontrase sostenido por el resto de sus compañeros. Esta solidaridad era prudente pero no excluía todo peligro.

Sin embargo, y a pesar de las dificultades del descenso por pendientes que el guía no conocía, el camino se hizo sin accidentes, salvo la caída de un fardo de cuerdas que se escapó de las manos de uno de los islandeses y fue por el camino más corto hasta el fondo del abismo.

A mediodía habíamos llegado. Levanté la cabeza y vi el orificio superior del cono, en el cual se encuadraba un trozo de cielo enmarcado en una circunferencia singularmente reducida pero casi perfecta. Solamente en un punto se destacaba el pico del Scartaris, que se hundía en la inmensidad.

En el fondo del cráter se abrían tres chimeneas por las que, en tiempos de las erupciones del Sneffels, el foco central dejaba escapar sus lavas y vapores. Cada chimenea tenía alrededor de cien pies de diámetro. Estaban allí, abiertas bajo nuestros pies. No tuve valor para hundir en ellas mis miradas. El profesor Lidenbrock había hecho un examen rápido de su disposición; estaba jadeante; corría de una a otra, gesticulando y lanzando palabras incomprensibles. Hans y sus compañeros, sentados en trozos de lava, lo miraban; evidentemente lo tomaban por loco.

De pronto mi tío lanzó un grito. Creí que acababa de perder pie y de caer en una de las tres simas. Pero no. Lo vi con los brazos extendidos, las piernas abiertas, de pie ante una roca de granito colocada en el centro del cráter, como un enorme pedestal hecho para la estatua de un Plutón. Estaba en una postura de hombre estupefacto, pero cuya estupefacción dio paso bien pronto a una alegría insensata.

—¡Axel, Axel! —gritó—. ¡Ven, ven!

Acudí. Ni Hans ni los islandeses se movieron.

—Mira —me dijo el profesor.

Y compartiendo su estupefacción, si no su alegría, leí en la cara occidental del bloque, en caracteres rúnicos medio roídos por el tiempo, ese nombre mil veces maldito:



—¡Arne Saknussemm! —exclamó mi tío—. ¿Aún dudas?

No respondí, y volví consternado a mi banco de lava. La evidencia me aplastaba.

Ignoro cuánto tiempo me quedé así, hundido en mis reflexiones. Todo lo que sé es que, al levantar la cabeza, vi a mi tío y a Hans solos en el fondo del cráter. Los islandeses habían sido despedidos y ahora bajaban de nuevo las laderas exteriores del Sneffels para volver a Stapi.

Hans dormía tranquilamente al pie de una roca, en una corriente de lava en la que se había improvisado un lecho; mi tío daba vueltas en el fondo del cráter como una bestia salvaje en el foso de un trampero. No tuve ganas ni fuerza para levantarme y, siguiendo el ejemplo del guía, me dejé llevar por un doloroso amodorramiento, creyendo escuchar ruidos, o sentir estremecimientos en los flancos de la montaña.



Así transcurrió la primera noche en el fondo del cráter.

Al día siguiente, un cielo gris, nublado, bochornoso se abatió sobre la cima del cono. Me di cuenta no tanto por la oscuridad de la cima cuanto por la cólera que se apoderó de mi tío.

Comprendí la razón, y un resto de esperanza me volvió al corazón. He aquí por qué.

De las tres rutas abiertas bajo nuestros pies, Saknussem había seguido sólo una. Según el sabio islandés, debíamos reconocerla por la particularidad, señalada en el criptograma, de que la sombra del Scartaris venía a acariciar sus bordes durante los últimos días del mes de junio.

En efecto se podía considerar este pico agudo como la aguja de un inmenso reloj de sol, cuya sombra, en un día determinado, marcaba el camino del centro del globo.

Ahora bien, si el sol no aparecía, no había sombra. Consecuentemente, tampoco indicación. Estábamos a 25 de junio. Si el cielo permanecía cubierto durante seis días, tendríamos que posponer la observación para otro año.

Renuncio a describir la cólera impotente del profesor Lidenbrock. Pasó el día y ninguna sombra vino a extenderse sobre el fondo del cráter. Hans no se movió de su sitio; sin embargo, debía de preguntarse qué esperábamos, ¿si es que se preguntaba algo! Mi tío no me dirigió la palabra ni una sola vez. Sus ojos, invariablemente vueltos hacia el cielo, se perdían en su color gris y brumoso.

El 26, aún nada. Una lluvia mezclada con nieve cayó durante toda la jornada. Hans construyó una choza con trozos de lava. Encontré cierto placer en seguir con la vista los millares de cascadas improvisadas en los flancos del cono y cuyas piedras acrecentaban el murmullo ensordecedor.

Mi tío ya no podía contenerse. Era como para irritar a un hombre más paciente que él, ya que verdaderamente era como encallar en el puerto.

Pero el cielo mezcla incesantemente grandes alegrías con grandes penas y reservaba al profesor Lidenbrock una satisfacción equiparada a sus desesperantes dificultades.

Al día siguiente, el cielo siguió cubierto; pero el domingo, 28 de junio, el antepenúltimo día del mes, con el cambio de luna vino el

cambio de tiempo. El sol derramó sus rayos a raudales dentro del cráter. Cada montículo, cada roca, cada piedra, cada aspereza tuvo su parte del luminoso efluvio y proyectó instantáneamente su sombra en el suelo. Entre todas, la del Scartaris se dibujó como una arista viva y se puso a girar lentamente con el astro radiante.

Mi tío daba vueltas con ella.

A mediodía, en su período más corto, vino a lamer dulcemente el borde de la chimenea central.

—¡Esa es! —gritó el profesor—. ¡Esa es! ¡Al centro del globo! —añadió en danés.

Miró a Hans.

—Forüt! —dijo tranquilamente el guía.

—¡Adelante! —respondió mi tío.

Eran la una y trece minutos de la tarde.

XVII

Comenzaba el verdadero viaje. Hasta entonces las fatigas habían sido mayores que las dificultades; ahora éstas iban a nacer verdaderamente bajo nuestros pies.

Todavía no había hundido la mirada en aquel pozo insondable en que iba a sumirme. Había llegado el momento. Aún podía decidirme por esta empresa o negarme a intentarla. Pero me dio vergüenza retroceder delante del cazador. Hans aceptaba tranquilamente la aventura, con tal indiferencia, con tan perfecta despreocupación por cualquier peligro, que enrojecí ante la idea de ser menos valiente que él. Estando solo, hubiera emprendido una serie de grandes argumentos; pero en presencia del guía me callé; un recuerdo voló hacia mi linda virlandesa, y me acerqué a la chimenea central.

Ya he dicho que medía cien pies de diámetro o trescientos pies de perímetro. Me incliné por encima de una roca que estaba suspendida sobre la abertura y miré. Se me erizaron los cabellos. El sentimiento del vacío se apoderó de todo mi ser. Sentí desplazarse mi centro de gravedad y el vértigo me subió a la cabeza como una borrachera. No hay nada más embriagador que esa atracción del abismo. ¡Iba a caerme! Una mano me retuvo. La de Hans. Decididamente no había tomado suficientes «lecciones de abismo» en la Frelsers-Kirk de Copenhague.

Sin embargo, por poco que hubiera aventurado mis miradas al pozo, me había dado cuenta de su conformación. Sus paredes, casi a pico, presentaban numerosos salientes que debían facilitar el descenso. Pero si había escalera, faltaba la barandilla. Una cuerda atada en el orificio hubiera bastado para sostenernos, pero ¿cómo desatarla cuando hubiésemos llegado a su extremidad inferior?

Mi tío empleó un método muy simple para obviar esta dificultad. Desenrolló una cuerda del grosor del pulgar y de

cuatrocientos pies de largo; primero dejó caer la mitad, luego la enrolló en el saliente de un bloque de lava y volvió a tirar la otra mitad dentro de la chimenea. Así cada uno podríamos descender reuniendo en la mano las dos mitades de la cuerda, que no podía escaparse. Una vez hubiéramos descendido doscientos pies, nada más fácil que recogerla soltando un extremo y tirando del otro. Después reanudaríamos este ejercicio *ad infinitum*.

Ahora —dijo mi tío, tras haber concluido sus preparativos ocupémonos de los equipajes; los dividiremos en tres paquetes y cada uno de nosotros atará uno a su espalda; me estoy refiriendo sólo a los objetos frágiles.

El audaz profesor no nos incluía evidentemente en esta última categoría.

—Hans —prosiguió— se encargará de las herramientas y de una parte de los víveres; tú, Axel, de otro tercio de los víveres y de las armas; yo, del resto de los víveres y de los instrumentos delicados.

—Pero —dije—, y la ropa y ese paquete de cuerdas y de escalas, ¿quién se encargará de bajarlos?

—Bajarán solos.

—¿Cómo? —pregunté.

—Ahora lo verás.



Mi tío empleaba fácilmente los grandes remedios y sin titubear. Bajo sus órdenes, Hans reunió en un solo bulto los objetos no frágiles, y aquel paquete, sólidamente atado, fue precipitado sin más en la sima.

Escuché ese mugido sonoro producido por el desplazamiento de las capas de aire. Mi tío, inclinado sobre el abismo, seguía con mirada satisfecha el descenso de sus bagajes, y no se incorporó hasta haberlos perdido de vista.

Bueno —dijo—. Ahora nos toca a nosotros.

¡Pregunto a todo hombre de buena fe si es posible escuchar sin temblar semejantes palabras!

El profesor ató a su espalda el paquete de los instrumentos; Hans tomó el de las herramientas y yo el de las armas. El descenso comenzó en el orden siguiente: Hans, mi tío y yo. Se hizo en profundo silencio, turbado solamente por la caída de restos de rocas que se precipitaban en el abismo.

Me deslicé, por decirlo así, aferrándome frenéticamente a la doble cuerda con una mano y apoyándome con la otra en mi bastón. Me dominaba una única idea: temía que me faltase el punto de apoyo. La cuerda me parecía muy frágil para soportar el peso de tres personas. La utilicé lo menos posible, haciendo milagros de equilibrio sobre los salientes de lava que mi pie buscaba para aferrarse como una mano.

Cuando uno de esos escalones resbaladizos vacilaba bajo los pies de Hans, éste decía con su voz tranquila:

—Gif akt!

—¡Cuidado! —repetía mi tío.

Al cabo de media hora habíamos llegado a la superficie de una roca fuertemente empotrada en la pared de la chimenea.

Hans tiró de uno de los extremos de la cuerda; el otro extremo se elevó en el aire; después de haber sobrepasado la roca superior cayó arrancando trozos de piedra y de lava, una especie de lluvia, o mejor, de granizo muy peligroso.

Inclinándome por encima de nuestra estrecha plataforma, puede observar que el fondo del agujero todavía era invisible. Volvió a comenzar la maniobra de la cuerda, y media hora después habíamos llegado a una nueva profundidad de doscientos pies.

No sé si el más fanático geólogo hubiera intentado estudiar,

durante aquel descenso, la naturaleza de los terrenos que lo circundaban. A mí no me preocupaba en absoluto; que fueran pliocenos, miocenos, eocenos, cretáceos, jurásicos, triásicos, pernianos, carboníferos, devónicos, silúricos o primitivos, me importaba poco. Pero el profesor, sin duda, hizo algunas observaciones o tomó notas, ya que en una de las paradas me dijo:

—Cuanto más adelante voy, más confianza tengo. La disposición de estos terrenos volcánicos da absolutamente la razón a la teoría de Davy. Nos encontramos en pleno suelo primordial, suelo en el que se ha producido la reacción química de los metales inflamados al contacto con el aire y el agua. Rechazo absolutamente el sistema de un calor central. Por lo demás, ya lo veremos.

Siempre la misma conclusión. Es comprensible que no me entretuviera en discusiones. Mi silencio fue tomado por asentimiento y reanudamos el descenso.

Al cabo de tres horas aún no se entreveía el fondo de la chimenea. Cuando levantaba la cabeza, veía su orificio que decrecía sensiblemente. Sus paredes, como consecuencia de su ligera inclinación, tendían a acercarse. Poco a poco iba oscureciendo.

Sin embargo continuábamos bajando. Me parecía que las piedras desprendidas de las paredes desaparecían produciendo una percusión más sorda y que encontraban muy pronto el fondo del abismo.

Como había tomado la precaución de anotar exactamente nuestras maniobras de cuerda, pude darme perfecta cuenta de la profundidad alcanzada y del tiempo transcurrido.

Habíamos repetido catorce veces esa maniobra, que duraba media hora. Eran, pues, siete horas más catorce cuartos de hora de descanso, o sea, tres horas y media. En total, diez horas y media. Teniendo en cuenta que habíamos partido a la una, debían de ser las once en aquel momento.

En cuanto a la profundidad que habíamos alcanzado, las catorce maniobras de una cuerda de doscientos pies arrojaban un total de dos mil ochocientos pies.

En ese momento se oyó la voz de Hans:

—Halt! —dijo.

Me paré de golpe en el momento en que iba a golpear con los pies la cabeza de mi tío.

—Hemos llegado —dijo éste.

¿Dónde? —pregunté, desligándome a su lado.

—Al fondo de la chimenea perpendicular.

—¿No hay por tanto otra salida?

—Sí, una especie de corredor que tuerce a la derecha. Ya lo examinaremos mañana. Primero vamos a cenar, y después a dormir.

La oscuridad no era aún completa. Abrimos el saco de provisiones, comimos y nos acostamos cada uno como mejor pudimos sobre un lecho de piedras y de restos de lava.

Cuando, tendido sobre la espalda, abrí los ojos, vi un punto brillante en la extremidad de ese tubo de tres mil pies de largo que se transformaba en un gigantesco antejo.

Era una estrella carente de todo centelleo y que, según mis cálculos, debía de ser β de la Osa Menor.

Después me dormí con sueño profundo.

XVIII

A las ocho de la mañana nos despertó un rayo de luz. Las mil facetas de la lava de las paredes lo reflejaban a su paso y lo esparcían como una lluvia de chispas.

Aquella claridad era lo bastante fuerte como para permitirnos distinguir los objetos que nos rodeaban.

—Y bien, Axel, ¿qué opinas? —exclamó mi tío frotándose las manos—. ¿Has pasado alguna vez una noche tan apacible en nuestra casa de Königstrasse? ¡Ni ruidos de carretas, ni gritos de vendedores, ni vociferaciones de bateleros!

—Sin duda estamos muy tranquilos en el fondo de este pozo, pero esta misma calma tiene algo que horroriza.

—¡Pero vamos! —exclamó mi tío—. Si te asustas ya, ¿qué ocurrirá más tarde? ¡Aún no hemos penetrado ni una pulgada en las entrañas de la tierra!

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Quiero decir que solamente hemos alcanzado el suelo de la isla! Este largo tubo vertical que desemboca en el cráter del Sneffels, termina poco más o menos al nivel del mar.

—¿Está seguro?

—Completamente. Consulta el barómetro.

En efecto, el mercurio, tras haber subido poco a poco en el instrumento de medida que controlaba nuestro descenso, se había parado en veintinueve pulgadas.

—Ya lo ves —continuó el profesor—. Aún no tenemos más que la presión de una atmósfera, y ya estoy deseando que el manómetro reemplace a este barómetro.

En efecto, aquel instrumento iba a resultar inútil desde el momento en que el peso del aire sobrepasase su presión calculada al nivel del océano.

—Pero —dije— ¿no es de temer que esta presión

constantemente creciente nos resulte muy penosa?

—No. Bajaremos lentamente, así nuestros pulmones se habituarán a respirar en una atmósfera más comprimida. Los aeronautas acaban por carecer de aire al elevarse a las capas superiores de la atmósfera, y nosotros quizá tengamos demasiado. Pero lo prefiero. No perdamos un instante. ¿Dónde está el paquete que nos ha precedido al interior de esta montaña?

En ese momento recordé que la noche anterior lo habíamos buscado en vano. Mi tío preguntó a Hans, quien, tras haber mirado atentamente con sus expertos ojos de cazador, respondió:

—Der huppe!

—Allá arriba.

En efecto, el paquete estaba colgado de un saliente de roca, a un centenar de pies por encima de nuestras cabezas. Inmediatamente el ágil islandés trepó como un gato, y en unos minutos recuperamos el paquete.

—Ahora, vamos a desayunar —dijo mi tío—, pero desayunemos como gente que tiene largo trecho que recorrer.

Las galletas y la carne seca fueron regadas con algunos tragos de agua mezclada con ginebra.

Una vez terminado el desayuno, mi tío sacó de su bolsillo una libreta destinada a anotar las observaciones; tomó sucesivamente sus diversos instrumentos y anotó los datos siguientes:

Lunes 1 de julio [52]

Cronómetro: 8h. 17m. de la mañana

Barómetro: 29 p. 7 l.

Termómetro: 6°

Dirección:

E. S. E.

Esta última observación se refería a la galería oscura y fue indicada por la brújula.

—Ahora, Axel —exclamó el profesor con una voz llena de entusiasmo—, vamos a hundirnos de verdad en las entrañas del globo. He aquí, pues, el momento exacto en que comienza nuestro viaje.

Y dicho esto, mi tío tomó con una mano el aparato de Ruhmkorff suspendido de su cuello, con la otra puso en contacto la

corriente eléctrica con el serpentín de la linterna, y una luz bastante viva disipó las tinieblas de la galería.

Hans llevaba el segundo aparato, que fue igualmente activado. Esta ingeniosa aplicación de la electricidad nos permitía caminar durante bastante rato creando un día artificial, incluso en medio de los gases más inflamables.

—¡En marcha! —dijo mi tío.

Cada uno tomó su fardo. Hans se encargó de empujar delante de él el paquete de las cuerdas y de la ropa, y, yendo yo el tercero, entramos en la galería.

En el momento de hundirme en el corredor oscuro, levanté la cabeza para percibir por última vez, a través del campo de visión del inmenso tubo, aquel cielo de Islandia «que no debía volver a ver».

La lava, durante la última erupción de 1229, se había abierto camino a través de aquel túnel. Tapizaba su interior de una capa espesa y brillante; la luz eléctrica se reflejaba en ella centuplicando su intensidad.

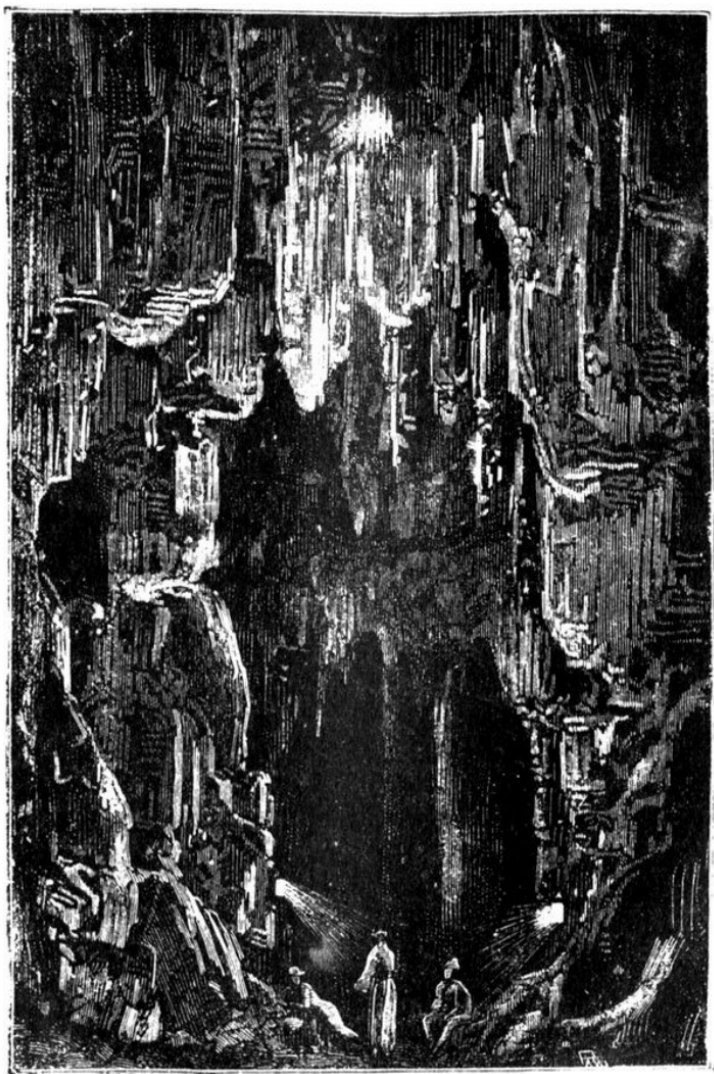
Toda la dificultad de la ruta consistía en no resbalar demasiado rápidamente por una cuesta de unos cuarenta y cinco grados de inclinación. Afortunadamente algunas erosiones y algunas dilataciones hacían las veces de escalones, y lo único que teníamos que hacer era bajar dejando resbalar nuestros equipajes retenidos por una larga cuerda.

Pero lo que bajo nuestros pies eran peldaños se volvían estalactitas en las otras paredes. La lava, porosa en ciertos lugares, presentaba pequeñas ampollas redondeadas: cristales de cuarzo opaco, adornados con límpidas gotas de vidrio y suspendidos en la bóveda como lámparas, parecían iluminarse a nuestro paso. Se hubiera dicho que los genios de la sima iluminaban su palacio para recibir a los huéspedes de la tierra.

—¡Es magnífico! —exclamé involuntariamente—. ¡Qué espectáculo! ¿No son admirables esos matices de la lava que van del rojo oscuro al amarillo brillante en gradaciones imperceptibles? ¿Y esos cristales que se asemejan a globos luminosos?

—¡Ah, ya te das cuenta, Axel! —respondió mi tío—. ¡Ah, encuentras todo esto espléndido, muchacho! Verás otras maravillas, según espero. ¡Andando, andando!

Más exacto hubiera sido decir «resbalando», ya que nos dejábamos ir sin fatiga por las pendientes inclinadas. Era el *facilis descensus Averní* de Virgilio[53]. La brújula, que yo consultaba frecuentemente, indicaba dirección sureste con imperturbable rigor. La corriente de lava no torcía ni a un lado ni a otro. Tenía la inflexibilidad de la línea recta.



Sin embargo el calor no aumentaba de forma sensible. Lo cual daba razón a las teorías de Davy, y más de una vez consulté el termómetro con extrañeza. Dos horas después de la salida, sólo marcaba

10°,

es decir, un aumento de

4°.

Esto me autorizaba a pensar que nuestro descenso era más horizontal que vertical. En cuanto a conocer exactamente la profundidad alcanzada, nada más fácil. El profesor medía exactamente los ángulos de desviación y de inclinación de la ruta, pero guardaba para sí los resultados de sus observaciones.

Por la tarde, hacia las ocho, dio la señal de parada. Hans se sentó inmediatamente. Las lámparas fueron colgadas en un saliente de lava. Estábamos en una especie de caverna en la que no faltaba el aire. Al contrario. Hasta nosotros llegaban algunas ráfagas. ¿Qué causa las producía? ¿A qué agitación atmosférica atribuir su origen? Ésta era una cuestión que yo no intentaba resolver en ese momento. El hambre, el cansancio me impedían por completo cualquier razonamiento. Un descenso de siete horas consecutivas no se hace sin gran esfuerzo. Estaba agotado. Por tanto fue un placer para mí escuchar la palabra «alto». Hans dispuso sobre un bloque de lava algunas provisiones y todos comimos con apetito. Sin embargo una cosa me inquietaba: nuestra reserva de agua estaba ya medio consumida. Mi tío contaba con reponerla en los manantiales subterráneos, pero hasta entonces éstos no existían en absoluto. No pude dejar de llamar su atención sobre este asunto.

—¿Estás muy sorprendido por esta ausencia de manantiales? —dijo.

—Sin duda, e incluso inquieto. Sólo tenemos agua para cinco días.

—Tranquilízate, Axel. Te aseguro que encontraremos agua y más de la que quisiéramos.

—¿Cuándo?

—Cuando hayamos dejado esta envoltura de lava. ¿Cómo pretendes que el agua traspase estas paredes?

—Podría ser que esta corriente se prolongase hasta grandes profundidades. Me parece que aún no hemos hecho mucho camino

verticalmente.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Que si hubiéramos avanzado mucho en el interior de la corteza terrestre el calor sería más fuerte.

—Según tu sistema —respondió mi tío—. ¿Qué indica el termómetro? —Apenas quince grados, lo que no supone más que un aumento de nueve grados desde nuestra partida.

—Y bien, concluye.

—He aquí mi conclusión. Según las observaciones más exactas, el aumento de la temperatura en el interior del globo es de un grado cada cien pies. Pero ciertas condiciones de localización pueden modificar esta cifra. Así, en Yakust, en Siberia, se ha observado que cada treinta y seis pies tenía lugar un aumento de un grado. Esta diferencia depende evidentemente de la conductibilidad de las rocas. Añadiré también que en las proximidades de un volcán extinguido y a través del gneis, se ha observado que el aumento de la temperatura era sólo de un grado cada ciento veinticinco pies. Tomemos, pues, esta última hipótesis, que es la más favorable, y calculemos.

—Calcula, muchacho.

—Nada más fácil —dije anotando varias cifras en mi libreta—. Nueve por ciento veinticinco pies dan un total de mil ciento veinticinco pies de profundidad.

—Nada más exacto.

—¿Y bien?

—Pues bien, según mis observaciones hemos llegado a diez mil pies por debajo del nivel del mar.

—¿Es posible?

—¡Sí, o las cifras mienten!

Los cálculos del profesor eran exactos. Habíamos sobrepasado ya en seis mil pies las más grandes profundidades alcanzadas por el ser humano, tales como las minas de

Kitz-Bahl

en el Tirol y las de Wuttemberg en Bohemia.

La temperatura, que hubiera debido ser de ochenta y un grados, apenas era de quince. Esto se prestaba a reflexiones singulares.

XVIX

Al día siguiente, martes 30 de junio, a las seis de la mañana, reanudamos el descenso. Seguimos por la galería de lava, auténtica rampa natural, suave como esos planos inclinados que reemplazan aún a las escaleras en las viejas casas. Y así hasta las doce y diecisiete minutos, instante preciso en el que nos unimos a Hans, que acababa de pararse.

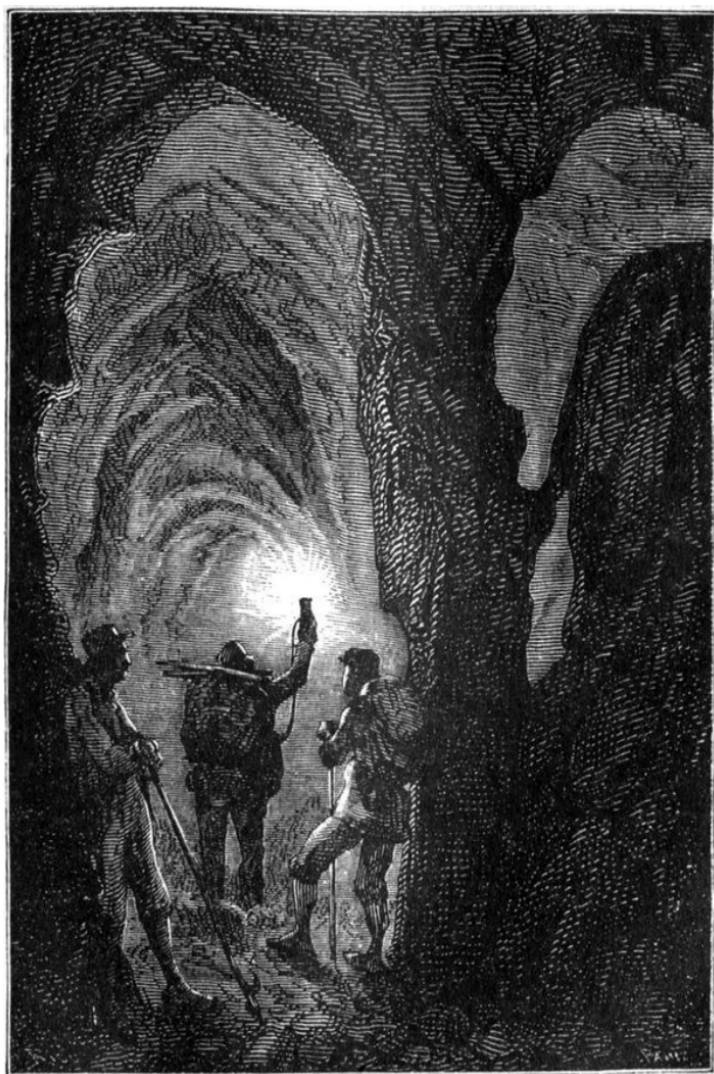
—¡Bien! —exclamó mi tío—. Hemos llegado al extremo de la chimenea.

Miré en torno mío. Estábamos en el centro de una encrucijada en la que desembocaban dos caminos, ambos sombríos y estrechos. ¿Cuál nos convenía seguir? He ahí la dificultad.

Sin embargo mi tío no quiso parecer dubitativo ni ante mí ni ante el guía; designó el túnel del este y pronto nos encontramos los tres en su interior.

Por otro lado, cualquier vacilación ante esos dos caminos se hubiera prolongado indefinidamente, ya que no existía indicio alguno que pudiera determinar la elección de uno u otro; había que ponerse absolutamente en manos del azar.

La pendiente de esta nueva galería era poco apreciable, y su sección muy desigual. De vez en cuando una sucesión de arcos se extendía ante nosotros como las contranaves[54] de una catedral gótica. Los artistas de la Edad Media hubieran podido estudiar allí todas las formas de esa arquitectura religiosa cuya generatriz es la ojiva. Una milla más adelante nuestras cabezas tuvieron que inclinarse bajo las cimbras rebajadas de estilo románico, y los gruesos pilares empotrados en el macizo se curvaban bajo el arranque de las bóvedas. En algunos lugares esta disposición de los basamentos daba lugar a bajas substrucciones[55] muy semejantes a las obras de los castores, y nos deslizábamos reptando a través de estrechos pasillos.



El calor se mantenía en un grado soportable. Involuntariamente yo imaginaba su intensidad cuando la lava vomitada por el Sneffels se precipitase por este camino hoy tan tranquilo. ¡Imaginaba los torrentes de fuego chocando contra los ángulos de la galería y la acumulación de vapores sobrecalentados en este estrecho túnel!

«¡Siempre que a este viejo volcán no se le ocurra tener un antojo tardío, estaremos a salvo!», pensé.

No comuniqué estas reflexiones al tío Lidenbrock; no las habría comprendido. Su único pensamiento era avanzar. Caminaba, se deslizaba, incluso rodaba, con una convicción que, después de todo, era digna de admiración.

A las seis de la tarde, después de un descenso poco fatigoso, habíamos recorrido dos leguas hacia el sur, pero apenas un cuarto de milla de profundidad.

Mi tío dio la señal de descanso. Comimos sin apenas hablar y nos dormimos sin pensar demasiado.

Nuestros preparativos para pasar la noche eran muy simples: una manta de viaje en la que nos enrollábamos era toda nuestra ropa de cama. No teníamos que temer ni frío ni visitas inoportunas. Los viajeros que se internan en los desiertos de África, en el seno de las selvas del nuevo mundo, se ven forzados a montar guardias durante las horas de sueño. Pero aquí gozábamos de una absoluta soledad y una seguridad completa. No había que temer salvajes, bestias feroces, ni ninguna otra especie maligna.

A la mañana siguiente nos despertamos frescos y bien dispuestos para reanudar la marcha. Como la víspera, seguimos un camino de lava. Era imposible reconocer la naturaleza de los terrenos que éste atravesaba. El túnel, en vez de hundirse en las entrañas del globo, tendía a volverse absolutamente horizontal. Incluso creí observar que subía hacia la superficie de la tierra. Este hecho se volvió tan notorio hacia las diez de la mañana, y como consecuencia tan fatigoso, que me vi obligado a moderar el ritmo de mi marcha.

—¿Qué pasa, Axel? —dijo el profesor con impaciencia.

—Pasa que no puedo más —le respondí.

—¿Cómo? ¡Tras sólo tres horas de paseo por un camino tan fácil!

—No digo que no sea fácil, pero agotador, eso seguro.

—¿Qué dices? ¡Pero si sólo tenemos que bajar!

—Subir, si no le importa.

—¡Subir! —dijo mi tío, alzando los hombros.

—Sin duda. Desde hace media hora, las pendientes se han modificado, y de continuar así volveremos con toda certeza a la tierra de Islandia.

El profesor movió la cabeza como hombre que no quiere ser convencido. Intenté reanudar la conversación. No me respondió y dio nuevamente la señal de continuar. Comprendí que su silencio sólo era mal humor concentrado.

Sin embargo, yo había vuelto a tomar mi carga con valor y seguí rápidamente a Hans, a quien precedía mi tío. Me empeñaba en no distanciarme. Mi gran preocupación era no perder en ningún momento de vista a mis compañeros. Temblaba ante la posibilidad de perderme en las profundidades de aquel laberinto.

Por otra parte, si el camino ascendente se hacía cada vez más duro, me consolaba pensando que me aproximaba a la superficie de la tierra. Era una esperanza. Cada paso lo confirmaba y yo empezaba a alegrarme ante la idea de volver a ver a mi pequeña Graüben.

A mediodía se produjo un cambio de aspecto en las paredes de la galería. Me di cuenta por el debilitamiento de la luz eléctrica reflejada en los muros. Al revestimiento de lava sucedía la roca viva. El macizo se componía de capas inclinadas y a menudo verticales. Nos encontrábamos en plena época de transición, en pleno período silúrico [56].

—¡Es evidente —exclamé— que los sedimentos de las aguas han formado en la segunda época de la tierra estos esquistos, estas calizas y estas areniscas! ¡Estamos dando la espalda al macizo granítico! Parecemos gente de Hamburgo que tomasen el camino de Hannover para ir a Lübeck.

Hubiera debido guardarme estas observaciones para mí, pero mi temperamento de geólogo fue más fuerte que la prudencia y el tío Lidenbrock escuchó mis exclamaciones.

—¿Qué te pasa? —me dijo.

—¡Mire! —respondí, mostrándole la variada sucesión de areniscas, calizas y los primeros indicios de terrenos pizarrosos.

—¿Y bien?

—¡Hemos llegado a la época durante la que aparecieron las

primeras plantas y los primeros animales!

—¡Ah! ¿Tú crees?

Pero ¡mire, examine, observe!

Forcé al profesor a pasear la luz por las paredes de la galería. Esperaba alguna exclamación por su parte. Pero no dijo ni una palabra y continuó su camino.

¿Me había comprendido? ¿Es que no quería reconocer, por amor propio de tío y de sabio, que se había equivocado al escoger el túnel del este, o se empeñaba en examinar el pasadizo hasta su fin? Era evidente que ya habíamos dejado la ruta de las lavas y que ese camino no podía conducir al foco del Sneffels.

No obstante me preguntaba si no daba yo demasiada importancia a aquella modificación de los terrenos. ¿No estaba equivocándome a mí mismo? ¿Estábamos atravesando en realidad aquellas capas de rocas superpuestas al macizo granítico?

«Si tengo razón —pensé—, debo encontrar algún resto de planta primitiva, y habrá que rendirse a la evidencia. Busquemos, pues».

Aún no había dado cien pasos cuando se ofrecieron a mis ojos pruebas incontestables. Así debía ser, ya que en la época silúrica los mares contenían más de mil quinientas especies vegetales o animales. Mis pies, habituados al suelo duro de la lava, hollaron de pronto un polvo compuesto de plantas y conchas. En las paredes se veían claramente las huellas de fucos y de licopodios. El profesor Lidenbrock no podía dejarse engañar, pero me imagino que cerraba los ojos continuando su camino con paso invariable.

Era una cabezonería llevada a extremos increíbles. No pude más. Recogí una concha perfectamente conservada que debió de pertenecer a un animal más o menos parecido a la actual cochinilla; luego me reuní con mi tío y le dije:

¡Mire!

—Bueno —respondió tranquilamente—. Es la concha de un crustáceo del orden desaparecido de los trilobites. Nada más.

¿Pero no concluye de eso...?

—¿Lo que concluyes tú mismo? Sí. Efectivamente. Hemos abandonado la capa de granito y la ruta de las lavas. Es posible que me haya equivocado, pero no estaré seguro de mi error hasta el momento en que haya alcanzado el final de esta galería.

—Tiene usted razón al actuar así, tío, y le daría mi aprobación si

no pesase sobre nosotros una amenaza cada vez más peligrosa.

—¿Cuál?

—La falta de agua.

—Pues bien, la racionaremos, Axel.

XX

En efecto tuvimos que racionarnos. Nuestra provisión no podía durar más de tres días. A esta conclusión llegué la misma noche durante la cena. Y, enojosa expectativa, teníamos poca esperanza de encontrar algún manantial en aquellos terrenos de la época de transición.

Durante toda la jornada siguiente, los interminables arcos de la galería se desplegaron ante nosotros. Caminábamos sin hablar apenas. El mutismo de Hans se nos contagiaba.

El camino no subía, por lo menos de forma sensible. A veces incluso parecía inclinarse. Pero esta tendencia, por lo demás poco acentuada, no debía tranquilizar al profesor, ya que la naturaleza de las capas del terreno no se modificaba y el período de transición se acentuaba más.

La luz eléctrica hacía brillar espléndidamente los esquistos, las calizas y las viejas areniscas rojizas de las paredes. Se hubiera podido pensar que nos encontrábamos en una excavación abierta en medio del Devonshire, que dio lugar al nombre de esa especie de terrenos. Magníficos especímenes de mármol revestían las murallas, unas de color gris ágata con vetas blancas caprichosamente acusadas, otras de color encarnado o amarillo moteado de placas rojas; más lejos, muestras de mármol de colores oscuros moteado de rojo, en las que la caliza resaltaba con matices vivos.

La mayor parte de aquellos mármoles mostraban huellas de animales primitivos. Desde el día anterior, la creación nos ofrecía un progreso evidente. En lugar de trilobites rudimentarios, había vestigios ordenados con mayor perfección; entre otros, peces ganoideos y esos saurópteros en los que el ojo del paleontólogo ha sabido descubrir las primeras formas de los reptiles. Los mares devonianos estaban habitados por un gran número de animales de esta especie, que se esparcieron a millares por las rocas de nueva

formación.

Se hacía evidente que remontábamos la escala de la vida animal, en la que el hombre ocupa la cima. Pero el profesor Lidenbrock no parecía tomarlo en consideración.

Esperaba dos cosas: o bien que un pozo vertical se abriese bajo sus pies y le permitiera reanudar su descenso, o que un obstáculo le impidiera continuar este camino. Pero llegó la noche sin que se realizasen sus esperanzas.

El viernes, tras una noche durante la cual comencé a experimentar el tormento de la sed, nuestro pequeño grupo se hundió de nuevo en los recovecos de la galería.

Tras diez horas de marcha me di cuenta de que la reverberación de nuestras lámparas sobre los muros disminuía de forma singular. El mármol, el esquisto, la caliza, la arenisca de las murallas, dejaban lugar a un revestimiento oscuro y sin brillo. En un tramo en el que el túnel se volvía enormemente estrecho me apoyé contra la pared izquierda.

Cuando retiré la mano, ésta estaba completamente negra. Miré la pared más de cerca. Nos encontrábamos en plena hullera.

—¡Una mina de carbón! —grité.

—Una mina sin mineros —respondió mi tío.

—¿Quién sabe?

—Yo lo sé —replicó el profesor en tono cortante—, y estoy seguro de que esta galería perforada a través de capas de hulla no ha sido hecha por la mano del hombre. Pero se trate o no de una obra de la naturaleza, me importa poco. Es hora de cenar. Cenemos, pues.



Hans preparó algunos alimentos. Apenas pude comer y sólo bebí las pocas gotas de agua que correspondían a mi ración. El odre del guía, medio lleno, era todo lo que quedaba para apagar la sed de tres hombres.

Tras la comida, mis dos compañeros se echaron sobre sus mantas y encontraron en el sueño un remedio a sus fatigas. Por mi parte, no pude dormir y pasé la noche contando las horas hasta el amanecer.

El sábado, a las seis de la mañana, volvimos a ponernos en camino. Veinte minutos más tarde llegamos a una vasta excavación; reconocí entonces que la mano del hombre no podía haber cavado aquella hullera; las bóvedas habrían estado apuntaladas, y verdaderamente sólo se sostenía por un milagro de equilibrio.

Aquella especie de caverna tenía cien pies de ancho por ciento cincuenta de altura. El terreno había sido violentamente removido por una conmoción subterránea. El macizo terrestre, al ceder ante un potente empuje, se había desencajado, dejando aquel amplio vacío en el que habitantes de la tierra penetraban por primera vez.

Toda la historia del período hullero estaba escrita en aquellas paredes ennegrecidas, y un geólogo hubiera podido seguir con facilidad sus múltiples fases. Las capas de carbón estaban separadas por estratos de arenisca o de arcilla compactos y como aplastados por las capas superiores.

En la edad del mundo que precedió a la época secundaria, la tierra se recubrió de inmensas vegetaciones debidas a la doble acción del calor tropical y de una humedad persistente. Una atmósfera de vapores envolvía el globo por todas partes, hurtándolo todavía a los rayos del sol.

De ahí la conclusión de que las altas temperaturas no provenían de aquel nuevo foco. Incluso puede ser que el astro diurno no estuviera listo todavía para jugar su papel resplandeciente. Los «climas» no existían todavía y un calor tórrido se extendía por toda la superficie del globo, igual en el ecuador que en los polos. ¿De dónde procedía? Del interior del globo.

A pesar de las teorías del profesor Lidenbrock, un fuego violento se incubaba en las entrañas del esferoide; su acción se hacía sentir hasta en las últimas capas de la corteza terrestre; las plantas, privadas de los efluvios beneficiosos del sol, no daban ni flores ni

perfumes, pero sus raíces extraían una vida muy fuerte de los terrenos abrasadores de los primeros días.

Había pocos árboles, solamente plantas herbáceas, inmensos pastizales, helechos, lycopodios, sigilarías, asterofilitas, familias raras cuyas especies se contaban en aquel entonces por millares.

Pues bien, precisamente a esta exuberante vegetación debe la hulla su origen. La corteza del globo, elástica todavía, obedecía a los movimientos de la masa líquida que arrojaba. De ahí las fisuras y los numerosos hundimientos. Las plantas, arrastradas bajo las aguas, se amontonaron poco a poco en masas considerables.

Entonces intervino la acción química natural; en el fondo de los mares, las masas vegetales se transformaron primero en turba; luego, gracias a la influencia de los gases y bajo la fermentación, experimentaron una completa mineralización.

Así se formaron esas inmensas reservas de carbón, que un consumo excesivo debe, a pesar de todo, agotar en menos de tres siglos, si los pueblos industrializados no toman las precauciones debidas.

Me hacía estas reflexiones mientras hacía una estimación de las riquezas hulleras acumuladas en aquella porción del macizo terrestre. Estas, sin duda, no serían jamás descubiertas. La explotación de minas tan remotas exigiría sacrificios demasiado considerables. Y por otra parte, ¿para qué, cuando la hulla está todavía esparcida, por así decirlo, por la superficie de la tierra en gran número de regiones? Tal y como veía yo ahora aquellas capas intactas, así permanecerían hasta que sonase la última hora del mundo.

Sin embargo seguimos caminando, y el único entre mis compañeros que olvidaba lo larga que era la ruta, para perderse en consideraciones geológicas, era yo. La temperatura permanecía sensiblemente igual a la que existía en el curso de nuestro paso en medio de las lavas y de los esquistos. Únicamente, mi olfato se veía afectado por un olor muy acusado de protocarburo de hidrógeno. Reconocí inmediatamente en la galería la presencia de una notable cantidad de ese peligroso fluido al que los mineros han dado el nombre de grisú y cuya explosión ha causado muy a menudo catástrofes espantosas.

Afortunadamente nos iluminábamos con los ingeniosos aparatos

de Ruhmkorff. Si por desgracia hubiésemos explorado imprudentemente la galería antorcha en mano, una explosión terrible hubiese terminado con el viaje, suprimiendo a los viajeros.

La excursión por la hullera duró hasta la noche. Mi tío apenas contenía la impaciencia que le causaba la horizontalidad del camino. Las tinieblas, siempre profundas a veinte pasos, impedían estimar la longitud de la galería, y yo comenzaba a creerla interminable cuando, de pronto, a las seis, se presentó ante nuestros ojos de forma inesperada un muro. A derecha, a izquierda, arriba o abajo no había ningún pasadizo. Habíamos llegado al fondo de un callejón sin salida.

—¡Pues bien, tanto mejor! —gritó mi tío. Por lo menos sé a qué atenerme. No nos hallamos sobre la ruta de Saknussem, y no queda más remedio que volver sobre nuestros pasos. Descansemos una noche y antes de tres días habremos llegado al punto en que las dos galerías se bifurcan.

—Sí —dije—. ¡Si tenemos fuerza para ello!

—¿Y por qué no?

—Porque mañana nos faltará totalmente el agua.

—¿Y el valor nos faltará también? —dijo el profesor dirigiéndome una mirada severa.

No me atreví a responderle.

XXI

Al día siguiente partimos muy temprano. Había que darse prisa. Estábamos a cinco días de camino del cruce.

No insistiré en los sufrimientos de nuestro regreso. Mi tío los soportó con la cólera de un hombre que no se siente el más fuerte; Hans, con la resignación de su naturaleza pacífica; yo, he de confesarlo, quejándome y desesperándome; no podía aceptar esa mala fortuna con agrado.

Tal y como había previsto, nos faltó completamente el agua al final del primer día de camino. Nuestra provisión líquida se redujo entonces a la ginebra, pero aquel licor infernal quemaba la garganta y yo no podía ni siquiera soportar su vista. Me parecía que la temperatura era sofocante. El cansancio me paralizaba. Más de una vez estuve a punto de caer completamente exhausto. Entonces nos parábamos; mi tío o el islandés me reanimaban como mejor podían. Pero yo me daba cuenta de que el primero reaccionaba ya con dificultades frente al cansancio extremo y a las torturas de la privación de agua.

Por fin, el martes 7 de julio, arrastrándonos sobre las rodillas y sobre las manos, llegamos medio muertos al punto de unión de las dos galerías. Yo me quedé allí como una masa inerte, tendido sobre el suelo de lava. Eran las diez de la mañana.

Hans y mi tío, apoyados contra la pared, intentaron mordisquear algunos trozos de galleta. Largos gemidos se escapaban de mis labios tumefactos, y caí en un profundo amodorramiento.

Al cabo de algún tiempo, mi tío se acercó a mí y me levantó en sus brazos.

—¡Pobre muchacho! —murmuró con auténtico acento de piedad.

Como yo no estaba habituado a la ternura del arisco profesor, sus palabras me conmovieron. Tomé sus manos temblorosas en las

mías. El se dejó hacer mirándome. Sus ojos estaban húmedos.

Entonces lo vi tomar el odre suspendido a su lado. Con gran estupefacción mía lo aproximó a mis labios.

—Bebe —me dijo.

¿Había oído bien? ¿Es que mi tío se había vuelto loco? Lo miré con una expresión embrutecida. No quería comprenderlo.

—Bebe —repitió.

Levantando el odre, lo vació entero entre mis labios.

¡Oh, placer infinito! Un trago de agua humedeció mi boca ardiente, uno solo, pero fue suficiente para devolverme la vida que se me escapaba.

Di las gracias a mi tío uniendo las manos.



—Sí —dijo—. ¡Un trago de agua! ¡El último! ¿Lo oyes bien? ¡El último! Lo he guardado preciosamente en el fondo del odre. ¡Veinte, cien veces he tenido que resistir mi terrible deseo de beber! Pero no, Axel, lo reservaba para ti.

—¡Tío! —murmuré, mientras gruesas lágrimas mojaban mis ojos.

Sí, pobre muchacho, sabía que a tu llegada a este cruce caerías medio muerto y he conservado las últimas gotas de agua para reanimarte.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamé.

Aunque mi sed hubiera sido muy ligeramente aplacada, había recuperado algunas fuerzas. Los músculos de mi garganta, contraídos hasta entonces, se distendían, y la inflamación de mis labios se había aliviado. Ya podía hablar.

Veamos —dije—. Ahora sólo nos queda un partido que tomar. No tenemos agua; hay que volver sobre nuestros pasos.

Mientras yo hablaba así, mi tío evitaba mirarme; bajaba la cabeza; sus ojos rehuían los míos.

—Hay que volver —grité— y reemprender el camino del Sneffels. ¡Que Dios nos dé fuerzas para subir hasta la cima del cráter!

—¡Volver! —dijo mi tío como respondiéndose más a sí mismo que a mí.

—Sí, volver, y sin perder un instante.

En ese momento se produjo un silencio bastante prolongado.

—Así pues, Axel —continuó el profesor en un tono extraño—, ¿esas pocas gotas de agua no te han devuelto el valor y la energía?

—¡El valor!

—¡Te veo tan abatido como antes y pronunciando aún palabras de desesperación!

¿Con qué clase de hombre tenía que vérmelas, y qué proyectos podía formar aún su audaz espíritu?

—¿Pero es que no quiere usted?...

—¡Renunciar a esta expedición en el momento en que todo indica que puede tener éxito! ¡Jamás!

—Entonces ¿tenemos que resignarnos a perecer?

—No, Axel, no. Vete. ¡No deseo que mueras! Que te acompañe Hans. ¡Déjame solo!

—¡Abandonarlo!

—¡Déjame, te digo! He emprendido este viaje y lo llevaré a cabo hasta el final o no regresaré. ¡Vete, Axel, vete!

Mi tío hablaba con una gran excitación. Su voz, enternecida durante unos instantes, volvía a ser dura, amenazadora. ¡Luchaba con una energía sombría contra lo imposible! Yo no quería abandonarlo en el fondo de aquel abismo, y por otra parte el instinto de conservación me empujaba a huir de él.

El guía seguía esta escena con su indiferencia habitual. Sin embargo comprendía lo que ocurría entre sus dos compañeros. Nuestros gestos indicaban con bastante claridad los diferentes caminos a los que cada uno intentaba arrastrar al otro. Pero Hans parecía interesarse muy poco por una cuestión en la que se hallaba en juego su existencia, listo para partir si se daba la señal de partida, listo para quedarse ante la más leve indicación de su amo.

¡Que no pudiera yo en aquel instante hacerme comprender por él! Mis palabras, mis gemidos, mi acento hubieran vencido aquella fría naturaleza. Los peligros que el guía no parecía sospechar se los hubiese hecho comprender y tocar con el dedo. Entre los dos quizá hubiésemos podido convencer al testarudo profesor. ¡Y, si hubiera sido necesario, lo habríamos forzado a regresar a las alturas del Sneffels!

Me acerqué a Hans. Puse mi mano en la suya. No se movió. Le mostré el camino del cráter. Permaneció inmóvil. Mi rostro anhelante reflejaba todo mi sufrimiento. El islandés movió dulcemente la cabeza y, señalando tranquilamente a mi tío:

—Master —dijo—.

—¡El amo! —grité—. ¡No, insensato, él no es dueño de tu vida! ¡Tenemos que huir! ¡Tenemos que arrastrarlo! ¿Me oyes? ¿Me comprendes?

Había agarrado a Hans por el brazo. Quería obligarlo a levantarse. Luchaba con él. Mi tío intervino.

—Cálmate, Axel —dijo—. No obtendrás nada de este impasible servidor. Así pues, escucha lo que voy a proponerte.

—Escúchame hasta el final —prosiguió el profesor forzando la voz—. Mientras yacías aquí sin moverte, he ido a hacer un reconocimiento de la conformación de esta galería. Se hunde directamente en las entrañas del globo y, en pocas horas, nos

conducirá al macizo granítico. Allí tendremos que encontrar abundantes manantiales. La naturaleza de la roca así lo indica y el instinto está de acuerdo con la lógica para apoyar mi convicción. Ahora bien, he aquí lo que voy a proponerte. Cuando Colón pidió tres días a su tripulación para encontrar las nuevas tierras, su tripulación, enferma y espantada, cedió sin embargo a su solicitud y descubrió el nuevo mundo. Yo, el Colón de estas regiones subterráneas, no te pido más que otro día. Si transcurrido ese tiempo no he encontrado el agua que nos hace falta, te juro que regresaremos a la superficie de la tierra.

A pesar de mi irritación, estas palabras y el esfuerzo de contención que hacía mi tío para utilizar semejante lenguaje me conmovieron.

—¡Pues bien! —exclamé—. Sea como usted quiere, y que Dios recompense su energía sobrehumana. ¡No tiene más que unas horas para probar suerte! ¡En marcha!

Me crucé de brazos, mirando a mi tío cara a cara.

—La falta de agua —dijo— es el único obstáculo que se interpone para realizar mis proyectos. En esta galería del este, compuesta de lavas, esquistos y hullas, no hemos encontrado ni una sola molécula líquida. Es posible que tengamos más suerte si seguimos el túnel del oeste.

Sacudí la cabeza con aire de profunda incredulidad.

XXII

Reanudamos el descenso, esta vez por la nueva galería. Hans marchaba en cabeza según su costumbre. No habíamos dado ni cien pasos cuando el profesor, enfocando su lámpara hacia los muros, exclamó:

—¡He aquí los terrenos primitivos! ¡Estamos en el buen camino! ¡Adelante, adelante!

Cuando en los primeros días del mundo la tierra se enfrió poco a poco, la disminución de su volumen produjo en la corteza dislocaciones, rupturas, contracciones, grietas. El actual corredor era una fisura por la que se derramó en otro tiempo el granito eruptivo. Sus mil recovecos formaban un laberinto inextricable a través del suelo primordial.

A medida que descendíamos, la sucesión de capas que componían el terreno primitivo aparecía con mayor claridad. La ciencia geológica considera este terreno primitivo como la base de la corteza mineral y ha reconocido que se compone de tres capas diferentes: los esquistos, el gneis y la micacita, que reposan sobre esa roca inquebrantable que se llama granito.

Ahora bien, jamás mineralogista alguno se había encontrado ante circunstancias tan maravillosas para estudiar la naturaleza en su propio terreno. Lo que la sonda, máquina sin inteligencia y brutal, no podía poner de manifiesto en la superficie del globo acerca de su textura interna, íbamos nosotros a estudiarlo con nuestros propios ojos y a tocarlo con nuestras manos.

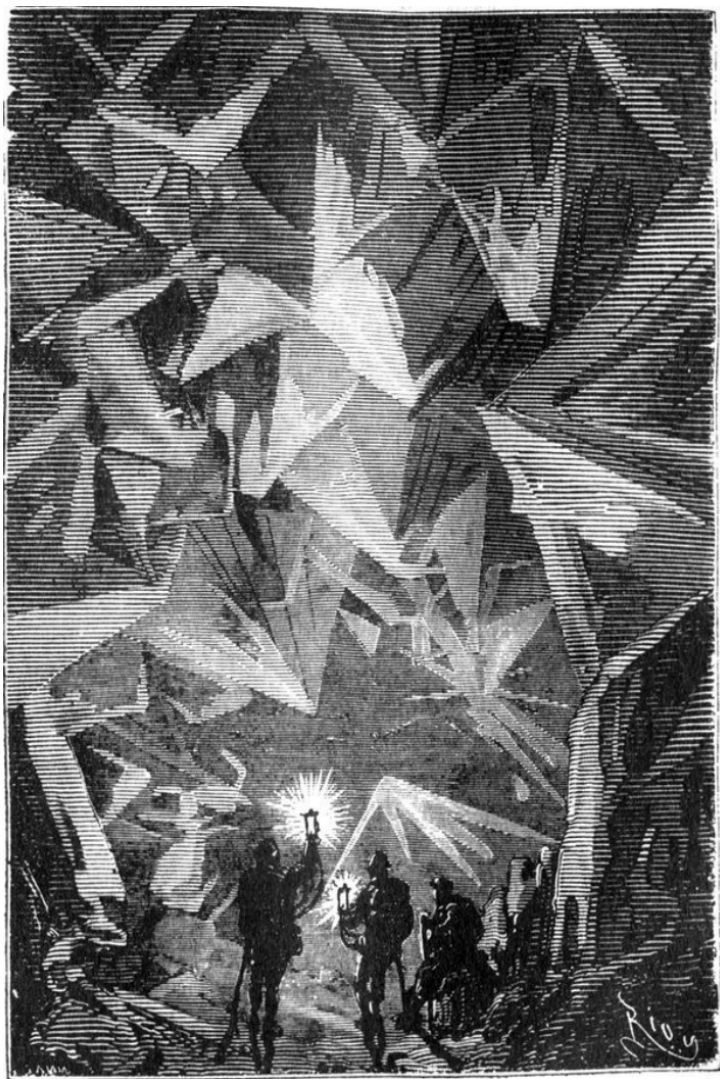
A través del estrato de esquistos, coloreados de bellos matices verdes, serpenteaban filones metálicos de cobre y manganeso con leves huellas de platino y de oro. ¡Sin querer, pensaba en esas riquezas escondidas en las entrañas del globo, de las que la ávida humanidad no gozaría jamás! Las conmociones de las primeras épocas enterraron aquellos tesoros a tales profundidades que ni la

piqueta ni el pico sabrán arrancar nunca de su tumba.

A los esquistos sucedían los gneis, de estructura estratiforme, notables por la regularidad y el paralelismo de sus capas, y luego las micacitas, dispuestas en grandes láminas, realzadas a la vista por el centelleo de la mica blanca.

La luz de nuestras lámparas, reflejada por las pequeñas facetas de la masa rocosa, entrecruzaba sus rayos sobre todos los ángulos, y yo me imaginaba viajando a través de un diamante hueco en el que los reflejos se quebraban en mil resplandores.

Hacia las seis, la fiesta de luz disminuyó sensiblemente hasta casi apagarse; las paredes tomaron un tinte cristalizado, pero oscuro; la mica se mezcló más íntimamente con el feldespato y el cuarzo, para formar la roca por excelencia, la piedra más dura entre todas, la que soporta sin ser aplastada las cuatro capas de terrenos del globo. Estábamos emparedados en una inmensa prisión de granito.



Eran las ocho de la tarde. Seguía faltándonos el agua. Yo sufría terriblemente. Mi tío caminaba delante. No quería pararse. Aguzaba el oído para sorprender el murmullo de algún manantial. ¡Pero nada!

Sin embargo mis piernas se negaban a sostenerme. Resistía mis torturas para no obligar a mi tío a hacer una parada. Hubiera sido para él el último golpe de desesperación, ya que estaba terminando la jornada, la última que le pertenecía.

Al fin las fuerzas me abandonaron. Lancé un grito y caí.

—¡A mí! ¡Me muero!

Mi tío volvió sobre sus pasos. Me observó atentamente cruzando los brazos; luego salieron de sus labios estas palabras sordas:

—¡Todo ha concluido!

Un terrible gesto de cólera golpeó por última vez mi mirada, y cerré los ojos.

Cuando volví a abrirlos, vi a mis dos compañeros inmóviles y envueltos en sus mantas. ¿Dormían? Por mi parte no podía encontrar ni un instante de sueño. Sufría demasiado, sobre todo al pensar que mi mal no tenía remedio. Las últimas palabras de mi tío retumbaban en mis oídos. «¡Todo había concluido!», ya que en semejante estado de debilidad no había que pensar siquiera en volver a la superficie del globo.

¡Había una legua y media de corteza terrestre! Me parecía que aquella masa recaía con todo su peso sobre mis espaldas. Me sentía aplastado y me agotaba haciendo violentos esfuerzos para darme la vuelta en mi cama de granito.

Pasaron algunas horas. Un silencio profundo reinaba en torno a nosotros, un silencio de tumba. Ni un ruido penetraba a través de aquellas murallas, la más delgada de las cuales medía cinco millas de espesor.

Sin embargo, en medio de mi adormecimiento creí oír un ruido. El túnel se iba oscureciendo. Miré más atentamente y me pareció ver que el islandés desaparecía, lámpara en mano.

¿Por qué aquella partida? ¿Es que Hans nos abandonaba? Mi tío dormía. Quise gritar. Mi voz no pudo abrirse camino entre mis labios resecos. La oscuridad era ahora profunda y los últimos ruidos acababan de apagarse.

—¡Hans nos abandona! —grité—. ¡Hans! ¡Hans!

Estas palabras las gritaba en mi interior. No iban más lejos. Sin embargo, tras el primer instante de terror, me avergoncé de mis sospechas contra un hombre cuya conducta no tenía hasta el momento nada de sospechosa. Su marcha no podía ser una huida. En vez de subir la galería, la bajaba. Las malas intenciones lo hubieran empujado hacia arriba, no hacia abajo. Este razonamiento me calmó un poco y volví a otro tipo de pensamientos. Sólo un motivo grave había podido arrancar de su reposo a un hombre apacible como Hans. ¿Iba, pues, de exploración? ¿Había escuchado en el silencio de la noche algún murmullo cuya percepción no había llegado hasta mí?

XXIII

Durante una hora, en mi delirio, imaginé todas las razones que habían podido arrastrar a esa acción al tranquilo cazador. Las más absurdas ideas se enmarañaban en mi cabeza. ¡Creí que iba a volverse loco!

Pero al fin un ruido de pasos se escuchó en las profundidades del abismo. Hans volvía a subir. La luz incierta comenzaba a deslizarse por los muros y finalmente desembocó por el orificio del corredor. Hans apareció.

Se acercó a mi tío, le puso la mano en el hombro y lo despertó suavemente. Mi tío se levantó.

—¿Qué ocurre? —dijo.

—Vatten —respondió el cazador.

Es preciso creer que, bajo la inspiración de dolores violentos, el que más y el que menos se vuelve políglota. Yo no conocía una sola palabra de danés, y sin embargo comprendí por instinto la palabra de nuestro guía.

—¡Agua, agua! —grité, dando palmadas y gesticulando como un insensato.

—¡Agua! —repetía mi tío—. Hvar? —preguntó al islandés.

—Nedat —respondió Hans.

¿Dónde? ¡Abajo! Ahora lo comprendía todo. Agarré las manos del cazador y las apreté mientras él me miraba con calma.

Los preparativos de la partida no fueron largos y pronto caminábamos por un corredor cuya pendiente era de dos pies por toesa.

Una hora más tarde habíamos recorrido unas mil toesas y bajado dos mil pies.

En aquel momento, oí claramente correr por los flancos de la muralla granítica un sonido desacostumbrado, una especie de mugido sordo, como un trueno lejano. Durante la primera media

hora de marcha, al no encontrar el manantial anunciado, sentía que otra vez me ganaba la angustia; pero entonces mi tío me indicó el origen de los ruidos que se producían.

—Hans no se ha equivocado —dijo—. Lo que oyes es el mugido de un torrente.

—¡Un torrente! —exclamé.

—No hay ninguna duda. ¡Un río subterráneo circula a nuestro alrededor!

Apresuramos el paso, sobreexcitados por la esperanza. Ya no sentía mi cansancio. El ruido del agua murmurante me refrescaba. Aumentaba sensiblemente. El torrente, después de haberse mantenido durante mucho tiempo sobre nuestras cabezas, corría ahora por la pared izquierda, mugiendo y saltando. Yo pasaba con frecuencia la mano por la roca esperando encontrar rastros de rezumamiento o de humedad. Pero en vano.

Transcurrió otra media hora. Recorrimos otra media legua.

Entonces se hizo evidente que el cazador, durante su ausencia, no había podido prolongar su búsqueda más allá. Guiado por un instinto peculiar de los montañeros y los hidróscopos «olió» el torrente a través de la roca, pero ciertamente no llegó a ver el preciado líquido; no había apagado su sed en él.

Pronto pudimos incluso constatar que, si continuábamos nuestro camino, nos alejaríamos de la corriente, cuyo murmullo tendía a disminuir.

Retrocedimos. Hans se paró en el lugar preciso en que el torrente parecía más cercano.

Me senté cerca de la muralla, mientras las aguas corrían a dos pies de mí con extrema violencia. Pero un muro de granito nos separaba aún.

Sin reflexionar, sin preguntar si existía algún medio para llegar al agua, me dejé llevar por un principio de desesperación.

Hans me miró y creí ver una sonrisa en sus labios.

Se levantó y tomó la lámpara. Lo seguí. Se dirigió hacia la muralla. Yo lo contemplaba. Pegó su oído a la piedra seca y la paseó lentamente escuchando con gran cuidado. Comprendí que buscaba el punto exacto en el que el torrente se oía más ruidosamente. Encontró ese punto en la pared lateral de la izquierda a tres pies por encima del suelo.

¡Cuán emocionado me encontraba! ¡No osaba adivinar lo que quería hacer el cazador! Pero fue necesario comprenderlo y aplaudirlo y acuciarlo con mis caricias, cuando lo vi agarrar su pico para atacar la propia roca.

—¡Salvados! —grité.

—¡Sí —repetía mi tío con frenesí—, Hans tiene razón! ¡Ah, el buen cazador! ¡Nosotros no lo hubiéramos hallado!

¡Así lo creo! ¡Tal medio, por simple que fuera, no se nos hubiera ocurrido! Nada más peligroso que golpear con el pico en aquel armazón del globo. ¡Y si se producía algún desprendimiento que nos aplastase! ¡Y si el torrente, abriéndose paso a través de la roca, nos invadía! Estos peligros no tenían nada de quimérico; pero en esos momentos el temor de desprendimientos o de inundaciones no podía detenernos, y nuestra sed era tan intensa que, para apagarla, hubiéramos cavado en el propio lecho del océano.

Hans puso manos a la obra, que ni mi tío ni yo hubiésemos podido llevar a cabo. Nuestra mano, guiada por la impaciencia, hubiese hecho volar la roca en pedazos bajo sus golpes precipitados. El guía, por el contrario, tranquilo y moderado, desgastó poco a poco la roca con una serie de ligeros golpes repetidos, perforando una abertura de seis pulgadas de ancho. Yo oía acrecentarse el ruido del torrente y creía sentir ya el agua bienhechora salpicar mis labios.

Pronto el pico se hundió dos pies en la muralla de granito. El trabajo se prolongaba desde hacía más de una hora. ¡Yo me retorecía de impaciencia! Mi tío quería emplear los grandes remedios. Me costó mucho detenerlo, y ya tomaba su pico, cuando de pronto se oyó un silbido. Un chorro de agua brotó de la muralla y vino a estrellarse en la pared opuesta.



Hans, medio derribado por el choque, no pudo contener un grito de dolor. Lo comprendí cuando, hundiendo las manos en el chorro líquido, lancé a mi vez una violenta exclamación. El manantial estaba hirviendo.

—¡Agua a cien grados! —grité.

—Bueno, ya se enfriará —respondió mi tío.

El corredor se llenaba de vapores mientras el riachuelo que se iba formando se perdía en las sinuosidades subterráneas; pronto pudimos tomar el primer trago.

¡Ah, qué placer! ¡Qué incomparable voluptuosidad! ¿Qué agua era aquélla? ¿De dónde venía? Poco importaba. Era agua y, aunque caliente todavía, devolvía al corazón la vida que estaba a punto de escaparse. Yo bebía sin parar, sin saborearla siquiera.

Sólo después de un minuto de delectación exclamé:

—¡Pero si es agua ferruginosa!

—¡Excelente para el estómago —replicó mi tío—, y con una elevada mineralización! ¡He aquí un viaje que nos valdrá por uno a Spa o a Toeplitz [56]!

—¡Ah, qué buena está!

—Ya lo creo. ¡Un agua sacada a dos leguas bajo tierra! Tiene un sabor a tinta que no es nada desagradable. ¡Ha sido un buen recurso el que Hans nos ha procurado aquí! Así que propongo que demos su nombre a este arroyo saludable.

—¡Bien! —exclamé.

E inmediatamente fue adoptado el nombre de
«Hans-bach»

[57].

Hans no se envaneció por ello. Después de haberse refrescado moderadamente, se apoyó en su rincón con su calma habitual.

—Ahora —dije—, no hay que dejar que se pierda esta agua.

—¿Para qué? —respondió mi tío—. Sospecho que el manantial es inagotable.

—¿Qué importa? Llenemos el odre y las cantimploras, y después intentaremos tapar la abertura.

Se siguió mi consejo. Hans, con ayuda de trozos de granito y de estopa, intentó obstruir la ranura abierta en la pared. No resultó fácil. Nos quemábamos las manos sin conseguirlo; la presión era muy considerable y nuestros esfuerzos resultaron infructuosos.

—Es evidente —dije— que las capas superiores de esta corriente están situadas a gran altura, a juzgar por la fuerza del chorro.

—Eso sin duda —replicó mi tío—. Si esta columna de agua tiene treinta y dos mil pies de altura, hay aquí mil atmósferas de presión. Pero tengo una idea.

—¿Cuál?

—¿Por qué empeñarnos en taponar esta abertura?

—Pues porque...

Me encontraba en un aprieto para hallar una razón.

—¿Estamos seguros de poder volver a llenar nuestras cantimploras cuando estén vacías?

—Evidentemente, no.

—Pues bien, dejemos correr el agua. Descenderá naturalmente y nos guiará a la vez que nos refresque en su camino.

—¡Eso está bien pensado! —exclamé—. Y con este río por compañero no hay ninguna razón que nos impida tener éxito en nuestros proyectos.

—¡Ah, ya te reanimas, muchacho! —dijo el profesor riendo.

—Estoy más que reanimado, ¡he renacido!

¡Un instante! Empecemos por tomarnos algunas horas de descanso.

Olvidaba completamente que era de noche. El cronómetro se encargó de indicármelo. Pronto, cada uno de nosotros, suficientemente restablecido y refrescado, se durmió con un profundo sueño.

XXIV

Al día siguiente habíamos olvidado ya nuestros pasados sufrimientos. Lo primero que me asombró fue no tener sed y me pregunté la razón. El arroyo que corría a mis pies murmurando entre las rocas se encargó de responderme.

Desayunamos y bebimos de aquella excelente agua ferruginosa. Me sentía completamente revigorizado y decidido a llegar lejos. ¿Por qué no iba a triunfar un hombre convencido como mi tío, con un guía tan industrioso como Hans y su sobrino «determinado» como yo? He aquí las bellas ideas que se deslizaban por mi cerebro. Si me hubieran propuesto volver a la cima del Sneffels, me habría negado con indignación.

Pero afortunadamente, se trataba de bajar.

—¡Partamos! —exclamé, despertando con mis acentos entusiastas los viejos ecos del globo.

Reemprendimos la marcha el jueves a las ocho de la mañana. El corredor de granito, dando sinuosos rodeos, presentaba recodos inesperados y aparentaba la confusión de un laberinto; pero en definitiva su dirección principal seguía siendo el sudeste. Mi tío no cesaba de consultar con la mayor atención su brújula, para percatarse del camino recorrido.

La galería se hundía casi horizontalmente, con una pendiente de dos pulgadas por toesa a lo sumo. El arroyo corría murmurando a nuestros pies sin precipitación. Yo lo comparaba con un genio familiar que nos conducía a través de la tierra, y con la mano acariciaba la tibia náyade cuyos cantos acompañaban nuestros pasos. Mi buen humor tomaba con gusto un giro mitológico.

En cuanto a mi tío, «el hombre de las verticales», echaba pestes contra la horizontalidad de la ruta. El camino se alargaba indefinidamente y, en lugar de deslizarse a lo largo del radio terrestre, según su expresión, se iba por la hipotenusa. Pero no

teníamos elección y en tanto fuésemos ganando terreno hacia el centro, por poco que fuera, no teníamos de qué quejarnos.

Por otra parte, de vez en cuando las pendientes se acentuaban; la náyade[58] se precipitaba mugiendo, y bajábamos más profundamente con ella.

En resumen, aquel día y al día siguiente, hicimos mucho trecho de camino horizontal y relativamente poco camino vertical.

El viernes, 10 de julio, por la tarde, según nuestras estimaciones, debíamos estar a treinta leguas al sudeste de Reykjawik y a una profundidad de dos leguas y media.

De pronto se abrió a nuestros pies un pozo bastante pavoroso. Mi tío no pudo por menos de batir palmas al calcular la inclinación de sus pendientes.

—¡Esto nos llevará lejos! —exclamó—. ¡Y con facilidad, ya que los salientes de la roca forman una verdadera escalera!

Hans preparó las cuerdas para evitar cualquier accidente. Comenzó el descenso. No me atrevo a llamarlo peligroso, pues ya estaba familiarizado con aquel género de ejercicio.

El pozo era una hendidura estrecha abierta en el macizo, del género de las llamadas «fallas». Evidentemente había sido producida por la contracción del armazón terrestre en la época de su enfriamiento. Si en otro tiempo fue paso de las materias eruptivas vomitadas por el Sneffels, no podía explicarme cómo éstas no habían dejado ningún rastro. Descendíamos por una especie de espiral que se hubiera creído hecha por la mano del hombre.

Cada cuarto de hora teníamos que parar para tomarnos un descanso necesario y devolver a nuestras corvas su elasticidad. Nos sentábamos en algún saliente, dejando colgar las piernas, mientras charlábamos, comíamos y bebíamos en el arroyo.

Ni que decir tiene que en la falla el

Hans-bach

se había transformado en cascada con notable detrimento de su volumen; pero era más que suficiente para apagar nuestra sed; por otra parte, en los declives menos acusados volvía a tomar su apacible curso. En aquel momento me recordaba a mi digno tío, con sus impacencias y sus cóleras, mientras que en las pendientes suaves era la calma del cazador islandés.



El 11 y el 12 de julio seguimos las espirales de la falla, penetrando dos leguas más en la corteza terrestre, lo que representaba casi cinco leguas por debajo del nivel del mar. Pero el 12, hacia el mediodía, la falla, manteniendo la dirección sudeste, tomó una inclinación más suave, de unos cuarenta y cinco grados.

El camino se hizo entonces más fácil y de una perfecta monotonía. Era difícil que fuera de otro modo. El viaje no podía resultar variado por los incidentes del paisaje.

Por fin, el miércoles 15, estábamos a siete leguas bajo tierra y a cincuenta leguas aproximadamente del Sneffels. Aunque un poco cansados, nuestra salud se mantenía en un estado tranquilizador y el botiquín de viaje se encontraba aún intacto.

Mi tío anotaba cada hora las indicaciones de la brújula, del cronómetro, del manómetro y del termómetro, las mismas que ha publicado después en el relato científico de su viaje. Podía, pues, darse perfecta cuenta de la situación. Cuando me puso al corriente de que estábamos a una distancia horizontal de cincuenta leguas, no pude retener una exclamación.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

Nada. Solamente me hago una pregunta.

—¿Cuál, muchacho?

—Que si sus cálculos son exactos ya no estamos bajo Islandia.

—¿Tú crees?

—Es fácil asegurarse.

Sobre el mapa tomé medidas con el compás.

No me equivocaba —dije—. Hemos sobrepasado el cabo Portland, y esas cincuenta leguas hacia el sudeste nos sitúan en pleno mar.

Debajo del mar —replicó mi tío, frotándose las manos.

¡Así pues —exclamé—, el océano se extiende sobre nuestras cabezas!

—¡Bueno, Axel, nada más natural! ¿No existen en Newcastle minas de carbón que penetran profundamente bajo las aguas?

El profesor podía encontrar esta situación muy natural, pero el pensamiento de pasearme bajo la masa de agua no dejó de preocuparme. Y, sin embargo, ya fueran las llanuras y montañas de Islandia o las aguas del Atlántico las que estuvieran suspendidas sobre nuestras cabezas, en realidad había poca diferencia, siempre

que el almacén granítico fuera sólido. Además, me habitué en seguida a esta idea, ya que el corredor, unas veces recto, otras sinuoso, tan caprichoso en sus pensamientos como en sus recovecos, pero siempre recto hacia el sudeste y hundiéndose cada vez más, nos conducía rápidamente a grandes profundidades.

Cuatro días más tarde, el sábado 18 de julio por la noche, llegamos a una especie de gruta bastante amplia; mi tío entregó a Hans sus tres rixdales semanales y decidimos que el día siguiente sería día de descanso.

XXV

El domingo por la mañana me desperté, pues, sin la preocupación habitual de una partida inmediata. Y, aunque fuese en el más profundo de los abismos, no dejaba de resultar agradable. Por otro lado ya nos habíamos habituado a esta existencia de trogloditas. Yo ni siquiera pensaba en el sol, las estrellas, la luna, los árboles, las casas, las ciudades, en todas esas superfluidades terrestres de las que el ser sublunar ha hecho una necesidad. En nuestra calidad de fósiles vivientes, desdeñábamos todas esas inútiles maravillas.

La gruta formaba una amplia sala. Sobre su suelo granítico corría suavemente nuestro fiel arroyo. A tal distancia del manantial, el agua tenía ya la temperatura ambiente y se dejaba beber sin dificultad.

Después de almorzar, el profesor quiso consagrar algunas horas a poner en orden sus notas cotidianas.

—Primero, voy a hacer algunos cálculos para señalar exactamente nuestra situación; quiero poder trazar al regreso un mapa de nuestro viaje, una especie de sección vertical del globo, que reflejará el perfil de la expedición.

—Será muy interesante, tío; pero ¿tendrán sus observaciones el suficiente grado de precisión?

—Sí. He anotado con cuidado los ángulos y las pendientes. Estoy seguro de no equivocarme. Veamos en primer lugar dónde nos encontramos. Toma la brújula y observa qué dirección indica.

Miré el instrumento y, tras un atento examen, le respondí:

—Este cuarto sudeste.

—Bien —dijo el profesor, anotando la observación y realizando algunos cálculos rápidos—. Llego así a la conclusión de que hemos hecho noventa y cinco leguas desde nuestro punto de partida.

—Así pues, ¿estamos viajando bajo el Atlántico?

—Exactamente.

—Y en este mismo instante puede que esté desencadenándose una tempestad y que los barcos se vean sacudidos por las aguas y los huracanes encima de nosotros.

—Es posible.

—Y que las ballenas vengan a golpear con su poderosa cola las murallas de nuestra prisión.

—Estáte tranquilo, Axel, que no llegarán a quebrantarlas. Pero volvamos a nuestros cálculos. Estamos a noventa y cinco leguas al sudeste de la base de Sneffels, y según mis notas anteriores estimo en dieciséis leguas la profundidad alcanzada hasta el momento.

—¡Dieciséis leguas! —exclamé.

—Sin duda.

—Pero si es el límite máximo asignado por la ciencia al espesor de la corteza terrestre.

—No digo que no.

—Y aquí, según las leyes de aumento de la temperatura, debería existir un calor de mil quinientos grados.

—«Debería», muchacho.

—Y todo este granito no podría mantenerse en estado sólido y estaría en plena fusión.

—Ya ves que no hay nada de eso y que los hechos, según su costumbre, desmienten las teorías.

—Estoy obligado a reconocerlo, pero al fin y al cabo me extraña mucho.

—¿Qué indica el termómetro?

—Veintisiete grados y seis décimas.

—Así pues, faltan mil cuatrocientos setenta y cuatro grados y cuatro décimas para que los sabios tengan razón[58]. Luego el aumento proporcional de la temperatura es un error. Luego Humphry Davy no se equivocaba, Luego no me he equivocado al escucharlo. ¿Tienes algo que responder?

—Nada.

En realidad hubiera tenido muchas cosas que decir. Yo no admitía la teoría de Davy de ninguna manera, y seguía inclinándome por el calor central, aunque no sintiera sus efectos. Realmente prefería admitir que aquella chimenea de un volcán extinguido, recubierta por la lava con un baño refractario, no

permitía que la temperatura se propagase a través de sus paredes.

Pero sin pararme a buscar nuevos argumentos, me limité a tomar la situación tal y como era.

—Tío —dije—, todos sus cálculos me parecen exactos, pero permítame sacar una rigurosa conclusión.

—Adelante, muchacho, con toda confianza.

—En el punto en que nos encontramos, bajo la latitud de Islandia, el radio terrestre es de mil quinientas ochenta y tres leguas aproximadamente.

—Mil quinientas ochenta y tres leguas y un tercio.

—Pongamos mil seiscientas leguas en números redondos. De un viaje de mil seiscientas leguas, hemos recorrido doce, ¿no? [59].

—Tú lo has dicho.

—¿Y todo ello al precio de ochenta y cinco leguas en diagonal?

—Exacto.

—¿En veinte días aproximadamente?

—En veinte días.

—Ahora bien, dieciséis leguas son la centésima parte del radio terrestre. ¡De continuar así tardaremos, pues, dos mil días o casi cinco años y medio en bajar!

El profesor no respondió.

—¡Eso sin contar que, si alcanzar una vertical de dieciséis leguas nos ha costado una horizontal de ochenta, el total será de ocho mil leguas al sudeste, y antes de alcanzar el centro hará mucho tiempo que habremos salido por un punto de la circunferencia!

—¡Al diablo tus cálculos! —replicó mi tío con un gesto de cólera—. ¡Al diablo tus hipótesis! ¿En qué se basan? ¿Quién te dice que este corredor no nos lleva directamente a nuestra meta? Por otra parte, cuento con un precedente. Lo que estoy haciendo ya lo ha hecho otro, y donde él ha llegado llegaré yo también.

—Así lo espero; pero, en fin, si se me permite...

—Se te permite callarte, Axel, cuando quieras disparatar de esta manera.

Comprendí que el terrible profesor amenazaba con reaparecer bajo la piel del tío y me di por advertido.

Ahora —continuó— consulta el manómetro. ¿Qué indica?

—Una presión considerable.

—Bien, ya ves que, descendiendo con suavidad y habituándonos

poco a poco a la densidad de esta atmósfera, no sufrimos ninguna molestia.

—Ninguna, salvo un ligero dolor de oídos.

—Eso no es nada y ese malestar te desaparecerá si pones el aire exterior en comunicación rápida con el aire contenido en tus pulmones.

—Perfectamente —respondí, decidido a no contrariar a mi tío—. Es incluso un verdadero placer sentirse sumergido en esta atmósfera más densa. ¿Ha notado usted con cuánta intensidad se propaga el sonido?

—Sin duda. Hasta un sordo acabaría por oír de maravilla. Pero esta densidad aumentará sin duda alguna.

—Sí, según una ley no muy bien determinada. Es cierto que la intensidad de la gravedad disminuirá a medida que bajemos. Ya sabes que es en la propia superficie de la tierra donde su acción se deja sentir con mayor fuerza, y que en el centro del globo los objetos no pesan nada.

—Ya lo sé; pero, dígame, ¿este aire acabará por adquirir la densidad del agua?

—A una presión de setecientas diez atmósferas, sin duda.

—¿Y más abajo?

Más abajo la densidad crecerá aún más.

—¿Cómo descenderemos entonces?

Pues bien, nos llenaremos de piedras los bolsillos.

—A fe mía, tío, tiene usted respuesta para todo.

No osé avanzar más en el campo de las hipótesis, ya que hubiera tropezado una vez más con cualquier imposibilidad que hubiera hecho saltar al profesor.

Sin embargo, era evidente que el aire, bajo una presión que podía alcanzar miles de atmósferas, acabaría por pasar al estado sólido y entonces, admitiendo que nuestros cuerpos pudieran resistirlo, tendríamos que pararnos pese a todos los razonamientos del mundo.

Pero no hice valer este argumento. Mi tío me habría replicado con su eterno Saknussem, precedente sin valor, ya que, aun dando por probado el viaje del sabio islandés, la respuesta era bien simple:

En el siglo XVI ni el barómetro ni el manómetro habían sido inventados; así pues, ¿cómo había podido Saknussem determinar

su llegada al centro del globo?

Guardé esta objeción para mí y esperé los acontecimientos.

Pasamos el resto del día haciendo cálculos y conversando. Mantuve siempre la misma opinión que el profesor Lidenbrock, y envidiaba la perfecta indiferencia de Hans, quien, sin buscar ni los efectos ni las causas, iba ciegamente donde lo llevaba el destino.

XXVI

Hay que reconocer que hasta aquí las cosas marchaban bien y hubiese sido injusto por mi parte quejarme. Si la «media» de las dificultades no aumentaba, no podíamos dejar de alcanzar nuestra meta. ¡Qué gloria entonces! Había llegado a un punto en que razonaba a lo Lidenbrock. En serio. ¿Se debería ello al extraño ambiente en que vivía? Es posible.

Durante algunos días, pendientes más pronunciadas, algunas de ellas incluso de una verticalidad terrorífica, nos adentraron profundamente en el macizo interno. Hubo días en que hicimos de legua y media a dos leguas hacia el centro. Descensos peligrosos, durante los cuales la destreza de Hans y su maravillosa sangre fría nos fueron muy útiles. Aquel islandés impasible se consagraba a su tarea con la más incomprensible naturalidad, y gracias a él fue franqueado más de un mal paso, del que no hubiéramos podido salir solos.

Su mutismo, por ejemplo, aumentaba de día en día. Creo incluso que se iba apoderando de nosotros. Los objetos exteriores tienen una influencia real sobre el cerebro. El que se encierra entre cuatro paredes, acaba por perder la facultad de asociar las ideas y las palabras. ¡Cuántos presos celulares se han vuelto imbéciles, si no locos, por falta de ejercicio de sus facultades mentales!

Durante las dos semanas que siguieron a nuestra última conversación no se produjo ningún incidente digno de ser mencionado. Sólo encuentro en mi memoria, y no sin razón, un acontecimiento de extrema gravedad. Me hubiera sido difícil olvidar el más mínimo detalle.

El 7 de agosto, nuestros sucesivos descensos nos habían llevado a una profundidad de treinta leguas, es decir, que había sobre nuestras cabezas treinta leguas de rocas, de océanos, de continentes y de ciudades. Debíamos estar entonces a unas doscientas leguas de

Islandia.

Aquel día, el túnel seguía un plano poco inclinado.

Yo caminaba delante. Mi tío llevaba uno de los aparatos de Ruhmkorff y yo el otro. Iba examinando las capas de granito.



De pronto, al volverme, me di cuenta de que estaba solo.

«Bueno —pensé—, he andado muy deprisa o bien Hans y mi tío se han parado en el camino. Vamos, hay que unirse a ellos. Afortunadamente el camino no sube sensiblemente».

Volví sobre mis pasos. Anduve durante un cuarto de hora. Miré. Nadie. Llamé. Ninguna respuesta. Mi voz se perdió en medio de los ecos cavernosos que ella despertó de pronto.

Empecé a sentirme inquieto. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—Un poco de calma —dije en voz alta—. Estoy seguro de volver a encontrar a mis compañeros. ¡No hay dos caminos! Yo iba delante, volvamos atrás.

Subí durante media hora. Escuché si me dirigían alguna llamada, que en aquella atmósfera tan densa podía llegar desde lejos. Un silencio extraordinario reinaba en la inmensa galería.

Me paré. No podía creer en mi aislamiento. Aceptaba estar extraviado, no perdido. Extraviado, vuelves a orientarte.

«Veamos —repetía—: puesto que no hay más que un camino, puesto que ellos lo siguen, tengo que encontrarlos. Bastará con subir un poco más. A menos que, al no verme, y olvidando que iba delante de ellos, hayan tenido la idea de volver atrás. ¡Pues bien! Incluso en ese caso, dándome un poco de prisa, los encontraré. ¡Es evidente!»

Me repetía estas últimas palabras como un hombre que no está del todo convencido. Por otro lado, para asociar estas ideas tan simples y reunir las en forma de razonamiento tuve que emplear largo tiempo.

Entonces me asaltó la duda. ¿Realmente iba yo delante? Seguro; Hans me seguía precediendo a mi tío. Incluso se había parado durante algunos instantes para volver a atar el equipaje a su espalda. Ese detalle me volvía a la mente. Debió de ser en aquel momento cuando continué mi camino.

«Por otra parte —pensaba—, tengo un medio seguro para no perderme, un hilo para guiarme en este laberinto y que no puede romperse, mi fiel arroyo. No tengo más que remontar su corriente, y por fuerza encontraré el rastro de mis compañeros».

Este razonamiento me reanimó bastante y tomé la resolución de volver a ponerme en marcha sin perder un instante.

¡Cuánto bendije entonces la previsión de mi tío cuando impidió al cazador tapar el corte abierto en la pared de granito! Así, aquel benéfico manantial, tras haber apagado nuestra sed durante la marcha, iba a guiarme a través de las sinuosidades de la corteza terrestre.

Antes de emprender la subida, pensé que una ablución me haría bien.

¡Me agaché, pues, para hundir mi frente en el agua del Hans-bach!

¡Júzguese mi estupefacción!

¡Toqué un granito seco y áspero! ¡El arroyo ya no corría a mis pies!

XXVII

No puedo pintar mi desesperación. Ninguna palabra del lenguaje humano podría expresar mis sentimientos. Estaba enterrado vivo, con la perspectiva de morir entre las torturas del hambre y de la sed.

Maquinalmente paseé mis ardientes manos por el suelo. ¡Qué seca me pareció la roca!

Pero ¿cómo había podido abandonar el curso del arroyo? ¡Porque, en fin, ya no estaba allí! Entonces comprendí la razón de aquel extraño silencio cuando por última vez escuché si llegaba hasta mi oído alguna llamada de mis compañeros. Así pues, en el momento de dar el primer paso por aquella ruta imprudente no noté la ausencia del arroyo. ¡Era evidente que en aquel momento se abrió ante mí una bifurcación de la galería, mientras el

Hans-bach,

obedeciendo a los caprichos de otra pendiente, se iba con mis compañeros hacia profundidades desconocidas!

¿Cómo volver? No había ningún rastro. Mi pie no había dejado huella alguna sobre el granito. Me rompía la cabeza buscando una solución a aquel problema insoluble. Mi situación se resumía en una sola palabra: ¡Perdido!

¡Sí! ¡Perdido a una profundidad que me parecía inconmensurable! Las treinta leguas de corteza terrestre pesaban sobre mis hombros con un peso espantoso. Me sentía aplastado.

Intenté conducir mis ideas hacia las cosas de la tierra. Apenas pude conseguirlo. Hamburgo, la casa de Königstrasse, mi pobre Graüben, todo ese mundo bajo el que me había extraviado pasó rápidamente ante mi espantado recuerdo. ¡Volví a vivir, en una viva alucinación, los incidentes del viaje, la travesía, Islandia, el señor Fridriksson, el Sneffels! ¡Me dije que si, en mi posición, conservaba aún la sombra de una esperanza, sería un signo de locura y más

valía desesperar!

En efecto, ¿qué poder humano podía devolverme a la superficie del globo y separar aquellas enormes bóvedas que se sostenían por encima de mi cabeza? ¿Quién podría devolverme al camino de regreso y reunirme con mis compañeros?

—¡Oh, tío! —grité con acento desesperado.

Fue el único reproche que vino a mis labios, pues comprendí que el pobre hombre debía sufrir también buscándome.

Cuando me vi así, alejado de todo socorro humano, incapaz de intentar nada para salvarme, pensé en el socorro del Cielo. Los recuerdos de mi infancia, los de mi madre, a la que sólo había conocido en el tiempo de los besos, volvieron a mi memoria. Recurrí a la plegaria por poco derecho que tuviera a ser oído por el Dios al que me dirigía tan tarde, y le imploré con fervor.

El retorno a la Providencia me devolvió un poco la calma y pude concentrar en mi situación todas las fuerzas de mi inteligencia.

Tenía víveres para tres días y mi cantimplora estaba llena. Sin embargo no podía quedarme solo más tiempo. Pero ¿debía subir o descender?

¡Subir evidentemente! ¡Subir siempre!

Tenía que llegar al punto en que había abandonado el manantial, a la funesta bifurcación. Una vez allí, con el arroyo a mis pies, siempre podría llegar a la cima del Sneffels.

¡Cómo no lo había pensado antes! Evidentemente ahí existía una esperanza de salvación. Lo más urgente, pues, era volver a encontrar el curso del

Hans-bach.



Me levanté y, apoyándome en mi bastón, subí por la galería. La pendiente era bastante empinada. Caminaba con esperanza y sin apuros, como un hombre que no tiene elección sobre el camino a seguir.

Durante media hora, ningún obstáculo me detuvo. Intenté reconocer el camino por la forma del túnel, por los salientes de ciertas rocas, por la disposición de las anfractuosidades. Pero ningún signo particular me llamaba la atención y pronto me di cuenta de que aquella galería no podía llevarme a la bifurcación. No tenía salida. Choqué contra un muro impenetrable y caí sobre la roca.

Qué pavor, qué desesperación me invadió entonces, no podría decirlo. Me quedé anonadado. Mi última esperanza acababa de estrellarse contra aquella muralla de granito.

Perdido en aquel laberinto cuyas sinuosidades se cruzaban en todos los sentidos ya no podía intentar una fuga imposible. ¡Iba a morir de la muerte más espantosa! ¡Y, cosa extraña, me vino a la mente que, si mi cuerpo fosilizado llegaba a ser encontrado algún día, su hallazgo a treinta leguas dentro de las entrañas de la tierra suscitaría graves cuestiones científicas!

Quise hablar en voz alta, pero sólo roncos acentos pasaron entre mis labios resecos. Jadeaba.

En medio de tales angustias un nuevo terror vino a apoderarse de mi espíritu. Mi lámpara se había torcido al caer. No tenía medio alguno de repararla. ¡Su luz palidecía e iba a extinguirse!

Vi cómo la corriente luminosa disminuía en el serpentín del aparato. Una procesión de sombras movedizas se desplegó sobre las paredes ensombrecidas. ¡No me atrevía a bajar los párpados por temor a perder el más mínimo átomo de aquella claridad fugitiva! ¡A cada instante me parecía que iba a desvanecerse y que «lo negro» me invadía!

Al fin un último resplandor tembló en la lámpara. Lo seguí, lo aspiré con la mirada, concentrando en él todo el poder de mis ojos, como en la última sensación de luz que les fuera dado experimentar, y me quedé sumido en las inmensas tinieblas.

¡Qué grito más terrible se me escapó! ¡En la tierra, en medio de la noche más oscura, la luz nunca cede del todo sus derechos! ¡Es difusa, sutil, pero por poca que exista la retina del ojo acaba por

percibirla! Aquí, nada. La sombra absoluta hacía de mí un ciego en toda la extensión de la palabra.

Entonces perdí la cabeza. Me levanté, con los brazos hacia adelante, intentando los tanteos más dolorosos. Empecé a huir, precipitando mis pasos al azar por aquel inextricable laberinto, bajando siempre, corriendo a través de la corteza terrestre como un habitante de las fallas subterráneas, llamando, gritando, aullando, pronto herido en los salientes de las rocas, cayendo y levantándome ensangrentado, buscando beber la sangre que me inundaba el rostro, y esperando siempre que alguna muralla viniera a ofrecer a mi cabeza un obstáculo para romperse contra ella.

¿Dónde me condujo aquella insensata carrera? Siempre lo ignoraré. ¡Tras varias horas, sin duda al borde de mis fuerzas, caí como una masa inerte a lo largo de la pared y perdí toda noción de existencia!

XXVIII

Cuando volví a la vida, mi rostro estaba mojado, pero mojado de lágrimas. No podría decir cuánto duró aquel estado de insensibilidad. Ya no tenía medio alguno para darme cuenta del tiempo. ¡Jamás soledad alguna fue parecida a la mía, jamás abandono tan completo!

Después de mi caída, había perdido mucha sangre. ¡Me sentía empapado! ¡Ah, cuánto lamentaba no estar muerto «y que aún me quedase eso que hacer»! Ya no quería pensar. Rechazaba cualquier idea y, vencido por el dolor, me enrosqué cerca de la pared opuesta.

Sentía cómo el desvanecimiento se apoderaba otra vez de mí, y con él el aniquilamiento total, cuando un ruido violento llegó a mis oídos. Se parecía al fragor prolongado del trueno y oía las ondas sonoras perderse poco a poco en las lejanas profundidades del abismo.

¿Dé dónde provenía aquel ruido? ¡Sin duda de algún fenómeno que sucedía en el seno del macizo terrestre! ¡La explosión de un gas o la caída de algún potente cimientto del globo!

Escuché otra vez. Quise saber si el ruido se reproducía. Transcurrió un cuarto de hora. El silencio reinaba en la galería. No oía ni los latidos de mi corazón.

De pronto mi oído, apoyado por casualidad en la muralla, creyó sorprender palabras vagas, imperceptibles, lejanas. Me estremecí.

«¡Es una alucinación!», pensé.

Pero no. Escuchando con más atención, oí realmente un murmullo de voces. Pero mi debilidad no me permitió comprender lo que decían. Sin embargo hablaban. Estaba seguro.

Temí por un instante que esas palabras fuesen las mías, devueltas por el eco. Quizá había gritado sin darme cuenta. Cerré fuertemente los labios y apliqué de nuevo el oído a la pared.

—¡Sí, seguro, hablan, hablan!

Arrastrándome algunos pies más lejos a lo largo de la muralla, las oí distintamente.

Arrastrándome algunos pies más lejos a lo largo de la muralla, las oí distintamente. Logré captar palabras inciertas, raras, incomprensibles. Llegaban hasta mí como si hubiesen sido pronunciadas en voz baja, murmuradas, por así decirlo. La palabra «forloräd» [60] era repetida varias veces con un acento de dolor.

¿Qué significaba? ¿Quién la pronunciaba? Mi tío o Hans, evidentemente. Así pues, si yo los oía, ellos podían oírme a mí.

—¡A mí! —grité con todas mis fuerzas—. ¡A mí!

Escuché, espí en la sombra una respuesta, un grito, un suspiro. Nada se oyó. Pasaron algunos minutos. Todo un mundo de ideas tomaba cuerpo en mi mente. Pensé que mi voz debilitada no podía llegar hasta mis compañeros.

«Pues son ellos —me repetía—. ¿Qué otros hombres podrían estar sepultados a treinta leguas bajo tierra?».

Me puse a escuchar de nuevo. Moviendo mi oído por la pared encontré un punto matemático en el que las voces parecían alcanzar su máxima intensidad. La palabra «forloräd» llegó nuevamente a mi oído; luego, aquel fragor de trueno que me había sacado de mi sopor.

«No —me dije—, no. ¡No es a través del macizo como se oyen esas voces. La pared es de granito y no permitiría que la más fuerte detonación la traspasase! ¡Ese ruido llega por la galería misma! ¡Tiene que haber aquí un efecto acústico muy especial!»



Escuché nuevamente y esta vez ¡sí! ¡Esta vez escuché mi nombre claramente lanzado a través del espacio!

¡Era mi tío quien lo pronunciaba! ¡Charlaba con el guía y la palabra «forloräd» era una palabra danesa!

Entonces lo comprendí todo. Para hacerme oír tenía que hablar precisamente a lo largo de aquella muralla, que servía para conducir mi voz como el hilo conduce la electricidad.

Pero no tenía tiempo que perder. Con que mis compañeros se alejasen unos pasos, el fenómeno acústico se habría destruido. Me acerqué, pues, a la muralla, y lo más claramente que pude pronuncié las siguientes palabras:

—¡Tío Lidenbrock!

Esperé con la más viva ansiedad. El sonido no tiene una extrema rapidez. La densidad de las capas de aire ni siquiera acrecienta su velocidad; sólo aumenta su intensidad. Pasaron unos segundos, siglos, y por fin llegaron a mi oído estas palabras:

—Axel, Axel, ¿eres tú?

—¡Sí, sí! —respondí.

—Hijo mío, ¿dónde estas?

—¡Perdido en la más profunda oscuridad!

—Pero ¿y tu lámpara?

—Apagada.

—¿Y el arroyo?

—Desaparecido.

Axel, mi pobre Axel, ¡ten valor!

—¡Espere un poco, estoy agotado! ¡Ya no tengo fuerzas para responder! ¡Pero hábleme!

—Valor —repitió mi tío—. No hables, escúchame. Te hemos buscado subiendo y bajando por la galería. Imposible encontrarte. ¡Ah, cuánto te he llorado, hijo mío! Al fin, suponiendo que estabas siguiendo el camino del

Hans-bach,

hemos vuelto a bajar disparando los fusiles. Ahora, si nuestras voces pueden oírse, ¡puro efecto de acústica!, nuestras manos no pueden

tocarse. ¡Pero no te desesperes, Axel! Ya es algo poder escucharnos.

Durante este tiempo yo había reflexionado. Una cierta esperanza, aún vaga, volvía a mi corazón. Ante todo, había algo que me importaba conocer. Acerqué, pues, mis labios a la muralla y dije:

—¿Tío?

—Sí, hijo mío —me respondieron tras algunos instantes.

—Lo primero que tenemos que saber es la distancia que nos separa.

—Eso es fácil.

—¿Tiene usted el cronómetro?

—Sí.

—Pues bien, tómelo. Pronuncie mi nombre anotando exactamente el segundo en que lo diga. Yo lo repetiré en cuanto me llegue y usted observará igualmente el momento preciso en que le llegue mi respuesta.

—Bien, y la mitad del tiempo transcurrido entre mi pregunta y tu respuesta indicará el que mi voz emplea para llegar hasta ti.

—Eso es, tío.

—¿Estás listo?

—Sí.

Pues bien, pon atención, voy a pronunciar tu nombre.

Apliqué mi oído a la pared y, en cuanto me llegó la palabra «Axel», respondí inmediatamente «Axel», y esperé.

—Cuarenta segundos —dijo entonces mi tío—. Han transcurrido cuarenta segundos entre las dos palabras; por lo tanto el sonido tarda veinte segundos en subir. Ahora bien, a mil veinte pies por segundo, da veinte mil cuatrocientos pies, o una legua y media y un octavo.

—¡Una legua y media! —exclamé.

—¡Esa distancia se salva, Axel!

—¿Pero hay que subir o bajar?

Bajar y verás por qué. Hemos llegado a un vasto espacio, en el que desembocan gran número de galerías. La que tú has seguido tiene forzosamente que conducirte a él, ya que parece que todas estas hendiduras, estas fracturas del globo, forman radios alrededor de la inmensa caverna que nosotros ocupamos. Levántate y ponte en camino. Anda, arrástrate si es preciso, deslízate por las pendientes rápidas y encontrarás nuestros brazos para recibirte al final del camino. ¡En marcha, muchacho, en marcha!

Estas palabras me reanimaron.

—Adiós, tío —grité—. Voy a partir. Nuestras voces no podrán ya comunicarse entre sí desde el momento en que deje este lugar. ¡Adiós, pues!

¡Hasta la vista, Axel, hasta la vista!

Tales fueron las últimas palabras que oí.

Esta sorprendente conversación mantenida a través de la masa terrestre e intercambiada a más de una legua de distancia acabó con estas palabras de esperanza. Elevé una plegaria de agradecimiento a Dios por haberme conducido a través de aquellas tenebrosas inmensidades al único punto quizá en que la voz de mis compañeros podía llegar hasta mí.

Aquel efecto acústico tan sorprendente se explicaba con facilidad por las leyes físicas: provenía de la forma del corredor y de la conductibilidad de la roca. Hay muchos ejemplos de esta propagación de sonidos no perceptibles en los espacios intermedios. Recuerdo que en varios lugares ha sido observado este fenómeno, entre otros en la galería interior de la catedral de San Pablo en Londres, y sobre todo en medio de esas curiosas cavernas de Sicilia, las latomías[61], situadas cerca de Siracusa, de las cuales la más maravillosa en su género es conocida con el nombre de Oreja de Dionisio.

Estos recuerdos me vinieron a la mente, y vi claramente que, si la voz de mi tío llegaba hasta mí, no existía ningún obstáculo entre nosotros. Siguiendo el camino del sonido, lógicamente debía llegar como él si las fuerzas no me traicionaban.

Me levanté, pues. Más que andar me arrastraba. La pendiente era bastante pronunciada. Me dejé resbalar.

Pronto la velocidad de mi descenso aumentó en una proporción espantosa y amenazaba asemejarse a una caída. Ya no tenía fuerzas para detenerme.

De pronto, me faltó el terreno bajo los pies. Me sentí rodar rebotando en las asperezas de una galería vertical, un verdadero pozo. Mi cabeza chocó contra una aguda roca, y perdí el conocimiento.

XXIX

Cuando volví en mí, me encontraba en penumbra, tendido sobre gruesas mantas. Mi tío me velaba, espiando en mi rostro un resto de existencia. A mi primer suspiro me tomó la mano; a mi primera mirada lanzó un grito de alegría.

—¡Vive, vive! —exclamó.

—Sí —respondí con voz débil.

—Hijo mío —dijo mi tío apretándome contra su pecho—. ¡Te has salvado!

Me emocionó vivamente el acento con que fueron pronunciadas aquellas palabras y más aún los cuidados que las acompañaban. Pero eran necesarias tales pruebas para provocar en el profesor semejantes efusiones.

En ese momento llegó Hans. Vio mi mano en la de mi tío; me atrevo a afirmar que sus ojos expresaron una gran alegría.

—God dag —dijo.

—Buenos días, Hans, buenos días —murmuré—. Y ahora, tío, dígame dónde nos encontramos en este momento.

—Mañana, Axel, mañana; hoy te encuentras todavía muy débil; te he envuelto la cabeza en compresas y no hay que moverlas; así que duerme, muchacho, y mañana lo sabrás todo.

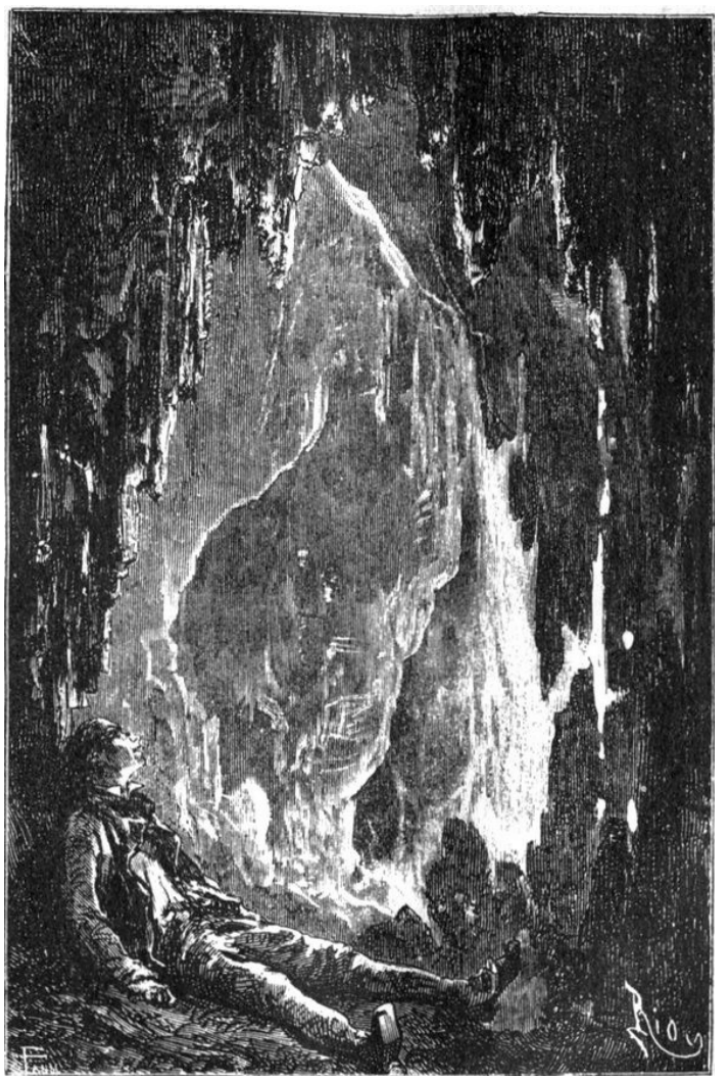
—Pero al menos —repliqué—, ¿qué hora es, a cuántos estamos?

—Son las once de la noche del domingo 9 de agosto y no te permito que me hagas más preguntas antes del día 10 del presente mes.

En realidad yo estaba muy débil, y mis ojos se cerraron involuntariamente. Me hacía falta una noche de descanso; así pues, me adormecí con el pensamiento de que mi aislamiento había durado cuatro largos días.

Al día siguiente, cuando me desperté, miré a mi alrededor. Mi cama, hecha con todas las mantas de viaje, se encontraba instalada

en una gruta encantadora, ornada de magníficas estalagmitas y cuyo suelo estaba cubierto de una fina arena. Reinaba una semioscuridad. Ninguna antorcha, ninguna lámpara estaba encendida y, sin embargo, cierta claridad inexplicable llegaba de fuera penetrando por una estrecha abertura de la gruta. También escuché un murmullo vago e indefinido, semejante al gemido de las olas que rompen sobre la playa y de vez en cuando los silbidos de la brisa.



Me pregunté si estaba bien despierto, si soñaba aún, si mi cerebro, hendido en mi caída, no percibía ruidos puramente imaginarios. Sin embargo ni mis ojos ni mis oídos podían equivocarse hasta ese punto.

«¡Es un rayo de luz —pensé— que se desliza por esa abertura de las rocas! ¡Eso es el murmullo de las olas! ¡Eso es el silbido de la brisa! ¿Me equivoco, o hemos regresado a la superficie de la tierra? ¿Ha renunciado mi tío a su expedición o la ha concluido felizmente?».

Me planteaba estas preguntas insolubles, cuando entró el profesor.

—¡Buenos días, Axel! —dijo alegremente—. ¡Apostaría cualquier cosa a que te encuentras bien!

—Pues sí —dije, incorporándome sobre las mantas.

—Así debía ser, ya que has dormido tranquilamente. Hans y yo te hemos velado por turno y hemos visto cómo tu curación hacía sensibles progresos.

—¡En efecto, me siento revigorizado, y la prueba es que haré los honores al desayuno que quiera servirme!

—¡Comerás, muchacho! Ya no tienes fiebre. Hans ha frotado tus heridas con no sé qué ungüento cuyo secreto poseen los islandeses, y han cicatrizado de maravilla. ¡Es un gran hombre nuestro cazador!

Sin dejar de hablar, mi tío preparaba algunos alimentos que yo devoraba a pesar de sus recomendaciones. Durante ese tiempo lo abrumé a preguntas, a las que se apresuró a responder.

Entonces me enteré de que mi caída providencial me había llevado precisamente al extremo de una galería casi perpendicular; como llegué en medio de un torrente de piedras, la menor de las cuales hubiera bastado para aplastarme, había que concluir que una parte del macizo había resbalado conmigo. Este espantoso vehículo me transportó así hasta los brazos de mi tío, en los que caí ensangrentado e inanimado.

—Verdaderamente —me dijo— es asombroso que no te hayas matado mil veces. Pero ¡por Dios!, no nos separemos más, porque corremos el riesgo de no volver a vernos nunca.

«¡No nos separemos más!». ¿Luego el viaje no había terminado? Abrí unos grandes ojos extrañados, lo que provocó inmediatamente

esta pregunta:

—¿Qué te pasa, Axel?

—Tengo una pregunta que hacerle. ¿Dice usted que estoy sano y salvo?

—Sin duda.

—¿Tengo todos los miembros intactos?

—Seguro.

—¿Y mi cabeza?

—Tu cabeza, salvo algunas contusiones, está perfectamente en su sitio, encima de tus hombros.

—Pues bien, me temo que mi cerebro se ha perturbado.

—¿Perturbado?

—Sí. ¿No hemos vuelto a la superficie del globo?

—¡Desde luego que no!

—¡Entonces tengo que estar loco, pues veo la luz del día, oigo el ruido del viento que sopla y del mar que rompe!

—¡Ah! ¿No es más que eso?

—¿Querrá usted explicarme?...

—No te explicaré nada porque es inexplicable; pero verás y comprenderás que la ciencia geológica no ha dicho aún su última palabra.

—Salgamos, pues —exclamé, levantándome bruscamente.

—¡No, Axel, no! El aire libre podría sentarte mal.

—¿El aire libre?

—Sí, el viento es bastante fuerte. No quiero que te expongas así.

—Pero le aseguro que me encuentro de maravilla.

—Un poco de paciencia, muchacho. Una recaída tuya podría ponernos en apuros, y no podemos perder tiempo, ya que la travesía puede ser larga.

—¿La travesía?

—Sí. Descansa todavía hoy, y mañana nos embarcaremos.

—¿Embarcarnos?

Esta última palabra me hizo dar un bote.

¡Vaya! ¡Embarcarnos! ¿Es que teníamos un río, un lago, un mar a nuestra disposición? ¿Habría alguna embarcación fondeada en algún puerto interior?

Mi curiosidad se excitó en grado sumo. Mi tío intentó retenerme en vano. Cuando vio que mi impaciencia me haría más daño que la

satisfacción de mis deseos, cedió.

Me vestí rápidamente. Para mayor precaución, me envolví en una de las mantas y salí de la gruta.

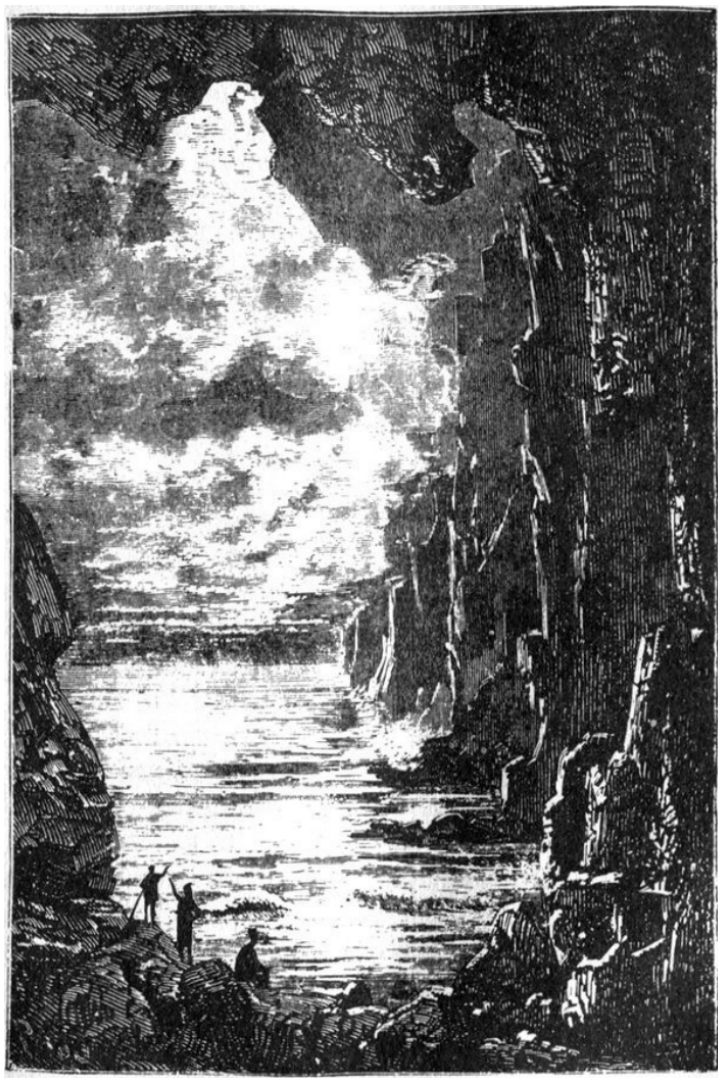
XXX

Al principio no vi nada. Mis ojos, desacostumbrados a la luz, se cerraron bruscamente. Cuando pude abrirlos de nuevo, me quedé más estupefacto que maravillado.

—¡El mar! —exclamé.

—Sí —respondió mi tío—. ¡El mar Lidenbrock, y quiero creer que ningún navegante me disputará el honor de haberlo descubierto y el derecho a darle mi nombre!

Una inmensa capa de agua, el comienzo de un lago o de un océano, se extendía hasta más allá de los límites de la vista. La orilla, ampliamente abierta, ofrecía a las últimas ondulaciones de las olas una arena fina, dorada, sembrada de esas pequeñas conchas en las que vivieron los primeros seres de la creación. Las olas rompían con ese sonoro murmullo particular en los espacios cerrados e inmensos. Un viento moderado levantaba con su soplo una ligera espuma, y algunas salpicaduras me llegaban al rostro. Sobre la playa, ligeramente inclinada, a unas cien toesas del límite de las olas, venían a morir los contrafuertes de enormes rocas que subían ensanchándose y perdiéndose a una altura inconmensurable. Algunas de ellas, rasgando la línea de la orilla con su aguda arista, formaban cabos y promontorios roídos por el diente de la resaca. Más lejos, la mirada podía seguir su masa claramente perfilada sobre el fondo brumoso del horizonte.



Era un verdadero océano, con el mismo contorno caprichoso de las orillas terrestres, pero desierto y con un aspecto salvaje.

Mis ojos podían pasearse a lo lejos por el mar ya que una luz «especial» iluminaba los más mínimos detalles. No la luz del sol con sus haces resplandecientes y la irradiación espléndida de sus rayos, ni el pálido y vago resplandor del astro de la noche, que no es más que una reflexión sin calor. No. La potencia luminosa de aquella luz, su difusión temblorosa, su blancura clara y seca, su temperatura poco elevada, su brillo superior en realidad al de la luna, acusaban evidentemente un origen eléctrico. Era como una aurora boreal, un fenómeno cósmico continuo, que llenaba aquella caverna capaz de contener un océano.

La bóveda suspendida sobre mi cabeza, el cielo, por llamarlo de alguna manera, parecía hecho de grandes nubes, vapores móviles y cambiantes que, por efecto de la condensación, debían, en determinados días, terminar en lluvias torrenciales. Hubiera creído que, bajo una presión tan fuerte de la atmósfera, la evaporación del agua no podía producirse y, sin embargo, por una razón física que se me escapaba, había grandes nubarrones extendidos en el aire. Pero en ese momento «hacía bueno». Las capas eléctricas producían extraños juegos de luz sobre las nubes más elevadas. En sus volutas inferiores se dibujaban sombras vivas y con frecuencia, entre dos capas desunidas, un rayo se deslizaba hasta nosotros con notable intensidad. Pero no era el sol, ya que a su luz le faltaba el calor. El efecto era triste, soberanamente melancólico. En lugar de un firmamento brillante de estrellas, sentía por encima de las nubes una bóveda de granito que me aplastaba bajo su peso; y aquel espacio no hubiera sido suficiente, por inmenso que fuera, para el paseo del menos ambicioso de los satélites.

Me acordé entonces de la teoría de un capitán inglés que comparaba la tierra con una vasta esfera hueca, en cuyo interior el aire se mantenía luminoso como consecuencia de la presión, mientras que dos astros, Plutón y Proserpina, trazaban allí sus órbitas misteriosas. ¿Tendría razón? [62].

Estábamos realmente encarcelados en una enorme excavación. No podía juzgarse su anchura, puesto que la orilla se extendía hasta perderse de vista, ni su longitud, ya que la mirada quedaba pronto detenida en una línea de horizonte un poco indecisa. En cuanto a su

altura, debía sobrepasar varias leguas. La vista no podía percibir en qué punto de la bóveda se apoyaban aquellos contrafuertes de granito; pero había una nube suspendida en la atmósfera, cuya elevación debía estimarse en dos mil toesas, altitud superior a la de los vapores terrestres, y debida sin duda a la considerable densidad del aire.

La palabra «caverna» no puede expresar mi pensamiento para pintar este inmenso lugar. Pero las palabras del lenguaje humano no pueden resultar suficientes para los que se aventuran en los abismos del globo.

Por otra parte, no sabía qué hecho geológico podía explicar la existencia de semejante excavación. ¿Había podido producirlo el enfriamiento del globo? Yo conocía por los relatos de algunos viajeros ciertas cavernas célebres, pero ninguna tenía tales dimensiones.

Si la gruta de Guachara en Colombia[63], visitada por Humboldt, no había revelado el secreto de su profundidad al sabio que hizo un reconocimiento de ella por espacio de dos mil quinientos pies, verosímelmente no se extendía mucho más allá. La inmensa caverna del Mamut en Kentucky[64] ofrecía también proporciones gigantescas, puesto que su bóveda se elevaba a quinientos pies por encima de un lago insondable y ciertos viajeros la recorrieron durante más de diez leguas sin encontrar su fin. Pero ¿qué eran esas cavidades al lado de la que yo admiraba entonces, con su cielo de vapores, sus irradiaciones eléctricas y un vasto mar encerrado entre sus flancos? Mi imaginación se sentía impotente ante aquella inmensidad.

Contemplaba todas estas maravillas en silencio. Me faltaban las palabras para expresar mis sensaciones. Creía asistir en algún lejano planeta, Urano o Neptuno, a fenómenos de los que mi naturaleza «terrestrial»[65] no tenía consciencia. Para sensaciones nuevas, hacían falta palabras nuevas, y mi imaginación no me las proporcionaba. Miraba, pensaba, admiraba todo con una enorme estupefacción mezclada con cierta cantidad de espanto.

Lo imprevisto de aquel espectáculo había llevado a mi rostro los colores de la salud; mi tratamiento consistía en el asombro y mi cura se realizaba por medio de esta nueva terapia; por otra parte la viveza de un aire muy denso me reanimaba al suministrar más

oxígeno a mis pulmones.

Se comprenderá sin esfuerzo que, tras un encarcelamiento de cuarenta y siete días en una estrecha galería, era un gozo infinito aspirar aquella brisa cargada de húmedas emanaciones salinas.

Tampoco tuve que arrepentirme de haber salido de mi oscura gruta. Mi tío, hecho ya a tales maravillas, no mostraba extrañeza.

—¿Te sientes con fuerzas para pasear un poco? —me preguntó.

—Sí, desde luego —respondí—. Nada me resultaría más agradable.

—Pues bien, apóyate en mi brazo, Axel, y sigamos las sinuosidades de la orilla.

Acepté con diligencia y empezamos a costear el nuevo océano. A la izquierda, unas rocas abruptas, amontonadas unas sobre otras, formaban una acumulación titánica de efecto prodigioso. Por sus flancos caían numerosas cascadas que se deslizaban en capas límpidas y estrepitosas. Algunos vapores ligeros, saltando de roca en roca, marcaban los lugares de los manantiales calientes, y los arroyos fluían suavemente hacia la cuenca común, buscando en las pendientes la ocasión para murmurar más agradablemente.

Entre estos arroyos, reconocí a nuestro fiel compañero de camino, el

Hans-bach,

que venía a perderse tranquilamente en el mar, como si no hubiese hecho otra cosa desde el comienzo del mundo.

—En adelante lo echaremos de menos —dije con un suspiro.

¡Bah! —respondió el profesor—. ¡Él u otro qué importa!

Encontré la respuesta un poco ingrata.

Pero en ese momento, me llamó la atención un espectáculo inesperado. A quinientos pasos, a la vuelta de un alto promontorio, un bosque alto, tupido, espeso, apareció ante nuestros ojos. Estaba compuesto por árboles de una altura mediana, tallados en forma de sombrillas regulares, de contornos netos y geométricos; las corrientes de la atmósfera no parecían hacer presa en su follaje y, en medio del viento, permanecían inmóviles como un macizo de cedros petrificados.

Aceleré el paso. No podía dar nombre a especies tan singulares. ¿No formaban parte de las doscientas mil especies vegetales conocidas hasta entonces, y había que otorgarles un lugar especial

en la flora de las vegetaciones lacustres? No. Cuando llegamos bajo su sombra, mi sorpresa se transformó en admiración.

En efecto, me encontraba en presencia de productos terrestres, pero cortados según un patrón gigantesco. Mi tío los llamó en seguida por su nombre.

—No es más que un bosque de hongos —dijo.

Y no se equivocaba. Júzguese el desarrollo adquirido por estas plantas tan caras a los lugares calientes y húmedos. Yo sabía que el «*lycoperdon giganteum*» podía alcanzar, según Bulliard, de ocho a nueve pies de circunferencia; pero aquí se trataba de hongos blancos, de treinta a cuarenta pies de altura, con un casquete de igual diámetro. Los había por miles. La luz no llegaba a perforar su espesa umbría y una completa oscuridad reinaba bajo aquellas cúpulas superpuestas como los tejados redondos de un pueblo africano.



Sin embargo quise avanzar más dentro. Un frío mortal descendía de las carnosas bóvedas. Durante media hora erramos por aquellas húmedas tinieblas, y volví al borde del mar con un verdadero sentimiento de bienestar.

Pero la vegetación de aquel paraje subterráneo no se limitaba sólo a los hongos. Más lejos se elevaban por grupos un gran número de otros árboles de hoja descolorida. Era fácil reconocerlos: eran los humildes arbustos de la tierra, con dimensiones fenomenales, licopodios de cien pies de altura, sigilarios gigantes, helechos arborescentes tan grandes como los pinos de las latitudes altas, lepidodendros de tallos cilíndricos bifurcados que terminaban en hojas largas y erizadas de pelos rudos como monstruosas plantas carnosas.

—¡Asombroso, magnífico, espléndido! —exclamó mi tío—. He aquí toda la flora de la segunda época del mundo, de la época de la transición. ¡He aquí esas humildes plantas de nuestros jardines que se hacían árboles en los primeros siglos del globo! ¡Mira, Axel, admira! ¡Ningún botánico se ha encontrado jamás en semejante fiesta!

—Tiene usted razón, tío. La Providencia parece haber querido conservar en este inmenso invernadero estas plantas antediluvianas que la sagacidad de los eruditos ha reconstruido con tanto acierto.

—Dices bien, muchacho, es un invernadero; pero mejor dirías añadiendo que es tal vez un zoológico.

—¡Un zoológico!

—Sin duda. Mira este polvo que pisamos, esas osamentas esparcidas por el suelo.

—¡Osamentas! —exclamé—. ¡Sí, osamentas de animales antediluvianos!

Me precipité sobre aquellos restos seculares hechos de una substancia mineral indestructible[66]. Sin vacilar iba dando nombre a aquellos huesos gigantescos, que parecían troncos de árboles secos.

—Ésta es la mandíbula inferior de un mastodonte —decía yo—; éstos, molares del dinoterio; éste, un fémur que sólo puede haber pertenecido al más grande de los animales, al megaterio. Si, es un zoológico, ya que estas osamentas no han sido traídas hasta aquí por un cataclismo. Los animales a que pertenecen han vivido en las

orillas de este mar subterráneo, a la sombra de estas plantas arborescentes. ¡Vaya! Veo esqueletos enteros. Y sin embargo...

—¿Sin embargo qué? —dijo mi tío.

—No comprendo la presencia de semejantes cuadrúpedos en esta caverna de granito.

—¿Por qué?

—Porque la vida animal no existió sobre la tierra hasta los períodos secundarios, cuando el terreno sedimentario fue formado por los aluviones y reemplazó a las rocas incandescentes de la época primitiva.

—¡Pues bien, Axel! Hay una respuesta muy simple para tu objeción y es que este terreno es un terreno sedimentario.

—¡Cómo! ¿A semejante profundidad bajo la superficie de la tierra?

—Sin duda, y este hecho puede explicarse geológicamente. En una época determinada, la tierra no estaba formada más que por una corteza elástica sometida a movimientos alternativos hacia arriba y hacia abajo en virtud de las leyes de la atracción. Es probable que se produjeran hundimientos del suelo y que una parte de los terrenos sedimentarios fuera arrastrada al fondo de los abismos abiertos súbitamente.

—Eso debe de ser. Pero si en estas regiones subterráneas han vivido animales antediluvianos, ¿quién nos dice que alguno de esos monstruos no anda aún en medio de estos bosques sombríos o detrás de esas rocas escarpadas?

Ante esta idea, escudriñaba, no sin miedo, los diversos puntos del horizonte; pero ningún ser viviente apareció por aquellas orillas desiertas.

Estaba un poco cansado. Me senté en el extremo de un promontorio, al pie del cual las olas rompían con estrépito. Desde allí, mi mirada abarcaba toda la bahía, formada por una escotadura de la costa. Al fondo había un pequeño puerto colocado entre las rocas piramidales. Sus aguas tranquilas dormían al abrigo del viento. Una bricbarca[67] y dos o tres goletas hubieran podido fondear a gusto. Casi esperaba ver algún navío partir a velas desplegadas y adentrarse en el mar bajo la brisa del sur.

Pero esta ilusión se disipó rápidamente. Eramos las únicas criaturas vivientes en aquel mundo subterráneo. En ciertos

momentos en que el viento se calmaba, un silencio más profundo que los silencios del desierto caía sobre las rocas áridas y pesaba sobre la superficie del océano. Yo intentaba entonces atravesar las brumas lejanas, desgarrar la cortina echada sobre el fondo misterioso del horizonte. ¿Cuántas preguntas no se agolpaban a mis labios? ¿Dónde terminaba aquel mar? ¿Adonde conducía? ¿Podríamos llegar a la orilla opuesta alguna vez?

Mi tío, por su parte, no tenía ninguna duda. Yo lo deseaba y lo temía a la vez.

Después de transcurrida una hora en la contemplación de aquel espectáculo maravilloso, volvimos a tomar el camino de la playa para regresar a la gruta, y bajo el imperio de los más extraños pensamientos me dormí con un profundo sueño.

XXXI

Al día siguiente me desperté completamente curado. Pensé que un baño me resultaría muy saludable y fui a sumergirme durante algunos minutos en las aguas de aquel Mediterráneo. Era, con toda seguridad, el nombre que mejor se merecía.

Volví para desayunar con un gran apetito. Hans estaba cocinando nuestro escaso menú; había agua y fuego a su disposición, de manera que pudo variar un poco nuestro ordinario. A los postres nos sirvió unas tazas de café y nunca me pareció tan agradable degustar ese delicioso brebaje.

—Ahora —dijo mi tío— ha llegado la hora de la marea y no hay que desperdiciar la ocasión de estudiar este fenómeno.

—¿Cómo, la marea? —exclamé.

—Sin duda.

—¿Llegan hasta aquí la influencia de la luna y del sol?

—¿Por qué no? ¿No están los cuerpos sometidos en su conjunto a la atracción universal? Esta masa de agua no puede por tanto escapar a la ley general. Así, a pesar de la presión atmosférica ejercida en su superficie, vas a verla levantarse como el Atlántico mismo.

En ese momento pisábamos la arena de la orilla y las olas subían poco a poco por la playa.

—¡He aquí la marea que empieza a subir! —exclamé.

—Sí, Axel, y después de este relevo de espumas el mar se levantará diez pies.

—¡Es maravilloso!

—No, es natural.

—Por más que diga usted, tío, todo esto me parece extraordinario y apenas si doy crédito a mis ojos. ¡Quién hubiera podido imaginar que dentro de la corteza terrestre existía un verdadero océano con sus flujos y sus reflujos, con sus brisas, con

sus tempestades!

—¿Por qué no? ¿Hay alguna razón física que se oponga a ello?

—No encuentro ninguna, desde el momento en que hay que abandonar la teoría del calor central.

—Así pues, ¿hasta el momento la teoría de Davy está justificada?

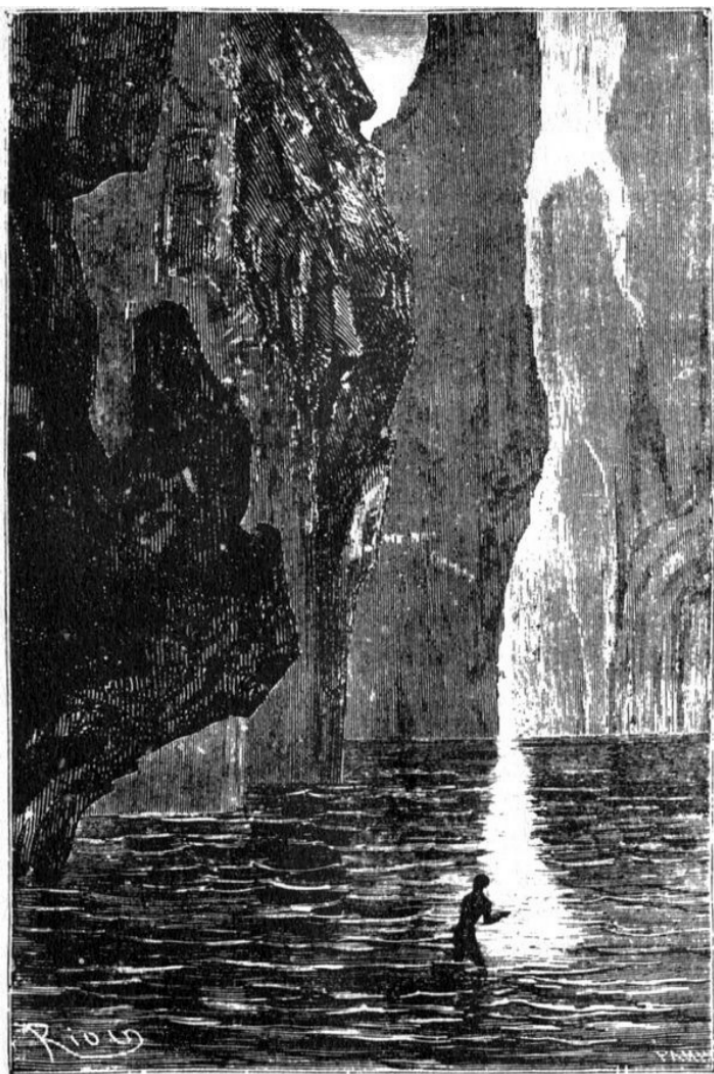
—Evidentemente, y desde ahora nada contradice la existencia de mares o comarcas en el interior del globo.

—Sin duda, pero deshabitados.

—¡Bueno! ¿Y por qué estas aguas no podrían dar asilo a peces de alguna especie desconocida?

—En cualquier caso, hasta ahora no hemos visto ni uno solo.

—Pues podemos fabricar unas cañas de pescar y ver si el anzuelo tiene el mismo éxito aquí abajo que en los océanos sublunares.



—Lo intentaremos, Axel, puesto que hemos de penetrar en todos los secretos de estas nuevas regiones.

—Pero ¿dónde estamos? Todavía no le he planteado esta pregunta, a la que sus instrumentos ya han debido de responder.

—Horizontalmente, a trescientas cincuenta leguas de Islandia.

—¿Tanto?

—Estoy seguro de no equivocarme en quinientas toesas. —¿Y la brújula indica siempre el sudeste?

—Sí, con una declinación occidental de diecinueve grados y cuarenta y dos minutos, como en tierra exactamente. Dada su inclinación, existe un hecho curioso que he observado con el mayor cuidado.

—¿Cuál?

—Que la aguja, en lugar de inclinarse hacia el polo como lo hace en el hemisferio boreal, se levanta en sentido contrario.

—¿Hay por tanto que concluir que el punto de atracción magnética está comprendido entre la superficie del globo y el sitio en que nos encontramos?

—Precisamente, y es probable que si llegásemos hacia las regiones polares, hacia el grado setenta, donde James Ross [68] descubrió el polo magnético, veríamos levantarse verticalmente la aguja. Por lo tanto ese misterioso centro de atracción no se encuentra situado a gran profundidad.

—En efecto, he aquí un hecho que la ciencia ni siquiera ha sospechado.

—La ciencia, muchacho, está hecha de errores, pero es bueno cometer esos errores, ya que ellos llevan poco a poco a la verdad.

—¿Y a qué profundidad nos encontramos?

—A una profundidad de treinta y cinco leguas.

—Así pues —dije yo mirando el mapa—, la parte montañosa de Escocia está justo encima de nosotros y es ahí donde los montes Grampianos elevan su cima cubierta de nieve a alturas prodigiosas.

—Sí —respondió el profesor riendo—. Es algo pesado de llevar, pero la bóveda es sólida; el gran arquitecto del universo la ha construido con buenos materiales, y nunca el hombre pudo darle tal capacidad. ¿Qué son los arcos de los puentes y las bóvedas de las catedrales al lado de esta nave de tres leguas de radio bajo la que un océano y sus tempestades pueden desarrollarse a sus anchas?

—¡Oh, no temo que el cielo me caiga en la cabeza! Y ahora, tío, ¿cuáles son sus proyectos? ¿No piensa regresar a la superficie del globo?

—¡Regresar! ¡Pero bueno! Por el contrario, continuaremos nuestro viaje puesto que todo ha salido tan bien hasta ahora.

—Sin embargo no veo cómo podremos penetrar bajo esta llanura líquida.

—¡Oh!, ni yo pretendo precipitarme de cabeza. Pero si, propiamente hablando, los océanos no son más que lagos, puesto que están rodeados de tierra, con mayor razón este mar interior se encuentra circunscrito en el macizo de granito.

—De eso no cabe duda.

—Pues bien, en la orilla opuesta estoy seguro de encontrar nuevas salidas.

—¿Qué longitud supone que puede tener este océano?

—Treinta o cuarenta leguas.

—¡Ah! —dije, imaginando que esta estimación podía muy bien ser inexacta.

—Así pues, no tenemos tiempo que perder, y mañana nos haremos a la mar.

Involuntariamente busqué con los ojos el navío que debía transportarnos.

—¡Ah! —dije—. Nos embarcaremos. ¡Bien! ¿En qué barco tomaremos pasaje?

—No será en un barco, muchacho, pero sí en una buena y sólida balsa.

—¡Una balsa! —exclamé—. Una balsa es tan imposible de construir como un navío, y no veo...

¡No ves, Axel, pero si escuchases, podrías oír!

—¿Oír?

Sí, unos martillazos que te indicarían que Hans ya ha puesto manos a la obra.

—¿Está construyendo una balsa?

—Sí.

—¡Cómo! ¿Ha derribado ya árboles con su hacha?

¡Oh! Los árboles estaban ya todos derribados. Ven y lo verás trabajar.

Tras un cuarto de hora de marcha, al otro lado del promontorio

que formaba el pequeño puerto natural, vi a Hans trabajando. Unos pasos más y estuve cerca de él. Con gran sorpresa mía vi tendida sobre la arena una balsa medio terminada; estaba hecha de troncos de una madera singular, y un gran número de tablones, curvas y cuaderñas de toda clase cubrían literalmente el suelo. Había allí con qué construir una flota completa.

—Tío —exclamé—, ¿qué madera es ésta?

—Es pino, abeto, abedul, todas las especies de coníferas del norte, mineralizadas por la acción del agua del mar.

—¿Es posible?

Es lo que se llama «surtarbrandur» o madera fosilizada.

—¡Pero entonces, como los lignitos, debe de tener la dureza de la piedra y no podrá flotar!

—A veces sucede. Hay maderas que se vuelven auténticas antracitas; pero otras, como éstas, no han sufrido todavía el comienzo de transformación en fósiles. Mira bien —añadió mi tío, tirando al mar uno de aquellos preciosos restos.

El trozo de madera, después de desaparecer, volvió a la superficie del agua, oscilando con el vaivén de las ondas.

—¿Estás convencido? —dijo mi tío.

—¡Convencido sobre todo de que esto es increíble!

Al día siguiente por la noche, gracias a la habilidad del guía, la balsa estaba terminada; tenía diez pies de largo y cinco de ancho; los maderos de surtarbrandur, unidos por fuertes cuerdas, ofrecían una sólida superficie, y, una vez botada, aquella embarcación improvisada flotó tranquilamente sobre las aguas del mar Lidenbrock.

XXXII

El 13 de agosto nos despertamos muy temprano. Ibamos a inaugurar un nuevo medio de locomoción rápido y poco fatigoso.

Un mástil hecho con dos palos enjimegados, una verga formada por un tercero y la vela sacada de nuestras mantas componían los aparejos de la balsa. No faltaban las cuerdas. El conjunto era sólido.

A las seis, el profesor dio la señal para embarcar. Los víveres, los equipajes, los instrumentos, las armas y una notable cantidad de agua dulce recogida en las rocas se encontraban a bordo.

Hans había instalado un gobernalle que le permitía dirigir su aparato flotante. Se puso al timón. Yo desaté las amarras que nos retenían. Orientamos la vela, y dejamos la orilla rápidamente.

En el momento de dejar el pequeño puerto, mi tío, aferrado a su nomenclatura geográfica, quiso darle un nombre, el mío, entre otros.

—Tengo otro que proponerle —dije.

—¿Cuál?

—El nombre de Graüben. Puerto Graüben quedará muy bien en el mapa.

—Que sea Puerto Graüben.

He aquí como el recuerdo de mi querida virlandesa quedó vinculado a nuestra arriesgada expedición.

La brisa soplaba del nordeste. Navegábamos viento en popa a gran velocidad. Las capas muy densas de la atmósfera tenían un empuje considerable y actuaban sobre la vela como un potente ventilador.

Al cabo de una hora, mi tío había podido estimar con bastante exactitud nuestra velocidad.

—Si continuamos navegando así —dijo—, haremos por lo menos treinta leguas cada veinticuatro horas y no tardaremos en avistar la orilla opuesta.

No respondí y fui a colocarme en la parte delantera de la balsa. La costa septentrional iba disminuyendo en el horizonte. Los dos brazos de la orilla se abrían ampliamente como para facilitar nuestra partida. Ante mis ojos se extendía un mar inmenso. Grandes nubes paseaban rápidamente por la superficie su sombra grisácea, que parecía pesar sobre el agua sombría. Los rayos plateados de la luz eléctrica, reflejados aquí y allá por alguna gota, hacían brotar algunos puntos luminosos en los remolinos de la embarcación. Pronto perdimos de vista la tierra, desapareció todo punto de referencia y, sin la estela espumosa de la balsa, hubiera podido creer que permanecíamos completamente inmóviles.



Hacia mediodía unas algas inmensas empezaron a ondular en la superficie de las aguas. Yo conocía la potencia vegetativa de esas plantas que trepan desde una profundidad de más de doce mil pies desde el fondo de los mares, se reproducen bajo presiones de cuatrocientas atmósferas y con frecuencia forman bancos bastante considerables que estorban la marcha de los navíos. Pero creo que jamás hubo algas tan gigantescas como las del mar Lidenbrock.

Nuestra balsa navegó entre fucos de tres y cuatro mil pies de largo, parecidos a inmensas serpientes que se desplegaban hasta perderse de vista; yo me entretenía siguiendo con la mirada sus cintas infinitas, creyendo siempre alcanzar su extremo, y durante horas enteras mi paciencia, si no mi asombro, era burlada.

¿Qué fuerza natural podía producir tales plantas y cuál debía ser el aspecto de la tierra en los primeros siglos de su formación, cuando, bajo la acción del calor y de la humedad, el reino vegetal era lo único que se desarrollaba en su superficie?

Llegó la noche y, tal como había notado la víspera, el estado luminoso del aire no sufrió ninguna disminución. Era un fenómeno constante, con cuya duración podíamos contar.

Después de cenar me tendí al pie del mástil y no tardé en dormirme en medio de indolentes sueños.

Hans, inmóvil en el gobernalle, dejaba correr la balsa, que, por lo demás, empujada por el viento de popa, no necesitaba ni siquiera ser dirigida.

Desde nuestra partida de Puerto Graüben, el profesor Lidenbrock me había encargado de llevar el «diario de a bordo», de anotar las más mínimas observaciones, de consignar los fenómenos interesantes, la dirección del viento, la velocidad adquirida, el camino recorrido, en una palabra, todos los incidentes de aquella extraña navegación.

Me limitaré, pues, a reproducir aquí las notas cotidianas, escritas, por así decirlo, al dictado de los acontecimientos, con el fin de dar un relato más exacto de nuestra travesía.

Viernes 14 de agosto.—Brisa uniforme del N. O.

La balsa marcha con rapidez y en línea recta. La costa queda a treinta leguas a sotavento. Nada en el horizonte. La intensidad de la luz no varía. Buen tiempo, es decir, que las nubes están muy

elevadas, poco espesas y bañadas en una atmósfera blanca como si fuese plata en fusión. Termómetro:

+ 32 °C.

A mediodía, Hans ha preparado un anzuelo enganchado en el extremo de una cuerda. Como cebo le ha puesto un trozo de carne y lo ha echado al mar. Durante dos horas nada pica. ¿Estarán deshabitadas estas aguas? No. Se produce una sacudida. Hans tira de la cuerda y saca un pez que se debate vigorosamente.

—¡Un pez! —exclama mi tío.

—¡Es un esturión! —exclamo yo a mi vez—. ¡Un esturión pequeño!

El profesor mira atentamente al animal y no comparte mi opinión. Este pez tiene la cabeza plana, redondeada, y la parte anterior del cuerpo cubierta de placas óseas; su boca carece de dientes; las aletas pectorales, bastante desarrolladas, están ajustadas a su cuerpo desprovisto de cola. Este animal pertenece, desde luego, al orden en que los naturalistas han clasificado al esturión, pero difiere de éste en rasgos bastante esenciales.

Mi tío no se equivoca, pues, tras un corto examen, dice:

—Este pez pertenece a una familia extinguida hace siglos y de la cual se encuentran solamente vestigios fósiles en los terrenos devonianos.

—¡Cómo! —digo—. ¿Es posible que hayamos capturado vivo a uno de esos habitantes de los mares primitivos?

—Sí —responde el profesor, continuando sus observaciones—, y ya ves que estos peces fósiles no tienen ninguna identidad con las especies actuales. Ahora bien, tener uno de estos seres vivos es una verdadera felicidad para un naturalista.

Pero ¿a qué familia pertenece?

—Al orden de los ganoideos, familia de los cefaláspidos, género...

—¿Y bien?

—Género de los pterychtis, ¡lo juraría! Pero éste ofrece una peculiaridad que, según se dice, sólo se encuentra en los peces de las aguas subterráneas.

—¿Cuál?

—¡Es ciego!

—¡Ciego!

—No solamente ciego, sino que carece absolutamente del órgano de la vista.

Miro. Nada más cierto. Pero pudiera ser un caso particular. Volvemos a cebar el anzuelo y lo lanzamos nuevamente al mar. De seguro, este océano es muy abundante en peces ya que en dos horas cogemos una gran cantidad de pterychtis, así como peces pertenecientes a una familia igualmente extinguida, los diptéridos, pero cuyo género no puede reconocer mi tío. Todos carecen del órgano de la vista. Esta pesca inesperada renueva ventajosamente nuestras provisiones.

Así pues, parece ser una constante que este mar sólo encierra especies fósiles, entre las cuales los peces, como los reptiles, son tanto más perfectos cuanto más antigua es su creación.

¿Encontraremos quizá algunos de esos saurios que la ciencia ha sabido reproducir con un trozo de osamenta o de cartílago?

Tomo el anteojo y examino el mar. Está desierto. Sin duda estamos todavía muy cerca de las costas.

Miro al aire. ¿Por qué alguno de esos pájaros reconstruidos por el inmortal Cuvier[69] no podría batir con sus alas estas pesadas capas atmosféricas? Los peces les aportarían suficiente alimento. Observo el espacio, pero los aires están tan deshabitados como las orillas.



Sin embargo mi imaginación me transporta hacia las maravillosas hipótesis de la paleontología. Sueño despierto. Creo ver en la superficie de las aguas esos enormes quersitos, esas tortugas antediluvianas semejantes a islotes flotantes. Por las playas ensombrecidas pasan los grandes mamíferos de los primeros tiempos: el leptoterio, encontrado en las cavernas de Brasil; el mericoterio, llegado de las regiones heladas de Siberia. Más lejos, el paquidermo lofiodon, ese tapir gigantesco, se esconde detrás de las rocas presto a disputar su presa al anoploterio, extraño animal mezcla de rinoceronte, caballo, hipopótamo y camello, como si el Creador, demasiado apresurado en las primeras horas del mundo, hubiera reunido varios animales en uno solo. El mastodonte gigante da vueltas a su trompa y tritura entre sus colmillos las rocas de la orilla, mientras que el megaterio, arqueado sobre sus enormes patas, rebusca en la tierra despertando con sus rugidos el eco sonoro del granito. Más arriba, el protopiteco, el primer mono aparecido en la superficie del globo, escala las cimas escarpadas. Más arriba aún, el pterodáctilo, de mano alada, se desliza como un murciélago por el aire comprimido. Por fin, en las últimas capas, pájaros inmensos, más poderosos que el casoar, más grandes que el avestruz, despliegan sus vastas alas y van a dar con su cabeza contra la cúpula de granito.

Todo este mundo fósil renace en mi imaginación. Me transporto a las épocas bíblicas de la creación, mucho antes del nacimiento del hombre, cuando la tierra, incompleta, no podía bastarle todavía. Mis sueños van más allá de la aparición de los seres animados. Desaparecen los mamíferos, después los pájaros, los reptiles de la época secundaria y por fin los peces, los crustáceos, los moluscos, los articulados. Los zoófitos del período de transición vuelven a la nada. Toda la vida de la tierra se resume en mí, y mi corazón es el único que late en este mundo despoblado. No hay estaciones; no hay climas; el propio calor del globo aumenta sin cesar y neutraliza el del astro radiante. La vegetación crece exageradamente. Paso como una sombra en medio de los helechos arborescentes, pisando con mi paso incierto las irisadas margas y las areniscas abigarradas del suelo; me apoyo en las coníferas inmensas; me acuesto a la sombra de los esfenófilos, de los asterófilos y de los licopodios de cien pies de altura.

¡Los siglos transcurren como días! Voy remontando la serie de las transformaciones terrestres. Las plantas desaparecen; las rocas graníticas pierden su pureza; el estado líquido va a reemplazar al estado sólido bajo la acción de un calor más intenso; las aguas corren por la superficie del globo; hierven, se volatilizan; los vapores envuelven la tierra, que poco a poco no forma más que una masa gaseosa, incandescente, grande como el sol y brillante como él.

¡En el centro de esta nebulosa, mil cuatrocientas veces más grande que el globo que un día formará, soy arrastrado a los espacios planetarios! ¡Mi cuerpo se sutiliza, se sublima y se confunde como un átomo imponderable con esos vapores inmensos que trazan en el infinito su órbita inflamada!

¡Qué sueño! ¿Dónde me lleva? ¡Mi mano febril traza sobre el papel extraños detalles! ¡Lo he olvidado todo: el profesor y el guía y la balsa! Una alucinación se ha adueñado de mi espíritu...

—¿Qué tienes? —pregunta mi tío.

Mis ojos, enormemente abiertos, se fijan en él sin verlo.

—¡Ten cuidado, Axel, vas a caerte al mar!

Al mismo tiempo siento que la mano de Hans me agarra vigorosamente. Sin él, bajo el imperio de mi sueño, me hubiera precipitado en el agua.

—¿Pero es que se está volviendo loco? —grita el profesor.

—¿Qué pasa? —digo al fin, volviendo en mí.

—¿Estás enfermo?

—No, he tenido un momento de alucinación, pero ya ha pasado. ¿Va todo bien?

—Sí. ¡Buena brisa, buen mar! Navegamos rápidamente y si mis cálculos no me engañan no podemos tardar en llegar a tierra.

Ante estas palabras, me levanto, observo el horizonte; pero la línea del agua sigue confundiéndose con la línea de las nubes.

XXXIII

Sábado 15 de agosto.—El mar conserva su monótona uniformidad. No se ve tierra alguna. El horizonte parece excesivamente lejano.

Tengo la cabeza todavía pesada por la violencia de mi sueño.

Mi tío no ha soñado, pero está de mal humor. Recorre con su anteojito todos los puntos del espacio y se cruza de brazos con aire contrariado.

Noto que el profesor Lidenbrock tiende a convertirse en el hombre impaciente del pasado, y apunto este hecho en mi diario. Han sido necesarios mis peligros y mis sufrimientos para sacar de él alguna chispa de humanidad; pero, desde mi curación, su naturaleza se ha rehecho. Y sin embargo ¿por qué encolerizarse? ¿Es que el viaje no se lleva a cabo en las circunstancias más favorables? ¿Es que la balsa no navega con rapidez?

—Parece inquieto, tío —digo al verlo mirar con frecuencia por el anteojito.

—¿Inquieto? No.

—¿Impaciente entonces?

—¡Si te parece que no hay motivos!

—Sin embargo navegamos con una velocidad...

—¿Y qué importa? ¡No es que la velocidad sea corta, es que el mar es demasiado grande!

Recuerdo en ese momento que el profesor, antes de nuestra partida, estimaba en unas treinta leguas la longitud de este océano subterráneo. Ahora bien, ya hemos recorrido un camino tres veces más largo y las orillas del sur no aparecen todavía.

—¡No bajamos! —prosigue el profesor—. ¡Todo esto es tiempo perdido, y en definitiva yo no he venido tan lejos para hacer una excursión en barco por un estanque!

¡Llama a esta travesía una excursión en barco, y a este mar un

estanque!

—Pero —digo—, puesto que hemos seguido la ruta indicada por Saknussem...

—Esa es la cuestión. ¿Hemos seguido esa ruta? ¿Se encontró Saknussem con esta extensión de agua? ¿La atravesó? El riachuelo que hemos tomado como guía ¿no nos habrá hecho perdernos del todo?

—En cualquier caso, no podemos lamentarnos de haber llegado hasta aquí. Este espectáculo es magnífico y...

—No se trata de ver. ¡Me he propuesto una meta y quiero alcanzarla! ¡Así que no me hables de admirar!

Me doy por enterado y lo dejo mordiéndose los labios de impaciencia. A las seis de la tarde, Hans reclama su paga y le son entregados sus tres rixdales.

Domingo 16 de agosto.—Sin novedad. Mismo tiempo. El viento tiene una ligera tendencia a refrescar. Al despertarme, mi primera preocupación es la de constatar la intensidad de la luz. No dejo de temer que el fenómeno eléctrico llegue a oscurecerse y después a apagarse. No ocurre nada de eso. La sombra de la balsa se dibuja con claridad en la superficie del agua.

¡Realmente este mar es infinito! Debe tener el ancho del Mediterráneo o incluso del Atlántico. ¿Por qué no?

Mi tío hace varios sondeos. Ata uno de los picos más pesados al extremo de una cuerda, que deja largar doscientas brazas. No toca fondo. Nos cuesta mucho trabajo recuperar nuestra sonda.

Una vez llegado el pico a bordo, Hans me hace observar que en su superficie hay unas señales muy acusadas. Se diría que el trozo de hierro ha sido vigorosamente apretado entre dos cuerpos duros.

Miro al cazador.

—Tänder! —dice.

No le comprendo. Me vuelvo hacia mi tío, que se encuentra totalmente absorto en sus reflexiones. No me preocupo de molestarlo. Me vuelvo hacia el islandés. Este, abriendo y cerrando varias veces la boca, me hace comprender su pensamiento.

—¡Dientes! —digo con estupor, examinando más atentamente la barra de hierro.

¡Sí! ¡Son dientes, cuya huella se ha incrustado en el metal! ¡Las mandíbulas así guarnecidas deben de poseer una fuerza prodigiosa!

¿Es un monstruo de una de las especies perdidas que se agita en las profundidades de las aguas, más voraz que el escualo, más temible que la ballena? ¡No puedo apartar mis ojos de esa barra medio roída! ¿Es que mi sueño de la noche anterior va a hacerse realidad?

Estos pensamientos me agitan durante todo el día, y mi imaginación queda apenas calmada por un sueño de algunas horas.

Lunes 17 de agosto.—Intento acordarme de los instintos particulares de esos animales antediluvianos de la época secundaria, que, sucediendo a los moluscos, a los crustáceos y a los peces, precedieron a la aparición de los mamíferos sobre el globo. El mundo pertenecía entonces a los reptiles. Esos monstruos reinaban como dueños y señores en los mares jurásicos [70]. La naturaleza les había concedido la constitución más completa. ¡Qué gigantesca estructura! ¡Qué fuerza prodigiosa! ¡Los saurios actuales, caimanes o cocodrilos, los más grandes y más temibles, no son más que débiles miniaturas de sus padres de las primeras edades!

Siento un escalofrío ante la evocación que estoy haciendo de estos monstruos. Ningún ojo humano los ha visto vivos. Aparecieron en la tierra mil siglos antes que el hombre, pero sus osamentas fosilizadas, encontradas en ese terreno calcáreo arcilloso que los ingleses llaman liásico, han permitido reconstruirlos anatómicamente y conocer su colosal conformación.

He visto en el museo de Hamburgo el esqueleto de uno de esos saurios que medía treinta pies de largo. ¿Estoy yo, habitante de la tierra, destinado a encontrarme cara a cara con esos representantes de una familia antediluviana? ¡No, es imposible! Sin embargo, la marca de los poderosos dientes está grabada en la barra de hierro, y en su huella reconozco que son cónicos como los del cocodrilo.

Mis ojos se fijan con horror en el mar. Temo ver surgir a uno de esos habitantes de las cavernas submarinas.

Supongo que el profesor Lidenbrock comparte mis ideas, si no mis temores, ya que, después de haber examinado el pico, ha recorrido el océano con la vista.

«¡Al diablo —me digo a mí mismo— con esa idea que ha tenido de sondear! ¡Ha molestado a algún animal en su retiro, y si no nos ataca en el camino!...».

Echo una ojeada a las armas y me aseguro de que están en buen estado. Mi tío me ve y aprueba con un gesto.

Amplias agitaciones producidas en la superficie de las aguas indican la perturbación de las capas profundas. El peligro está próximo. Tenemos que vigilar.

Martes 18 de agosto.—Llega la noche, o mejor dicho el momento en que el sueño hace pesar nuestros párpados, ya que en este océano no existe la noche, y la implacable luz cansa obstinadamente nuestros ojos, como si navegásemos bajo el sol de los mares árticos. Hans está al timón. Durante su guardia, yo duermo.

Dos horas después, una espantosa sacudida me despierta. La balsa ha sido elevada por encima de las aguas con una potencia indescriptible y lanzada veinte toesas más allá.

—¿Qué sucede? —grita mi tío—. ¿Hemos tocado fondo?

Hans le muestra con el dedo, a una distancia de doscientas toesas, una masa negruzca que se levanta y se agacha sucesivamente. Miro y exclamo:

—¡Es una colosal marsopa!

—Sí —replica mi tío—, y allí un lagarto de mar de un tamaño muy poco común.

—¡Y más allá un cocodrilo monstruoso! Mire su gran mandíbula y las filas de dientes de que está armada. ¡Ah! ¡Desaparece!

—¡Una ballena, una ballena! —exclama entonces el profesor—. ¡Veo sus enormes aletas! ¡Mira el aire y el agua que expulsa por sus narices!

En efecto, dos columnas líquidas se elevan a considerable altura por encima del mar. Nos quedamos sorprendidos, estupefactos, espantados, en presencia de esa manada de monstruos marinos. Tienen dimensiones sobrenaturales y el más pequeño de ellos rompería nuestra balsa de una dentellada. Hans quiere poner el timón a barlovento con el fin de huir de esa peligrosa compañía; pero se da cuenta de que por la otra borda aparecen otros enemigos no menos temibles: una tortuga de cuarenta pies de ancho y una serpiente de treinta de largo que lanza su enorme cabeza por encima de las aguas.

Imposible huir. Los reptiles se acercan; dan vueltas alrededor de la balsa con una rapidez que no podrían igualar los grandes trenes lanzados a toda velocidad; trazan en torno a nosotros círculos concéntricos. He tomado mi carabina. Pero ¿qué efecto puede

producir una bala en las escamas que cubren el cuerpo de estos animales?



Estamos mudos de espanto. ¡Se acercan a nosotros! Por un lado el cocodrilo, por otro la serpiente. El resto de la manada marina ha desaparecido. Voy a hacer fuego. Hans me detiene con un gesto. Los dos monstruos pasan a cincuenta toesas de la balsa, se precipitan el uno contra el otro, y su furor les impide darse cuenta de nuestra presencia.

Comienza el combate a cien toesas de la balsa. Vemos claramente cómo se enfrentan los dos monstruos.

Pero me parece que ahora los otros animales vienen a tomar parte en la lucha, la marsopa, la ballena, el lagarto, la tortuga. Puedo entreverlos a cada instante. Se los muestro al islandés. Este mueve negativamente la cabeza.

—Tva —dice.

—¡Cómo! ¿Dos? Pretende que solamente dos animales...

—Tiene razón —exclama mi tío, que no cesa de mirar por el antejo.

—¡No es posible!

—Sí. El primero de esos monstruos tiene el hocico de una marsopa, la cabeza de un lagarto y los dientes de un cocodrilo, y esto es lo que nos ha engañado. ¡Es el más temible de los reptiles antediluvianos, el ictiosaurio!

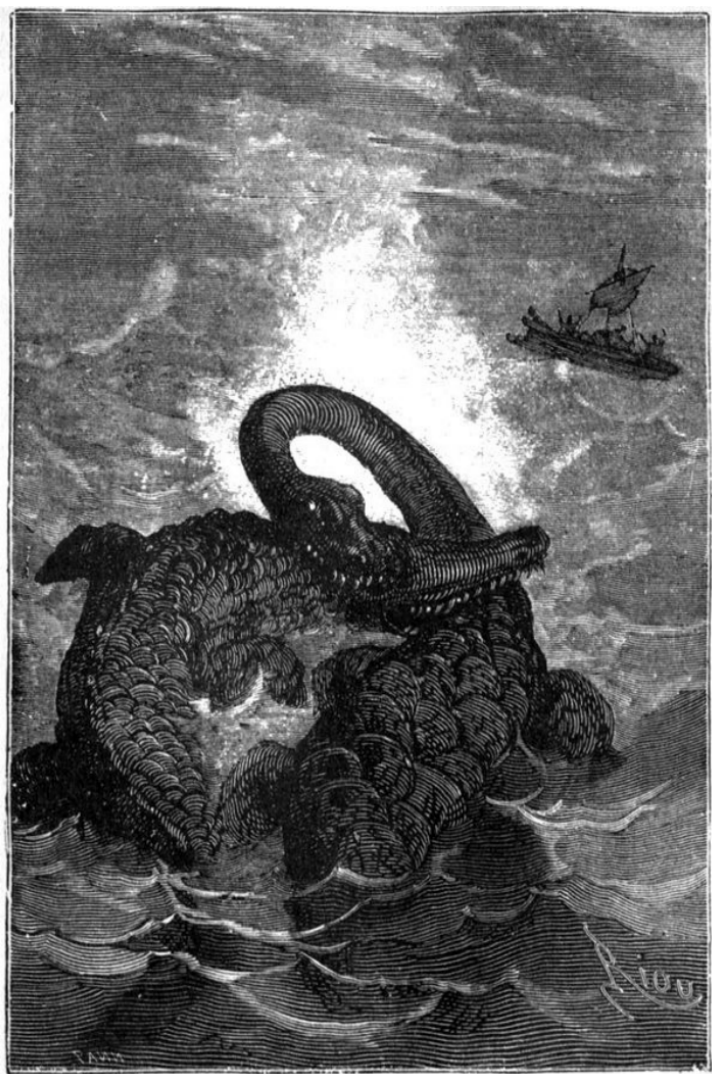
—¿Y el otro?

—El otro es una serpiente escondida en el caparazón de una tortuga, el terrible enemigo del primero: ¡el plesiosaurio!

Hans tiene razón. Solamente dos monstruos turban así la superficie del mar, y tengo ante mis ojos dos reptiles de los océanos primitivos. Veo el ojo sangrante del ictosaurio tan grande como la cabeza de un hombre. La naturaleza lo ha dotado de un aparato óptico de extrema potencia y capaz de resistir la presión de las capas de agua en las profundidades que habita. Con justicia se lo ha denominado la ballena de los saurios, ya que posee su rapidez y tamaño. No mide menos de cien pies, y puedo juzgar su dimensión cuando levanta por encima de las aguas las aletas verticales de su cola. Su mandíbula es enorme y, según los naturalistas, no tiene menos de ciento ochenta y dos dientes.

El plesiosaurio, serpiente de tronco cilíndrico, de cola corta, tiene las patas colocadas en forma de remo. Su cuerpo está enteramente cubierto de un caparazón, y su cuello, flexible como el

de un cisne, se eleva a treinta pies por encima de las aguas.



Estos animales se atacan con una furia indescriptible. Levantan montañas líquidas que refluyen hacia la balsa. Veinte veces estamos a punto de zozobrar. Se oyen silbidos de una intensidad prodigiosa. Las dos bestias están enzarzadas. No puedo distinguir una de la otra. Hay que temerlo todo de la rabia del vencedor.

Pasa una hora, dos horas. La lucha continúa con el mismo encarnizamiento. Los combatientes se acercan y se alejan de la balsa alternativamente. Nos quedamos inmóviles, dispuestos a hacer fuego.

De pronto el ictiosaurio y el plesiosaurio desaparecen, perforando un auténtico maelström[71] en el seno de las aguas. Transcurren varios minutos. ¿Va a acabar el combate en las profundidades del mar?

De repente una enorme cabeza se lanza fuera del agua, la cabeza del plesiosaurio. El monstruo está herido de muerte. Ya no veo su inmenso caparazón. Sólo su largo cuello se levanta, se abate, se endereza, se curva, azota las aguas como un látigo gigantesco y se retuerce como un gusano cortado. El agua salta a una distancia considerable. Nos ciega. Pero pronto la agonía del reptil toca a su fin, sus movimientos disminuyen, sus contorsiones se apaciguan y su largo tronco de serpiente se extiende como una masa inerte sobre las aguas calmadas.

En cuanto al ictiosaurio, ¿ha regresado a su caverna submarina, o va a reaparecer en la superficie del mar?

XXXIV

Miércoles 19 de agosto.—Afortunadamente el viento, que sopla con fuerza, nos ha permitido huir rápidamente del escenario de la lucha. Hans continúa al gobernalle. Mi tío, sustraído de sus pensamientos absorbentes por los incidentes del combate, vuelve a caer en su impaciente contemplación del mar.

El viaje recupera su monótona uniformidad, que no deseo que se rompa al precio de los peligros corridos ayer.

Jueves 20 de agosto.—Brisa

N. N. E.

bastante desigual. Temperatura caliente. Navegamos con una velocidad de tres leguas y media por hora.

Hacia mediodía, se oye un mido lejano. Consigno aquí el hecho sin poder darle explicación. Es un mugido continuo.

—A lo lejos —dice el profesor— hay alguna roca o algún islote contra el que rompe el mar.

Hans trepa a lo alto del mástil, pero no distingue ningún escollo. El océano está liso hasta la línea del horizonte.

Pasan tres horas. Los mugidos parecen provenir de un salto de agua lejana.

Se lo indico a mi tío, el cual sacude la cabeza. Sin embargo tengo la convicción de que no me equivoco. ¿Corremos hacia alguna catarata que nos precipitará en el abismo? Es posible que esta forma de descenso plazca al profesor, porque se acerca a la vertical, pero a mí...

En todo caso, debe de haber, a algunas leguas a barlovento, un fenómeno ruidoso, ya que ahora los mugidos se oyen con gran violencia. ¿Proviene del cielo o del océano?

Dirijo la mirada hacia los vapores suspendidos en la atmósfera e intento sondear sus profundidades. El cielo está tranquilo. Las nubes, situadas en lo más alto de la bóveda, parecen inmóviles y se

pierden en la intensa irradiación de la luz. Hay que buscar por tanto en otra parte la causa de ese fenómeno.

Interrogo entonces con la mirada al horizonte puro y despejado de toda bruma. Su aspecto no ha cambiado. Pero si ese mido proviene de un salto, de una catarata, si todo el océano se precipita en un estanque inferior, si esos mugidos son producidos por una masa de agua que cae, la corriente debe activarse y su velocidad creciente puede darme la medida del peligro que nos amenaza. Consulto la corriente. Es nula. Una botella vacía que tiro al mar queda a sotavento.

Hacia las cuatro, Hans se levanta, se aferra al mástil y sube hasta su extremo. Desde allí su mirada recorre el arco que describe el océano delante de la balsa y se para en un punto. Su semblante no expresa ninguna sorpresa, pero sus ojos han quedado fijos.

—Ha visto algo —dice mi tío.

—Eso creo.

Hans vuelve a bajar y extiende su brazo hacia el sur diciendo:

—Der nere!

—¿Allí? —responde mi tío.

Y, tomando su antejo, mira atentamente durante un minuto, que a mí me parece un siglo.

—¡Sí, sí! —exclama.

—¿Qué ve usted?

—Un surtidor inmenso que se levanta por encima de las aguas.

—¿Otro animal marino?

—Pudiera ser.

—¡Entonces pongamos rumbo más al oeste, ya que sabemos a qué atenernos sobre el peligro de encontrarnos con esos monstruos antediluvianos!

—Dejémonos ir —responde mi tío.

Me vuelvo hacia Hans. Hans mantiene el timón con un rigor inflexible.

Sin embargo, si desde la distancia que nos separa de este animal, distancia que se puede estimar en doce leguas por lo menos, se puede ver la columna de agua escupida por sus respiraderos, debe de ser de un tamaño sobrenatural. Huir sería conformarse con las leyes de la prudencia más vulgar. Pero nosotros no hemos venido aquí para ser prudentes.

Seguimos, pues, adelante. Cuanto más nos acercamos, más se agranda el surtidor. ¿Qué monstruo puede llenarse de semejante cantidad de agua y expulsarla así sin interrupción?

A las ocho de la tarde no estamos ni a dos leguas de él. Su cuerpo negruzco, enorme, monstruoso, se extiende en el mar como un islote. ¿Es ilusión, es miedo? ¡Su longitud me parece sobrepasar las mil toesas! ¿Cuál es, pues, ese cetáceo que no han previsto ni los Cuvier ni los Blumenbach[72]? Está inmóvil y como dormido; el mar parece no poder levantarlo, y las olas se ondulan a sus flancos. La columna de agua, proyectada a una altura de quinientos pies, vuelve a caer en forma de lluvia con un ruido ensordecedor. Corremos como insensatos hacia esa poderosa masa a la que cien ballenas no podrían alimentar un solo día.

Me invade el terror. ¡No quiero ir más lejos! ¡Si es preciso cortaré la driza de la vela! Me rebelo contra el profesor, que no me responde.

De repente, Hans se levanta y, señalando con el dedo el punto amenazador:

—Holme! —dice.

—¡Una isla! —exclama mi tío.

—¡Una isla! —digo yo a mi vez, alzando los hombros.

—Evidentemente —responde el profesor, soltando una estrepitosa carcajada.

—¿Pero esa columna de agua?

—Geyser —dice Hans.

—¡Sí! ¡Un géiser sin duda! —responde mi tío—. ¡Un géiser parecido a los de Islandia[73]!

En principio me resisto a haberme equivocado de una forma tan burda. ¡Haber tomado un islote por un monstruo marino! Pero la evidencia se impone y tengo que reconocer mi error. Ahí no hay más que un fenómeno natural.

A medida que nos acercamos, las dimensiones del chorro líquido se vuelven grandiosas. El islote representa, hasta el punto de confundirse, un inmenso cetáceo cuya cabeza domina las aguas a una altura de diez toesas. El géiser, palabra que los islandeses pronuncian «geysir» y que significa «furo», se levanta majestuosamente en su extremo. Sordas detonaciones estallan de vez en cuando, y el enorme chorro, atacado por cóleras más

violentas, sacude su penacho de vapores saltando hasta la primera capa de nubes. Está solo. No hay fumarolas, ni lo rodean manantiales calientes, y en él se resume toda la potencia volcánica. Los rayos de la luz eléctrica vienen a mezclarse con este surtidor resplandeciente, cuyas gotas se matizan de todos los colores del prisma [74].

—Atraquemos —dice el profesor.

Pero hay que evitar con cuidado esa tromba de agua, que echaría a pique la bala en un instante. Hans, maniobrando con destreza, nos lleva hasta el extremo del islote.

Salto sobre la roca. Mi tío me sigue ágilmente mientras que el cazador permanece en su puesto, como un hombre que está por encima de todo asombro.

Caminamos sobre un granito mezclado con toba silíceas; el suelo se estremece bajo nuestros pies como los flancos de una caldera en que se retuerce el vapor sobrecalentado; está ardiendo. Llegamos a la vista de un pequeño estanque central donde se eleva el géiser. Sumergo en el agua, que brota hirviendo, un termómetro de declinación, y marca una temperatura de ciento sesenta y tres grados.

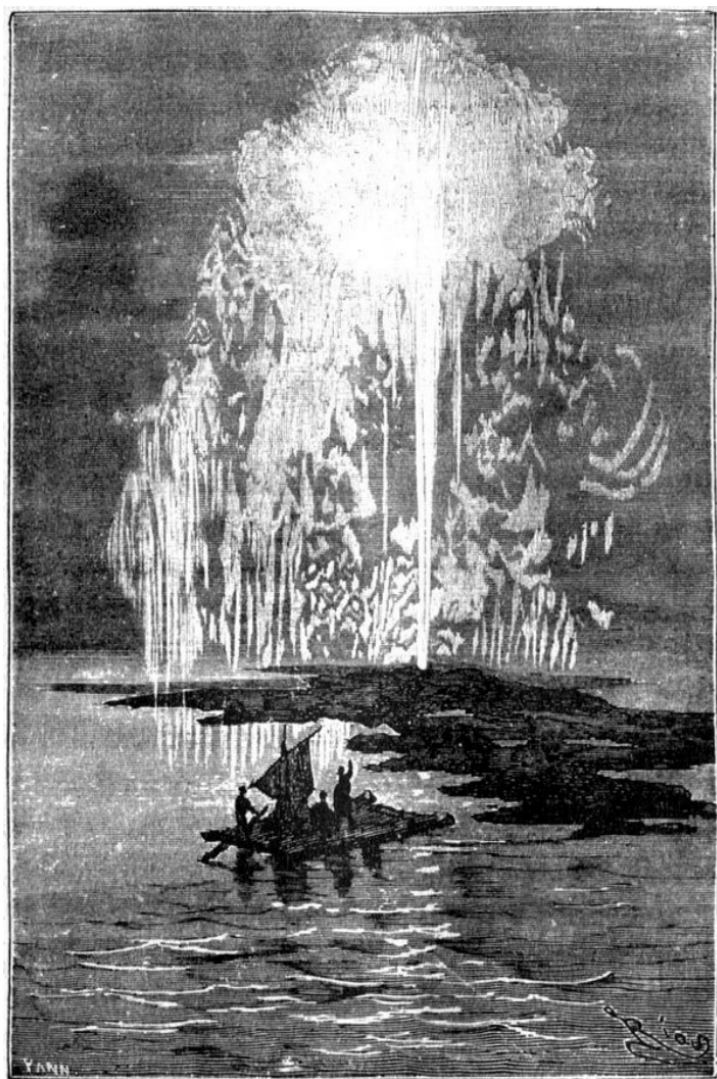
Así pues, el agua sale de un foco ardiente. Ello contradice singularmente las teorías del profesor Lidenbrock. No puedo impedir hacérselo notar.

—Y bien —me replica—. ¿Qué prueba esto en contra de mi doctrina?

—Nada —digo con tono seco, viendo que tropiezo con una cabezonería absoluta.

Sin embargo me veo obligado a confesar que hasta aquí nos hemos visto singularmente favorecidos y que, por una razón que se me escapa, este viaje se está llevando a cabo en condiciones particulares de temperatura; pero me parece evidente, seguro, que un día u otro llegaremos a esas regiones en las que el calor central alcanza los más altos límites y sobrepasa todas las graduaciones de los termómetros.

Ya lo veremos. Son las palabras del profesor, quien, tras haber bautizado este islote volcánico con el nombre de su sobrino, da la señal de embarcar.



Durante algunos minutos me quedo contemplando aún el géiser. Observo que su chorro es irregular en sus accesos, que de vez en cuando disminuye su intensidad para volver con renovado vigor, lo que atribuyo a las variaciones de presión acumuladas en su depósito.

Por fin partimos rodeando las escarpadísimas rocas del sur. Hans ha aprovechado esta parada para restaurar un poco la balsa.

Pero antes de alejarnos, hago algunas observaciones para calcular la distancia recorrida y las anoto en mi diario. Hemos recorrido doscientas setenta leguas de mar desde Puerto Graüben y estamos a seiscientas veinte leguas de Islandia, debajo de Inglaterra.

XXXV

Viernes 21 de agosto.—Al día siguiente, el magnífico géiser ha desaparecido. El viento ha refrescado y nosotros nos hemos alejado rápidamente del islote Axel. Los mugidos se han apagado poco a poco.

El tiempo, si se me permite expresarme así, va a cambiar dentro de poco. La atmósfera se carga de vapores que arrastran con ellos la electricidad formada por la evaporación de las aguas salinas; las nubes empiezan a bajar de forma sensible y toman un tinte oliváceo; los rayos eléctricos apenas pueden perforar esa opaca cortina bajada sobre el escenario en que se va a desarrollar el drama de las tempestades.

Me siento especialmente impresionado, como cualquier criatura lo estaría en tierra al aproximarse un cataclismo. Los cúmulos [75] amontonados en el sur ofrecen un aspecto siniestro; tienen esa apariencia «despiadada» que con frecuencia he observado al comienzo de las tormentas. El aire es pesado, la mar está en calma.

A lo lejos, las nubes parecen grandes balas de algodón amontonadas en pintoresco desorden; poco a poco se hinchan y pierden en número lo que ganan en tamaño; su pesadez es tal que no pueden desprenderse del horizonte; pero, bajo el soplo de las corrientes elevadas, se funden poco a poco, se ensombrecen y muy pronto ofrecen una única capa de aspecto temible; de vez en cuando una madeja de vapores, todavía iluminada, salta sobre ese tapiz grisáceo y va a perderse pronto en la masa opaca.

Evidentemente la atmósfera está saturada de fluido; también yo estoy completamente impregnado; mis cabellos se erizan en mi cabeza como en las cercanías de una máquina eléctrica. Me parece que, si mis compañeros me tocasen en este momento, recibirían una violenta descarga.

A las diez de la mañana, los síntomas de la tormenta son más

decisivos; se diría que el viento amaina para mejor recuperar el aliento; la nube se asemeja a una ostra inmensa en la que se acumulan los huracanes.

No quiero creer en las amenazas del cielo, y sin embargo no puedo evitar decir:

—Se avecina mal tiempo.

El profesor no responde. Está de un humor insoportable, al ver que el océano se prolonga indefinidamente ante sus ojos. Ante mis palabras se encoge de hombros.

—Tendremos una buena tormenta —digo extendiendo la mano hacia el horizonte—. ¡Esas nubes están bajando sobre el mar como si fueran a aplastarlo!

Silencio general. El viento calla. La naturaleza tiene el aspecto de una muerta y ni siquiera respira. Sobre el mástil, en el que veo aparecer un ligero fuego de Santelmo [76], la vela cae en pesados pliegues. La balsa está inmóvil en medio de un mar espeso, sin ondulaciones. Pero, si ya no nos movemos, ¿a qué conservar esa tela que puede ocasionar nuestra perdición al primer choque de la tempestad?

—¡Arriémosla —digo—, derribemos el mástil! ¡Es una medida prudente!

—¡No, por todos los demonios! —grita mi tío—. ¡No y mil veces no! ¡Que el viento haga presa en nosotros, la tormenta nos arrastre, pero que vea al fin las rocas de una orilla, aunque la balsa tenga que romperse allí en mil pedazos!

No ha terminado de pronunciar estas palabras cuando el horizonte del sur cambia súbitamente de aspecto. Los vapores acumulados se resuelven en agua, y el aire, violentamente llamado para colmar los vacíos producidos por la condensación, se transforma en huracán. Llega de los extremos más alejados de la caverna. Se intensifica la oscuridad. Apenas si puedo tomar algunas notas incompletas. La balsa se levanta, salta. Mi tío cae cuan largo es. Me arrastro hasta él. Se ha aferrado fuertemente a un trozo de cable y parece contemplar con gran placer el espectáculo de los elementos desencadenados. Hans no se mueve. Sus largos cabellos, revueltos por el huracán y caídos sobre su rostro inmóvil, le dan una extraña fisonomía, ya que sus puntas están erizadas de ligeras fosforescencias. Su aspecto pavoroso es el de un hombre

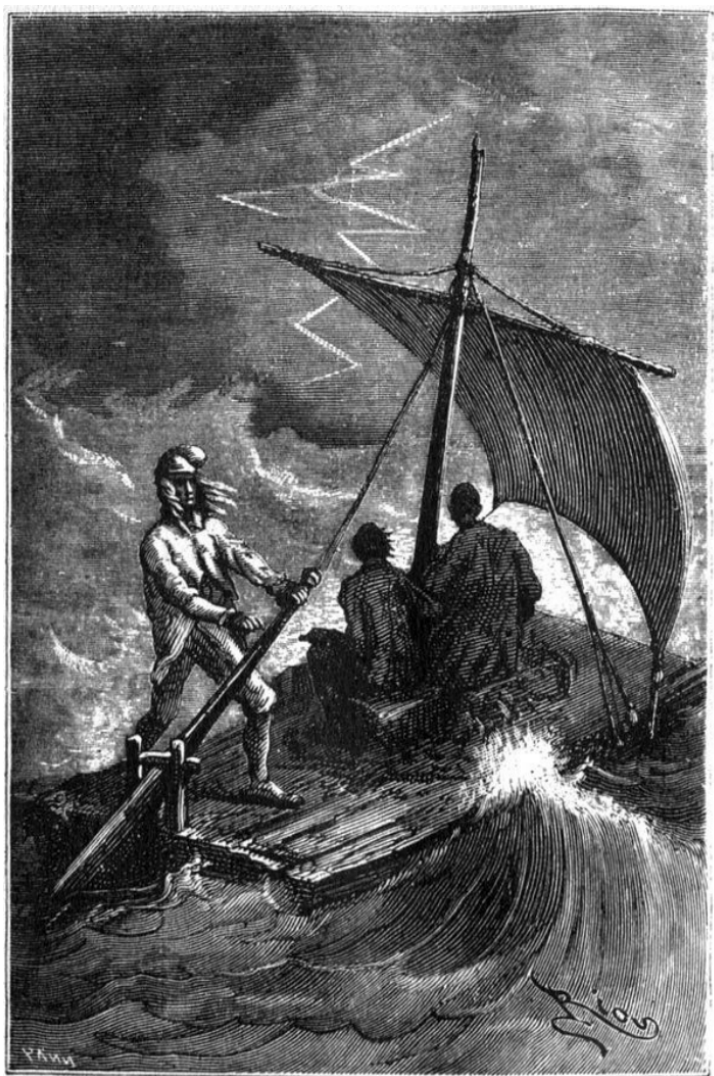
antediluviano, contemporáneo de los ictiosaurios y los megaterios. A pesar de todo, el mástil resiste. La vela se tensa como un globo a punto de reventar. La balsa navega con una velocidad que no puedo calcular, pero menos deprisa que las gotas de agua que desplaza, cuya rapidez traza líneas rectas y claras.

—¡La vela, la vela! —digo, haciendo señas de arriarla.

—¡No! —responde mi tío.

—Nej —dice Hans, moviendo suavemente la cabeza.

Sin embargo la lluvia forma una catarata que muge ante ese horizonte hacia el que corremos como locos. Pero antes de llegar hasta nosotros, el velo de nube se desgarrar, el mar entra en ebullición, y la electricidad, generada por una enorme acción química que se opera en las capas superiores, se pone en juego. A los estallidos del trueno se mezclan las chispas deslumbrantes del rayo; innumerables relámpagos se entrecruzan en medio de las detonaciones; la masa de vapores se torna incandescente; los granizos que golpean el metal de nuestras herramientas y nuestras armas se vuelven luminosos; las olas levantadas parecen otros tantos cerros ignívoros bajo las que se incuban un fuego interior y cuyas crestas están coronadas por una llama.



¡Mis ojos están deslumbrados por la intensidad de la luz, mis oídos destrozados por el estruendo de la tormenta! ¡¡¡Tengo que agarrarme al mástil, que se dobla como una caña bajo la violencia del huracán!!!

[En este punto, mis notas de viaje empezaron a ser muy incompletas. No he vuelto a encontrar más que algunas fugaces observaciones, tomadas maquinalmente por decirlo así. Pero en su brevedad, incluso en su oscuridad, están impregnadas de la emoción que me dominaba y reflejan, mejor que mi memoria, las impresiones de esta situación].

Domingo 23 de agosto.—¿Dónde estamos? Somos arrastrados con una inconmensurable rapidez.

La noche ha sido espantosa. La tormenta no se calma. Vivimos en un medio de mido, en una detonación incesante. Nuestros oídos sangran. No podemos intercambiar palabra.

Los relámpagos no cesan. Veo descender zigzags que, tras un fulgor rápido, vuelven de abajo arriba y van a chocar contra la bóveda de granito. ¡Si se derrumbase! Otros relámpagos se bifurcan o toman la forma de bolas de fuego que estallan como bombas. El estruendo general no parece crecer; ha sobrepasado los límites de intensidad que puede percibir el oído humano y, aunque todos los polvorines del mundo estallaran a la vez, «no podríamos oírlo más».

Hay una emisión continua de luz en la superficie de las nubes; la materia eléctrica se desprende incesantemente de sus moléculas; evidentemente, los principios gaseosos del aire están alterados; innumerables columnas de agua son lanzadas a la atmósfera y vuelven a caer espumeando.

¿Adonde vamos?... Mi tío está acostado cuán largo es en el extremo de la balsa.

El calor arrecia. Miro el termómetro. Indica... (La cifra está borrada).

Lunes 24 de agosto.—¡Esto no tendrá fin! ¿Por qué el estado de esta atmósfera tan densa, una vez modificada, no podría ser definitivo?

Estamos rotos de cansancio. Hans, como de ordinario. La balsa corre invariablemente hacia el sudeste. Hemos recorrido más de doscientas leguas desde el islote Axel.

A mediodía la violencia del huracán arrecia. Hay que amarrar fuertemente todos los objetos que componen el cargamento. Nosotros nos atamos también. Las olas pasan por encima de nuestras cabezas.

Imposible dirigirnos una sola palabra desde hace tres días. Abrimos la boca, movemos los labios; no se produce ningún sonido apreciable. Incluso hablándonos al oído no podemos oírnos.

Mi tío se acerca a mí. Ha articulado algunas palabras. Creo que me ha dicho: «Estamos perdidos». Pero no estoy seguro.

Tomo la decisión de escribirle lo siguiente: «Arriemos la vela».

Me hace una señal de asentimiento.

No ha tenido tiempo su cabeza de volver a levantarse, cuando un disco de fuego aparece al borde de la balsa. El mástil y la vela son arrancados de cuajo y los he visto elevarse a una altura prodigiosa, semejantes al pterodáctilo, ese pájaro fantástico de los primeros siglos.

Estamos helados de espanto. La bola, medio blanca, medio azulada, del grueso de una bomba de diez pulgadas, se pasea lentamente girando con una velocidad sorprendente bajo el impulso del huracán. Llega hasta aquí, sube por una de las costuras de la balsa, salta sobre el saco de provisiones, desciende ligeramente, brinca, roza la caja de pólvora. ¡Horror! ¡Vamos a saltar! No. El disco deslumbrante se aparta; se acerca a Hans, que lo mira fijamente; a mi tío, que se arrodilla para evitarlo; a mí, pálido y tembloroso bajo el destello de la luz y del calor; hace una pirueta cerca de mi pie, que intento retirar. No puedo conseguirlo.

Un olor a gas nitroso invade la atmósfera; nos penetra en la garganta, en los pulmones. Nos ahogamos.

¿Por qué no puedo apartar mi pie? ¡Está clavado a la balsa! ¡Ah! La caída de ese globo eléctrico ha imantado todo el hierro que llevamos a bordo; los instrumentos, las herramientas, las armas se agitan, chocando unas con otras con un tintín agudo; los clavos de mi calzado se adhieren violentamente a una placa de hierro incrustada en la madera. ¡No puedo retirar mi pie!



Por fin, con un violento esfuerzo, lo arranco en el momento en que la bola iba a atraparlo en su movimiento giratorio y a arrastrarme con ella, si...

¡Ah, qué luz tan intensa! ¡El globo explota! ¡Estamos cubiertos por rayos de llamas!

Después todo se apaga. ¡He tenido tiempo de ver a mi tío tendido en la balsa y a Hans siempre al timón y «escupiendo fuego» bajo la influencia de la electricidad que lo traspasa!

¿Adonde vamos? ¿Adonde vamos?

Martes 25 de agosto.—Me despierto de un prolongado desvanecimiento. La tormenta continúa; los rayos se desencadenan como una camada de serpientes soltada en la atmósfera.

¿Seguimos en el mar? Sí, y transportados con una velocidad incalculable. ¡Hemos pasado bajo Inglaterra, bajo la Mancha[77], bajo Francia, quizá bajo toda Europa!

¡Se oye un nuevo ruido! ¡Evidentemente, el mar rompiendo contra las rocas!... Pero entonces...

XXXVI

Aquí termina lo que he llamado «el diario de a bordo», felizmente salvado del naufragio. Reanudo mi relato como antes.

Lo que ocurrió al chocar la balsa contra los escollos de la costa, no podría decirlo. Me sentí lanzado hacia las aguas y, si escapé a la muerte, si mi cuerpo no se destrozó sobre las agudas rocas, fue porque los vigorosos brazos de Hans me sacaron del abismo.

El valeroso islandés me transportó fuera del alcance de las olas, sobre una arena ardiente, donde me encontré al lado de mi tío.

Después, volvió hacia las rocas en las que chocaban las olas furiosas, con el fin de salvar algunos restos del naufragio. Yo no podía hablar; estaba roto de emociones y de cansancio; necesité una buena hora para reponerme.

Sin embargo, continuaba cayendo un gran diluvio, pero con ese recrudescimiento que anuncia el final de las tormentas. Algunas rocas superpuestas nos ofrecieron un refugio contra los torrentes del cielo. Hans preparó algunos alimentos que no pude tocar, y cada uno de nosotros, agotado por las vigiliass de tres noches, cayó en un doloroso sueño.

Al día siguiente el tiempo era magnífico. El cielo y el mar, de común acuerdo, se habían calmado. Había desaparecido todo rastro de tempestad. Las palabras alegres del profesor me saludaron al despertar. Tenía una tremenda alegría.

—¡Bien, muchacho! —exclamó—. ¿Has dormido bien?

¿No parecía que estábamos en la casa de Königstrasse, que yo bajaba tranquilamente a desayunar, que mi boda con la pobre Graüben iba a tener lugar aquel mismo día?

Desgraciadamente, por poco que la tormenta hubiese empujado la balsa hacia el este, habíamos pasado bajo Alemania, bajo mi querida ciudad de Hamburgo, bajo la calle en que vivía aquella a quien más amaba en el mundo. ¡Entonces apenas me separaban de

ella cuarenta leguas! ¡Pero cuarenta leguas verticales de muro de granito y, en realidad, más de mil leguas que recorrer!

Todas estas dolorosas reflexiones atravesaron rápidamente mi mente antes de que hubiese podido responder a la pregunta de mi tío.

—¡Vaya! —repitió—. ¿No quieres decir si has descansado bien?

—Muy bien —respondí—. Todavía estoy roto, pero no será nada.

—Absolutamente nada, un poco de cansancio, eso es todo.

—Parece que está usted muy contento esta mañana, tío.

—¡Estoy encantado, muchacho! ¡Ya hemos llegado!

—¿Al final de nuestra expedición?

—No, al final de este mar que parecía no terminar jamás. Ahora vamos a volver a los caminos terrestres y a hundirnos de verdad en las entrañas del globo.

—Tío, permítame hacerle una pregunta.

—Te lo permito, Axel.

—¿Y el regreso?

—¡El regreso! ¿Pero es que piensas volver cuando ni siquiera hemos llegado?

—No. Sólo quiero preguntarle cómo lo haremos.

—De la forma más simple del mundo. Una vez llegados al centro del esferoide, o bien encontraremos una nueva ruta para subir a la superficie, o bien volveremos tranquilamente por el camino ya recorrido. Espero que no se cerrará detrás de nosotros.

—Entonces, habrá que poner la balsa en buen estado.

—Necesariamente.

—¿Pero quedan bastantes provisiones para llevar a cabo todas esas magníficas cosas?

—Sí, desde luego. Hans es un muchacho hábil, y estoy seguro de que ha salvado la mayor parte de la carga. De todos modos, vamos a asegurarnos.

Dejamos aquella gruta abierta a todos los vientos. Tenía una esperanza que al mismo tiempo era un temor; me parecía imposible que el terrible abordaje de la balsa no hubiese hundido en las aguas todo lo que llevaba. Me equivocaba. Al llegar a la orilla, vi a Hans en medio de un montón de objetos colocados con orden. Mi tío le dio la mano con un vivo sentimiento de agradecimiento. Aquel

hombre, de una abnegación sobrehumana como quizá no se encontrará otro ejemplo, había trabajado mientras nosotros dormíamos y salvado los objetos más preciados con riesgo de su vida.

No es que hubiésemos sufrido pérdidas muy sensibles; nuestras armas, por ejemplo; pero al fin y al cabo podíamos pasarnos sin ellas. La provisión de pólvora había permanecido intacta después de haber estado a punto de saltar durante la tormenta.

—¡Bien! —exclamó el profesor—. Ya que nos faltan los fusiles, nos libramos de cazar.

—¿Y los instrumentos?

—¡Aquí está el manómetro, el más útil de todos y por el cual hubiese cambiado el resto! Con él puedo calcular la profundidad y saber en qué momento habremos alcanzado el centro. ¡Sin él, nos arriesgamos a ir más allá y salir por los antípodas!

Esta alegría era feroz.

—¿Y la brújula? —pregunté.

—Mírala en esa roca, en perfecto estado, así como el cronómetro y los termómetros. ¡Ah, el cazador es un hombre muy valioso!

Desde luego, había que reconocerlo; de los instrumentos, no faltaba ninguno. En cuanto a las herramientas y otros artefactos, vi esparcidos por la arena escalas, cuerdas, picos, piquetas, etc.

Sin embargo, quedaba por dilucidar el tema de los víveres.

—¿Y las provisiones? —dije.

—Veamos las provisiones —respondió mi tío.

Las cajas que las contenían estaban alineadas en la playa en perfecto estado de conservación; el mar había respetado la mayor parte de ellas y en total, entre galletas, carne salada, ginebra y pescado seco, podíamos contar todavía con víveres para cuatro meses.

—¡Cuatro meses! —exclamó el profesor—. ¡Tenemos tiempo de ir y volver, y con lo que quede voy a dar una gran cena a todos mis colegas del Johannaum!

Hubiera debido estar habituado desde hacía tiempo al temperamento de mi tío, y sin embargo este hombre me sorprendía siempre.

—Ahora —dijo—, vamos a reponer nuestra provisión de agua con la lluvia que la tormenta ha depositado en todos estos

estanques de granito, y así no tendremos miedo a ser sorprendidos por la sed. En cuanto a la balsa, voy a decirle a Hans que la repare como mejor pueda, aunque me imagino que ya no volverá a servirnos.

—¿Cómo es eso? —exclamé.

—Cosas mías, muchacho. Creo que no saldremos por donde hemos entrado.

Miré al profesor con cierto recelo. Me pregunté si no se habría vuelto loco. Y sin embargo «no sabía cuán acertado iba».

—Vamos a desayunar —prosiguió.

Después que hubo dado instrucciones al cazador, lo seguí hasta un cabo elevado. Allí tomamos un excelente desayuno compuesto de carne seca, galletas y té, y, debo confesarlo, uno de los mejores que he hecho a lo largo de toda mi vida. La necesidad, el aire libre, la tranquilidad después de tantas inquietudes, todo contribuía a abrirme el apetito.

Durante el desayuno, planteé a mi tío la cuestión de saber dónde estábamos en aquel momento.

—Eso —dije— me parece difícil de calcular.

—De calcular con exactitud, sí —respondió—. Es incluso imposible, ya que durante los tres días de tormenta no he podido tomar nota de la velocidad ni de la dirección de la balsa. Sin embargo, podemos conocer nuestra situación aproximadamente.

—En efecto. La última observación la hicimos en el islote del géiser...

—En el islote Axel, muchacho. No declines el honor de haber bautizado con tu hombre la primera isla descubierta en el centro del macizo terrestre.

—¡Está bien! En el islote Axel habíamos recorrido aproximadamente doscientas setenta leguas de mar y nos encontrábamos a más de seiscientas leguas de Islandia.

—¡Bien! Partamos entonces de ese punto y contemos cuatro días de tormenta durante los que nuestra velocidad no ha podido ser inferior a ochenta leguas cada veinticuatro horas.

—Eso creo. Habría, pues, que añadir trescientas leguas.

—¡Sí, y el mar Lidenbrock tendría aproximadamente seiscientas leguas de una orilla a otra! ¿Te das cuenta, Axel, que puede competir en tamaño con el Mediterráneo?

—¡Sí, sobre todo si lo hemos atravesado a lo ancho!

—¡Lo cual es muy posible!

—Y, cosa curiosa —añadí—, si nuestros cálculos son exactos tenemos ahora mismo encima de nosotros el Mediterráneo.

—¡Efectivamente!

—¡Efectivamente, pues estamos a novecientas leguas de Reykjawik!

—Ahí tienes un bonito trozo de camino, muchacho; pero que estemos bajo el Mediterráneo, bajo Turquía o bajo el Atlántico, es algo que sólo podemos afirmar si nuestra dirección no ha sido desviada.

—No, el viento parecía constante; creo que esta orilla debe de estar situada al sudeste de Puerto Graüben.

—Bueno, es fácil asegurarnos examinando la brújula. ¡Vamos a consultar la brújula!

El profesor se dirigió hacia la roca en la que Hans había depositado los instrumentos. ¡Estaba contento, alegre, se frotaba las manos y se daba aires de importancia! ¡Un auténtico jovenzuelo! Lo seguí, azuzado por la curiosidad de saber si me había equivocado en mi estimación.

Cuando llegó a la roca, mi tío tomó la brújula, la colocó horizontalmente y observó la aguja que, tras oscilar, se paró en una posición fija bajo la influencia magnética.

Mi tío miró, se frotó los ojos y volvió a mirar. Por fin se volvió hacia mí estupefacto.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Me indicó que examinara el instrumento. Se me escapó una exclamación de sorpresa. ¡La aguja señalaba el norte donde nosotros suponíamos el mediodía! ¡Se volvía hacia la playa en vez de señalar el mar!

Sacudí la brújula, la examiné; estaba en perfecto estado. En cualquier posición en que la colocáramos, la aguja recobraba obstinadamente aquella dirección inesperada.

Así pues, ya no cabía duda, durante la tormenta se había producido una variación en el viento de la que no nos habíamos percatado, y había llevado la balsa hacia las orillas que mi tío creía haber dejado tras él.

XXXVII

Me sería imposible describir la sucesión de sentimientos que agitaron al profesor Lidenbrock: la estupefacción, la incredulidad y por último la cólera. Jamás he visto a un hombre tan desconcertado primero, tan irritado después. ¡Las fatigas de la travesía, los peligros corridos, todo debía comenzar de nuevo! ¡En lugar de avanzar, habíamos retrocedido!

Pero mi tío se rehizo rápidamente.

—¿Así que la fatalidad me juega estas malas pasadas? —exclamó—. ¡Los elementos conspiran contra mí! ¡El aire, el fuego y el agua aúnan sus esfuerzos para oponerse a mi paso! ¡Pues bien, ya se verá lo que puede mi voluntad! ¡No cederé, no retrocederé ni un paso y veremos quién puede más, si el hombre o la naturaleza!

De pie sobre la roca, irritado, amenazador, Otto Lidenbrock, semejante al feroz Ajax[78], parecía desafiar a los dioses. Pero yo pensaba si sería el momento de intervenir y poner freno a aquella fogosidad insensata.

—Escúcheme —le dije con tono firme—. Aquí abajo hay un límite a cualquier ambición; no hay que luchar contra lo imposible; estamos mal equipados para un viaje por mar; no se hacen quinientas leguas en un mal ensamblaje de maderos, con una manta por vela, un palo a guisa de mástil y contra los vientos desencadenados. ¡No podemos gobernar, somos juguete de las tempestades, y sería actuar como locos intentar por segunda vez esta travesía imposible!

Durante diez minutos y sin ser interrumpido, pude desarrollar toda esta serie de razones irrefutables, pero esto se debió únicamente a la falta de atención del profesor, que no escuchó ni una palabra de mi argumentación.

—¡A la balsa! —gritó.

Tal fue su respuesta. Por más que hice, supliqué y me encolericé,

choqué siempre con una voluntad más dura que el granito.

Hans terminaba en ese momento de reparar la balsa. Se hubiera dicho que aquel extraño ser adivinaba los proyectos de mi tío. Con algunos trozos de surtarbrandur había logrado consolidar la embarcación. Ya se elevaba en ella una vela y el viento jugaba entre sus pliegues flotantes.

El profesor dijo algunas palabras al guía, e inmediatamente éste comenzó a embarcar los equipajes y a disponerlo todo para la partida. La atmósfera era bastante pura y el viento del noroeste era bueno.

¿Qué podía hacer yo? ¿Resistir solo contra dos? Imposible. Si por lo menos Hans se hubiera unido a mí. ¡Pero no! Parecía que el islandés hubiera dejado de lado cualquier voluntad personal y hecho voto de abnegación. Nada podía obtener de un servidor tan apegado a su amo. Había que seguir adelante.

Iba, pues, a tomar mi sitio acostumbrado en la balsa, cuando mi tío me detuvo agarrándome.

—No partiremos hasta mañana —dijo.

Hice un gesto de hombre resignado a todo.

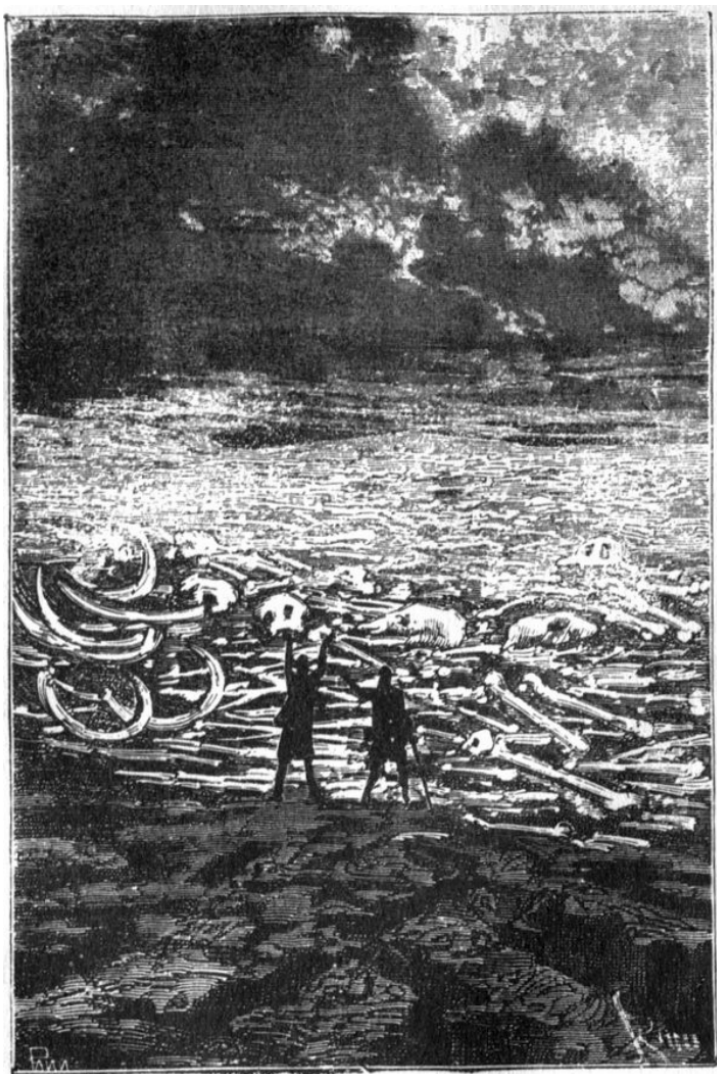
—No debo descuidar nada —prosiguió—, y pues la fatalidad me ha traído a esta parte de la costa, no la dejaré sin haberla explorado antes.

Esta observación se comprenderá cuando se sepa que habíamos regresado a la orilla norte, pero no al mismo sitio de nuestra primera partida. Puerto Graüben debía de estar situado más al oeste. Nada más razonable entonces que examinar con todo cuidado los alrededores de este nuevo aterrizaje.

—¡Vayamos a hacer descubrimientos! —dije.

Y, dejando a Hans con sus ocupaciones, partimos. El espacio comprendido entre el alcance del mar y el pie de los farallones era muy amplio. Había que andar una media hora antes de llegar a la muralla de rocas. Nuestros pies aplastaban numerosas conchas de todas las formas y todos los tamaños, en las que vivieron los animales de las primeras épocas. Veía también enormes caparazones cuyo diámetro era con frecuencia de más de quince pies. Habían pertenecido a esos gigantescos gliptodontes del plioceno, de los que la tortuga actual no es más que una pequeña reducción. Además el suelo estaba sembrado de gran cantidad de

restos de piedras, especies de guijarros redondeados por las olas y colocados en líneas sucesivas. Esta observación me condujo a suponer que antaño el mar debía de ocupar aquel espacio. Sobre las rocas esparcidas y ahora fuera de su alcance las aguas habían dejado huellas evidentes de su paso. Esto podía explicar hasta cierto punto la existencia de aquel océano a cuarenta leguas por debajo de la superficie del globo. Pero, a mi entender, aquella masa líquida debía de perderse poco a poco en las entrañas de la tierra y provenía evidentemente de las aguas del océano que se abrieron paso a través de alguna fisura. Sin embargo, había que admitir que tal fisura estaba actualmente cerrada, puesto que toda aquella caverna, o mejor, aquel inmenso depósito, se había llenado en un período bastante corto. Incluso es posible que el agua, habiendo tenido que luchar contra el fuego subterráneo, se hubiera evaporado en parte. De ahí la explicación de las nubes suspendidas sobre nosotros y la creación de la electricidad que creaba tempestades en el interior del macizo terrestre. Esta teoría sobre los fenómenos de que habíamos sido testigos me parecía satisfactoria ya que, por grandes que sean las maravillas de la naturaleza, siempre son explicables por razones físicas. Caminábamos por una especie de terreno sedimentario, formado por las aguas como todos los terrenos de ese período, tan ampliamente diseminados por toda la superficie del globo. El profesor miraba atentamente cada intersticio de las rocas. Era importante para él sondear la profundidad de cualquier abertura que existiera. Durante una milla costeamos las orillas del mar Lidenbrock, cuando el suelo cambió súbitamente de aspecto. Parecía revuelto, convulsionado por una elevación violenta de las capas inferiores. En múltiples lugares, hundimientos o levantamientos atestiguaban una dislocación potente del macizo terrestre.



Avanzábamos con dificultad por aquellas quebraduras de granito, mezcladas de sílex, cuarzo y sedimentos de aluvión, cuando un campo, más que un campo, una llanura de osamentas, apareció ante nuestros ojos. Parecía un inmenso cementerio donde las generaciones de veinte siglos fundían su polvo eterno. Enormes montones de restos se extendían a lo lejos. Ondeaban hasta la línea del horizonte y se confundían con la bruma. Allí, en tres millas cuadradas, quizá se acumulaba toda la historia de la vida animal, escrita apenas en los terrenos demasiado recientes del mundo habitado.

Sin embargo, una impaciente curiosidad nos arrastraba. Nuestros pies aplastaban con un ruido seco los restos de animales prehistóricos y los fósiles cuyos escasos e interesantes restos se disputan los museos de las grandes ciudades. La existencia de mil Cuvier no hubiera sido suficiente para recomponer los esqueletos de los seres orgánicos acostados en aquel magnífico osario.

Yo estaba estupefacto. Mi tío había levantado sus grandes brazos hacia la espesa bóveda que nos servía de cielo. Su boca desmesuradamente abierta, sus ojos fulgurantes tras los cristales de sus gafas, su cabeza moviéndose de arriba a abajo y de izquierda a derecha, toda su postura en fin denotaba un asombro sin límites. Se encontraba ante una inapreciable colección de leptoterios, mericoterios, lofodontes, anoploterios, megaterios, mastodontes, protopitecos, pterodáctilos, de todos los monstruos antediluvianos amontonados allí para su satisfacción personal. ¡Imagínese a un apasionado bibliómano transportado de golpe a la famosa biblioteca de Alejandría quemada por Ornar[79] y que un milagro hubiese hecho renacer de sus cenizas! Así estaba mi tío, el profesor Lidenbrock.

Pero fue muy distinto el asombro, cuando, corriendo a través de aquel polvo orgánico, cogió un cráneo desnudo, y exclamó con voz estremecida:

—¡Axel, Axel! ¡Una cabeza humana!

—¡Una cabeza humana! ¡Tío! —respondí, no menos estupefacto.

—¡Sí, sobrino! ¡Ah, Milne-Edwards! ¡Ah, Quatrefages! [80] ¡Si estuvierais aquí, donde está Otto Lidenbrock!

XXXVIII

Para comprender la evocación de los ilustres sabios franceses hecha por mi tío, es preciso saber que, poco tiempo antes de nuestra partida, se había producido un hecho de gran importancia para la paleontología.

El 28 de marzo de 1863, unos obreros que cavaban, bajo la dirección de Boucher de Perthes[81], en las canteras de Moulin-Quignon, cerca de Abbeville, en el departamento de Somme, en Francia, encontraron una mandíbula humana a catorce pies bajo la superficie del suelo. Era el primer fósil de esta especie sacado a la luz del día. Cerca de ella se encontraron hachas de piedra y sílex tallados, coloreados y revestidos por el tiempo de una pátina uniforme.

Este descubrimiento hizo mucho ruido no solamente en Francia, sino también en Inglaterra y Alemania. Varios sabios del Instituto francés, entre otros Milne-Edwards y Quatrefages, tomaron el asunto muy a pecho, demostraron la incontestable autenticidad de los huesos en cuestión y se hicieron defensores del «proceso de la mandíbula», según la expresión inglesa.

A los geólogos del Reino Unido que tomaron el hecho como cierto, Falconer, Busk, Carpenter[82], etc., se unieron sabios de Alemania, y entre ellos, en primera línea, el más fogoso, el más entusiasta, mi tío Lidenbrock.

La autenticidad de un fósil humano de la época cuaternaria parecía por tanto demostrada y admitida incontestablemente.

A decir verdad, esta tesis había tenido un detractor encarnizado en Elie de Beaumont[83]. Este sabio, de gran autoridad en la materia, sostenía que el terreno de Moulin-Quignon, no pertenecía al «diluvium», sino a una capa menos vieja y, de acuerdo en esto con Cuvier, no admitía que la especie humana hubiera podido ser contemporánea de los animales de la época cuaternaria. Mi tío

Lidenbrock, de acuerdo con la gran mayoría de los geólogos, se había mantenido firme, disputado, discutido, y Elie de Beaumont se había quedado prácticamente solo.

Conocíamos todos los detalles del asunto, pero ignorábamos que después de nuestra partida la cuestión había experimentado nuevos progresos. En las tierras blandas y grises de ciertas grutas de Francia, Suiza y Bélgica se encontraron otras mandíbulas idénticas, aunque pertenecientes a individuos de diversos tipos y de naciones diferentes, así como armas, utensilios, herramientas, huesos de niños, de adolescentes, de hombres, de ancianos. La existencia del hombre cuaternario se confirmaba por lo tanto cada día más.

Y eso no era todo. Nuevos restos exhumados del terreno terciario plioceno habían permitido a los sabios más audaces asignar una antigüedad todavía más lejana a la raza humana. Es cierto que esos restos no eran huesos de hombres, sino sólo objetos de su industria, tibias, fémures de animales fósiles estriados regularmente, esculpidos por así decirlo, y que llevaban la huella de un trabajo humano.



Así pues, de un salto, el hombre remontaba en la escala del tiempo un buen número de siglos; precedía al mastodonte; se convertía en contemporáneo del «*elephas meridionalis*»; tenía cien mil años de existencia, puesto que era ésta la fecha asignada por los geólogos más reputados a la formación del terreno del plioceno.

Tal era entonces el estado de la ciencia paleontológica, y lo que sabíamos era suficiente para explicar nuestra actitud ante el osario del mar Lidenbrock. Se comprenderá, pues, la estupefacción y la alegría de mi tío, sobre todo cuando veinte pasos más lejos se encontró en presencia, cara a cara puede decirse, de un espécimen del hombre cuaternario.

Era un cuerpo humano absolutamente reconocible. ¿Lo había conservado así durante siglos un suelo de una naturaleza especial, parecido al del cementerio de Saint-Michel en Burdeos? No podía decirlo. Pero aquel cadáver, con la piel estirada y apergaminada, los miembros todavía blandos —por lo menos a la vista—, los dientes intactos, la cabellera abundante, las uñas de las manos y de los pies de una longitud espantosa, se mostraba a nuestros ojos tal como había vivido.

Yo estaba mudo ante aquella aparición de otra época. Mi tío, tan locuaz, tan impetuosamente charlatán de costumbre, también callaba. Levantamos el cuerpo. Lo enderezamos. Nos miraba con sus órbitas vacías. Palpamos su torso sonoro.

Tras unos instantes de silencio, el tío fue vencido por el profesor Otto Lidenbrock; arrastrado por su temperamento, olvidó las circunstancias de nuestro viaje, el lugar en que nos encontrábamos, la inmensa caverna que nos contenía. Sin duda se creyó en el Johannaum, impartiendo lecciones a sus alumnos, pues tomó un tono doctoral y, dirigiéndose a un auditorio imaginario:

—Señores —dijo—, tengo el honor de presentarles a un hombre de la época cuaternaria. Grandes sabios han negado su existencia; otros, no menos importantes, la han afirmado. Si se encontrasen aquí los Santo Tomás[84] de la paleontología, podrían tocarlo con el dedo y se verían forzados a reconocer su error. ¡Bien sé que la ciencia debe ponerse en guardia contra los descubrimientos de este género! No ignoro la explotación que de los hombres fósiles han realizado los Barnum y otros charlatanes de la misma estofa. Conozco la historia de la rótula de Ajax, del pretendido cuerpo de

Orestes encontrado por los espartanos y del cuerpo de Asterio, de diez codos de largo, de que habla Pausanias. He leído los informes sobre el esqueleto de Trapani descubierto el siglo XIV y en el que se quería reconocer a Polifemo, y las historias del gigante desenterrado durante el siglo XVI en los alrededores de Palermo. Tanto ustedes como yo no ignoramos, señores, el análisis hecho en Lucerna, en 1577, de aquellos grandes huesos que el médico Félix Plater declaraba haber pertenecido a un gigante de diecinueve pies. He devorado los tratados de Cassanion y todas las memorias, folletos, discursos y contradiscursos publicados a propósito del esqueleto del rey de los cimbrios, Teutobocus, el invasor de las Galias, exhumado en un arenal del Delfinado en 1613. En el siglo XVIII hubiera combatido con Pierre Campet la existencia de los preadamitas de Scheuchzer. He tenido en mis manos la obra titulada *Gigans...*

Aquí reapareció la enfermedad natural de mi tío, que en público no podía pronunciar palabras difíciles.

—La obra titulada *Gigans...* prosiguió.

No podía ir más allá.

—*Giganteo...*

¡Imposible! ¡La malhadada palabra no quería salir! ¡Cuánto se hubieran reído en el Johannaum!

—*Gigantosteología* —acabó por decir el profesor Lidenbrock entre dos imprecaciones.

Después, animándose cada vez más, continuó:

—Sí, señores, ¡ya sé todas esas cosas! También sé que Cuvier y Blumenbach han reconocido en esas osamentas simples huesos de mamut y de otros animales de la época cuaternaria. ¡Pero ahora la más mínima duda sería una injuria a la ciencia! ¡El cadáver está aquí! Pueden verlo, tocarlo. ¡No es un esqueleto, es un cuerpo intacto, conservado con un fin únicamente antropológico!

No quise contradecir tal aserto.

—Si pudiera lavarlo en una solución de ácido sulfúrico —siguió diciendo mi tío—, haría desaparecer todas las partículas de tierra y de conchas resplandecientes que están incrustadas en él. Pero no tengo a mano ese precioso disolvente. Sin embargo, tal como está, este cuerpo nos contará su propia historia.

Aquí el profesor cogió el cadáver fósil y lo manejó con la destreza de un exhibidor de curiosidades.

—Vedlo —continuó—. No tiene seis pies de altura, y estamos lejos de los pretendidos gigantes. En cuanto a la raza a que pertenece es indiscutiblemente caucásica. ¡Es de raza blanca, de nuestra raza! El cráneo de este fósil es generalmente ovalado, sin desarrollo de los pómulos, sin proyección de mandíbula. No presenta ninguna característica de ese prognatismo que modifica el ángulo facial[85]. Midan el ángulo, es casi de noventa grados. Pero iré aún más lejos en el camino de las deducciones, y osaré decir que esta muestra humana pertenece a la familia jafética, que se extendió desde las Indias hasta los límites de la Europa occidental. ¡No sonrían, señores!

Nadie sonreía, pero ¡el profesor tenía tal costumbre de ver cómo los rostros se alegraban durante sus sabias disertaciones!

—Sí —continuó con nueva animación—, éste es un hombre fósil y contemporáneo de los mastodontes cuyos huesos llenan este anfiteatro. Pero lo que no puedo permitirme es decirles por qué camino ha llegado aquí, cómo las capas en las que estaba enterrado se han deslizado hasta esta enorme cavidad del globo. Sin duda, en la época cuaternaria, aún se producían tremendas convulsiones en la corteza terrestre; el enfriamiento continuo del globo producía rupturas, hendiduras, fallas, por las que es muy probable que rodase una parte del terreno superior. No voy a pronunciarme, pero al fin y al cabo el hombre está aquí, rodeado de obras de sus manos, de estas hachas, de estos sílex tallados que constituyeron la edad de piedra y, a menos que no haya llegado como yo en plan de turista o como pionero de la ciencia, no puedo poner en duda la autenticidad de su antiguo origen.

El profesor se calló y yo estallé en unánimes aplausos. Por otra parte, mi tío tenía razón, y gentes mucho más sabias que su sobrino se hubiesen visto en un aprieto para rebatirlo.

Otro indicio. Ese cuerpo fosilizado no era el único del inmenso osario. A cada paso que dábamos en aquella polvareda encontrábamos nuevos cuerpos, y mi tío podía escoger la más maravillosa de las muestras para convencer a los incrédulos.

Verdaderamente era un espectáculo asombroso el de aquellas generaciones de hombres y animales mezclados en el cementerio. Pero se nos planteaba una grave cuestión, que no osábamos resolver. ¿Esos seres animados se habían deslizado por una

convulsión del suelo hacia las orillas del mar Lidenbrock cuando ya estaban reducidos a polvo? ¿O más bien vivieron aquí, en este mundo subterráneo, bajo este cielo ficticio, naciendo y muriendo como los habitantes de la tierra? Hasta el momento, los monstruos marinos y los peces eran los únicos seres vivos que habíamos visto. ¿Erraba todavía por estas playas desiertas algún hombre de los abismos?

XXXIX

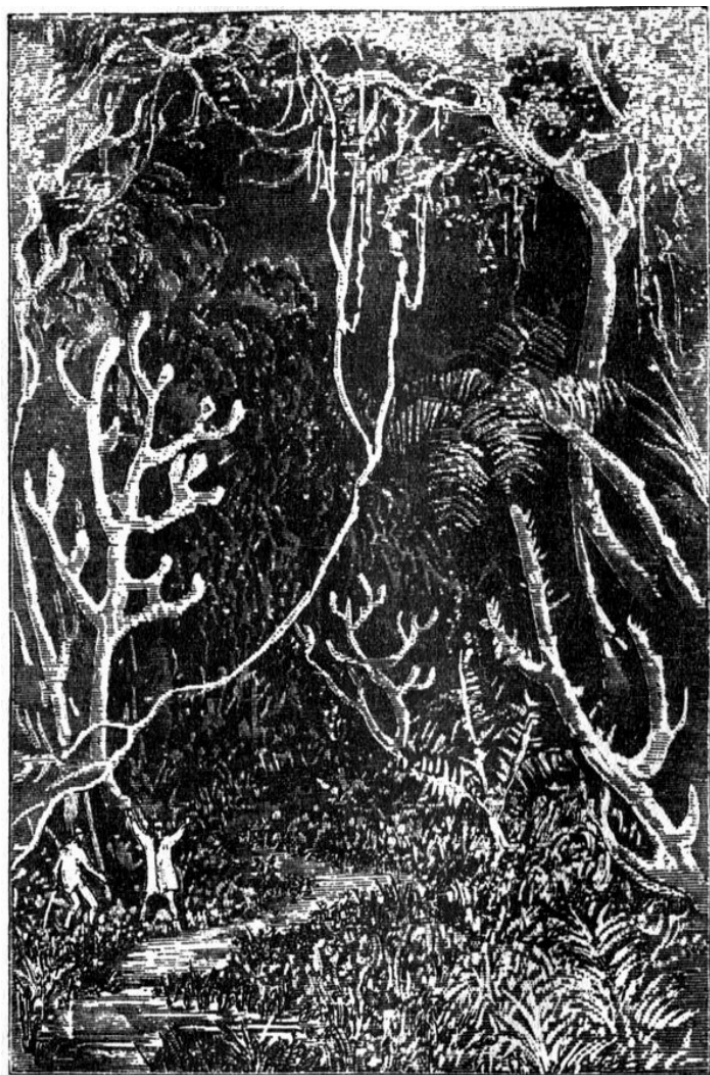
Durante otra media hora nuestros pies siguieron hollando aquellas capas de huesos. Continuábamos adelante empujados por una ardiente curiosidad. ¿Qué otras maravillas, qué tesoros para la ciencia encerraba aquella caverna? Mis ojos esperaban cualquier sorpresa, mi imaginación cualquier asombro.

Las orillas del mar habían desaparecido hacía tiempo detrás de las colinas del osario. El imprudente profesor, sin miedo a extraviarse, me arrastraba cada vez más lejos. Avanzábamos en silencio, bañados por las ondas eléctricas. Por un fenómeno que no puedo explicar, y gracias a su difusión entonces completa, la luz iluminaba de una manera uniforme todos los ángulos de los objetos. Su foco no estaba en un punto determinado del espacio y no producía ningún efecto de sombra. Hubiéramos podido creernos en pleno mediodía y en pleno verano, en medio de las regiones ecuatoriales, bajo los rayos verticales del sol. Todo vapor había desaparecido. Las rocas, las montañas lejanas, algunas masas confusas de bosques lejanos tomaban un aspecto extraño bajo la distribución uniforme del fluido luminoso. Nos parecíamos a ese fantástico personaje de Hoffmann que perdió su sombra [86].

Después de haber andado una milla, apareció el lindero de un bosque inmenso, pero no ya uno de esos bosques de hongos que había en las inmediaciones de Puerto Graüben.

Era la vegetación de la época terciaria en toda su magnificencia. Grandes palmeras de especies hoy desaparecidas, soberbios guanos, pinos, tejos, cipreses, tuyas, representaban a la familia de las coníferas y se unían entre sí por una inextricable red de lianas. Un tapiz de musgos y de hepáticas revestía blandamente el suelo. Algunos riachuelos murmuraban bajo la espesura umbría, poco digna de este nombre ya que no producía sombra. En sus bordes crecían los helechos arborescentes parecidos a los de los calientes

invernaderos del globo habitado. Sólo el color les faltaba a los árboles, a los arbustos, a las plantas, privadas del vivificante calor del sol. Todo se confundía en un tinte uniforme, pardo y como agostado. Las hojas estaban desprovistas de su verdor, y las propias flores, tan numerosas en la época terciaria que las vio nacer, ahora sin color y sin perfume, parecían hechas de un papel descolorido bajo la acción de la atmósfera.



Mi tío Lidenbrock se aventuró bajo aquellos gigantescos bosques. Lo seguí, no sin cierta aprensión. Si la naturaleza había derrochado allí alimentación vegetal, ¿por qué no podrían encontrarse los mamíferos espantosos? En los grandes claros que dejaban los árboles caídos y roídos por el tiempo veía leguminosas, aceríneas, rubiáceas y mil arbustos comestibles, tan caros a los rumiantes de todos los períodos. Luego aparecían, confundidos y entremezclados, árboles de regiones tan distintas en la superficie del globo como el roble creciendo junto a la palmera, el eucalipto australiano apoyándose en el abeto de Noruega, el abedul del norte confundiendo sus ramas con las ramas del kauris zelandés. Era como para hacer perder la razón a los clasificadores más ingeniosos de la botánica terrestre.

De pronto me paré. Retuve a mi tío con la mano.

La luz difusa permitía ver los más mínimos objetos en la profundidad del bosque. Había creído ver... ¡No! ¡Realmente veía con mis propios ojos agitarse formas inmensas bajo los árboles! En efecto, eran animales gigantescos, ¡todo un rebaño de mastodontes, ya no fósiles, sino vivos, y parecidos a aquellos cuyos restos fueron descubiertos en 1801 en los pantanos del Ohio! Veía aquellos grandes elefantes cuyas trompas se movían bajo los árboles como una legión de serpientes. Oía el ruido que producían con sus largas defensas cuyo marfil perforaba los viejos troncos. Las ramas crujían, y las hojas arrancadas en considerables cantidades iban a sepultarse en las grandes fauces de aquellos monstruos.

¡El sueño en el que yo había visto renacer todo el mundo de los tiempos prehistóricos, de las épocas terciaria y cuaternaria, se realizaba al fin! ¡Y nosotros estábamos allí, solos, en las entrañas del globo, a merced de sus feroces habitantes!

Mi tío miraba.

—¡Vamos! —dijo de pronto agarrándome por el brazo—. ¡Adelante, adelante!

—¡No, no! —grité—. ¡Estamos sin armas! ¿Qué haríamos en medio de esa manada de cuadrúpedos gigantes? ¡Venga, tío, venga! ¡Ninguna criatura humana puede desafiar impunemente la cólera de esos monstruos!

—¡Ninguna criatura humana! —respondió mi tío, bajando la voz—. ¡Te equivocas, Axel! ¡Mira, mira allí! ¡Me parece que veo a un

ser viviente! ¡Un ser parecido a nosotros! ¡Un hombre!



Miré, alzándome de hombros y decidido a llevar mi incredulidad hasta sus últimos límites. Pero, quieras que no, tuve que rendirme a la evidencia.

¡En efecto, a menos de un cuarto de milla, apoyado en el tronco de un enorme kauris, un ser humano, un Proteo de aquellas regiones subterráneas, un nuevo hijo de Neptuno, guardaba el innumerable rebaño de mastodontes!

Immanis pecoris custos, immanior ipse! [87]

Sí, *immanior ipse*! Ya no se trataba del ser fósil cuyo cadáver habíamos encontrado en el osario, era un gigante capaz de mandar a aquellos monstruos. Su estatura sobrepasaba doce pies. Su cabeza, tan grande como la de un búfalo, desaparecía bajo la maraña de una cabellera inculta. Parecía una verdadera crin, semejante a la del elefante de las primeras edades. Su mano blandía una enorme rama, digno cayado de aquel pastor antediluviano.

Nos habíamos quedado inmóviles, estupefactos. Pero podíamos ser vistos. Había que huir.

—¡Venga, venga! —exclamaba yo, arrastrando a mi tío, quien por primera vez se dejó llevar.

Un cuarto de hora más tarde, estábamos fuera de la vista de aquel terrible enemigo.

Y ahora, cuando lo pienso tranquilamente, ahora que en mi espíritu ha renacido la calma, que han transcurrido meses desde aquel extraño y sobrenatural encuentro, ¿qué pensar?, ¿qué creer? ¡No, es imposible! ¡Se engañaron nuestros sentidos, nuestros ojos no vieron lo que veían! ¡No existe criatura humana en el mundo subterráneo! ¡Ninguna generación de hombres habita en las cavernas inferiores del globo sin cuidarse de los habitantes de la superficie, sin entrar en comunicación con ellos! ¡Es insensato, profundamente insensato!

¡Prefiero admitir la existencia de algún animal cuya estructura se aproxime a la estructura humana, algún mono de las primeras épocas geológicas, algún protopiteco, algún mesopiteco parecido al que descubrió Lartet en el yacimiento osífero de Sansan [88]! ¡Pero aquél sobrepasaba en estatura todas las medidas dadas por la paleontología moderna! ¡No importa! ¡Un mono, sí, un mono, por

inverosímil que sea! ¡Pero un hombre, un hombre vivo, y con él toda una generación enterrada en las entrañas de la tierra! ¡Jamás!

Sin embargo, dejamos el bosque claro y luminoso, mudos de asombro, abrumados por una estupefacción que rayaba en el embrutecimiento. Corríamos a pesar nuestro. Era una auténtica fuga, parecida a esas carreras espantosas que sufrimos en ciertas pesadillas. Instintivamente regresábamos hacia el mar Lidenbrock, y no sé a qué divagaciones me hubiera arrastrado mi espíritu, de no ser por una preocupación que me llevó a observaciones más prácticas.

Por más convencido que estuviera de pisar un suelo completamente virgen de nuestros pasos, veía de vez en cuando acumulaciones de rocas cuya forma me recordaba a las de Puerto Graüben. Esto, por otra parte, confirmaba la indicación de la brújula y nuestro retorno involuntario al norte del mar Lidenbrock. A veces era como para confundirse. Arroyos y cascadas caían por centenares de los salientes de las rocas. Creía volver a ver la capa de surtarbrandur, nuestro fiel

Hans-bach

y la gruta en que yo había vuelto a la vida. Después unos pasos más allá, la disposición de los contrafuertes, la aparición de un arroyo, el perfil sorprendente de una roca, volvían a hacerme caer en la duda.

Informé a mi tío de mis indecisiones. Dudaba como yo. No podía orientarse en medio de aquel panorama uniforme.

—Evidentemente —le dije— no hemos llegado a nuestro punto de partida, pero la tormenta nos ha llevado un poco más arriba y, siguiendo la orilla, encontraremos Puerto Graüben.

—En ese caso —respondió mi tío—, es inútil continuar esta exploración y lo mejor es volver a la balsa. Pero ¿estás seguro de no equivocarte, Axel?

—Es difícil decirlo, tío, ya que todas estas rocas se parecen. Sin embargo, creo reconocer el promontorio al pie del cual Hans construyó la embarcación. No debemos de estar lejos del puertecito, si es que no está aquí añadí, examinando una caleta que creía reconocer.

—No, Axel. Por lo menos encontraríamos nuestras propias huellas, y yo no veo nada...

—¡Pero yo sí lo veo! —exclamé, lanzándome hacia un objeto que brillaba en la arena.

—¿Qué es?

—Esto —respondí.

Y mostré a mi tío un puñal cubierto de herrumbre que acababa de recoger.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Habías traído esta arma contigo?

—¿Yo? ¡De ninguna manera! Pero usted...

—No, que yo sepa —respondió el profesor—. Jamás he tenido este objeto en mi poder.

—¿Qué cosa más extraña!

—No, Axel, es muy sencillo. Los islandeses llevan con frecuencia armas de este estilo, y Hans, a quien ésta pertenece, la habrá perdido...

Sacudí la cabeza. Hans jamás había tenido aquel puñal en su poder.

—¿Es entonces el arma de algún guerrero antediluviano —exclamé—, de un hombre vivo, de un contemporáneo de ese gigantesco pastor? ¡Pero no! ¡Esto no es un utensilio de la edad de piedra! ¡Ni siquiera de la edad de bronce! Esta hoja es de acero...

Mi tío me cortó en seco en el camino por el que me arrastraba una nueva divagación y con su tono frío me dijo:

—Cálmate, Axel, y vuelve a la razón. Este puñal es un arma del siglo XVI, una daga auténtica, de aquellas que llevaban los gentileshombres a la cintura para dar el golpe de gracia. Es de origen español. ¡No te pertenece ni a ti, ni a mí, ni al cazador, ni siquiera a los seres humanos que quizá vivan en las entrañas del globo!

—¿Se atreve usted a decir...?

—Mira, desde luego no se ha mellado así por hundirse en la garganta de la gente: ¡su hoja está recubierta de una capa de herrumbre que no es de un día, ni de un año, ni de un siglo!

El profesor, según su costumbre, se animaba, dejándose llevar por su imaginación.

—¡Axel —prosiguió—, estamos en el camino del gran descubrimiento! ¡Esta hoja ha permanecido abandonada en la arena desde hace cien, doscientos, trescientos años, y se ha mellado en las rocas de este mar subterráneo!

—¡Pero no ha llegado sola hasta aquí! —exclamé—. ¡No se ha torcido sola! ¡Alguien nos ha precedido!...

—Sí, un hombre.

—¿Y qué hombre?

—¡Ese hombre ha grabado su nombre con este puñal! ¡Ese hombre ha querido, una vez más, marcar con su propia mano el camino del centro! ¡Busquemos, busquemos!

Y henos allá prodigiosamente interesados, caminando a lo largo de la alta muralla, interrogando a las menores fisuras que pudieran transformarse en galería.

Llegamos así a un lugar en el que la orilla se estrechaba. El mar llegaba casi a bañar el pie de los farallones, dejando un paso de una toesa de ancho como mucho. Entre dos salientes de la roca, se percibía la entrada de un túnel oscuro.

Ahí, sobre una placa de granito, aparecían dos letras misteriosas, medio borradas, las dos iniciales del intrépido y fantástico viajero:

• 4 • 4 •

—i

A. S.

! —exclamó mi tío—. ¡Ame Saknussemm! ¡Siempre Arne Saknussemm!

XL

Desde el comienzo del viaje había pasado ya por muchos asombros y debía de creermelo curado de espanto y harto de maravillas. Sin embargo, a la vista de aquellas dos letras grabadas allí desde hacía trescientos años, caí en un pasmo rayano en la estupidez. No sólo se leía sobre la roca la firma del sabio alquimista, sino que además el estilete con que la había trazado estaba en mis manos. A menos que fuera de una insigne mala fe, no podía poner en duda la existencia del viajero y la realidad de su viaje.

Mientras estas reflexiones se arremolinaban en mi cabeza, el profesor Lidenbrock se dejaba llevar por un acceso algo ditirámico con respecto a Arne Saknussem.

—¡Genio maravilloso! —exclamaba—. ¡No has olvidado nada de lo que debía abrir a otros mortales las rutas de la corteza terrestre, y tus semejantes pueden encontrar las huellas que dejaron tus pies hace tres siglos en el fondo de estos oscuros subterráneos! ¡Has reservado para otras miradas la contemplación de estas maravillas! Tu nombre, grabado de etapa en etapa, conduce recto a su meta al viajero lo suficientemente audaz para seguirte, y en el mismísimo centro de nuestro planeta volveremos a encontrarlo escrito por tu propia mano. ¡Pues bien, también yo iré a firmar con mi nombre en esa última página de granito! ¡Pero que este cabo visto por ti en este mar descubierto por ti se llame desde ahora y para siempre cabo Saknussem!

Esto es, poco más o menos, lo que oí, y me sentí ganar por el entusiasmo que rezumaban aquellas palabras. ¡Un fuego interior se avivó en mi pecho! Olvidé todo, los peligros del viaje y los riesgos del retorno. ¡Lo que otro había hecho, yo quería hacerlo también, y nada que fuese humano me parecía imposible!

—¡Adelante! ¡Adelante! —grité.

Ya me lanzaba hacia la sombría galería, cuando el profesor me

paró, y él, el hombre de los arrebatos, me aconsejó paciencia y sangre fría.

—Volvamos antes donde Hans —dijo—, y traigamos la balsa a este lugar.

Obedecí la orden, no sin malestar, y me deslicé rápidamente a través de las rocas de la orilla.

—¿Sabe, tío —le dije según íbamos caminando—, que hasta aquí hemos sido singularmente favorecidos por las circunstancias?

—¡Ah! ¿Así lo crees, Axel?

—Sin duda, y ha sido con la tempestad como nos hemos puesto en el buen camino. ¡Bendita sea la tormenta! ¡Nos ha devuelto a estas costas de las que el buen tiempo nos había alejado! Suponga por un instante que hubiésemos tocado con nuestra proa (¡la proa de una balsa!) las orillas meridionales del mar Lidenbrock. ¿Qué hubiera sido de nosotros? El nombre de Saknussem no hubiese aparecido ante nuestros ojos y ahora estaríamos abandonados en una playa sin salida.

—Sí, Axel, hay algo providencial en que, navegando hacia el sur, hayamos vuelto precisamente al norte y al cabo Saknussem. Debo decir que es más que sorprendente y que hay un hecho cuya explicación se me escapa absolutamente.

—¿Y qué importa? ¡No hay que explicar los hechos, sino aprovecharlos!

—Sin duda, muchacho, pero...

—Pero vamos a volver a tomar la ruta del norte, a pasar bajo las regiones septentrionales de Europa, Suecia, Siberia, ¡qué sé yo!, en lugar de hundirnos bajo los desiertos de África o las aguas del océano, ¡y no quiero saber más!

—Sí, Axel, tienes razón, y todo es para bien, puesto que abandonamos este mar horizontal que no podía conducirnos a ninguna parte. ¡Vamos a bajar, a bajar de nuevo, a bajar siempre! ¿Sabes que para llegar al centro del globo no nos quedan más que mil quinientas leguas que recorrer?

—¡Bah! —exclamé—. ¡Ni siquiera merece la pena hablar de ello! ¡En marcha! ¡En marcha!

Continuábamos todavía con esta charla insensata cuando nos reunimos con el cazador. Todo estaba preparado para una partida inmediata. No había un solo bulto que no estuviese embarcado.

Subimos a la balsa y, una vez izada la vela, Hans se dirigió siguiendo la costa, hacia el cabo Saknussem.

El viento no era favorable a un tipo de embarcación que no podía acercarse excesivamente a la costa. En más de un lugar tuvimos que avanzar con ayuda de los bastones. Con frecuencia las rocas, que se alzaban a flor de agua, nos obligaron a dar rodeos bastante largos. Por fin, después de tres horas de navegación, es decir, hacia las seis de la tarde, llegamos a un lugar propicio para desembarcar.

Salté a tierra, seguido de mi tío y del islandés. La travesía no me había calmado. Muy al contrario. Propuse incluso «quemar las naves» con el fin de cortarnos toda retirada. Pero mi tío se opuso. Yo lo encontraba singularmente tibio.

—Al menos —dije—, partamos sin perder un instante.

—Sí, muchacho; pero antes examinemos esta nueva galería para saber si tendremos que preparar las escalas.

Mi tío puso en funcionamiento su aparato de Ruhmkorff; la balsa, atada en la orilla, fue abandonada; por otra parte, la abertura de la galería no estaba ni a veinte pasos, y nuestro pequeño grupo, conmigo a la cabeza, llegó sin tardar hasta ella.

El orificio, casi circular, presentaba un diámetro de unos cinco pies; el sombrío túnel estaba tallado en la roca viva y cuidadosamente alisado por las materias eruptivas a las que antaño había dado paso; su parte inferior estaba a nivel del suelo, de forma que pudimos penetrar sin ninguna dificultad.

Seguíamos un plano casi horizontal cuando, al cabo de seis pasos, nuestra marcha se vio interrumpida por la interposición de un enorme bloque.

—¡Maldita roca! —exclamé encolerizado, viéndome súbitamente detenido por un obstáculo infranqueable.

Por mucho que buscamos a derecha e izquierda, arriba y abajo, no existía ningún paso, ninguna bifurcación. Experimenté una viva contrariedad y no quería admitir la realidad del obstáculo. Me agaché. Miré por debajo del bloque. Ningún intersticio. Por encima. Idéntica barrera de granito. Hans recorrió con la luz de la lámpara todos los puntos de la pared; pero ésta no ofrecía ninguna solución de continuidad. Había que renunciar a toda esperanza de pasar.



Me senté en el suelo; mi tío recorría la galería a grandes pasos.

—¿Pero entonces, Saknussem?... —exclamé.

—Sí —dijo mi tío—. ¿También él se vio detenido por esta puerta de piedra?

—¡No, no! —proseguí con vivacidad—. Este bloque de roca, como consecuencia de cualquier sacudida, o de uno de esos fenómenos magnéticos que agitan la corteza terrestre, ha cerrado bruscamente el pasadizo. Han transcurrido muchos años entre el regreso de Saknussem y la caída del bloque. ¿No es evidente que esta galería fue en otro tiempo el camino de las lavas y que en aquel entonces las materias eruptivas circulaban por ella libremente? Mire, hay fisuras recientes que surcan el techo de granito; está hecho de trozos agregados, de piedras enormes, como si la mano de un gigante hubiera trabajado en esta substrucción [89]; pero un día el empuje fue más fuerte, y este bloque, parecido a una clave de bóveda que faltase, se deslizó hasta el suelo, obstruyendo el paso. Es un obstáculo accidental que Saknussem no encontró ¡y si no lo derribamos, somos indignos de llegar al centro del mundo!

¡Así es como hablaba yo! El alma del profesor había penetrado enteramente en mí. El genio de los descubrimientos me inspiraba. Olvidaba el pasado, despreciaba el porvenir. ¡Ya no existía nada para mí en la superficie de este esferoide en el seno del cual me había hundido, ni las ciudades, ni los campos, ni Hamburgo, ni Königstrasse, ni mi pobre Graüben, que debía creermelo perdido para siempre en las entrañas de la tierra!

—¡Pues bien! —replicó mi tío—. ¡A golpe de piqueta, a golpes de pico, abrámonos camino! ¡Derribemos estas murallas!

—Es demasiado duro para el pico —exclamé.

—¡Entonces, la piqueta!

—¡Es demasiado largo para la piqueta!

—¡Pero!...

—¡Bueno! ¡La pólvora, los barrenos! ¡Pongamos barrenos y hagamos saltar el obstáculo!

—¡La pólvora!

—¡Sí! ¡Sólo se trata de romper un pedazo de roca!

—¡Hans, manos a la obra! —gritó mi tío.

El islandés volvió a la balsa y pronto regresó con un pico que utilizó para perforar un agujero para un barreno. No era un trabajo

ligero. Se trataba de hacer un agujero lo suficientemente grande para contener cincuenta libras de algodón pólvora, cuya potencia expansiva es cuatro veces mayor que la de la pólvora de cañón.

Yo me encontraba en una prodigiosa sobreexcitación de ánimo. Mientras Hans trabajaba, yo ayudaba activamente a mi tío a preparar una larga mecha, fabricada con pólvora mojada embutida en un estrecho tubo de tela.

—¡Pasaremos! —decía yo.

—Pasaremos —repetía mi tío.

A medianoche, nuestro trabajo de mineros se encontraba completamente terminado; la carga de algodón pólvora se encontraba hundida en el agujero y la mecha, extendiéndose por la galería, venía a desembocar al exterior.

Una chispa bastaría ahora para poner en actividad el formidable artefacto.

—Hasta mañana —dijo el profesor.

¡No tuve más remedio que resignarme y esperar todavía durante largas horas!

XLI

El día siguiente, jueves 27 de agosto, fue una fecha célebre de aquel viaje subterráneo. No puedo recordarla sin que el espanto haga latir fuertemente mi corazón. Desde este momento, nuestra razón, nuestro juicio, nuestro ingenio, no tienen voz ni voto, y vamos a ser el juguete de los fenómenos de la tierra.

A las seis estábamos de pie. Se aproximaba el momento de abrirnos paso con la pólvora a través de la corteza de granito.

Solicité el honor de prender fuego a la mecha. Hecho esto, tenía que reunirme con mis compañeros en la balsa, que no había sido descargada; luego nos adentraríamos en el mar con el fin de evitar los peligros de la explosión, cuyos efectos podían muy bien no concentrarse en el interior del macizo.

La mecha debía arder durante diez minutos, según nuestros cálculos, antes de prender fuego a la pólvora. Tenía por tanto tiempo suficiente para volver a la balsa.

Me preparé para desempeñar mi papel, no sin cierta emoción.

Tras una rápida comida, mi tío y el cazador se embarcaron, mientras yo me quedaba en la orilla. Estaba provisto de un farol encendido, que debía servirme para encender la mecha.

—Ve, muchacho —me dijo mi tío—, y vuelve inmediatamente junto a nosotros.

—Quédese tranquilo —le respondí—. No me entretendré por el camino.

Inmediatamente me dirigí hacia el orificio de la galería. Encendí el farol y agarré el extremo de la mecha.

El profesor tenía su cronómetro en la mano.

—¿Preparado? —me gritó.

—Preparado.

—¡Bien! ¡Fuego, muchacho!

Sumergí rápidamente en la llama la mecha, que chisporroteó a

su contacto, y a todo correr volví a la orilla.

—Embarca y zarpemos —dijo mi tío.

Hans, con un empujón vigoroso, nos proyectó hacia el mar. La balsa se alejó una veintena de toesas.

Era un momento emocionante. El profesor seguía con la vista la aguja del cronómetro.

—Cinco minutos aún —decía—. ¡Cuatro! ¡Tres!

Mi pulso latía aceleradamente.

—¡Dos! ¡Uno!... ¡Caed, montañas de granito!

¿Qué sucedió entonces? Creo que no oí el ruido de la detonación. Pero la forma de las rocas se modificó súbitamente ante mis ojos; se abrieron como una cortina. Vi un abismo insondable que se abría en plena orilla. El mar, atacado de vértigo, no fue más que una ola enorme, sobre cuyo lomo se levantó la balsa perpendicularmente.



Los tres fuimos derribados. En menos de un segundo, la luz dio paso a la más profunda oscuridad. Después sentí que faltaba un apoyo sólido, no a mis pies, sino a la balsa. Pensé que se iba a pique. No fue así. Hubiera querido dirigir la palabra a mi tío; pero el mugido de las aguas le hubiera impedido oírme.

A pesar de las tinieblas, el ruido, la sorpresa, la emoción, comprendí lo que acababa de suceder.

Detrás de la roca que acababa de saltar, existía un abismo. La explosión había producido una especie de terremoto en aquel suelo lleno de fisuras, se había abierto la sima, y el mar, transformado en torrente, nos arrastraba con él.

Me sentí perdido.

¡Así transcurrieron una hora, dos horas, qué sé yo! Nos estrechábamos codo con codo, nos agarrábamos de las manos para no ser precipitados fuera de la balsa. Se producían choques de una extremada violencia cuando la balsa se daba contra la muralla. Sin embargo los choques eran escasos, por lo que saqué la conclusión de que la galería se ensanchaba considerablemente. Era, sin duda, el camino de Saknussem; pero, en lugar de descender solos, por nuestra imprudencia habíamos arrastrado todo un mar con nosotros.

Se comprenderá que estas ideas pasaban por mi cabeza de forma vaga y oscura. Difícilmente podía asociarlas durante aquella carrera vertiginosa que parecía una caída. A juzgar por el aire que me azotaba el rostro, debía sobrepasar la velocidad de los trenes más rápidos. Encender una antorcha en tales condiciones era poco menos que imposible y el último aparato eléctrico se había roto en el momento de la explosión.

Por eso me sorprendió ver brillar de repente una luz a mi lado. El tranquilo rostro de Hans se iluminó. El hábil cazador había conseguido encender la linterna y, aunque su llama vacilaba hasta casi apagarse, proyectó un débil resplandor en aquella espantosa oscuridad.

La galería era ancha. Había tenido razón al juzgarla como tal. La luz, insuficiente, no nos permitía ver sus dos murallas a la vez. La pendiente de las aguas que nos arrastraban sobrepasaba a la de los más infranqueables rápidos de América. Su superficie parecía hecha de un haz de flechas líquidas disparadas con extrema potencia. No

puedo expresar mi impresión con una comparación más justa. La balsa, atrapada en ciertos remolinos, corría a veces dando vueltas. Cuando se aproximaba a las paredes de la galería, yo proyectaba hacia ellas la luz de la linterna, y podía juzgar su velocidad al ver cómo los salientes de las rocas se transformaban en trazos continuos, de suerte que estábamos encerrados en una red de líneas movedizas. Estimé que nuestra velocidad debía de alcanzar las treinta leguas por hora.

Mi tío y yo mirábamos con ojos extraviados, apoyados en un trozo de mástil que en el momento de la catástrofe se había partido de un golpe. Dábamos la espalda al aire para que no nos ahogara la rapidez de un movimiento que ningún poder humano podía frenar.

Sin embargo las horas transcurrían. La situación no cambiaba, pero un incidente vino a complicarla.

¡Intentando poner un poco de orden en la carga, me di cuenta de que la mayor parte de los objetos embarcados habían desaparecido en el momento de la explosión, cuando el mar nos asaltó tan violentamente! Quise saber exactamente a qué atenerme en cuanto a nuestros recursos y, farol en mano, comencé mi búsqueda. De los instrumentos, no nos quedaba más que la brújula y el cronómetro. Las escalas y las cuerdas habían quedado reducidas a un pedazo de cable enrollado al trozo de mástil. ¡Ni una piqueta, ni un pico, ni un martillo y, desgracia irreparable, sólo nos quedaban víveres para un día!

Registré los intersticios de la balsa, los más pequeños rincones formados por los maderos y las uniones de las tablas. ¡Nada! Nuestras provisiones consistían únicamente en un trozo de carne seca y algunas galletas.

¡Miré con aire estúpido! ¡No quería comprender! Sin embargo ¿qué peligro me preocupaba? Aunque los víveres hubieran sido suficientes para varios meses, para años enteros, ¿cómo salir de los abismos adonde nos arrastraba aquel torrente irresistible? ¿A qué venía temer las torturas del hambre, cuando la muerte se presentaba ya bajo tantas otras formas? ¿Nos daría tiempo a morir de inanición?

Sin embargo, por una inexplicable rareza de la imaginación, olvidé el peligro inmediato ante las amenazas del porvenir que se me aparecieron en todo su horror. Por otra parte, tal vez

pudiéramos escapar a los furores del torrente y volver a la superficie del globo. ¿Cómo? Lo ignoro. ¿Dónde? ¡Qué importa!

Una posibilidad entre mil es siempre una posibilidad, mientras que la muerte por hambre no nos dejaba ni la más mínima esperanza, por pequeña que fuese.

Me vino el pensamiento de decírselo todo a mi tío, de mostrarle a qué indigencia estábamos reducidos y hacer un cálculo exacto del tiempo que nos quedaba de vida. Pero tuve el valor de callarme. Quería dejarle toda su sangre fría.

En aquel momento, la luz del farol se fue apagando poco a poco y se extinguió completamente. La mecha se había quemado hasta el final. La oscuridad volvió a ser absoluta. Ya no había que pensar en disipar aquellas tinieblas impenetrables. Quedaba todavía una antorcha, pero no hubiera podido mantenerse encendida. Entonces, como un niño, cerré los ojos para no ver toda aquella oscuridad.

Tras un lapso de tiempo bastante largo, arreció la velocidad de nuestra carrera. Me di cuenta de ello por la reverberación del aire sobre mi rostro. La inclinación de las aguas se hacía excesiva. Verdaderamente creo que ya no nos deslizábamos. Caíamos. Sentía en mí la sensación de una caída casi vertical. La mano de mi tío y la de Hans, fuertemente agarradas a mis brazos, me sujetaban con vigor.

De repente, después de un tiempo incalculable, sentí como un choque; la balsa no se había dado contra un objeto duro, sino que se había parado súbitamente en su caída. Una tromba de agua, una inmensa columna líquida se abatió sobre su superficie. Me asfixiaba. Me ahogaba...

Sin embargo aquella súbita inundación duró muy poco. En unos segundos me encontré al aire libre, que aspiré a pleno pulmón. Mi tío y Hans me agarraban de los brazos hasta rompérmelos, y la balsa seguía llevándonos a los tres.

XLII

Supongo que debían de ser entonces las diez de la noche. El primero de mis sentidos que funcionó tras el último asalto fue el del oído. Oí casi en seguida —pues fue un auténtico acto de audición—, oí cómo se hacía el silencio en la galería y sucedía a los mugidos que, desde hacía largas horas, llenaban mis oídos. Por fin, como un murmullo, me llegaron estas palabras de mi tío:

—¡Estamos subiendo!

—¿Qué quiere decir? —exclamé.

—¡Sí, subimos, subimos!

Extendí el brazo; toqué la muralla; mi mano se ensangrentó. Subíamos con extrema rapidez.

—¡La antorcha! ¡La antorcha! —gritó el profesor.

Hans, no sin dificultad, consiguió encenderla, y la llama, manteniéndose de abajo a arriba a pesar del movimiento ascensional, lanzó la claridad suficiente para iluminar toda la escena.

—Es justo lo que pensaba —dijo mi tío—. Estamos en un pozo estrecho que apenas tiene cuatro toesas de diámetro. El agua, una vez llegada al fondo del abismo, está recuperando su nivel y nos sube con ella.

—¿Adonde?

—Lo ignoro, pero debemos estar preparados para cualquier eventualidad. Subimos con una velocidad que calculo en dos toesas por segundo, es decir, ciento veinte toesas por minuto o más de tres leguas y media por hora. A este paso se hace camino.

—¡Sí, siempre que nada nos detenga y este pozo tenga salida! ¡Pero si está cerrado, si el aire se comprime poco a poco bajo la presión de la columna de agua, si vamos a ser aplastados!

—Axel —respondió el profesor con gran calma—, la situación es casi desesperada, pero hay algunas posibilidades de salvación y son

éstas las que estoy examinando. Si en cualquier instante podemos perecer, también en cualquier instante podemos salvarnos. Tenemos, pues, que estar en condiciones de aprovechar la más mínima probabilidad.



—Pero ¿qué hacer?

—Recuperar nuestras fuerzas comiendo.

Ante estas palabras, miré a mi tío con ojos extraviados. Lo que yo no había querido confesar, tenía que decirlo al fin:

—¿Comer? —repetí.

—Sí, y sin tardar.

El profesor añadió algunas palabras en danés. Hans movió la cabeza.

—¡Cómo! —exclamó mi tío—. ¿Hemos perdido nuestras provisiones?

—¡Sí, estos son todos los víveres que nos quedan! ¡Un trozo de carne seca para los tres!

Mi tío me miraba sin querer comprender mis palabras.

—¿Y bien? ¿Todavía piensa que podemos salvarnos?

Mi pregunta no obtuvo respuesta alguna.

Transcurrió una hora. Empezaba a sentir un hambre feroz. Mis compañeros también sufrían y ninguno de nosotros se atrevía a tocar aquellos miserables restos de alimentos.

Sin embargo, seguíamos subiendo con extrema rapidez. A veces el aire nos cortaba la respiración como a los aeronautas cuya ascensión es demasiado rápida. Pero si éstos experimentan un aumento del frío proporcional a medida que se elevan en las capas atmosféricas, nosotros sufríamos un efecto absolutamente contrario. El calor aumentaba de manera inquietante y en aquellos momentos ciertamente debía de alcanzar los cuarenta grados.

¿Qué significaba semejante cambio? Hasta entonces los hechos habían dado la razón a las teorías de Davy y de Lidenbrock; hasta entonces las condiciones particulares de rocas refractarias, de electricidad, de magnetismo, habían modificado las leyes generales de la naturaleza, ofreciéndonos una temperatura moderada, pues la teoría del fuego central seguía siendo a mis ojos la única verdadera, la única explicable. ¿Íbamos a volver ahora a un medio en el que esos fenómenos se cumplirían con todo su rigor y en el que el calor reduciría las rocas a un completo estado de fusión? Lo temía, y se lo dije al profesor:

—Si no nos ahogamos ni somos aplastados, si no morimos de hambre, siempre nos queda la posibilidad de ser quemados vivos.

Se contentó con alzarse de hombros y volvió a caer en sus

reflexiones.

Transcurrió una hora y, salvo un ligero aumento de la temperatura, ningún incidente vino a modificar la situación. Por fin, mi tío rompió el silencio.

—Veamos —dijo—, hay que tomar una decisión.

—¿Tomar una decisión? —repliqué.

—Sí. Tenemos que reparar nuestras fuerzas. Si intentamos prolongar nuestra existencia algunas horas reservando ese resto de alimento, estaremos débiles hasta el final.

—Sí, hasta el final, que no se hará esperar.

—¡Pues bien! Si se presenta una oportunidad de salvarnos, si necesitamos un momento de acción, ¿de dónde sacaremos fuerzas para actuar si nos dejamos debilitar por la inanición?

—Sí, tío, y una vez devorado ese pedazo de carne, ¿qué nos quedará?

—Nada, Axel, nada. ¿Pero te alimentará más comértelo con los ojos? ¡Estás razonando como un hombre sin voluntad, un ser sin energía!

—¿Entonces usted no desespera? —grité con irritación.

—¡No! —replicó con firmeza el profesor.

—¡Vaya! ¿Todavía cree en alguna posibilidad de salvación?

—¡Sí, desde luego que sí! Y mientras lata el corazón, mientras la carne palpita, no admito que un ser dotado de voluntad deje en él lugar a la desesperación.

¡Qué palabras! El hombre que las pronunciaba en semejantes circunstancias era ciertamente de un temple poco común.

—En fin —dije—, ¿qué pretende hacer?

—Comer lo que nos queda hasta la última migaja y reparar nuestras fuerzas perdidas. Si ésta es nuestra última comida, ¡sea!, pero al menos, en lugar de estar agotados, habremos vuelto a ser hombres.

—¡Está bien! ¡Devoremos! —exclamé.

Mi tío tomó el brazo de carne y las pocas galletas salvadas del naufragio; hizo tres partes iguales y las distribuyó. Esto representaba alrededor de una libra de alimento para cada uno. El profesor comió ávidamente, con una especie de arrebato febril; yo, sin placer, pese a mi hambre, casi con asco; Hans tranquila, moderadamente, masticando sin ruido pequeños bocados,

saboteándolos con la calma de un hombre a quien las preocupaciones del porvenir no podían inquietar. Registrando bien, había encontrado una cantimplora medio llena de ginebra; nos la ofreció, y aquel licor bienhechor consiguió reanimarme un poco.

—Förtrafflig! —dijo Hans, bebiendo a su vez.

—¡Excelente! —replicó mi tío.

Yo había recuperado alguna esperanza. Pero nuestra última comida acababa de terminar. Eran entonces las cinco de la mañana.

El hombre está hecho de tal manera, que su salud es un efecto puramente negativo; una vez satisfecha la necesidad de comer, difícilmente puede uno figurarse los horrores del hambre; hay que experimentarlos para comprenderlos. Así, al salir de un largo ayuno, unos bocados de galletas y de carne triunfaron sobre nuestros sufrimientos pasados.

Sin embargo, después de la comida, cada uno se abandonó a sus reflexiones. ¿En qué pensaba Hans, aquel hombre del extremo occidente que dominaba la resignación fatalista de los orientales? Por mi parte, mis pensamientos sólo estaban hechos de recuerdos, y éstos me devolvían a la superficie del globo, que jamás hubiera debido abandonar. La casa de Königstrasse, mi pobre Graüben, la buena Marthe, pasaron ante mis ojos como visiones, y en los fragores lúgubres que corrían a través del macizo creía sorprender los ruidos de las ciudades de la tierra.

Mi tío, «siempre a lo suyo», antorcha en mano, examinaba con atención la naturaleza de los terrenos; intentaba reconocer su situación por la observación de las capas superpuestas. Tal cálculo, o mejor, tal estimación, no podía ser más que aproximada; pero un sabio siempre es un sabio cuando consigue conservar su sangre fría, y desde luego el profesor Lidenbrock poseía esa cualidad en un grado muy poco común.

Lo oía murmurar palabras de la ciencia geológica; yo las comprendía y me interesaba a pesar mío en aquel estudio supremo.

—Granito eruptivo —decía—. Todavía nos encontramos en la época primitiva; pero ¡subimos, subimos! ¿Quién sabe?

¿Quién sabe? Él seguía esperando. Tanteaba con las manos la pared vertical e instantes más tarde proseguía:

—¡Aquí están los gneis! ¡Aquí las micacitas! ¡Bueno! Pronto aparecerán los terrenos de la época de transición y entonces...

¿Qué quería decir el profesor? ¿Podía medir el espesor de la corteza terrestre suspendida sobre nosotros? ¿Poseía algún medio para llevar a cabo tales cálculos? No. Le faltaba el manómetro, y ninguna estimación podía suplirlo.



Sin embargo la temperatura crecía en gran proporción y yo me sentía bañado en sudor en medio de una atmósfera ardiente. No podía compararla más que con el calor despedido por los hornos de una fundición en el momento de los vaciados. Poco a poco, Hans, mi tío y yo tuvimos que irnos quitando las chaquetas y los chalecos; la menor prenda se transformaba en causa de malestar, por no decir de sufrimiento.

—¿Estamos subiendo hacia un foco incandescente? —grité en un momento en que el calor arreciaba.

—No —respondió mi tío—. ¡Es imposible! ¡Es imposible!

—Sin embargo —dije yo tocando la pared—, ¡esta muralla está abrasando!

En el momento en que pronunciaba estas palabras, mi mano había rozado el agua y tuve que retirarla a toda prisa.

—¡El agua está hirviendo! —exclamé.

Esta vez el profesor sólo respondió con un gesto de cólera.

Entonces un espanto invencible se apoderó de mi cerebro y ya no lo abandonó. Tenía el presentimiento de una catástrofe próxima, y tal como la más audaz imaginación no hubiera podido concebirla. Una idea, primero vaga, incierta, se transformaba en certidumbre en mi espíritu. La rechazaba, pero volvía con obstinación. No osaba formularla. Sin embargo, algunas observaciones involuntarias determinaron mi convicción. Al resplandor dudoso de la antorcha, observé movimientos desordenados en las capas graníticas; evidentemente iba a producirse un fenómeno en el que desempeñaba un papel la electricidad. ¡Y luego aquel calor excesivo, aquella agua hirviendo!... Quise observar la brújula.

¡Estaba loca!

XLIII

¡Sí, loca! La aguja saltaba de un polo a otro con bruscas sacudidas, recorría todos los puntos del cuadrante y giraba como presa de vértigo.

Yo sabía bien que, según las teorías más aceptadas, la corteza mineral del globo jamás está en un estado de reposo absoluto; las modificaciones aportadas por la descomposición de las materias internas, la agitación procedente de las grandes corrientes líquidas, la acción del magnetismo tienden a sacudirla incesantemente, aunque los seres diseminados en su superficie no sospechen siquiera su agitación. Este fenómeno, por tanto, no me hubiera asustado mayormente, o por lo menos no hubiera hecho nacer en mi mente una terrible idea.

Pero otros hechos, ciertos detalles *sui generis*, no pudieron engañarme por más tiempo. Las detonaciones se multiplicaban con espantosa intensidad. Solamente podía compararlas con el ruido que haría un gran número de carros arrastrados rápidamente sobre el empedrado. Era un trueno continuo.

Además, la brújula loca, sacudida por fenómenos electromagnéticos, me confirmaba mi opinión. La corteza mineral amenazaba con romperse, los macizos graníticos con volver a unirse, colmarse la fisura, llenarse el vacío, y nosotros, miserables átomos, íbamos a ser aplastados en aquel formidable estrechamiento.

—¡Tío, tío! —gritaba yo—. ¡Estamos perdidos!

—¿Qué nuevo terror es ése? —me respondió con una tranquilidad sorprendente—. ¿Qué te ocurre?

—¿Qué me ocurre? Observe esas murallas que se agitan, este macizo que se disloca, este calor tórrido, esta agua que hierve, estos vapores que se espesan, esta aguja loca, ¡todos los indicios de un temblor de tierra!

Mi tío sacudió suavemente la cabeza.

—¿Un temblor de tierra? —dijo.

—¡Sí!

—Muchacho, creo que te equivocas.

—¡Cómo! ¿No reconoce usted los síntomas?...

—¿De un temblor de tierra? ¡No! Espero algo mejor que eso.

—¿Qué quiere decir?

—Una erupción, Axel.

—¡Una erupción! —dijo—. ¡Estamos en la chimenea de un volcán en actividad!

—Eso creo —dijo el profesor sonriendo—. ¡Y es lo mejor que podía ocurrirnos!

¡Lo mejor! ¿Es que mi tío se había vuelto loco? ¿Qué significaban esas palabras? ¿Por qué esa calma y esa sonrisa?

—¡Cómo! —grité—. ¿Estamos atrapados en una erupción? ¡La fatalidad nos ha arrojado en el camino de las lavas incandescentes, de las rocas ígneas, de las aguas hirviendo, de todas las materias eruptivas! ¡Vamos a ser arrojados, expulsados, lanzados, vomitados, expectorados por los aires entre bloques de roca, lluvia de cenizas y de escorias, en medio de un remolino de llamas, y es lo mejor que podía ocurrirnos!

—¡Sí —respondió el profesor mirándome por encima de sus gafas—, ya que es la única posibilidad que tenemos de volver a la superficie de la tierra!

Paso rápidamente por las mil ideas que cruzaron mi cerebro. Mi tío tenía razón, toda la razón, y jamás me pareció más audaz ni más convencido que en ese momento en que esperaba y calculaba con calma las posibilidades de una erupción.

Sin embargo seguíamos subiendo; la noche se pasó en aquel movimiento ascensional; el estruendo arreciaba a nuestro alrededor; yo estaba casi asfixiado, creía llegada mi última hora y, sin embargo, la imaginación es tan extraña que me entregué a una búsqueda verdaderamente infantil. ¡Pero yo sufría mis pensamientos, no los dominaba!

Era evidente que estábamos siendo expulsados por un empuje eruptivo; bajo la balsa había aguas hirvientes y bajo las aguas toda una pasta de lava, un conglomerado de rocas que en la cima del cráter se dispersarían en todos los sentidos. Estábamos, pues, en la

chimenea de un volcán. Ninguna duda a este respecto.

Pero esta vez, en lugar del Sneffels, volcán extinguido, se trataba de un volcán en plena actividad. Me preguntaba cuál podría ser esa montaña y sobre qué parte del mundo íbamos a ser expulsados.

En las regiones septentrionales, no cabía la menor duda. Antes de volverse loca, la brújula jamás había variado a este respecto. Desde el cabo Saknussem habíamos sido arrastrados directamente hacia el norte durante centenares de leguas. Ahora bien ¿habíamos vuelto bajo Islandia? ¿Íbamos a ser expulsados por el cráter del Hecla o por alguno de los otros siete montes ignívoros de la isla? Al oeste, en un radio de quinientas leguas, no recordaba bajo ese paralelo más que los volcanes mal conocidos de la costa noroeste de América. Al este, sólo existía uno, el Esk, en el grado ochenta de latitud, en la isla de Jean Mayen, no lejos de Spitzberg[90]. ¡Ciertamente no faltaban cráteres, y los había lo suficientemente amplios para vomitar un ejército completo! Pero cuál nos serviría de salida es lo que trataba de adivinar.

Hacia la madrugada, el movimiento de ascensión se aceleró. Si el calor se acrecentó, en lugar de disminuir, al aproximarnos a la superficie del globo, fue porque era completamente local y debido a una influencia volcánica. Ya no quedaba ninguna duda en mi mente sobre nuestro género de locomoción. Una fuerza enorme, una fuerza de varios centenares de atmósferas, producida por los vapores acumulados en el seno de la tierra, nos empujaba irresistiblemente. ¡Pero a qué innumerables peligros no nos exponía!

Pronto, unos reflejos rojizos penetraron en la galería vertical que se iba ensanchando; veía a derecha e izquierda profundos corredores semejantes a túneles inmensos de los que escapaban espesos vapores; lenguas de fuego lamían sus paredes chisporroteando.

—¡Tío, mire, mire! —exclamé.

—¡Bueno! Son las llamas sulfurosas. Nada más natural en una erupción.

—¿Y si nos envuelven?

—No nos envolverán.

—¿Y si nos asfixiamos?

—No nos asfixiaremos. La galería se ensancha y, si es preciso, abandonaremos la balsa para abrigarnos en cualquier hendidura.

—¿Y el agua? ¿El agua que sube?

—Ya no hay agua, Axel, sino una especie de pasta lávica [91] que nos levanta hasta el orificio del cráter.

La columna líquida había efectivamente desaparecido para dejar lugar a materias eruptivas bastante densas, aunque hirvientes. ¡La temperatura se hacía insoportable, y un termómetro expuesto en esta atmósfera hubiera marcado más de setenta grados! Me inundaba el sudor. Sin la velocidad de la ascensión, ciertamente nos hubiésemos asfixiado.

Sin embargo el profesor no llevó a cabo su propósito de abandonar la balsa, e hizo bien. Aquellos pocos maderos mal unidos ofrecían una superficie sólida, un punto de apoyo que nos hubiera faltado en cualquier otra parte.

Hacia las ocho de la mañana, se produjo por primera vez un nuevo incidente. El movimiento ascensional cesó de repente. La balsa se quedó completamente inmóvil.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunté, sacudido por la súbita parada como por un choque.

—Un alto —respondió mi tío.

—¿Se calma la erupción?

—Espero que no.

Me levanté. Intenté mirar a mi alrededor. Quizá la balsa, detenida por un saliente de la roca, oponía una resistencia momentánea a la masa eruptiva. En ese caso, había que apresurarse a soltarla lo más rápidamente posible.

No era nada de eso. La columna de cenizas, de escorias y de restos rocosos había dejado de subir por sí misma.

—¿Va a pararse la erupción? —exclamé.

—¡Ah! —dijo mi tío apretando los dientes—, lo temes, muchacho; pero tranquilízate, este momento de calma no puede prolongarse; hace ya cinco minutos que dura, y dentro de poco reanudaremos nuestra ascensión hacia el orificio del cráter.

Mientras así hablaba, el profesor no cesaba de consultar su cronómetro, y una vez más iba a tener razón en sus pronósticos.



Pronto la balsa fue empujada otra vez por un movimiento rápido y desordenado que duró dos minutos más o menos, y se paró de nuevo.

—Bueno —dijo mi tío, observando el cronómetro—, dentro de diez minutos volverá a ponerse en movimiento.

—¿Diez minutos?

—Sí. Tenemos que vérnoslas con un volcán cuya erupción es intermitente. Nos deja respirar con él.

Nada más cierto. En el minuto designado, fuimos lanzados de nuevo con una rapidez extremada. Teníamos que agarrarnos a los maderos para no ser arrojados fuera de la balsa. Luego, el empuje se paró.

Desde entonces he reflexionado sobre este singular fenómeno sin encontrar una explicación satisfactoria. No obstante, me pareció evidente que no ocupábamos la chimenea principal del volcán, sino un conducto accesorio en el que se hacía sentir un efecto de contragolpe.

No podría decir cuántas veces se produjo esta maniobra. Todo lo que puedo afirmar es que, cada vez que se reanudaba el movimiento, éramos lanzados con una fuerza creciente y como llevados por un verdadero proyectil. Durante los instantes de parada se asfixiaba uno; durante los momentos de proyección, el aire ardiente me cortaba la respiración. Pensé por un instante en la voluptuosidad de encontrarme súbitamente en las regiones hiperbóreas en medio de un frío de treinta grados bajo cero. ¡Mi imaginación sobreexcitada se paseaba por las llanuras de nieve de las regiones árticas, y ansiaba el momento de revolearme en los tapices helados del polo! Por otra parte, quebrantado por las reiteradas sacudidas, poco a poco fui perdiendo la cabeza. Sin los brazos de Hans, más de una vez me hubiese roto el cráneo contra la pared de granito.

Así pues, no he conservado ningún recuerdo preciso de lo que pasó durante las horas siguientes. Tengo la confusa sensación de continuas detonaciones, de la agitación del macizo, de un movimiento giratorio que se apoderó de la balsa. Flotó sobre las olas de lava, en medio de una lluvia de cenizas. Las llamas rugientes la envolvieron. Un huracán que parecía provenir de un inmenso ventilador activaba los fuegos subterráneos. Por última vez se me

apareció la figura de Hans en un reflejo de incendio, y ya no tuve otra sensación que la del espanto siniestro de los condenados atados a la boca de un cañón en el momento en que parte el disparo y dispersa sus miembros por los aires.

XLIV

Cuando volví a abrir los ojos, me sentí agarrado de la cintura por la mano vigorosa del guía. Con la otra mano sostenía a mi tío. Yo no estaba gravemente herido, sino más bien molido por unas agujetas generales. Me vi acostado en la vertiente de una montaña, a dos pasos de un abismo en el que el menor movimiento me hubiera precipitado. Hans me había salvado de la muerte, cuando yo rodaba por los flancos del cráter.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó mi tío, que me pareció muy irritado por haber vuelto a la tierra.

El cazador se alzó de hombros con expresión de ignorarlo.

—En Islandia —dije.

—Nej —respondió Hans.

—¡Cómo que no! —gritó el profesor.

—Hans se equivoca —dije levantándome.

Tras las innumerables sorpresas del viaje, todavía nos estaba reservada otra estupefacción. Yo esperaba ver un cono cubierto de nieves eternas en medio de los áridos desiertos de las regiones septentrionales, bajo los pálidos rayos de un cielo polar, más allá de las más elevadas latitudes; y, contrariamente a todas las previsiones, mi tío, el islandés y yo, estábamos en la mitad del flanco de una montaña calcinada por los ardores de un sol que nos devoraba con sus rayos.

No podía dar crédito a mis ojos; pero el auténtico conocimiento de que mi cuerpo estaba siendo objeto no me dejaba lugar a dudas. Habíamos salido medio desnudos del cráter, y el astro radiante, al que nada habíamos pedido durante dos meses, se mostraba con nosotros pródigo de luz y de calor y derramaba a raudales una espléndida irradiación.

Cuando mis ojos se acostumbraron a aquel brillo del que habían perdido la costumbre, los utilicé para rectificar los errores de mi

imaginación. Como poco, debería estar en Spitzberg, y no me encontraba de humor para dar mi brazo a torcer con facilidad.

El profesor fue el primero que tomó la palabra y dijo:

—En efecto, esto no se parece a Islandia.

—Pero ¿y la isla de Jean Mayen? —respondí.

—Tampoco, muchacho. Este no es un volcán del norte con sus colinas de granito y su casquete de nieve.

—Sin embargo...

—¡Mira, Axel, mira!

Por encima de nuestras cabezas, a quinientos pies por lo menos, se abría el cráter de un volcán por el que escapaba cada cuarto de hora, con fuerte detonación, una alta columna de llamas mezclada con piedras pómez, cenizas y lava. Yo sentía las convulsiones de la montaña, que respiraba como las ballenas y lanzaba de tiempo en tiempo el fuego y el aire por sus enormes respiraderos. Más abajo, por una pendiente bastante pronunciada, las capas de materias eruptivas se extendían a una profundidad de siete u ochocientos pies, lo que daba al volcán una altura no superior a trescientas toesas. Su base desaparecía en un auténtico macizo de árboles verdes, entre los cuales pude distinguir olivos, higueras y viñedos cargados de racimos dorados.

Desde luego, había que convenir en que aquel paisaje no tenía en absoluto el aspecto de las regiones árticas.

Cuando la mirada franqueaba este cinturón de verdor, iba a perderse rápidamente en las aguas de un mar admirable, o de un lago, que hacía de aquella tierra encantada una isla de unas cuantas leguas de ancho. Por la parte de levante se veía un pequeño puerto, precedido de algunas casas, y en el que barcos de formas particulares se balanceaban con las ondulaciones de las aguas azuladas. Más allá, grupos de islotes sobresalían de la llanura líquida, y tan numerosos, que parecían un gran hormiguero. Hacia poniente, costas alejadas se redondeaban en el horizonte; sobre las unas se perfilaban montañas azules de una conformación armoniosa; sobre las otras, más lejanas, aparecía un cono prodigiosamente elevado en cuya cumbre se agitaba un penacho de humo. Por el norte una inmensa extensión de agua centelleaba bajo los rayos solares, dejando despuntar aquí y allá el extremo de algún mástil o la forma convexa de alguna vela hinchada por el viento.

Lo imprevisto de semejante espectáculo centuplicaba aún más su maravillosa belleza.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos? —repetía yo a media voz.

Hans cerraba los ojos con indiferencia, y mi tío miraba sin comprender.

—Cualquiera que sea esta montaña —dijo al fin—, hace un poco de calor; las explosiones no cesan, y verdaderamente no merecería la pena haber salido de una erupción para recibir un trozo de roca en la cabeza. Bajemos y sabremos a qué atenernos. Además me estoy muriendo de hambre y de sed.

Decididamente, el profesor no tenía un espíritu contemplativo. Por mi parte, olvidando las necesidades y el cansancio, me hubiera quedado en aquel sitio durante largas horas todavía, pero tuve que seguir a mis compañeros.

El talud del volcán presentaba pendientes muy verticales; nos deslizamos por auténticas marismas de cenizas, evitando los arroyos de lava que se alargaban como serpientes de fuego. Mientras bajábamos, yo charlaba con locuacidad, ya que mi imaginación estaba demasiado llena para que me diluyera en palabras.

—¡Estamos en Asia —exclamé—, en las costas de la India, en las islas de Malasia, en plena Oceanía! Hemos atravesado la mitad del globo para venir a parar a los antípodas de Europa.

—¿Y la brújula? —respondía mi tío.

—¡Sí! ¡La brújula! —dije yo un poco confuso—. Si creemos lo que indica, nos hemos dirigido siempre hacia el norte.

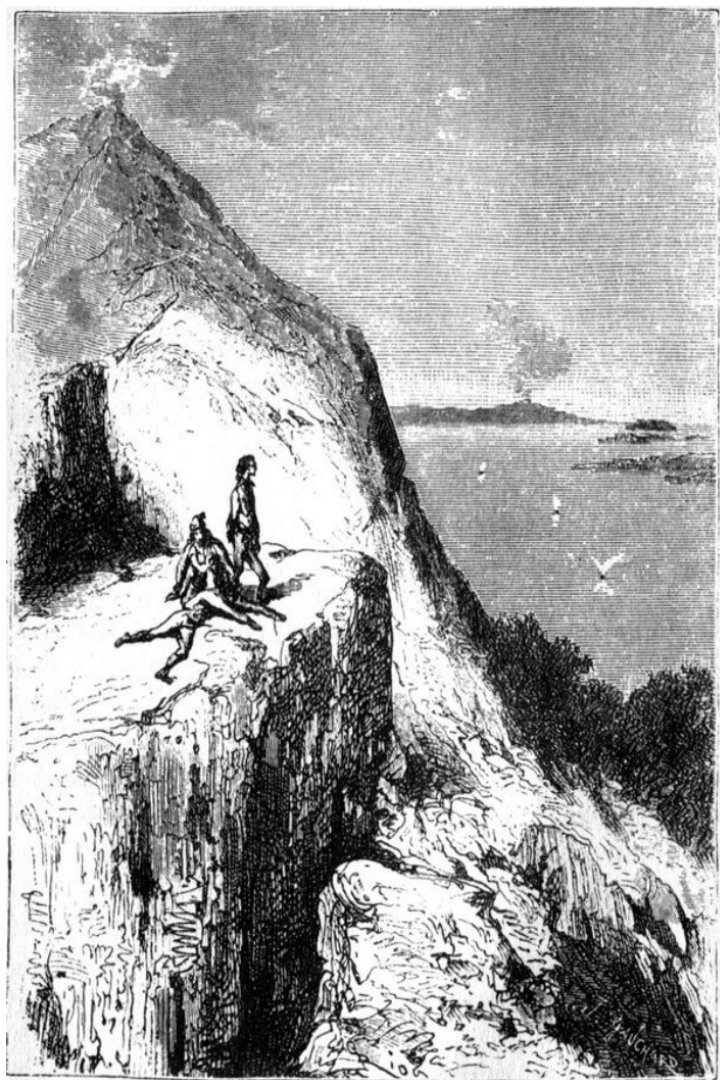
—¿Luego ha mentido?

—¡Oh, mentido!

—¡A menos que esto sea el polo norte!

—¡El polo! No, pero...

Había en todo ello un hecho inexplicable. Yo no sabía qué pensar.



Sin embargo nos acercábamos a aquella franja verde que daba gusto contemplar. El hambre y la sed me atormentaban. Afortunadamente tras dos horas de camino, se ofreció a nuestra vista una bella campiña, enteramente cubierta de olivos, granados y viñas que tenían el aspecto de pertenecer a todo el mundo. Por otra parte, en nuestra indigencia no estábamos para tener miramientos. ¡Qué gozo sentimos al presionar contra nuestros labios aquellos sabrosos frutos y al morder a pleno racimo en aquellas viñas doradas! No lejos de allí, en la hierba, bajo la deliciosa sombra de los árboles, descubrí una fuente de agua fresca, donde nuestros rostros y nuestras manos se hundieron voluptuosamente.

Mientras cada uno de nosotros se abandonaba de este modo a todas las dulzuras del reposo, apareció un niño entre dos olivos.

—¡Ah! —exclamé—. ¡Un habitante de esta feliz región!

Era una especie de chiquillo pobre, miserablemente vestido, bastante necesitado, y a quien nuestro aspecto pareció asustar mucho. En efecto, medio desnudos, con nuestra barba borrascosa, teníamos muy mal aspecto y, a menos que aquel país fuera un país de ladrones, teníamos unas trazas como para asustar a sus habitantes.

En el momento en que el rapaz iba a emprender la huida, Hans corrió tras él y lo trajo hasta nosotros a pesar de sus gritos y patadas.

Mi tío empezó por tranquilizarlo como mejor pudo y le dijo en alemán:

—¿Cómo se llama esta montaña, guapo?

El niño no respondió.

—Bueno —dijo mi tío—, desde luego no estamos en Alemania.

E hizo la misma pregunta en inglés.

El niño tampoco respondió. Yo estaba muy intrigado.

—¿Es que es mudo? —gritó el profesor, quien, muy orgulloso de su poliglótismo, volvió a preguntar en francés.

Idéntico silencio del niño.

—Entonces intentémoslo en italiano —prosiguió mi tío, y en esta lengua dijo—: *Dove noi siamo?*

—¡Sí! ¿Dónde estamos? —repetí yo con impaciencia.

El niño continuó sin responder.

—¡Ah, ya está bien! ¿Hablarás? —gritó mi tío, a quien

comenzaba a ganar la cólera, tirando al niño de las orejas—. *Come si noma questa isola?* [92]

—*Stromboli* —respondió el pastorcillo, escapándose de las manos de Hans y corriendo hacia la llanura a través de los olivos.

¡Ya no pensábamos en él! ¡El Stromboli! ¡Qué efecto produjo en mi imaginación aquel nombre inesperado! Estábamos en pleno Mediterráneo, en medio del archipiélago eólico de mitológica memoria, en la antigua Strongyle, en la que Eolo retenía encadenados los vientos y las tempestades. Y aquellas montañas azules que se redondeaban a levante eran las montañas de Calabria. ¡Y el volcán que se erguía en el horizonte del sur, el Etna, el feroz Etna! [93]

—¡Stromboli! ¡Stromboli! —repetía yo.

Mi tío me acompañaba con sus gestos y sus palabras. Teníamos el aspecto de cantar a coro.

¡Ah, qué viaje! ¡Qué maravilloso viaje! ¡Entrando por un volcán, habíamos salido por otro, y este otro estaba situado a más de mil doscientas leguas del Sneffels, de aquella árida tierra de Islandia arrojada a los confines del mundo! Los azares de la expedición nos habían transportado al seno de los más armoniosos parajes de la tierra. ¡Habíamos abandonado la región de las nieves por las del verdor infinito, y dejado por encima de nuestras cabezas la niebla grisácea de las zonas heladas para volver bajo el cielo azul de Sicilia!.

Después de una deliciosa comida compuesta de frutas y agua fresca, volvimos a ponernos en camino para ir al puerto de Stromboli. Decir cómo habíamos llegado a la isla no nos pareció prudente: el espíritu supersticioso de los italianos no hubiera dejado de ver en nosotros demonios vomitados del seno de los infiernos; tuvimos, pues, que resignarnos a pasar por humildes náufragos. Era menos glorioso pero más seguro.

Por el camino oía murmurar a mi tío:

—¡Pero la brújula! ¡La brújula marcaba el norte! ¿Cómo explicar este hecho?



—A fe que no hay por qué explicarlo —dije con un gran aire de desdén—. ¡Es más fácil!

—¡Vaya, hombre! ¡Un profesor del Johannaum que no encontrase razones para explicar un fenómeno cósmico, sería una vergüenza!

Y hablando así, mi tío, medio desnudo, con su bolsa de cuero en torno a la cintura y enderezándose las gafas sobre la nariz, volvió a ser el terrible profesor de mineralogía.

Una hora después de haber dejado atrás los olivares, llegamos al puerto de San Vincenzo, donde Hans reclamó la paga de su decimotercera semana de servicio, que le fue entregada junto con unos calurosos apretones de manos.

En aquel instante, si bien no compartió nuestra natural emoción, se dejó al menos llevar por un movimiento de expansión extraordinaria.

Con la punta de los dedos apretó ligeramente nuestras dos manos y sonrió.

XLV

Ésta es la conclusión de un relato que se negarán a creer incluso las gentes más acostumbradas a no extrañarse de nada. Pero ya me he vacunado de antemano contra la incredulidad humana.

Fuimos recibidos por los pescadores estrombolianos con todos los miramientos debidos a unos náufragos. Nos dieron ropas y víveres. Después de cuarenta y ocho horas de espera, el 31 de agosto, un pequeño *speronare* nos condujo a Mesina, donde unos días de descanso nos restablecieron de todas nuestras fatigas.

El viernes 4 de setiembre nos embarcamos a bordo del *Voltur*, uno de los buques postales de los servicios de transporte imperiales de Francia, y tres días más tarde tomábamos tierra en Marsella con una sola preocupación en el ánimo: la de nuestra maldita brújula. Este hecho inexplicable no dejaba de preocuparme muy seriamente. El 9 de septiembre por la noche llegamos a Hamburgo.

Renuncio a describir cuál fue la estupefacción de Marthe, cuál la alegría de Graüben.

—¡Ahora que eres un héroe —me dijo mi querida prometida—, ya no tendrás necesidad de dejarme, Axel!

La miré. Lloraba sonriendo.

Dejo al juicio de cada cual si el regreso del profesor Lidenbrock causó sensación en Hamburgo. Gracias a las indiscreciones de Marthe, la noticia de su marcha hacia el centro de la tierra se había extendido por el mundo entero. Nadie quiso creerlo y, al volver a verlo, no lo creyeron de verdad.

Sin embargo la presencia de Hans y varias informaciones llegadas de Islandia modificaron poco a poco la opinión pública.

Entonces mi tío se convirtió en un gran hombre, y yo en el sobrino de un gran hombre, que ya es algo. Hamburgo dio una gran fiesta en nuestro honor. En el Johannaum tuvo lugar una sesión pública en el curso de la cual el profesor relató su expedición y no

omitió más que los hechos relativos a la brújula. El mismo día depositó en los archivos de la ciudad el documento de Saknussem y expresó su vivo pesar de que las circunstancias, más fuertes que su voluntad, no le hubieran permitido seguir hasta el centro de la tierra las huellas del viajero islandés. Fue modesto en su gloria y su reputación creció.

Tantos honores debían necesariamente atraerle envidias. Las hubo, y como sus teorías, apoyadas en hechos comprobados, contradecían los sistemas de la ciencia sobre la cuestión del fuego central, sostuvo con la pluma y la palabra notables discusiones con los sabios de todos los países.

Por mi parte, no puedo admitir su teoría del enfriamiento: a pesar de lo que he visto, creo y creeré siempre en el calor central; pero confieso que determinadas circunstancias, todavía mal definidas, pueden modificar esta ley bajo la acción de fenómenos naturales.

En el preciso momento en que estas cuestiones eran más palpitantes, mi tío experimentó una verdadera pena. Hans, a pesar de nuestra insistencia, había abandonado Hamburgo; el hombre a quien debíamos todo no quiso dejar que le pagásemos nuestra deuda. Sentía nostalgia de Islandia.

—Farval —dijo un día, y con esta sencilla palabra de despedida, salió para Reykjavik, donde llegó felizmente.

Estábamos singularmente apegados a nuestro buen cazador de *eiders*; su ausencia no hará que lo olviden jamás aquellos a quienes salvó la vida, y ciertamente no moriré sin haberle visto otra vez.

Para concluir, debo añadir que este *Viaje al centro de la tierra* provocó una enorme sensación en el mundo. Fue impreso y traducido a todas las lenguas; los diarios más acreditados nos arrancaron de las manos los episodios principales, que fueron comentados, discutidos, atacados, sostenidos con la misma convicción en el campo de los creyentes y de los incrédulos. ¡Cosa rara! Mi tío gozaba en vida de toda la gloria que había adquirido, y hasta Barnum[94] le propuso «exhibirlo» a muy alto precio en los Estados de la Unión.

Pero una molestia, yo diría incluso un tormento, se deslizaba en medio de aquella gloria. Un hecho seguía siendo inexplicable, el de la brújula; ahora bien, para un sabio semejante fenómeno

inexplicado se vuelve un suplicio de la inteligencia. ¡Pues bien! El Cielo reservaba a mi tío que fuera completamente dichoso.

Un día, poniendo en orden una colección de minerales en su gabinete, vi la famosa brújula y me puse a observarla.

Hacía seis meses que estaba allí, en su rincón, sin preocuparse de las inquietudes que causaba.

De pronto, ¡cuál no fue mi estupefacción! Lancé un grito. El profesor acudió.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡La brújula!...

—¿Y bien?

—¡Pues que su aguja indica el sur y no el norte!

—¿Qué estás diciendo?

¡Mire, sus polos están cambiados!

—¡Cambiados!

Mi tío miró, comparó e hizo temblar la casa de un salto soberbio.

¡Qué luz venía a iluminar a la vez su mente y la mía!

—Así pues —exclamó en cuanto recobró la palabra—, desde nuestra llegada al cabo Saknussem ¿la aguja de esta condenada brújula estaba marcando el sur y no el norte?

—Evidentemente.

—Entonces se explica nuestro error. Pero ¿qué fenómeno pudo producir esta inversión de los polos?

—Nada más sencillo.

—Explícate, muchacho.

—¡Durante la tormenta en el mar Lidenbrock la bola de fuego que imantaba el hierro de la balsa sencillamente desorientó nuestra brújula!

—¡Ah! —gritó el profesor con una estrepitosa carcajada—. ¿Fue pues una mala pasada de la electricidad?

A partir de ese día mi tío fue el más feliz de los sabios, y yo el más feliz de los hombres, ya que mi linda virlandesa, abdicando de su condición de pupila, tomó el rango que le correspondía en la casa de Königstrasse en su doble condición de sobrina y de esposa. Es inútil añadir que su tío fue el ilustre profesor Otto Lidenbrock, miembro correspondiente de todas las sociedades científicas, geográficas y minerológicas de las cinco partes del mundo.

FIN

Apéndice

La época

*El despertar
de la ciencia
moderna*

El siglo XIX es para Francia, al igual que para otros países europeos, el factor determinante de su gran potencial industrial actual. A través de sus cambios políticos, convulsiones internas e incluso guerras, la gran máquina científica se ha puesto en marcha, y será precisamente esa ciencia quien empuje al país, anclado aún en su pasado histórico, hacia metas jamás soñadas por la mente de los trasnochados. En el año 1825 *El Productor*, periódico de los sansimonianos, aparecía con este gran titular: «La edad de oro, que una tradición ciega ha situado hasta ahora en el pasado, está entre nosotros». Saint-Simon y su programa industrial van a cambiar a Francia. Bajo el reinado de Luis Felipe, la aristocracia financiera y los banqueros habían acaparado las fuentes del capital en detrimento de la ya floreciente burguesía industrial, que aún seguía siendo conceptualizada como meramente artesanal pese a sus avances mecánicos.

*La primera
batalla*

Con la llegada de la Segunda República en 1848 Francia entera sufre tan fuerte convulsión político-económica, que llegaría a los propios cimientos de la sociedad. La fuerte crisis comenzó a

incubarse en 1846, a raíz de una pésima cosecha de cereales, de las inundaciones del Ródano y del Loira, todo lo cual, unido a la enfermedad de la patata, produjo una fuerte penuria alimenticia en la población, con la consiguiente subida vertical de los precios. El poder adquisitivo del pueblo quedó en su totalidad absorbido por la compra, y en muchos casos el almacenamiento, de productos alimenticios. En 1847 la industria estaba casi paralizada debido a la congelación de los créditos, y el paro se multiplicaba de una forma escandalosa. El régimen de Luis Felipe estaba condenado irremisiblemente a la desaparición, desaparición que precipitó la dimisión del Ministro Guizot, en febrero de 1848, dejando paso franco a la Segunda República, hecho que tuvo una amplia repercusión en toda Europa al desencadenarse la primera batalla de la historia moderna entre una burguesía pseudoaristocrática y decadente y el proletariado. Este fue el campo de batalla que Jules Verne, a sus veinte años, encontró en París al comenzar su carrera de Derecho. Este caldo de cultivo creó los gérmenes necesarios para que, con una velocidad casi vertiginosa, surgiese la figura del industrial, y tras él, en apretada carrera, la ciencia comenzase a dar sus primeros grandes pasos, esa ciencia que haría de Jules Verne su más entusiasta propagandista.

*Nace el
socialismo*

En 1850, el Doctor Guepin publica la obra titulada *Filosofía del Socialismo*, que deja en la personalidad de nuestro autor una profunda huella. Esta obra tenía como subtítulo «Transformaciones en el mundo y en la humanidad», y eso era lo que Verne quería: «*transformar*». Pero ¿transformar qué, si ante sus atónitos ojos las transformaciones se sucedían con velocidad de vértigo?

Las nuevas ilusiones de libertad que trajo consigo la República quedaron truncadas apenas nacer por las represiones de junio de 1848. La débil resistencia que pudieran ofrecer los republicanos quedó rota el 14 de enero de 1852 con la toma del poder y la coronación del aventurero, demagogo y oportunista «Generalísimo del ejército y del orden», Napoleón III. El creador del Segundo

Imperio asestará golpe tras golpe a todas y cada una de las libertades en el santo nombre de Dios y del orden.

*La represión
del Imperio*

Los colegios privados, cerrados por la República, son abiertos; los públicos son puestos en manos del clero; los catedráticos son obligados a jurar fidelidad al régimen so pena de perder su cátedra y marchar al exilio; a todos aquellos que la poseen se los obliga a cortarse la barba por ser signo revolucionario; y, por si todo esto fuese poco, deben someter sus programas de enseñanza a la aprobación del Ministerio de Instrucción Pública.

La prensa, atada de pies y manos, amordazada, tuvo que someterse a la autorización previa, al fondo de garantía y a los derechos de timbre y de correos, por lo que todo artículo que no mereciera la aprobación del poder instituido, llevaba implícita la sanción automática del Ministerio del Interior.

Ante estos hechos, la mayoría de los intelectuales, artistas y estudiantes, se unieron en una fuerte oposición contra el Segundo Imperio, lo que fue causa determinante de dos hechos importantes: la cárcel o el exilio.

*El «Hotel de
las Artes»*

El camino del exilio fue tomado por intelectuales, científicos, artistas y periodistas de la talla de Quinet, Victor Hugo, Arago, Carnot y el editor Hetzel, hombre que, a su regreso del exilio, sería el factor determinante en la vida y la obra de Jules Verne, ya que fue no sólo su descubridor, sino su único editor en la dilatada y fecunda carrera de este escritor. Otros, por el contrario, prefirieron seguir el camino que conducía a la cárcel de Sainte-Pélagie, que en poco tiempo se convirtió en el más importante centro literario y de tertulias políticas de París. Cabe y debe darse en descargo del tirano Napoleón III que los habitantes de Sainte-Pélagie disfrutaban de un

trato altamente preferencial, ya que se les permitía no sólo la instalación de su propio mobiliario en la celda, sino el recibir visitas —incluso femeninas—, asistir a fiestas, dar banquetes, acudir a los teatros, todo ello con la única condición de que se reintegrasen al «Hotel de las Artes» antes de las doce de la noche.

*Renace
la esperanza*

La economía francesa se rehace, el paro comienza a decrecer rápidamente, los empréstitos emitidos por el Estado francés son suscritos rápidamente, iniciándose una carrera desenfadada de especulación bursátil. El industrial, al comprender la importancia que la Bolsa adquiere, recurre a ella dando nacimiento a una nueva figura que permanece hasta nuestros días: «el empresario». La Francia industrial y moderna comienza su rápida andadura. Sin embargo, la ciudad de París está llena de mendigos. ¿Qué hacer con esta lacra que desprestigia al «Guardián del orden europeo»?

*La quimera
del oro*

Marx, en su obra *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, nos lo describe plenamente:

«El 20 de diciembre, Pascal Duprat interpretó al Ministro de Interior sobre la lotería de los lingotes de oro. Esta lotería era “hija del Elysée”. Debía su existencia a Bonaparte y a sus fieles, y el Prefecto de Policía Cartier la había tomado bajo su protección oficial, aunque la ley francesa prohibiese todas las loterías —excepción hecha de las que se asignasen a fines benéficos—. Siete millones de billetes de un franco, bajo el pretexto de destinar los beneficios al pago del transporte a California de los vagabundos de París. Se quería ante todo reemplazar por sueños dorados los sueños socialistas del proletariado parisiense, y por el espejismo del gran premio, el derecho doctrinal al trabajo. Naturalmente, los obreros parisienses no reconocieron bajo el brillo de los lingotes de oro californianos los deslucidos francos que les sacaron de los bolsillos. Se trataba, en suma, de una estafa pura y simple. Los vagabundos que

querían explotar las minas de oro de California sin abandonar París eran el mismo Bonaparte y sus caballeros de la mesa redonda acibillados de deudas. Bonaparte y consortes no se contentaron con embolsarse una parte de la diferencia entre los siete millones y el valor de los lingotes puestos en rifa, sino que además fabricaron billetes falsos, emitieron bajo el mismo número diez, quince o veinte billetes, operación financiera acorde con la calaña de la sociedad del “10 de diciembre”».

Y los mendigos siguieron en París. Es muy posible que este hecho diese lugar al nacimiento de la comedia verniana *Castillos de arena en California*.

*Al fin,
la verdad*

La ciencia, esa ciencia que bulle en la cabeza de Jules Verne, comienza a dar grandes pasos. La geología y la paleontología asientan sus cimientos. Se comienzan las explotaciones polares. El globo aerostático es ya una realidad. La máquina de vapor alcanza la vertiginosa velocidad de cuarenta kilómetros por hora. La teoría de la evolución de las especies se ha extendido como un reguero de pólvora. La electricidad ha sido dominada. ¿Qué más le queda a la ciencia por hacer? ¡Si hasta se ha construido un motor de vapor de cuatro caballos de potencia! La oceanografía ha realizado grandes descubrimientos, mientras la química moderna ha derribado de un solo zarpazo los anticuados conceptos que de ella se tenían. La geografía moderna ha sido creada por Humboldt. ¡Qué inmensa capacidad de conocimientos alberga la Biblioteca Nacional para Jules Verne! ¿Qué irresistible poder ejercen sobre él esas inmensas estanterías llenas de libros científicos para situarlo incluso por encima de un acontecimiento tan importante como la guerra?

En cuanto a la tecnología mecánica se refiere, Prusia [95] era en ese momento la primera potencia europea y la aplicación de sus avances tecnológicos al campo del armamento le daba al mismo tiempo una casi única preponderancia militar. Pero el viejo «Canciller de hierro» no perdía de vista los enormes avances científicos que se realizaban en Francia. Chevreul, Balart, Berthelot, Sainte-Claire, Wurzt y varios más en química. En física Becquerel,

Fizeau, Biot y otro gran etcétera. En medicina Pasteur, Rouxy Calmette y Claude Bernard. En astronomía Arago y Le Verrier. Y en la ciencia madre por excelencia, las matemáticas, el monstruo de Cauchy. Si a esta constelación capaz por sí misma de eclipsar medio mundo, unimos los antropólogos, los filólogos, los historiadores, pintores, escultores, arquitectos, urbanistas y la «crème de la crème» de la narrativa, Victor Hugo, Baudelaire, Mérimée, George Sand, Vigny, Gautier, Nerval, sólo para dar una pequeñísima noción de la inmensa constelación que formaba en esa época la intelectualidad francesa, se comprenderá sin gran esfuerzo mental por qué el «Canciller de hierro» temía profundamente la afluencia francesa en Europa. Entre 1856 y 1860 son creadas en Francia dos instituciones que lanzarán su industria hacia adelante a la velocidad de un obús: el crédito inmobiliario y el crédito mobiliario hacen que Francia, en muy escaso margen de tiempo, se convierta en un grave peligro para los mercados exteriores alemanes; sus compañías de navegación surcan medio mundo trayendo y llevando mercancías ¡incluso a Prusia! La avanzada tecnología de sus máquinas de ferrocarril es exportada hasta la India. Las vacunas de Pasteur inundan el mundo y, ante la moda del yogur, que implantan tanto las jovencitas como las mujeres adultas, Prusia ve decrecer su tesoro interno por el pago de royalties. ¡Esto ya es demasiado: o les paramos los pies, o dentro de diez años Prusia será francesa! Para colmo de sus males, Ferdinand Lessep no sólo termina el canal de Suez, sino que la compañía francesa que lo rige obliga a pagar por el cruce del canal hasta a los barcos prusianos. ¡Ya está bien!

La guerra

Bismark, que lleva casi diez años arengando y preparando a su ejército con nuevo y cada vez más sofisticado material de guerra, consciente de la superioridad militar Prusiana y deseando asentar esta superioridad dentro del contexto europeo que, hasta ese momento, está dominado por Francia, el 19 de julio de 1870 declara súbitamente la guerra. Napoleón III no sólo la aceptó, sino que incluso la precipitó por entender que era la única forma viable capaz de evitar una revolución interior. Cuidando hasta el más

mínimo detalle para la formación de una opinión nacional a través de una propaganda ultranacionalista, consiguió que la declaración de guerra del Imperio Prusiano contra el Imperio Francés fuese aceptada por el cuerpo social de este último con auténtica exaltación popular. ¡El objetivo estaba cumplido! Solamente se alzó contra él una voz lenta, casi parsimoniosa, que en términos mordientes exclamó: «Yo nunca he tenido ganas de sacudir a los prusianos y menos aún de ser sacudido por ellos, lo que muy bien pudiera suceder. Convengamos que, en principio, todos los combatientes valen lo mismo». Era la voz de Jean-Jules Verne Allotte, más conocido como Jules Verne.

El autor

*Primeros
años*

Jean-Jules Verne nació en la isla de Feydeau, anclada en el centro del río Loira, frente a la ciudad de Nantes, como un cetáceo encallado, donde la decadente sociedad de los plantadores de Santo Domingo había instalado sus lujosas mansiones, y cuyas cuantiosas fortunas se habían cimentado básicamente sobre el trabajo, el sudor y la muerte de sus esclavos negros en las plantaciones de caña de azúcar.

El abogado Pierre Verne, padre de Jean-Jules Verne, había instalado su bufete en la ciudad de Nantes a mediados del año 1825, y en el mes de febrero de 1827 contraía matrimonio con Sophie Allotte de la Fuye —descendiente de una familia de armadores enriquecida a base del comercio con las colonias—. Dados los escasos medios económicos del joven abogado, el nuevo matrimonio, típicamente burgués, se instaló en casa de los padres de Sophie, en la mencionada isla de Feydeau.

En esa lujosa casa, el 8 de febrero de 1828, nació el que con el paso del tiempo había de ser uno de los más renombrados escritores franceses del siglo XIX y el creador de la literatura científica y de la novela de ciencia-ficción. Conjugando el entorno ambiental en que se desarrolló su niñez marinera, más su primer intento de fuga a la

edad de 12 años, con objeto de embarcarse como grumete en el buque mixto de carga y pasaje *Coralie*, que debía zarpar con destino a la India; su afición al mar, incluso en navegación en solitario; la compra, una vez reconocida mundialmente su fama como novelista, de dos barcos de recreo, y el conjunto de su obra en la que «la mar» es una constante en todas y cada una de sus obras —incluida *Viaje al centro de la Tierra*, en la que, por obra y gracia de su fértil imaginación, hace surgir en las entrañas del globo terráqueo el inmenso mar Lidenbrock, para justificar la explicación científica del comportamiento de algunos animales prehistóricos—, los hechos nos llevan a deducir que Jules Verne sintió hasta el fin de sus días la llamada profunda, constante y a veces obsesiva del inconmensurable espacio marino, de su vociferante silencio, de su inextinguible, permanente y mutante concepto de la vida. Todo esto unido a su volcánica paginación, en la que el más elemental suceso producía una descarga impresionante de hechos, situaciones y elucubraciones que, sumadas a los profundos conocimientos científicos que de su época tenía, más su capacidad «casi extrasensorial» de lo por venir, hacen de Jules Verne uno de los autores más leídos, traducidos e investigados del siglo XIX, incluso por encima de ese gran literato coetáneo suyo, Alexandre Dumas padre.

*Racionalismo
y premonición*

La literatura científica de Jules Verne en muchos casos se anticipó casi cien años a las realidades que, con el paso del tiempo, nos ha ido ofreciendo la capacidad científica del tal amado «homo sapiens».

Jules Verne fue y ha sido conocido —mal conocido, desde luego— como el educador de la juventud, básicamente debido a su forma aparentemente intrascendente y aventurera de concebir el relato novelístico. ¡Nada más lejos de la verdad real! Y como para muestra vale un botón, aduzco literalmente unos pasajes de las cartas cruzadas entre su editor, Hetzel, y el propio escritor con respecto a la obra *Veinte mil leguas de viaje submarino*:

«Por el contenido de su misiva sobre mi última novela *Veinte mil leguas de viaje submarino*, deduzco que se muestra usted sobresaltado y algo pusilánime al descubrir que el personaje del capitán Nemo vive sostenido por un odio implacable. Comprendo que, a su entender, no sea demasiado educativo para los niños mostrarles el odio, pero es un hecho incuestionable que el odio existe no solamente entre individuos, sino también entre naciones. Lo que usted me indica de posar el *Nautilus* sobre un fondo movedizo del que no pueda evadirse más que echando a pique el acorazado por el que ha sido perseguido y cañoneado sin previo aviso, no está bien, porque existen dos grandes dificultades. Primera: si el *Nautilus* se deja atrapar en ese fondo, es prueba evidente de que no es el barco más perfecto jamás fabricado y de que su capitán es aún menos perfecto que el barco, cuando a través de todo el relato queda demostrada la absoluta perfección de ambos. Segunda, concordante con la anterior: si el *Nautilus* está varado y no puede evadirse más que pasando por encima del acorazado, es que no existe suficiente profundidad de agua, y sin profundidad el hundimiento del acorazado y sus descripciones posteriores son realmente imposibles. Es más, como aclaración definitiva a cuanto está escrito, me remito estrictamente a las palabras que el capitán Nemo dice al doctor Aronnax, no como justificación del hecho, sino como realidad clara de sus propios sentimientos: “¡Yo soy el derecho y la justicia! ¡Yo soy el oprimido y él, el opresor! Por causa de él todo cuanto he amado, creado, querido y venerado, patria, hijos, esposa, padres, todo ha perecido. Cuanto yo odio está ahí, provocándome nuevamente”».

De este hecho se deduce claramente que el editor Hetzel, por miedo a la férrea censura que ejercía Napoleón III, viera en el personaje del capitán Nemo motivo suficiente para no poder editar el libro y propusiese a Jules Verne esta solución; solución que fue rechazada por el autor, dando una vez más prueba de su portentoso carácter de hierro, que no se doblegaba ante nada ni ante nadie.

El rebelde

El rebelde Jules Verne, el inflexible, el eterno solitario, el rebelde constante frente a todo y frente a todos, tuvo un destino bastante amargo en lo personal. Su padre, Pierre Verne, burgués acomodado, de acendradas ideas cristianas, siguiendo las

costumbres de la época dispuso que su hijo primogénito, Jules Verne, debería seguir la carrera de leyes y sucederle como propietario del bufete, para lo cual lo hizo ingresar, en unión de su hermano Paul, un año menor que él, en el pensionado de la señora Sambian, a fin de realizar sus primeros estudios. Al cumplir nueve años, y con la familia Verne completa —ya que en ese espacio de tiempo habían nacido sus hermanas Anne, Mathilde y Marie, y su padre había comprado una casa de campo en Chatenay, cerca de Nantes—, es internado junto con su hermano Paul en el seminario de Saint-Donatien para continuar sus estudios. Pero fue precisamente en esa nueva y flamante casa donde el joven Jules Verne sufriría su primer gran desengaño, desengaño que marcaría para siempre su conducta de solitario y quizá también el motivo de que, a lo largo de toda su extensa producción literaria, sean muy pocos los personajes femeninos que en ella aparecen.

Primer desengaño

El encuentro con su prima Caroline hace nacer en el joven corazón de Jules Verne un amor tan fuerte y apasionado por ella, que durará incluso después de que ésta, estando casi prometida con Jules Verne y viendo que el futuro de su primo se presenta lejano y que con diecisiete años comienza a frecuentar una tertulia literaria existente en una vieja librería de Nantes y escribe su primera tragedia en verso, decida casarse con un joven bien acomodado de la ciudad. Jules Verne, desesperado, se sume en un profundo y hosco silencio, recluyéndose cada vez más en sí mismo, y, aunque su padre deseaba que estudiase leyes en su propio bufete, a la vista de los profundos sufrimientos de Jules Verne, decide mandarlo a París para iniciar allí la carrera. En carta dirigida a un amigo y compañero, Jules desahoga todo el profundo dolor que lo embarga: «Me voy, puesto que me han engañado y no me han querido, pero unos y otros verán de qué está hecho este pobre muchacho llamado Jules Verne». La personalidad de este gran hombre ha comenzado a fraguarse. Su vocación literaria se acrecienta y, como la capital del teatro está en París, allí encamina sus pasos bajo la coartada de sus

estudios de Derecho. Al fin también su padre lo ha vencido, pero, a cambio de esas dos dolorosas derrotas, había alcanzado por primera vez la libertad.

*Por fin en el
camino*

A partir de su instalación en París, el joven Jules Verne se lanza decididamente hacia su verdadero camino. Conoce a Alexandre Dumas, se hace miembro del «Club de los once sin mujeres», escribe dos dramas históricos, que no son representados, *Un drama bajo la Regencia* y *La conspiración de la pólvora*. Jules Verne no se desanima por esto y escribe una comedia ligera, *Las pajas rotas*, que no solamente consigue estrenar, sino que alcanza veinte representaciones. Para él, el camino del éxito ha comenzado. Sin embargo, una vez más su padre tratará por todos los medios a su alcance de que abandone la literatura. ¿Y qué mejor forma para conseguirlo que reducirle la pensión al mínimo indispensable? Jules Verne no se arredra, estudia de día y escribe por la noche y, casi sin darse cuenta, consigue con éxito su título de abogado. Su padre ha triunfado nuevamente y lo conmina a dejar París y marchar a Nantes para ponerse, junto con él, al frente del bufete. El momento de la verdadera decisión ha llegado. Si obedece a su padre y marcha a Nantes, su vida literaria habrá terminado para siempre. Si se queda en París sin la pensión de su padre, ¿de qué vivirá? Escribe una y otra vez a su padre rogándole que le permita permanecer en París y no le retire la pensión, hasta que por fin éste, al ver que todas sus advertencias, sus presiones, sus coacciones y hasta sus anatemas chocan frontalmente con la firme decisión de Jules Verne, accede a mantenerle la pensión en calidad de préstamo. ¡Por fin su vocación ha triunfado nuevamente! Ahora está seguro de que puede y debe escribir. ¿Pero qué? Su teatro no le gusta porque su imaginación no puede sujetarse al espacio y al tiempo escénicos. Sin embargo, la ciencia lo atrae profundamente, y hasta ahora, que él sepa, nadie ha escrito novelas científicas. Es un camino nuevo que requiere un nuevo concepto literario y unos profundos conocimientos, amén de un inmenso fichero. La tarea, por lo tanto,

será lenta, laboriosa y muchas veces ingrata. Pero en la mente de Jules Verne ya está perfectamente definido el camino a seguir: será el pionero de la novela científica.

*La puerta se
entreabre*

Para ayudar a la pequeña pensión que su padre le pasa y poder así comprar la mayor cantidad posible de libros, colabora como redactor en la *Magazine Pittoresque*, publica en el *Musée des Families* su primera novela corta, *Martín Paz* —historia pseudo-romántica sobre el Perú colonial—, y en 1852 publica en la misma revista otra obra titulada *Castillos de arena en California*, sátira sobre la fiebre del oro tan en boga en aquellos momentos. Como con estos trabajos no conseguía el dinero suficiente para poder vivir con el decoro necesario, aceptó la proposición de su amigo Jules Seveste para trabajar como secretario en el nuevo Teatro Lírico dedicado a la ópera cómica, lo cual aprovecha Jules Verne para, en colaboración con el compositor Aristide Hignard y su amigo Michel Carré, escribir una ópera bufa titulada *Collin-Maillard*, que fue estrenada en el mismo teatro el 21 de abril de 1853, llegando la obra a representarse unas cuarenta veces. Pero esta nueva incursión en el mundo literario-musical tampoco satisfizo a Jules Verne por considerarlo un género menor, a pesar de que le facilitase el dinero necesario para comprarse dos camisas, ya que sólo disponía de una y en muy malas condiciones, según comenta en carta dirigida a su madre: «Sí, iré a ver a Madame Laborde, te lo he prometido. Pero tienes ilusiones extrañas sobre mis camisas. Me aconsejas que les haga poner pecheras. Pero, querida mamá, si ni tan siquiera tienen trasera. A esto me contestarás que la señora baronesa no se dará cuenta. No seré tan presuntuoso como para llevarte la contraria. Pero sufro crueles insomnios por esta falta de cubre-pechuga. Créeme que no lo veo todo negro, lo veo todo en camisa y, según me han dicho, tan sólo las mujeres hermosas son agradables de ver de esta guisa». Siempre su constante inconformismo frente a su propia producción y su aparente acatamiento de lo que él denominaba «hechos naturales».

Continúa aumentando sus conocimientos científicos y rellenando ficha tras ficha, robando horas al sueño, hasta que en un momento dado su salud se resiente gravemente y sus dolores de cabeza y de oídos se transforman en una parálisis facial que le deja la boca torcida y un ojo casi cerrado. Estos mismos síntomas reaparecerán a lo largo de toda su vida siempre que realice un trabajo excesivo.

*Amor
y negocios*

En la primavera de 1856 Jules Verne va a Amiens para asistir a la boda de un amigo suyo y allí, precisamente allí, ha de encontrar a la que sería su mujer, Honorine, de la misma edad que Jules, viuda y con dos hijas, su padre militar jubilado. Relacionada con toda la burguesía de la ciudad, parece ser para Jules Verne el ideal necesario para salir de su penuria económica, lo cual se traduce en hechos, cuando el hermano de Honorine le ofrece la posibilidad de participar como socio capitalista al cincuenta por ciento en una agencia de bolsa a cambio de una aportación de cincuenta mil francos. ¿Dónde conseguir tan elevada cifra? Jules piensa en buena lógica que, si en dos ocasiones más difíciles con tenacidad y valor ha conseguido romper la resistencia de su padre, esta vez también lo conseguirá, y comienza la lucha. Jules Verne explica a su padre con todo detalle lo que desea, le envía informes, le pone al corriente de que no desea dejar la literatura pero que necesita fervientemente una situación desahogada y una esposa para poder aspirar a la misma felicidad que él tiene. Esta última argumentación consigue quebrantar la resistencia de su padre, y tras un corto aprendizaje entra a formar parte de la agencia de cambio y bolsa Eggly.

El día 10 de enero de 1857, Jules Verne y Honorine se casan en París en la iglesia de Saint-Eugène, ante la presencia de una veintena de invitados. Esta forma de contraer matrimonio irrita profundamente a Pierre Verne, que la considera casi clandestina y fuera de todo protocolo burgués, al mismo tiempo que critica duramente la extravagante indumentaria con que su hijo contrae matrimonio: un traje absolutamente blanco y unos guantes negros.

Una vez conseguida la tranquilidad económica, Jules Verne se

lanza en tromba a la consecución de una meta que va ve cercana. Se levanta a las seis de la mañana, escribe hasta las diez, guarda sus cuartillas y se encamina a la bolsa, y las tardes las dedica a estudiar y a aumentar su fichero técnico en la Biblioteca Nacional. Mientras todo esto sucede, en sus cuartillas está tomando forma su primera gran novela. Entre tanto, estrena en 1860 la opereta *Señor chimpancé* y en 1861 *Once días de asedio* en colaboración con Wallut.

*Al fin
el triunfo*

El 3 de agosto de 1861 nace el pequeño Michel Verne, su único hijo. Pero la fecha crucial en la vida de Jules Verne sería la de octubre de 1862, cuando, sentado frente al editor Hetzel, tiembla de miedo al oírle decir mientras blande su manuscrito: «No está mal, no está mal, pero hágame de esto una verdadera novela, déle humanidad, acción concreta, dramatismo y le firmaré un contrato». Jules Verne llega a su casa loco de alegría, se encierra en su despacho, toma el manuscrito, y en veinte días escasos está nuevamente sentado frente a Hetzel. El nuevo manuscrito encanta al editor, quien interroga a Jules Verne sobre todo lo que puede y quiere escribir. La imaginación, durante tantos años contenida, los cientos y cientos de horas de estudio, los títulos de las obras que ya tiene esquematizadas hacen ver al editor que se encuentra frente a un verdadero talento iliterario, y le firma un contrato en el que Jules Verne se compromete a entregarle tres novelas al año por el precio de 1925 francos volumen. Tan sólo queda un pequeño problema. ¿Cómo titularán la colección? Jules Verne no lo duda un instante. Se llamará «Viajes extraordinarios». Con la aparición en el año 1863 de su primer manuscrito, *Cinco semanas en globo*, al que la crítica acoge con enorme entusiasmo, aparece por fin en la escena literaria mundial un nuevo genio que trae bajo el brazo un género literario hasta entonces desconocido. A esta su primera novela siguieron *Viaje al centro de la tierra*, *De la tierra a la luna*, *Aventuras del capitán Hatteras*, y un inmenso etcétera. Por fin se habían acabado para Verne los desengaños, las tribulaciones y las

penas.

*Continúa la
tragedia*

Nada más lejos de la verdad. El 9 de marzo de 1886, su sobrino, Gaston Verne, hijo de su hermano Paul y perturbado mental, al entrar Jules Verne en su casa le pide ayuda contra unos atacantes inexistentes. Ante la negativa de su tío, saca un revólver y le dispara dos tiros, a consecuencia de los cuales queda cojo. Jules sigue escribiendo, aunque se vuelve todavía más huraño y desconfiado, y sólo culminará su obra cuando el 24 de marzo de 1905, cojo, casi ciego por causa de las cataratas, sordo de un oído y diabético, muera en Amiens. Jules Verne, un hombre íntegro, solitario, inmenso trabajador, tan grande, que después de su muerte se publicaron ocho manuscritos de novelas inéditas, sin contar aquellos que, junto con gran parte de su correspondencia y esbozos, quemó antes de morir.

La obra

*¿Ficción o
realidad?*

Viaje al centro de la tierra, cuya primera edición fue lanzada al mercado por el editor Hetzel en París a principios del año 1864, es sin duda alguna una de las novelas más imaginativas y menos científicas salidas de la pluma de Jules Verne. Partiendo de un argumento inverosímil aun en nuestros días, y haciendo tomar al lector el papel del escéptico sobrino Axel, nos conduce de la mano, a golpes de dramatismo, a través de intrincados laberintos, descensos en rappel, navegaciones en un inmenso mar interior sobre una frágil balsa construida con troncos de madera unidos entre sí por cuerdas y algún que otro clavo, hasta que por fin, y cabalgando sobre la lava ardiente de una erupción volcánica, nos hace ver el espléndido sol mediterráneo desde la cima del volcán Stromboli,

saliendo por una de sus chimeneas montados sobre unos troncos que al simple contacto con la ardiente lava hubiesen sido convertidos en cenizas en pocos segundos. Si a esto unimos que la temperatura máxima en el interior del cono de la chimenea es sólo de

70°,

según nos cuenta Axel, hecho totalmente imposible, ya que los materiales en fusión por los que son arrastrados tienen una temperatura superior a los mil grados centígrados, podemos perfectamente apreciar cómo, al plantearse esta novela, Jules Verne se despreocupa de los grandes detalles lógicos —no de los científicos— con el único objeto de plantearnos dos eternas luchas: la del hombre frente a la naturaleza por un lado y, la más dura, cruel e inhumana lucha que pueda existir: la del científico que, aun con riesgo de su propia vida, demuestra que sus teorías son reales. Oigamos por boca del doctor Lidenbrock la primera de estas verdades:

El reto

«¡Los elementos conspiran contra mí! ¡El aire, el fuego y el agua —obsérvese que cita textualmente los tres elementos fundamentales de los alquimistas— aúnan sus esfuerzos para oponerse a mi paso! ¡Pues bien, ya se verá lo que puede mi voluntad! ¡No cederé, no retrocederé ni un paso y veremos quién puede más, si el hombre o la naturaleza!» (cap. XXXVII).

Pues bien, esta frase rotunda, casi soberbia, es el reto sistemático que a través de los tiempos el hombre ha lanzado constantemente frente al medio natural. Desde el «*homo erectus*» hasta el «*homo sapiens*» todos, en uno u otro momento de nuestra vida, hemos lanzado este reto frente a algo que, en principio, se oponía a la consecución de nuestros objetivos, ya que, de no ser así, no hubiesen existido los Galileo Galilei, los Newton, los Einstein, los Openheimer, los Miguel Angel, los Darwin y un inmenso etcétera en los anales de la historia de la humanidad.

La censura

Analicemos ahora la segunda verdad de Jules Verne al plantearse *Viaje al centro de la tierra*. Verne, a pesar de proceder de una familia eminentemente burguesa, es el prototipo del revolucionario eterno y, como bajo la dictadura de Napoleón III todo literato que no pudo emigrar de Francia fue a engrosar el número de presos por delitos de opinión, trató este tema no como un hecho conocido por un sabio de renombre universal, sino más bien como un gran fallo de ese universal sabio que es el profesor Lidenbrock, con el objeto aparente de desmitificar ante la censura la actuación de un gran intelectual y consecuentemente la de los demás pensadores encarcelados. Del mismo modo, la quema de libros en la hoguera inquisitorial se coloca en el siglo XVI, y se hace víctima a la biblioteca y las teorías de un sabio ficticio: Arne Saknussem.

*La técnica
narrativa*

¿Son únicamente estos dos planteamientos los que interesan a Jules Verne al escribir *Viaje al centro de la tierra*? Desde luego que no. Al ser la novela un relato en primera persona a través de Axel, el sobrino, trata por todos los medios a su alcance de identificarse con sus lectores o que sus lectores se identifiquen con él en el curso de sus peripecias, alejando de esa forma la imaginación del lector de un hecho que, aunque épico, es completamente inverosímil y absolutamente irrealizable. De aquí que sea precisamente él quien sufra, llore, esté a punto de morir de sed, sufra ataques de histeria, de miedo, sea escéptico ante el entusiasmo de su tío y se entusiasme hasta el delirio, cuando éste lo pone frente a pechos consumados y a verdades indiscutibles con la mayor naturalidad del mundo. Es aquí donde el Jules Verne narrador muestra su enorme capacidad para captar al lector e introducirlo en el relato, desviándolo por completo de los errores que él mismo sabe debe cometer en esta novela, sobre todo al darle un final feliz en el que el público-Axel se casa con una bella joven, valiente, buen ama de casa y fiel a su amado. Es decir, el ideal de todo hombre. Pero no por ello hemos de pensar que *Viaje al centro de la tierra* está escrita solamente

para el sexo masculino. El joven poco maduro que partió para realizar el viaje vuelve convertido en un hombre sensato y cargado de fama. ¿Qué más puede pedir una jovencita? Como se ve, todo está perfectamente pensado, calculado y medido, lo que prueba que nos encontramos frente a un gran narrador con un cerebro extraordinariamente lógico.

*El tesón
en la ciencia*

Pasemos ahora a analizar al profesor Otto Lidenbrock Este viejo profesor solitario, cascarrabias, ligeramente tartamudo, bastante dado a soltar tacos, cuando una palabra compleja se le atraganta, ¿quién es realmente? ¿Un pacífico profesor Lidenbrock en las entrañas de la tierra? Minera-simple profesor de mineralogía, por muy sabio que sea en su tema, ¿cómo conoce a la perfección la obra del gran alquimista Arne Saknussem? Jules Verne lo justifica por la compra de un viejo manuscrito en la tienda de un «estúpido judío» que contiene un criptograma en su interior de muy dudosa identificación en cuanto a la autoría del mismo.

*La búsqueda
de la verdad*

¿Por qué entonces se lanza a tan descabellado viaje basándose en la hipótesis de que el autor sea el famoso alquimista? ¿De dónde proviene la riqueza con que vive un profesor de Instituto? ¿Por qué entre la gran cantidad de dinero que lleva en su viaje, la mayoría corresponde a monedas de oro? ¿Qué es lo que va a buscar realmente el profesor Lidenbrock en las entrañas de la tierra? ¿Minerales? No, puesto que Axel no nos indica a través de todo el relato que su tío recogiese ni una sola muestra. ¿Fósiles? Tampoco, porque es Axel el único que recoge un fósil para demostrar a su tío en qué terreno prehistórico se encuentran. Entonces ¿qué busca el profesor? Algo mucho más trascendente para él: busca las fuentes del conocimiento que convirtieron a Arne Saknussem en un gran

alquimista. ¿La piedra filosofal? ¡Justamente! Pero no esa tan mal llamada piedra filosofal que transmuta cualquier metal en oro, sino otra mucho más poderosa, aquélla que a través de la purificación del análisis intelectual sitúa a cualquier hombre por encima de los demás, la inteligencia pura capaz de comprender todo cuanto de hermoso y feo, de bueno y malo, de grande y pequeño se encuentra no ya en el seno de la propia naturaleza, sino en la naturaleza del propio ser humano. En una palabra: el conocimiento por el conocimiento puesto únicamente al servicio del que desea alcanzar la sabiduría.

*La humildad
de la
inteligencia*

Analicemos en fin al último de los tres personajes que descienden al centro de la tierra: el sumiso, obediente, sufrido y siempre callado Hans. ¿Cuál es el papel que Jules Verne asigna a Hans en esta novela? Para nosotros esta claro. Hans es el contrapunto de la incredulidad de Axel —el público— frente a un hecho que sus mentes no son capaces de asimilar como lógico. Es el hombre que, en lugar de poner cortapisas a cualquier acto, intenta por todos los medios a su alcance colaborar en su consecución. ¿Qué explicación podemos dar a este hecho? A nuestro entender es muy simple. Hans es la inteligencia natural e intuitiva, ávida de nuevos conocimientos que puedan enriquecerla. Por eso obedece con toda presteza cualquier indicación del profesor y desobedece claramente las contadas órdenes que Axel le da. ¡Qué hermosa lección de humildad, fe y libertad nos enseña Jules Verne a través de este personaje!

Estilo

Pero toda esta materia subterránea se nos sirve de una forma novelesca. Ya hemos hablado del punto de vista del narrador y de la doble función que Verne le asigna como catalizador del público y

como crítica larvada frente a las posiciones reaccionarias, obstinadas, enemigas del progreso y de la audacia en el pensar. También el estilo del narrador ofrece dos aspectos. En ocasiones se muestra sosegado, incoloro, casi anodino, y las descripciones se limitan a dar fe de lo que se observa: tenemos entonces la frase larga, los períodos plurimembres, la puntuación meramente funcional, y algún comentario al margen o breves digresiones más o menos científicas sobre la materia. Pero hay otros momentos en que la tensión dramática aumenta de temperatura, como si también ella se acercara a los desconocidos focos de calor, y entonces cambia por completo la pluma del narrador: la frase se vuelve nerviosa, agresiva, de una brevedad tan inquietante, que parece gemir hasta la sintaxis; la puntuación se acorta, la oración queda reducida al hueso, a veces hasta desaparece el verbo. Así, encontramos sucesiones de frases yuxtapuestas: «Eran las ocho de la tarde. Seguía faltándonos el agua. Yo sufría terriblemente. Mi tío caminaba delante. No quería pararse. Aguzaba el oído para sorprender el murmullo de algún manantial. ¡Pero nada!»

(cap. XXII).

«Se levantó. Tomó la lámpara. Lo seguí. Se dirigió hacia la muralla. Yo lo contemplaba»

(cap. XXIII).

«Volví sobre mis pasos. Anduve durante un cuarto de hora. Miré. Nadie. Llamé. Ninguna respuesta»

(cap. XXVI).

O adjetivos, verbos y sustantivos en asíndeton: «Creyó sorprender palabras vagas, imperceptibles, lejanas... Llegué a captar palabras inciertas, raras, incomprensibles... Escuché esperé en la sombra una respuesta, un grito, un suspiro»

(cap. XXVIII).

Este modo de narrar casi telegráfico es habitual en el «diario de a bordo» de Axel

(caps. XXXII. XXXV),

donde el tipo de notas de urgencia y los verbos en presente nos acercan el acontecimiento a los ojos de modo singular.

Si Verne ha forzado el estilo, como ha forzado la verosimilitud en aras de la imaginación y el símbolo también ha forzado el lenguaje. Diríase que lo que narra o describe es tan desmesurado, tan imposible, que por momentos la lengua heredada no le basta. Y así inventa palabras, en general de significado deducible, como «osífero», «lávica», «contranaves»; otras más violentas, como «extumescencia» o «substrucción», y hasta el bellísimo vocablo «terrestrial», que da una idea fantasmagórica del lugar en que se encuentran los personajes. Voces todas que se han respetado en la traducción, y que el lector buscará en vano en otras traducciones consideradas *a priori* como incuestionables.

*Un nuevo
género
literario*

A la vista de todo cuanto antecede ¿quién puede afirmar sin miedo al error que Jules Verne fue única y exclusivamente un escritor científico? Creemos que nadie, sobre todo si se tiene en cuenta que en su época Francia reunía una de las mayores constelaciones de literatos tan famosos como Victor Hugo, Musset, Lamartine, Dumas padre, Balzac, Mérimée, George Sand, Sainte-Beuve, Janin y un largo etcétera.

¿Por qué en medio de esta pléyade de luminarias las obras de Jules Verne son traducidas una tras otra con la tinta aún fresca a casi todos los idiomas? ¿Por qué las obras de Jules Verne consiguen tiradas muy superiores a las del maestro sagrado Alexandre Dumas? Creemos que la explicación es clara: porque Jules Verne consigue fundir en sus obras la gran corriente romántica de la época con el cientifismo más puro y aséptico, creando un nuevo concepto del Romanticismo más acorde con su época: «El realismo romántico».

Eduardo DEL TÍO

Bibliografía

* Prepublicadas en la revista *Le Magasin illustré et de récréation d'éducation*

** Prepublicadas en la revista *Musée des familles*.

Con «s.a.» indicamos «sin año» aunque la publicación castellana es próxima a la edición original.

Además de las novelas y el teatro, escribió Verne letras de canciones —de las que se conservan poco más de veinte— discursos, artículos y otro tipo de ensayos. En momentos de distracción, hizo incluso textos de logogrifos y crucigramas: entre sus papeles se han encontrado de tres a cuatro mil de estos divertimentos.

AÑO	TÍTULO ORIGINAL	TÍTULO CASTELLANO
	Narrativa	
1863	<i>Cinq semaines en ballon</i>	<i>Cinco semanas en globo</i> (s.a.)
1864	<i>Voyage au centre de la Terre</i>	<i>Viaje al centro de la Tierra</i> (1867)
1865	<i>De la Terre à la Lune</i>	<i>De la Tierra a la Luna</i> (1882)
1866	<i>Voyages et Aventures du capitaine Hatteras</i> (2 t.)*	<i>Aventuras del capitán Hatteras</i> (s.a.)
67/68	<i>Les Enfants du Capitaine Grant</i> (3t.)*	<i>Los hijos del capitán Grant</i> (s.a.)
69/70	<i>Vingt Mille Lieues sous les mers</i> (2 t.)*	<i>Veinte mil leguas de viaje submarino</i> (1868-70).
1870	<i>Autour de la Lune</i>	<i>Alrededor de la Luna</i>

		(1921)
1871	<i>Une Ville flottante</i>	<i>Una ciudad flotante</i> (1880)
1872	<i>Aventures de trois Russes et de trois Anglais*</i>	<i>Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el África Austral</i> (1879)
1873	<i>Le Tour du Monde en quatre-vingts jours</i>	<i>La vuelta al mundo en ochenta días</i> (1873)
1873	<i>Le pays des fourrures</i> (2 t.)*	<i>El país de las pieles</i> (1873)
1874	<i>Le Docteur Ox</i> — Contiene además: <i>Maître Zacharius</i>	<i>El Doctor Ox</i> —Contiene además: <i>Maese Zacarías</i>
	<i>Un drame dans les airs</i>	<i>Un drama en los aires</i>
	<i>Un hivernage dans les glaces</i>	<i>Un invierno entre los hielos</i>
	<i>Les Forceurs de blocus</i>	<i>Los forzadores del bloqueo</i> (1886)
1874	<i>L'Ile mystérieuse</i> (2 t.)*	<i>La isla misteriosa</i> (1883)
1875	<i>Le «Chancellor»</i>	<i>El «Chancellor»</i> (s.a.)
1876	<i>Un Drame au Mexique</i>	<i>Un drama en México</i> (1879)
1876	<i>Michel Strogoff</i> (2 t.)*	<i>Miguel Strogoff. De Moscú a Irkutsk</i> (1876)
1877	<i>Les Indes Noires</i>	<i>Las Indias negras</i> (1877)
1877	<i>Hector Servadac</i> (2 t.)*	<i>Héctor Servadac</i> (1877)
1877	<i>Martin Paz</i> **	<i>Martín Paz</i> (1880)
1878	<i>Un capitaine de quinze ans</i> (2 t.)*	<i>Un capitán de quince años</i> (1878)
1878	<i>La Découverte de la Terre</i>	<i>Los descubrimientos del globo</i> (1879)
1879	<i>Les Grands Navigateurs du XVIII siècle</i> (2 t.)	<i>Los grandes navegantes del siglo XVIII</i> (1888)
1879	<i>Les Tribulations d'un</i>	<i>Las tribulaciones de</i>

	<i>Chinois en Chine</i>	<i>un chino en China</i> (s.a.)
1879	<i>Les Cinq Cents</i>	<i>Los quinientos</i>
	<i>Millions de la Béguin</i> *	<i>millones de la</i> <i>princesa</i> (1879)
1880	<i>Les Voyageurs du XIX</i>	<i>Los grandes</i>
	<i>siècle</i> (2 t.)	<i>exploradores del siglo</i> <i>XIX</i> (1881)
1880	<i>La Maison à vapeur</i> (2 t.)*	<i>La casa de vapor</i> (1882)
80/81	<i>La Jangada</i> (2 t.)	<i>La Jangada</i> (s.a.)
1882	<i>Le Rayon vert</i>	<i>El rayo verde</i> (1884)
1882	<i>Dix Heures en Chasse</i>	<i>Diez horas de caza</i> (1888)
1882	<i>L'École des</i>	<i>Escuela de tos</i>
	<i>Robinsons</i> *	<i>Robinsones</i> (1884)
1883	<i>Kéran le Têtu</i> (2 t.)*	<i>Kerabán el testarudo</i> (s.a.)
1884	<i>L'Archipel en feu</i>	<i>El archipiélago de</i> <i>fuego</i> (s.a.)
1884	<i>L'Etoile du Sud</i> *	<i>La estrella del Sur</i> (1886)
1885	<i>Mathias Sandort</i>	<i>Matías Sandort</i> (1894)
1885	<i>L'Épave du «Cynthia»</i> (con André Laurie)	<i>El naufragio del</i> <i>«Cynthia»</i> (1887)
1886	<i>Robur-le-Conquérant</i>	<i>Robur el conquistador</i> (s.a.)
1886	<i>Un billet de loterie</i> — Contiene además: <i>Frritt-</i>	<i>Un billete de lotería</i> — Contiene además: <i>Frritt-</i>
	<i>Flacc</i>	<i>Flacc</i> (s.a.)
1887	<i>Nord contre Sud</i> (2 t.)*	<i>Norte contra Sur</i> (s.a.)
1887	<i>Le Chemin de France</i> —Contiene además: <i>Gil</i>	<i>El camino de Francia</i> —Contiene además: <i>Gil</i>
	<i>Braltar</i>	<i>Braltar</i> (s.a.)
1888	<i>Deux Ans de</i> <i>vacances</i> (2 t.)*	<i>Dos años de</i> <i>vacaciones</i> (1888)
88/89	<i>Famille-Sans-Nom</i> (2 t.)	<i>Familia sin nombre</i> (1889)
1889	<i>Sans Dessus Dessous</i>	<i>El secreto de Maston</i>

		(1967)
1890	<i>César Cascabel</i> (2 t.)*	<i>César Cascabel</i> (s.a.)
1891	<i>Mistress Branican</i> (2 t.)*	<i>Mistress Branican</i> (s.a.)
1892	<i>Le Château des Carpathes</i> *	<i>El castillo de los Cárpatos</i> (s.a.)
1893	<i>Claudius Bombarnac</i>	<i>Claudio Bombarnac</i> (1956)
1893	<i>P'tit Bonhomme</i> (2 t.)*	<i>Aventuras de un niño irlandés</i> (1894)
1894	<i>Mirifiques aventures de Maître Antifer</i> (2 t.)*	<i>Maravillosas aventuras de Antifer</i> (1895)
1895	<i>L'Ile à hélice</i> (2 t.)*	<i>La isla de hélice</i> (s.a.)
1896	<i>Face au drapeau</i> *	<i>Ante la bandera</i> (s.a.)
1896	<i>Clovis Dardentor</i> *	<i>Clovis Dardentor</i> (s.a.)
1897	<i>Le Sphinx des glaces</i> (2 t.)*	<i>La esfinge de los hielos</i> (s.a.)
1898	<i>Le Superbe Orénoque</i> (2 t.)*	<i>El soberbio Orinoco</i> (s.a.)
1899	<i>Le Testament d'un excentrique</i> (2 t.)*	<i>El testamento de un excéntrico</i> (s.a.)
1900	<i>Seconde Patrie</i> (2 t.)*	<i>Segunda patria</i> (s.a.)
1901	<i>Le Village aérien</i> *	<i>El pueblo aéreo</i> (s.a.)
1901	<i>Les Histoires de Jean-Marie Cabidoulin</i>	<i>Las historias de Juan María Cabidoulin</i> (1911)
1902	<i>Les Frères Kip</i> (2 t.)*	<i>Los hermanos Kip</i> (s.a.)
1903	<i>Bourse de voyage</i> (2 t.)*	<i>Beca de viaje</i>
1904	<i>Un drame en Livonie</i> *	<i>Un drama en Livonia</i> (1911)
1904	<i>Maître du Monde</i> *	<i>El dueño del mundo</i> (s.a.)
1905	<i>L'invasion de la mer</i> *	<i>La invasión del mar</i> (s.a.)
1905	<i>Le Phare du bout du monde</i> *	<i>El faro del fin del mundo</i> (s.a.)
1906	<i>Le Volcan d'or</i> (2 t.)	<i>El volcán de oro</i> (s.a.)
1907		

	<i>L'Agence Thompson and C^o</i> (2 t.)	<i>La agencia Thompson y Cía</i> (1910)
1908	<i>La Chasse au météore</i>	<i>La caza del meteoro</i> (1910)
1908	<i>Le Pilote du Danube</i>	<i>El piloto del Danubio</i> (1910)
1909	<i>Les Naufragés du «Jonathan»</i> (2 t.)	<i>Los naufragos del «Jonathan»</i> (s.a.)
1910	<i>Le Secret de Wilhelm Storitz</i>	<i>El secreto de Wilhelm Storitz</i> (1958)
1910	<i>Hier et Demain —</i> Contiene: <i>La Famille Raton; M. RéDiéze et Mlle Mi-Bémol; La Destinée de Jean Morenas; Le Humbug; Au XXIX A-siècle; La Journée d'un journaliste américain en 2889; L'Étemel Adam</i>	<i>Ayer y mañana —</i> Contiene: <i>La familia Ratón; El Señor Sostenido y la Señorita Mi-Bemol; El destino de Jean Morenas; El Humbug; Siglo XXIX: La jornada de un periodista americano en el 2889; El eterno Adán</i>
1919	<i>L'Étonnante Aventure de la mission Barsac</i>	<i>La impresionante aventura de la misión Barsac</i> (s.a.).
	Ensayos	
1863	<i>A Propos du «Géant»</i>	<i>A propósito del «Gigante»</i>
1864	<i>Edgar Poe et ses œuvres</i>	<i>Edgar Poe y sus obras</i>
1864	<i>Le Comte de Chanteleine</i>	<i>El Conde de Chanteleine</i> (1884)
1879	<i>Les Révoltés de «La Bounty»</i>	<i>Los amotinados de «La Bounty»</i> (1879)

**Teatro (no
representado)**

**Teatro
(representado)**

1847	<i>Alexandre VI</i> (tragedia en verso)	1850	<i>Les Pailles rompues</i> (en verso)
47/48	<i>La Conspiration des poudres</i> (tragedia en verso)	1853	<i>Le Colin-Maillard</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	<i>Une promenade en mer</i> (vodevil)	1855	<i>Les Compagnons de la Marjolaine</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1848	<i>Le Quart d'heure de Rabelais</i> (comedia en verso)	1858	<i>Monsieur de Chimpanzé</i> (opereta. Verne-Carré. Música: Hignard)
1849	<i>Un drame sous Louis XV</i> (también titulada <i>Un drame sous la Régence</i>) (tragedia en verso)	1860	<i>L'Auberge des Atdennes</i> (ópera cómica. Libreto: Verne-Carré. Música: Hignard)
1849	<i>Abdallah</i> (vodevil)	1861	<i>Onze Jours de siège</i> (comedia Verne-Wallut)
1850	<i>La Cuimard</i> (comedia)	1873	<i>Un neveu d'Amérique ou Les Deux Frontignac</i> (comedia)
1850	<i>Quiridine et Quidineri</i> (en verso)	1874	<i>Le Tour du monde en 80 jours</i> (Verne-d'Ennery. Música: Debillemont)
1851	<i>Les Savants</i> (comedia en verso)	1877	<i>Le Docteur Ox</i> (ópera bufa, sacada de la obra de Verne por Ph. Gille. Música: J.

1851	<i>De Charybde en Scylla</i> (comedia en verso)	1878	Offenbach) <i>Les Enfants du capitaine Grant</i> (Verne-d'Ennery. Música: Debillemont)
51/53	<i>Léonard de Vinci</i> —también titulada <i>La Joconde y Monna Lisa</i> — (comedia en verso)	1880	<i>Michel Strogoff</i> (Verne-d'Ennery)
1852	<i>Les Châteaux en Californie ou Pierre qui roule n'amasse pas mousse</i> (comedia de Verne y Pitre Chevalier)	1882	<i>Voyage à travers l'impossible</i> (Verne-d'Ennery)
1852	<i>La Tour de Montlhéry</i> (drama de Verne y Charles Wallut)	1883	<i>Kéraban le Têtu</i>
1853	<i>Un fils adoptif</i> (comedia Verne-Wallut)	1887	<i>Mathias Sandorf</i> (drama. Verne-Busnach-Maurens)
1854	<i>Guerre aux Tyrans</i> (comedia en verso)		
1855	<i>Les Heureux du jour</i> (en verso)		
1856	<i>Au bord de l'Adour</i> (comedia)		
1857	<i>Les Sabines</i> (opereta. Verne-Wallut)		



JULES GABRIEL VERNE. Escritor francés, conocido en los países de lengua española como Julio Verne. El 8 de febrero de 1828 nació en Nantes este gran escritor, geógrafo de países fabulosos, creador de personajes enigmáticos, inventor de islas misteriosas y de originales máquinas, que con sus extraordinarias novelas inició a varias generaciones en el amor a la ciencia.

Tal vocación por lo extraordinario y lo fantástico no se advertía en Julio Verne cuando niño. Alumno estudioso y serio, no mostraba el afán de aventuras de otros chicos de su edad. Dotado de extraordinaria memoria, hizo con aprovechamiento sus primeros estudios, y luego marchó a París para cursar la carrera de abogado, profesión que ejercía su padre en Nantes.

Terminada la carrera, no demostró ninguna afición a ella. Su amistad con Alejandro Dumas y otros autores dramáticos había despertado en él la afición a ese género literario, y tenía escritas algunas obras como *La Conspiration des poudres*, *Un drame sous la Régence* y *Les Pailles rompues*, comedia en verso esta última, primera que estrenó (1850) y que sólo se representó una docena de veces, en el *Gymnase*. Luego estrenó *Douce jours de siège*, comedia en tres actos, en el *Vaudeville*.

Nombrado secretario del *Théâtre Lyrique*, continuó sus ensayos dramáticos con no mucho éxito, hasta que, interesado por la aerostación, escribió *Cinco semanas en globo* (1863), su primera novela científica.

El gran éxito que obtuvo con ella le animó a continuar este género de literatura y firmó un contrato exclusivo con su editor, J. Hetzel, comprometiéndose a proporcionarle dos obras anuales durante veinte años, o cuarenta en un breve espacio de tiempo, por lo cual recibiría 20 000 francos anuales o 10 000 por volumen. El éxito de las obras siguientes fue tal, que su editor hubo de mejorarle cinco veces el contrato.

Sucesivamente publicó, entre otras muchas, *Viaje al centro de la tierra* (1864); *De la tierra a la luna* (1865); *Las aventuras del capitán Hatteras* (1866); *Los hijos del capitán Grant* (1868); *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) (que le valió ser coronado por la Academia Francesa); *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873); *El doctor Ox* (1874); *La isla misteriosa* (1875); *Miguel Strogoff* (1876); *Las Indias negras* (1877); *Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros* (1878); *Un capitán de quince años* (1878); *Las tribulaciones de un chino en China* (1879); *El rayo verde* (1882) y *El archipiélago en llamas* (1884).

El mayor mérito de este gran novelista científico son sus anticipaciones, sus previsiones geniales, nacidas de un cerebro enciclopédico. Todo lo que predijo en cuestiones de navegación (aérea y submarina), cinematografía, televisión, telegrafía sin hilos, etc., etc., y que se ha realizado en nuestros días, demuestra la variedad de una erudición y la riqueza de una imaginación que no han sido superadas.

Además, su obra, exaltadora del valor, del esfuerzo, de la energía y de la bondad, sin bajezas morales de ninguna clase, ha ejercido siempre una influencia extraordinaria en la juventud.

Julio Verne murió en Amiens, el año 1905.

Notas

[1] Toda esta lista de nombres citados por Verne —algunos de los cuales volverán a aparecer en el relato— corresponde a seres reales: *Humphry Davy* (1778-1829), químico y físico inglés, descubrió varios elementos químicos. Inventó la lámpara que lleva su nombre, para evitar las explosiones de grisú en las minas. *Alexander, barón de Humboldt* (1769-1859), naturalista y geógrafo alemán, es uno de los creadores de la climatología y de la oceanografía. Sus viajes inauguraron la era de las exploraciones científicas modernas. *John Franklin* (1786-1847), marinero y explorador inglés, realizó varias expediciones a los litorales del mar del sur, sobre las que nos legó sus obras. *Edward Sabine* (1788-1883), físico y matemático inglés, es conocido, por sus investigaciones sobre las variaciones de la aguja imantada y la longitud del péndulo. *Antoine Becquerel* (1788-1878), físico francés, inventó un aparato para medir la intensidad de las radiaciones luminosas en las profundidades marinas. *Jacques Joseph Ebelmen* (1814-1852), químico francés, ideó varios procedimientos para la imitación de piedras preciosas y perfeccionó los procedimientos para la fundición. *David Brewster* (1781-1868), físico escocés, se dedicó especialmente a la óptica. Descubrió las franjas telúricas del espectro solar. *Jean Baptiste Dumas* (1800-1884), químico francés, formuló los principios fundamentales de la química general. *Henri Milne-Edwards* (1800-1885), naturalista francés, empujó a toda la escuela de su época hacia una filosofía y metodología más racional. *Charles Sainte-Claire-Deville* (1814-1876), geólogo y meteorologista francés, fue famoso por sus teorías sobre las erupciones volcánicas. Precisamente uno de sus libros se titula: *Eruptions actuelles du volcan de Stromboli* (1858), por donde saldrán a la superficie nuestros héroes. < <

[2] Poco se sabe de estos personajes que tan acaloradamente cita el profesor Lindenbrock. De los *Bozerian* sabemos que eran dos hermanos encuadernadores que trabajaron al servicio de Napolén. *Purgold* fue un encuadernador alemán del siglo XIX, especialista en la técnica del gofrado (es decir, la reproducción en relieve de dibujos o motivos ornamentales sobre el cuero, la tela, el cartón o el papel de los libros). De *Closs* no ha sido posible encontrar datos.

< <

[3] Se refiere a Snorri Sturluson (1178-1241), historiador y poeta islandés. Su obra más importante, el *Heimskringla*, es una colección de dieciséis sagas relativas a los reyes de Islandia. Fue publicada en 1697, en Estocolmo, en islandés, sueco y latín. [Verne, al citar nombres históricos o geográficos, no siempre acierta con la grafía correcta. Téngase en cuenta cuando la del texto y la de las notas difieran]. < <

[4] Para este alquimista de ficción Verne parece haberse inspirado en el historiador islandés Arne Magnussen

(1663-1730),

que estudió teología en la Universidad de Copenhague, de la que fue profesor y secretario de los archivos secretos. En 1701 era catedrático de antigüedades danesas, y en 1702 pasó a Islandia, donde reunió gran cantidad de manuscritos, cartas, diplomas, etc., que legó a la Universidad de Copenhague. Fue él precisamente el divulgador del *Heimskringla* anteriormente mencionado. < <

[5] Abu 'Alí al-Husayn Ibn Siná, conocido como *Avicena* (980-1037), fue un filósofo y médico persa. Su *Canon de la medicina* se estudió en las facultades hasta mediados del siglo XVII, y su filosofía tuvo gran influencia en el pensamiento medieval. Roger *Bacon*

(1214-1294),

filósofo y científico inglés, llamado el *Doctor admirable*, fue uno de los científicos más avanzados de su tiempo e inventor de varios ingenios mecánicos. Ramón Llull, o Raimundo *Lulio*

(1235-1315),

llamado el *Doctor iluminado*, filósofo y escritor mallorquín, escribió indistintamente en latín, árabe y catalán sobre temas filosóficos, científicos y teológicos. Philippus Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim, conocido por *Paracelso*

(1493-1541),

médico y alquimista suizo, combatió la medicina clásica y fue el primer teórico de la química aplicada a la medicina. Más abajo cita Lidenbrock a *Galileo Galilei*

(1564-1642),

astrónomo y físico italiano, que descubrió los satélites de Júpiter, los anillos de Saturno, las manchas y la rotación del sol sobre su eje, etc. Lidenbrock alude aquí a la necesidad en que se vio Galileo de ocultar algunos de sus descubrimientos a causa de las presiones inquisitoriales. < <

[6] «Equivalencia de los signos de significado secreto con que se escribe algo, que sirve para descifrar lo escrito»

(M. Moliner).

Aunque en este sentido es más común la palabra *clave*, preferimos mantener *llave* para salvar un juego de palabras posterior. < <

[7] La antigua ciudad alemana de Altona quedaba a pocos kilómetros de Hamburgo. Desde 1937 está integrada a esta ciudad.

< <

[8] Río de Alemania, afluente del Elba, que a su llegada a Hamburgo forma un pequeño lago. < <

[9] Se refiere al famoso enigma que planteaba la Esfinge de Tebas a los viajeros y que sólo el héroe mitológico griego Edipo supo descifrar. La Esfinge murió, y los tebanos, agradecidos, lo nombraron rey. Edipo se casó con la reina, sin saber que era su madre. Previamente había matado a su padre sin conocerlo, cumpliéndose así el fatal oráculo que todos habían tratado cuidadosamente de evitar. < <

[10] Capital del Departamento de Doubs, junto al Jura, en Francia.

< <

[11] Esta botella debe su nombre a la ciudad de Leiden (Holanda meridional), donde se inventó y modificó. Está hecha de vidrio delgado revestido de estaño hasta el gollete, y una varilla metálica, rematada por una esfera, atraviesa el tapón de corcho. Dicha varilla, cuando se la aplica al conductor de una máquina eléctrica, produce descargas bastante fuertes. < <

[12] August Petermann (1822-1878), geógrafo y cartógrafo alemán, entró en 1854 en el instituto geográfico Justus Perthes de Gotha, donde se dedicó a la publicación del atlas de Stieler. < <

[13] El pie francés medía 0,324 m, lo que da 1620 m. En realidad sólo tiene 1446 m. < <

[14] Joseph Fourier (1768-1830), matemático francés, descubrió que todo movimiento vibratorio puede ser representado por una serie trigonométrica (series de Fourier), lo que permite situarlo entre los más grandes matemáticos del siglo XIX. < <

[15] Denis Poisson (1781-1840), matemático francés, autor de una obra inmensa, entre la que se encuentran estudios sobre capilaridad y elasticidad, a los que probablemente Lidenbrock alude. < <

[16] Véase cap. I, nota 1. < <

[17] Antigua ciudad de Alemania, anexionada a Hamburgo desde 1937. Actualmente es un barrio portuario de ésta. < <

[18] *Crampón*: Término utilizado en alpinismo para definir una clavija que se coloca en las grietas y una sobresuela provista de puntas de metal o acero, para facilitar la escalada. < <

[19] Lübeck, ciudad y puerto de Alemania en la desembocadura del Trave en el Báltico. La ciudad medieval está construida en una isla, y una isla es también Heligoland, o Helgoland, situada en el mar del Norte, frente a la desembocadura del Elba y del Wesser. Ambas están cerca de Hamburgo. < <

[20] Kiel, ciudad y puerto de Alemania sobre el mar Báltico, era punto de empalme de la vía férrea Altona-Kiel. Los Belt son los estrechos daneses que unen el mar Báltico con el mar del Norte. El principal es el *Gran Belt*, y tiene 60 km de largo y 30 de ancho. El *Pequeño Belt*, el más angosto y occidental, tiene 52 por 15. Holstein es el antiguo ducado alemán comprendido entre el Elba, el Eider, el Trave, el mar del Norte y el Báltico. < <

[21] Unos 2 francos con 75 céntimos (*Nota del autor*). < <

[22] Bertel Thorwaldsen (1768 ó 70-1844), escultor danés, uno de los principales representantes de la escultura neoclásica. Su obra capital es la decoración de la catedral de Copenhague. < <

[23] *Kirk*, en danés, significa «iglesia». < <

[24] Ciudad y puerto de Dinamarca en la región norte de la isla Sjaelland, o Seeland (la mayor de las islas danesas y donde está Copenhague), en el Sund, el estrecho que separa a esta isla del SO de Suecia. Allí esta el castillo de Kronborg, donde el dramaturgo inglés William Shakespeare (1564-1616)

situó la acción de su tragedia *Hamlet*, y que Verne menciona más abajo. < <

[25] Armazón cubierto con una Funda o toldo con que se protegen algunas partes del barco. < <

[26] Cattegat, o Kattegat, brazo de mar que separa Suecia de Jutlandia. < <

[27] Archipiélago montañoso de Dinamarca —que en danés significa «islas de las ovejas»—, situado en el Atlántico al norte de las Islas Británicas. Comprende 22 islas, de las cuales 18 están habitadas.

< <

[28] Las *Orcadas* son un grupo de 90 islas —de las cuales 24 están habitadas— de Escocia septentrional y que constituyen el condado del mismo nombre. Las *Shetland* son un centenar de islas, también al norte de Escocia, de las cuales están habitadas 40. *Peterheade*, ciudad y puerto de Escocia en el condado de Aberdeen. < <

[29] Al principio del capítulo Verne lo ha llamado «conde». < <

[30] El Dr. Fridriksson es un personaje real. Se sabe que escribió a Verne en varias ocasiones, enviándole documentación sobre Islandia. < <

[31] Es decir, en latín. El poeta Quinto Horacio Flaco vivió entre los años 65-8 a. C. Anteriormente (cap. III), Verne se ha referido al latín como «la dulce lengua de Virgilio», por el también poeta Publio Virgilio Marón (70-19 a. C.), del que citará tres versos más adelante. < <

[32] También Arne Magnussen vio desaparecer su biblioteca, pero no debido a la Inquisición, sino a un incendio que en 1728 destruyó asimismo parte de la Biblioteca Nacional de Copenhague, de la que era entonces director. < <

[33] Se refiere al *Index Librorum Prohibitorum*, o relación de las obras cuya lectura ha sido teóricamente prohibida a los católicos por decreto de la Congregación del Santo Oficio, por ser contraria a la fe y a las costumbres. < <

[34] Eggert *Olafsen* u Olavius

(1726-1768),

naturalista alemán, muerto en Islandia, viajó de 1752 a 1757 con Bjarne *Paulsen* por Islandia haciendo estudios de historia natural; juntos publicaron un libro sobre sus viajes. Uno de *Troil*

(1746-1803),

prelado y escritor sueco, hizo con otros sabios una expedición científica a Islandia, cuyas impresiones dejó escritas en sus *Cartas de un viaje por Islandia* (1777), que Verne pudo conocer, pues fue traducido al francés, al inglés y al alemán. Louis Eugene *Robert*

(1806-1879),

naturalista y arqueólogo francés, hizo viajes científicos a América Central, Islandia, Groenlandia, Escandinavia y Laponia, y acompañó a la expedición *La Recherche*, que Verne cita a continuación. Nuestro autor debía de conocer la obra *Viaje a Islandia y Groenlandia*

(1838-1850)

, publicada bajo la dirección del también naturalista y viajero francés Joseph Paul *Gaimard*

(1790-1858),

que, aparte de sus memorias científicas, publicó *Viajes de la comisión científica del Norte*

(1843-1849).

< <

[35] *La Recherche* fue enviada en 1835 por el almirante Duperré para encontrar las huellas de una expedición perdida, la de Blossville y *La Lilloise*, de los que jamás se han vuelto a tener noticias (*Nota del autor*). < <

[36] Especie de pato grande de los países del Norte, muy apreciado por su plumón. Verne lo describe en el capítulo siguiente con detenimiento. < <

[37] Nombre dado a los golfos estrechos en los países escandinavos (*Nota del autor*). [Verne escribe *ffjörd*, grafía que ha perdurado en francés, salvo la diéresis]. < <

[38] 16 francos con 98 céntimos (*Nota del autor*). < <

[39] Marca de un termómetro de la época, como más abajo el cronómetro Boissonnas y las carabinas Purdley Moro & Co. < <

[40] El aparato de M. Ruhmkorff consiste en una pila de Bunsen activada por bicromato de potasa que no desprende ningún olor; una bobina de inducción pone la electricidad producida por la pila en comunicación con una linterna de una disposición particular; en esta linterna se encuentra un serpentín de vidrio en que se ha hecho el vacío y en el que sólo queda un residuo de gas carbónico o de nitrógeno. Cuando funciona el aparato, este gas se vuelve luminoso produciendo una luz blanquecina y continua. La pila y la bobina están colocadas en un saco de cuero que el viajero lleva en bandolera. La linterna, colocada en el exterior, ilumina perfectamente en las más profundas oscuridades; permite aventurarse, sin temor a explosión alguna, en medio de los gases más inflamables e incluso no se apaga en el seno de las más profundas corrientes de agua. El señor Ruhmkorff es un sabio y hábil físico. Su gran descubrimiento es su bobina de inducción que permite producir electricidad de alta tensión. Acaba de obtener, en 1864, el premio quinquenal de 50 000 francos que Francia reservaba a la aplicación más ingeniosa de la electricidad (*Nota del autor*). < <

[41] Topógrafo danés nacido en 1794, autor de la obra *Mapas orográficos de Europa*, que fue premiada por la sociedad orográfica de París en 1825. < <

[42] El verso de Virgilio (*Eneida* X, 49) dice exactamente: «*et, quamcumque viam dederit Fortuna, sequatur*» [=y que siga el camino, sea cual fuere, / que le haya deparado la fortuna]. Verne cita el verso incorrectamente, en parte por descuido (*quacumque*), y en parte para acomodarlo al momento (*sequatur* es 3.^a persona del singular, mientras que *sequamur* es 1.^a de plural, con lo que el sentido es adaptable a los viajeros: *sigamos* el camino, etc.). < <

[43] Casa del campesino islandés (*Nota del autor*). < <

[44] Ocho leguas (*Nota del autor*). < <

[45] Gigantesca estatua de Apolo en bronce, considerada como una de las siete maravillas del mundo. Estaba colocada a la entrada del golfo de Rodas y fue derrumbada por un terremoto. < <

[46] Anteriormente Verne había escrito *boër*. < <

[47] La *Calzada de los Gigantes*, colada basáltica del norte de Irlanda, es un vasto muelle natural formado por

40 000

columnas de basalto, que penetra un gran trecho mar adentro. La *Gruta de Fingal* es una célebre caverna de Escocia en la isla de Staffa —perteneciente a las Hébridas—, que forma una nave sostenida por tabiques de prismas basálticos. Su nombre procede de Finn o Fingal, héroe mítico de la épica irlandesa y defensor de Irlanda. A la Gruta de Fingal dedicó el compositor alemán Felix Mendelssohn

(1809-1847)

una bellísima obertura. < <

[48] Verne utiliza la palabra inusitada *substruction*, término formado por analogía con «construction», y con el significado de «estructura o galería subterránea». Aunque tampoco existe en castellano, respetamos la voluntad de Verne, que volverá a emplearlo en los capítulos XIX y XL. < <

[49] Moneda de Hamburgo, unos 90 francos (*Nota del autor*). < <

[50] Verne crea la palabra *extumescence*, no existente en francés, a partir de la primitiva *tumescence* (=hinchazón, tumefacción). En castellano tenemos *intumescencia*, pero tampoco *extumescencia*. Se respeta para conservar la rareza querida por el autor. < <

[51] Alude a esa «claridad nocturna de las regiones polares» de que habló al principio del capítulo XIII. Recuérdese que «en Islandia durante los meses de junio y julio no se pone el sol». < <

[52] Error de Verne. Según la cronología de la obra, esta fecha corresponde al 29 de junio. En efecto, «el domingo, 28 de junio» (cap. XVI), se hunden «en aquel pozo insondable» (cap. XVII). Así pues, el primer desayuno «en el fondo de este pozo» (cap. XVIII), que es lo que Axel acaba de contar, tiene lugar el día 29. Y, por último, el capítulo XIX comenzará: «Al día siguiente, martes 30 de junio...». < <

[53] *Eneida* VI, 126. La cita correcta es *Averno*, en lugar de *Averni*. Significa: «Es fácil bajar al infierno», y, en el contexto verniano, «el fácil descenso al infierno». < <

[54] También Verne acuña el vocablo *contre-nefs*. < <

[55] Véase cap. XIV, nota 48. < <

[56] *Spa*, ciudad de Bélgica en la provincia de Lieja, es famosa por sus fuentes termales y sus aguas bicarbonatado-ferruginosas. *Toplitz*, o Toplica, aldea de Carniola (Serbia) en la ribera del río Gurk (cuenca del Danubio) es también conocida por sus fuentes termales.

< <

[57] *Bach* significa «arroyo» en alemán. < <

[58] Obsérvese que el profesor Lidenbrock se ha equivocado al operar mentalmente: su resultado da un error de dos grados por exceso. < <

[59] Así en el original. En realidad son dieciséis, como dijo antes y repetirá más abajo. < <

[60] En danés, «perdido». < <

[61] Profundas canteras de Siracusa, a cielo abierto, que se utilizaban como prisiones. Los atenienses capturados durante su expedición a Sicilia fueron encerrados en ellas. < <

[62] Se refiere a la teoría del capitán Synnes, que Verne menciona en *Las aventuras del capitán Hatteras* (2.^a parte, cap. XXIV), donde dice:

«En nuestros días han pretendido que existía en los polos una inmensa abertura, de donde se desprendería la luz de la aurora boreal y por la que se podría penetrar al interior del globo; además, imaginaron en la esfera hueca la existencia de dos planetas, Plutón y Proserpina, y un aire luminoso como consecuencia de la fuerte presión que experimentaba.

—¿Han dicho todo eso? —preguntó Altamont.

—Y lo han escrito, y con toda seriedad. El capitán Synnes, uno de nuestros compatriotas, propuso a Humphry Davy, Humboldt y Arago intentar tal viaje. Pero estos sabios se negaron». < <

[63] Verne se refiere, aunque equivocadamente, a la *cueva del Guácharo*, y no está en Colombia, sino en Venezuela, cerca del Caribe. La primera descripción fue hecha por Fray Francisco de Tauste en 1678, pero quien la dio a conocer fue efectivamente Alexander von Humboldt, que en 1799 exploró 472 m. Aunque Verne dice que «verosímilmente no se extendía mucho más allá», el militar y geógrafo italiano Agostino Codazzi

(1792-1859)

logró recorrer 1070 m en 1835. En la actualidad se conocen más de 7000 galerías. < <

[64] La *gruta del Mamut* (Kentucky, Estados Unidos), comenzada a explorar en 1799, ha puesto de manifiesto un dédalo de galerías de 240 km. < <

[65] En francés, «terrestrielle». Palabra creada y entrecomillada por Verne con indudable intención expresiva. Quiere indicar la sensación de extraño, de *extraterrestre* que tendría un *terrestre* en el centro de la tierra. < <

[66] Fosfato de cal (*Nota del autor*). < <

[67] Especie de bergantín grande que, además de los dos palos ordinarios, lleva otro menor a popa para armar la cangreja. < <

[68] Sir James Clark Ross (1800-1862), marino y viajero inglés, dirigió una expedición de estudio del magnetismo terrestre al polo sur

(1839).

Más tarde intentó llegar al polo por mar, pero los bancos de hielo lo mantuvieron a 225 km del polo magnético. En 1848 dirigió otra expedición ártica, esta vez en busca de John Franklin, personaje también citado por Verne. < <

[69] George Cuvier (1769-1832), científico y naturalista francés, fue el fundador de la anatomía comparada y de la paleontología. Clasificó los animales en cuatro ramas ecológicas: vertebrados, moluscos, articulados y radiados. De él decía Sherlock Holmes que «sabía hacer la descripción completa de un animal con el examen de un solo hueso» (*Las cinco semillas de naranja*). < <

[70] Mares del periodo secundario que han formado los terrenos que componen las montañas del Jura (*Nota del autor*). < <

[71] Remolino, torbellino de agua. Es el nombre que dan en Noruega a los torbellinos producidos por las mareas en un canal del archipiélago de las Lofoten. < <

[72] Johann Friedrich Blumenbach (1762-1840), naturalista y médico alemán, está considerado como el fundador de la moderna antropología física. < <

[73] Célebre manantial que brota al pie del Hecla (*Nota del autor*).

< <

[74] Se refiere al prisma triangular de cristal utilizado para producir la descomposición de la luz en los colores del arco iris. < <

[75] Nubes de forma redondeada (*Nota del autor*). < <

[76] Meteoro ígneo que, al hallarse muy cargada de electricidad la atmósfera, suele dejarse ver en los mástiles y vergas de las embarcaciones. < <

[77] Se refiere, como es lógico, al Canal de la Mancha, que separa Francia de Inglaterra. < <

[78] Nombre de dos héroes griegos de la guerra de Troya, famosos por su arrojo y valentía. < <

[79] Abu-Hafsa-Ibn-al-Jattab, llamado Omar, o 'Umar, I (581-644),

fue el segundo califa musulmán tras la muerte de Mahoma. El año 640 envió un ejército de 4000 hombres a Egipto, y fue entonces cuando —según una tradición no totalmente comprobada— mandó destruir la famosa biblioteca de Alejandría, que habría proporcionado combustible durante seis meses a los baños públicos de la ciudad. En cualquier caso, la biblioteca, que contaba con más de

700 000

volúmenes, ya había sido quemada en el año 48 a. C., tras la entrada triunfal de César en Alejandría, restaurada y nuevamente destruida en el 391, durante las contiendas entre cristianos y paganos. < <

[80] Jean Louis Armand de Quatrefages de Bréau
(1810-1892),

naturalista francés, defendió la unidad de origen de la especie humana. A Milne-Edwards ya lo vimos en el cap. I (nota 1). < <

[81] Jacques Boucher de Crèvecoeur de Perthes (1788-1868), prehistoriador francés, defendió la existencia del hombre antediluviano. < <

[82] Hugh *Falconer* (1808-1865), naturalista británico, realizó exploraciones geológicas en los montes Siwalik, Afganistán y Cachemira. William Benjamin *Carpenter* (1813-1885), médico británico y profesor de anatomía y fisiología, publicó una *Enciclopedia popular de la ciencia*. < <

[83] Léonce Elie de Beaumont (1798-1874), geólogo francés, negó reiteradamente la autenticidad de los restos prehistóricos descubiertos por Boucher de Perthes, y su opinión se impuso durante algunos años en los medios científicos franceses. < <

[84] Alude a la incredulidad del discípulo de Jesucristo. A continuación cita el profesor Lidenbrock una retahíla de nombres: Phileas Taylor *Barnum* (1810-1891) fue un célebre charlatán norteamericano que se enriqueció exhibiendo rarezas, a menudo falsas, entre ellas un monstruo antediluviano y una sirena que había fabricado él mismo. *Ajax* y *Orestes*, héroes griegos, el primero, de la literatura homérica, y el segundo, de la trilogía de Sófocles *La Orestíada*. *Asterio* aparece efectivamente en *Pausanias*, geógrafo griego del siglo II, quien en su *Descripción de Grecia* recoge, entre otros muchos mitos y creencias, la leyenda que menciona Lidenbrock: «Delante de la ciudad de Mileto está la isla de Lade, de la cual se han separado islotes; uno de éstos se llama de Asterio y dicen que éste está en ella enterrado y que es hijo de Anax, el cual lo fue de la Tierra; el esqueleto no es de menos de diez codos» (1. I, XXXV, 6).

Trapani y *Palermo* son dos ciudades de Sicilia, y *Lucerna*, de Suiza. *Polifemo* es el conocido cíclope de la *Odisea* que fue cegado por Ulises. Felix *Plater*

(1536-1614),
médico suizo, gozó de gran reputación en su tiempo, y fundó un jardín botánico y un gabinete de historia natural. Con *Cassanion* probablemente se refiera a Giovanni Cassasione, paleontólogo italiano que vivió en la segunda mitad del siglo XVI y escribió en latín un libro titulado *Sobre los gigantes y sus restos hallados en Francia* (1587). *Teutoboco*, o Teutobodo, jefe de los teutones — que, junto con los cimbrios, invadieron las Galias— fue vencido en la batalla de Aquae Sextiae (Aix) por Mario el año 102 a. C. Hans *Scheuchzer*

(1672-1733),
botánico suizo, alcanzó renombre universal por sus trabajos sobre la flora, fauna y mineralogía de los Alpes suizos. De *Campet* no tenemos noticias. [Puede referirse a Petrus (fr. *Pierre*) *Camper*, médico y naturalista holandés (1712-1789)

conocido por su *teoría del ángulo facial*, a la que Verne hace referencia más adelante (*Nota del E. D.*)] < <

[85] El ángulo facial está formado por dos planos, uno más o menos vertical, que es tangente a la frente y a los incisivos, y el otro horizontal, que pasa por la abertura de los conductos auditivos y el cartílago nasal inferior. Se llama prognatismo en lenguaje antropológico a la proyección de la mandíbula que modifica el ángulo facial (*Nota del autor*). < <

[86] Verne se refiere a *La maravillosa historia de Peter Schlemihl*, más conocida como *El hombre que perdió [o vendió] su sombra*. Pero no es del cuentista alemán

E. T. A.

Hoffmann

(1776-1822),

sino de su coetáneo, también alemán, Adelbert von Chamisso

(1781-1838).

< <

[87] Verne parafrasea aquí el verso de Virgilio *Formosi pecoris custos formosior ipse* [=guardián de un bello rebaño, él es más bello aún], y lo adapta a sus necesidades, sustituyendo el adjetivo *formosi* y su comparativo *formosior* por *immanis* / *immanior* [=gigantesco]. El verso en cuestión pertenece a las *Bucólicas* (V, 44).

< <

[88] Edouard Armand Isidore Hippolyte Lartet (1801-1871), geólogo y prehistoriador francés, descubrió y excavó el yacimiento de Sansan (Gers, dpto. del SO de Francia), donde encontró un antropoide antepasado de los actuales gibones, el pliopiteco. < <

[89] Véase cap. XIV, nota 2. < <

[90] El archipiélago noruego de *Spitzberg*, o Spitsberg, se encuentra en el Océano Glacial Artico, entre Noruega y Groenlandia, *Jan Mayen* es una isla volcánica de dicho océano, a 352 km al NNE de Islandia, donde se halla el volcán que menciona Verne. El *Hecla* (o Hekla), al que se refiere más arriba, volcán activo del sur de Islandia, está a 100 km al este de Reykjavik y tiene 1447 m de altura. La erupción de 1776 causó numerosas víctimas. < <

[91] De lava. En francés *lavique*, otra palabra verniana. < <

[92] «¿Cómo se llama esta isla?». Las tres frases están en italiano en el original. < <

[93] En *Stromboli*, pequeña isla al norte de Sicilia, se halla el volcán del mismo nombre, de 926 m de altura y uno de los más activos de la tierra. El *Etna*, en la costa oriental de Sicilia, tiene 3263 m de altura, máxima altitud de la isla. La región de *Calabria* está al sur de Italia, y forma una pequeña península entre el mar Tirreno y el Jónico. Por último, la isla citada por Verne, donde Eolo, el dios de los vientos de la mitología griega, los encerraba, era según la tradición homérica una isla flotante. < <

[94] Véase nota 4 del cap. 38. < <

[95] En 1870, época de su mayor expansión, Prusia comprendía las dos Alemanias actuales y parte de Polonia. < <